COLECCIÓN entre líneas

El sustento del hombre

Karl Polanyi

Traducción de
Ester Gómez Parro

Presentación de
César Rendueles

Capitán Swing
www.capitanswinglibros.com

TÍTULO ORIGINAL

Karl Polanyi
Del libro: *The Livelihood of Man.*
Fuente: Academic Press, Inc., Londres, 1977

©Del Libro: Kari Polanyi Levitt
©De la traducción de *The Livelihood of Man:* Ester Gómez Parro
©De la Presentación: César Rendueles
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/
©De esta edición: Capitán Swing Libros, S. L.
C/ Rafael Finat, 58, 2° 4. 28044 Madrid
Tlf: (+34) 91 705 14 25
Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz Ayala
Diseño de colección: Filo Estudio. www.filoestudio.com
capitanswinglibros@gmail.com
www.capitanswinglibros.com
Primera edición en Capitán Swing Libros: noviembre de 2009
ISBN: 978-84-613-5394-1
Depósito Legal: M-45673-2009
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gráficas Top Printer Plus S.L.L. Madrid

Quedan prohibidas, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. La presentación a la edición queda bajo una licencia Creative Commons.

ÍNDICE

ÍNDICE

PRESENTACIÓN
Karl Polanyi contra el milenarismo liberal 11
César Rendueles

Prólogo del autor 31

Introducción 37

EL LUGAR DE LA ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD (Conceptos y teoría)

1. La falacia económica 57
2. El doble significado del término económico 75
3. Formas de integración y estructuras de apoyo 97

ORIGEN DE LAS TRANSACCIONES ECONÓMICAS: DE LA SOCIEDAD TRIBAL A LA ARCAICA (Instituciones)

4. La economía incrustada en la sociedad 111
5. Origen de las transacciones económicas 125
6. Equivalencias en las sociedades arcaicas 133
7. El papel económico de la justicia, la ley y la libertad 147

LA TRÍADA CATALÁCTICA: COMERCIO, DINERO Y MERCADOS

8. El comercio y los comerciantes 157
9. Objetos y usos del dinero 179
10. Elementos y orígenes del mercado 213

COMERCIO, MERCADOS Y DINERO EN LA ANTIGUA GRECIA

— Introducción 241
11. La era de Hesíodo: el declive tribal y el sustento de los campesinos 245
12. Mercados locales: la economía política de la *polis* y el *ágora* *259*
13. Mercados locales y comercio exterior 297
14. Las importaciones de grano 311
15. El crecimiento del comercio de mercado 345
16. Dinero, banca y finanzas 381
17. El «capitalismo» en la antigüedad 407

PRESENTACIÓN

Karl Polanyi contra el milenarismo liberal

César Rendueles

«¿Qué le dijo Milton Friedman a los pobrecitos alacalufes?
A comprar, a comprar, que el mundo se va a acabar»
Nicanor Parra

Karl Polanyi* (1886-1964) es el autor de un único libro de historia económica —un terreno intelectual poco proclive a generar clásicos— y el defensor de un programa de investigación de sociología histórica humilde y basado en investigaciones que, desde la perspectiva actual, parecen parcialmente superadas. A pesar de la modestia de estas herramientas —o tal vez gracias a ella— las tesis de Polanyi poseen un filo crítico abrumador. Es prácticamente el único científico social que se ha tomado en serio la tarea de pensar nuestro tiempo como un genuino *final del neolítico*, por emplear la expresión de Santiago Alba Rico. A través de una exploración pionera del modo en que las consideraciones antropológicas generales podían ayudar a entender tanto la dinámica de las sociedades capitalistas como algunas limitaciones importantes de la teoría económica convencional, Polanyi traza un horizonte de sentido en el que la civilización moderna queda retratada como un experimento social autodestructivo, tan infantilmente irracional como una guerra nuclear aunque mucho más lento y doloroso. De espaldas tanto a las condenas vaporosas de la racionalidad occidental como a la gran teoría huera, trata de identificar los mecanismos culturales que han convertido nuestras sociedades en un proceso carcinógeno. Y

* Algunos materiales preliminares de este texto se publicaron en la revista *Nexo*, nº 2, 2004, bajo el título «Karl Polanyi o la humildad de las ciencias sociales».

lo consigue con una extrema continencia metodológica y sin recurrir al ensalzamiento o la condena del proyecto ilustrado, una circunspección que en el contexto de la globalización postmoderna le proporciona una potencia política aún por explorar.

Karl Polanyi nació en Hungría y su formación intelectual estuvo muy ligada a los círculos universitarios socialistas de Budapest. Sin embargo, sus primeras aportaciones intelectuales relevantes se produjeron hacia 1922, cuando se trasladó a Viena en un momento de efervescencia sociológica en el que confluyeron el desafío de la escuela liberal austriaca, la recepción de la experiencia soviética, el legado institucionalizado del Verein y las aportaciones del austromarxismo. Los primeros escritos de Polanyi están muy marcados por este contexto.[1] Dedicó grandes esfuerzos a defender la racionalidad y posibilidad misma de una economía socialista frente a las tesis de Ludwig Von Misses. Polanyi propugnó un proyecto político poco ortodoxo: una economía colectivizada pero parcialmente monetarizada, articulada a través de una estructura municipal descentralizada que evitaría que las decisiones económicas se tomaran desde una base puramente técnica.[2] Un elemento

[1] Cf. Jérôme Maucourant, *Descubrir a Polanyi*, Valencia, Bellaterra, 2006, cap. 1; I. D. Polanyi, «Karl Polanyi: apuntes sobre su vida», en K. Polanyi, *El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori, 1994, pp. 28 y ss. Respecto al contexto sociológico austriaco, véase Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Morata, 2004. Véase, además, Lee Congdon, «The Sovereignty of Society: Polanyi in Vienna», en K. Polanyi-Levitt (ed.), *The Life and Work of Karl Polanyi*, Montreal, Black Rose, 1990; Eva Gábor, «The Early Formation of Karl Polanyi's Ideas», en K. McRobbie (ed.), *Karl Polanyi in Vienna. The Contemporary Significance of The Great Transformation*, Montreal, Black Rose, 2000, y P. Moreno Feliú, «Presentación», en K. Polanyi, *El sustento del hombre*, *op. cit.*, p. 15.

[2] Cf. K. Polanyi, «Sozialistische Rechnunslegun», *Archiv für Sozialwissenschaft Und Sozialpolitik*, vol. II, nº 2, 1922. Hay traducción francesa en Michele Cangiani y Jérôme Maucourant, *Essais de Karl Polanyi*, París, Seuil, 2008, un volumen imprescindible para conocer numerosos trabajos de Polanyi de muy difícil acceso. Véase, además, P. Rosner, «On Socialist Accounting», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 58 y Jérôme Maucourant, *Desubrir a Polanyi*, *op. cit.*, pp. 132-144.

importante ya en esta propuesta es la idea de que las prácticas que categorizamos convencionalmente como económicas constituyen un haz de relaciones sociales con importantes dimensiones extramercantiles. No se trata de un *desideratum* moral o político sino de un rasgo estructural de la sociabilidad humana que, a lo sumo, se puede atrofiar mediante instituciones productivas e ideológicas socialmente suicidas: ése es el caso justamente del capitalismo. Así, en sus primeros escritos Polanyi otorga una gran importancia al hecho de que en una economía capitalista los intereses del consumidor están desestructurados y, en consecuencia, las evaluaciones colectivas no pueden afectar a la producción. Del mismo modo, la base conceptual de la combinación de sistema de precios y control político de la economía característica del socialismo posibilista polanyiano es la distinción procedimental —basada en criterios ajenos al mercado— entre los costes sociales y naturales de la producción. Con independencia de su solidez teórica, esta propuesta, posiblemente infravalorada, desempeña un paso importante en el avance de Polanyi hacia una redefinición de la noción de economía que le lleva a escribir sobre las «falsas necesidades» como el alcohol, la moda y las armas y, ya en su etapa inglesa, a recuperar ideas procedentes del joven Marx para postular la índole ficticia de ciertas mercancías muy importantes, como son la tierra, el trabajo y el dinero.[3]

A principios de los años treinta Polanyi emigró a Inglaterra, donde trabajó simultáneamente en campos teóricos de improbable solidaridad, como son las relaciones internacionales, la historia económica y la reflexión religiosa. De algún modo, la originalidad del enfoque de Polanyi consiste en lograr que estas tres perspectivas se compadezcan para fundamentar un análisis coherente y realista —o sea, apocalíptico— de los

[3] Kari Polanyi-Levitt, «Origins and Significance of *The Great Transformation*», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 123.

cataclismos sociales de la modernidad. Básicamente, Polanyi explica la tectónica política del período de entreguerras como una reacción a procesos sociales de gran envergadura y larga duración que, a su vez, examina a través de filtros normativos que en ese momento adoptan la forma de una síntesis irrepetible de marxismo y cristianismo.[4] El resultado de esta extraña coctelera será uno de los pocos ensayos realmente indispensables de las ciencias sociales del siglo XX.

§1. La gran transformación

La gran transformación (1944) intenta explicar la crisis del proyecto liberal que, tras un largo período de paz, desembocó en dos guerras mundiales, una crisis económica global sin precedentes, la caída del patrón oro y el surgimiento de distintas alternativas no librecambistas, como el fascismo, el socialismo soviético y los proyectos desarrollistas. A tal efecto, une datos económicos, históricos y antropológicos para analizar acontecimientos de gran magnitud. *La gran transformación* puede leerse como un estudio de los terribles efectos que tuvo la conversión de los factores de producción en meras mercancías, es decir, la transformación de sistemas productivos estables con varios milenios de antigüedad en un enfebrecido ensayo social librecambista. O, si se prefiere, también puede entenderse como una profundización y una extensión del análisis que propone Marx en el capítulo de *El capital* dedicado a «La acumulación originaria» —esto es, a los orígenes de una institución tan insólita como es el mercado de trabajo—, aplicándolo a otras mercancías igualmente extrañas, como los recursos naturales.

[4] Véase, en especial, «The Essence of Fascism», en J. Lewis, K. Polanyi y D.K. Kitchin, *Christianity and the Social Revolution*, Londres, Gollancz, 1935. Otros muchos escritos de esta época aparecen también recogidos en Michele Cangiani y Jérôme Maucourant, *Essais de Karl Polanyi*, *op. cit.*, segunda parte.

La gran transformación comienza estudiando las reacciones políticas que se produjeron en el contexto de la Inglaterra de finales del siglo XVIII tras la mercantilización de esferas de la vida social que hasta ese momento habían quedado más o menos al margen del comercio. Estos procesos trastocaron de arriba abajo las relaciones sociales tradicionales y favorecieron el surgimiento de propuestas conservadoras que intentaron afrontar la crisis mediante subsidios y medidas disciplinarias, filantrópicas y penales. En concreto, Polanyi analiza las leyes de Speenhamland, promovidas por el colectivismo tory, que trataban de garantizar la subsistencia física de los más pobres a través de una especie de renta básica. En su opinión, la abolición de esta legislación constituye el pistoletazo de salida del predominio del ideal del mercado autorregulado y de la atribución al estado, como tarea fundamental, de la promoción del comercio y la mercantilización. Polanyi describe la Inglaterra de Ricardo como una época caracterizada por una serie de cambios profundos en la tecnología, la política y la ciencia social que crearon una nueva idea de la economía y de la motivación económica. Estas transformaciones radicales dieron lugar a una sociedad única cuya economía se organizaba enteramente en torno al mercado.

En términos generales, *La gran transformación* trata de fundamentar empíricamente la idea de que el capitalismo no ha liberado una tendencia natural al intercambio, no ha despejado de sometimientos feudales un impulso arcano y omnipresente sino que ha dado lugar a una civilización históricamente exótica. Los liberales no son los depositarios del sano sentido común, sino parientes cercanos de milenaristas, adolescentes contraculturales y fanáticos religiosos que, por un extraño azar histórico, han conseguido imponer sus extravagancias a sangre y fuego al resto del mundo. En las comunidades tradicionales la economía está «empotrada» en otras relaciones sociales, como los vínculos de parentesco o las

prácticas religiosas. Por eso tiende a ser un fenómeno invisible, ya que la reproducción material tiene lugar en el transcurso de procesos híbridos, no exclusivamente productivos, comerciales o consumistas. En palabras de Marshall Sahlins, en las sociedades primitivas, «normalmente una transacción material es un episodio momentáneo en una relación social continua».[5] En cambio, el capitalismo es la primera civilización en la que el mercado «se separó radicalmente de las demás instituciones sociales y, al establecerse al margen, ha obligado al resto de la sociedad a funcionar plegándose a sus leyes particulares».[6] Se trata de un fenómeno difícil de sobreestimar y que podría servir para caracterizar la dinámica política de los últimos dos siglos de historia mundial. La escisión de la economía como esfera autónoma y el predominio del mercado sobre cualquier otra institución demarcan los límites entre los que han pendulado, con márgenes muy estrechos, las diferentes alternativas políticas no rupturistas. Lo característico es que se trata de límites no materiales o tecnológicos sino sociales y, por eso, Polanyi centra su atención no en la producción sino en el intercambio, donde se concentra la exoticidad etnológica del capitalismo.

La escisión de la economía se produjo a través de un auténtico «asalto al marco institucional en el que la economía había estado empotrada».[7] La consumación de este ataque fue precisamente el proceso de mercantilización de tierra, trabajo y dinero:

> Es evidente que trabajo, tierra y dinero *no son* mercancías, en el sentido de que, en lo que a estos tres elementos se refiere, el postulado según el cual todo lo que se compra y se vende debe haber sido producido para la venta es manifiestamente falso. En otros términos, si nos atenemos a la definición empírica de la mercancía, se puede decir que trabajo, tierra y dinero no son mercancías. El trabajo no es más que la actividad económica que acompaña a la propia vida —la cual, por su parte, no ha sido producida en función de la venta, sino por razones totalmente distintas— (...). La tierra por su parte es, bajo otra denominación, la misma naturaleza que no es producida por el hombre. Finalmente, el dinero real es simplemente un signo del poder adquisitivo que, en líneas generales, no es en absoluto un producto sino una creación del mecanismo de la banca o de las finanzas del Estado.[8]

Polanyi distingue los mercados, un fenómeno casi universal pero de importancia social marginal, del sistema mercantil, es decir, la integración de todos los mercados en una única economía nacional o internacional, que constituye una auténtica innovación en la historia de la humanidad.[9] El sistema mercantil proporciona consistencia ideológica a la ficción de que mecanismos económicos de gran complejidad pueden llegar a funcionar autónomamente con coherencia como subproducto de la agregación de conductas individuales, por tanto, sin ningún tipo de intervención colectiva, ya sea heredada o deliberativa.

En efecto, uno de los grandes atractivos del proyecto económico liberal es su parsimonia individualista. Frente al frondoso panorama de dependencias personales que caracterizaba las comunidades premodernas, el liberalismo histórico defendía un desértico programa social en el que las únicas motivaciones económicas eran el temor a la necesidad material y el deseo de lucro y que no precisaba de más soporte jurídico que la protección de la propiedad y el cumplimiento de los contratos. En cambio, según Polanyi, la realidad es que el

[5] M. Sahlins, *Stone Age Economics*, Nueva York, Aldine, 1972, p. 185.
[6] M. Godelier, *Lo ideal y lo material*, Madrid, Taurus, 1989, p. 211.
[7] Margaret R. Somers, «Karl Polanyi's Intellectual Legacy», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 154.
[8] K. Polanyi, *La gran transformación*, Madrid, La Piqueta, 1989, pp. 127-128.
[9] Cf. Gregory Baum, *Karl Polanyi on Ethics and Economics*, Montreal, McGill-Queen's Press, 1996, p. 5.

desempotramiento de la economía y su consiguiente colonización del resto de la sociedad sólo fue posible tras la aparición de instituciones políticas centrales. La autonomía del mercado es el resultado de una regulación política de una intensidad sin precedentes: fueron los estados y no los empresarios los que impulsaron efectivamente el comercio y la industria. Pero, sobre todo, las instituciones centralizadas son las únicas capaces de preservar las sociedades de las que los mercados se han escindido: la mercantilización generalizada tiene un efecto destructor del tejido comunitario informal que debe ser paliado a través de un creciente aparato burocrático. De modo que el efecto paradójico (o no) de la liberalización económica es el incremento del poder estatal. En las economías tradicionales «no hay una organización económica separada, sino que el sistema económico está incrustado en las relaciones sociales, [por eso] tiene que existir una fuerte organización social que se ocupe de aspectos de la vida tales como la división del trabajo, la distribución de la tierra, la organización del trabajo, la herencia, etcétera».[10] En cambio, la sociedad moderna se caracterizaría por un doble movimiento, de un lado la destrucción de esa retícula social, de otro, el fortalecimiento del poder del estado como institución vicaria de los vínculos antropológicos informales.

El objetivo último de *La gran transformación* es describir el liberalismo económico como un proyecto radicalmente utópico cuya puesta en práctica habría destruido los cimientos materiales y políticos de la civilización moderna y, así, habría potenciando diversas respuestas de la sociedad que ve amenazada su supervivencia. Estos «contramovimientos», como Polanyi los denomina, abarcan una amplia gama de apuestas políticas: desde las reacciones colectivistas autoritarias hasta las apuestas socialistas por la emancipación pasando por los proyectos de regulación estatal de la economía de mercado.

[10] K. Polanyi, *El sustento del hombre*, *op. cit.*, p. 147.

§2. Polanyi, Aristóteles y la antropología

Tras la Segunda Guerra Mundial Polanyi emigró a Estados Unidos, donde profundizó en su interés por la antropología histórica. Es entonces cuando plantea un análisis más minucioso de las tesis que subyacían a *La gran transformación*. Bajo el lema del «sustantivismo antropológico» —en oposición al «formalismo» que proyectaba a otras sociedades la racionalidad práctica del *homo economicus*—,[11] Polanyi generalizó la idea de que el capitalismo moderno había propiciado una auténtica desviación de la norma social, moral e incluso espiritual de la humanidad. Por eso, como señala Gérald Berthoud,[12] sería totalmente equivocado entender su obra como si propusiera un análisis dual, de un lado la antropología y de otro la historia reciente. Polanyi establece la unicidad del capitalismo, pero esa excepcionalidad sólo se hace visible desde un marco antropológico amplio en el que resultan evidentes las distintas posiciones que ha ido ocupando la economía a lo largo de la historia humana. De igual modo, el fascismo sería una declinación atroz de tendencias antropológicas imposibles de eludir, un contramovimiento que sacó a la luz «el perverso triunfo de la realidad, especialmente de ciertas verdades sociológicas duraderas cuya realidad había sido negada y suprimida por la falacia economicista».[13]

[11] Cf. George Dalton, «Writings that Clarify Theorical Disputes Over Karl Polanyi's Work», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*; G. Dalton y J. Köcke, «The Work of the Polanyi Group», en S. Ortiz (ed.), *Economic Anthropology*, Nueva York, University Press of America, 1983. D. Little atribuye la creación del poco afortunado, término «formalismo» a Weber y señala como principales antropólogos formalistas a S. Popkin, M. Nash, T. Schultz, R. Firth o R. Myers (cf. D. Little, *Varieties of Social Explanation*, Oxford, WestView Press, 1991, p. 185). Respecto a la polémica entre formalistas y sustantivistas véase también M. Godelier, *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, 1976.

[12] G. Berthoud, «Toward a Comparative Approach: The Contribution of Karl Polanyi», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*

[13] Margaret R. Somers, «Karl Polanyi's Intellectual Legacy» en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 153.

Como punto de partida, Polanyi establece una definición de los modelos productivos tradicionales en los que la economía está empotrada.[14] En estos sistemas «las motivaciones individuales, definidas y articuladas, surgen como una norma de situaciones determinadas por hechos de orden extraeconómico (familiar, político o religioso); el lugar de la pequeña economía familiar es poco más que un punto de intersección entre líneas de actividades llevadas a cabo por grupos de parentesco más amplios en diversas localidades».[15] Tal vez una de las más sorprendentes conclusiones de este giro sustantivista sea la rehabilitación de Aristóteles como economista. Según Polanyi, Aristóteles interpreta correctamente la economía como un proceso teleológicamente orientado a asegurar la subsistencia de una comunidad. Para Aristóteles

> la «autosuficiencia» del grupo humano, ese postulado de la supervivencia, está asegurada cuando es posible físicamente el abastecimiento de «lo necesario». Con este término se quiere designar los bienes que sirven de sustento y se pueden almacenar, es decir, que se conservan. El trigo, el vino y el aceite son *chremata*, como también la lana y determinados metales. Los ciudadanos y los miembros de la familia han de poder vivir de ellos en caso de carestía o de guerra. La cantidad que la familia o la ciudad «necesitan» es un dato objetivo. La familia es la unidad de consumo más pequeña y la *polis* la mayor; en los dos casos lo «necesario» está determinado por las pautas de la comunidad, de donde la noción de su carácter intrínsecamente restringido.[16]

[14] Para una crítica marxista de esta distinción véase M. Godelier, *Racionalidad e irracionalidad en economía*, Madrid, Siglo XXI, 1967, p. 264.

[15] K. Polanyi, «Aristóteles descubre la economía» en K. Polanyi, C.M. Arensberg y H.W. Pearson, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor, 1976, p. 117.

[16] K. Polanyi, «Aristóteles descubre la economía», *op. cit.*, p. 124; véase también K. Polanyi, *El sustento del hombre*, *op. cit.*, p. 151.

Polanyi ve en Aristóteles una fuente para la crítica de dos de los pilares de la economía ortodoxa: el predominio individualista de la racionalidad instrumental —cuyo único objetivo es la selección de los medios idóneos para alcanzar un fin dado— en el contexto de los procesos económicos y la recurrencia del fenómeno de la escasez al margen de cualquier consideración material. En primer lugar, cuando Aristóteles analizaba alguna cuestión económica, siempre trataba de subrayar su relación axiológica con el conjunto de la sociedad: «El marco de referencia era la comunidad tal como existe en sus diferentes niveles dentro de todos los grupos humanos (...). Los conceptos de referencia eran la comunidad, la autosuficiencia y la justicia».[17] Por otra parte, para Aristóteles las necesidades humanas, aunque son relativas a un contexto institucional concreto, no son formalmente ilimitadas. Una vez cubiertas ciertas necesidades, la escasez procede del lado de la demanda, es decir, tiene que ver con una idea equivocada de la buena vida.

A partir de Aristóteles, Polanyi trata de establecer un doble sentido de la palabra «economía» en las ciencias sociales. De un lado estaría el significado «formal», vinculado a la teoría de la elección racional y cuyo predominio es históricamente excepcional. En cambio, el significado «real» o empírico trata de tomar en consideración la dependencia en que se encuentra el individuo con respecto a la naturaleza y a sus semejantes. Desde esta perspectiva, la economía consiste en una relación de intercambio con el entorno físico y social a través de la cual se obtienen los medios para satisfacer las necesidades materiales y simbólicas. El significado real de la economía no está basado ni en la elección ni en la escasez de recursos: a menudo el sustento es el resultado de un marco normativo heredado y no de un proceso de elección racional individual;

[17] K. Polanyi, «Aristóteles descubre la economía», *op. cit.*, p. 125.

pero incluso si se producen elecciones, éstas no tienen por qué estar determinadas por la escasez.[18]

Por supuesto, una objeción sencilla a la tesis de Polanyi es que parece claro que la racionalidad instrumental *sí* es una característica antropológica universal. Tal vez no se pueda caracterizar las economías tradicionales únicamente en términos de comportamientos instrumentales individuales, pero parece evidente que los miembros de las sociedades etnológicas son tan capaces de buscar los medios idóneos para lograr un fin dado como cualquier occidental weberiano. Como ha señalado Little, «la distancia entre el paradigma sustantivista y el formalista podría no ser tan grande como parece. El enfoque sustantivista no necesita negar la eficacia de la racionalidad medios-fines en las sociedades tradicionales; basta con que insista en la importancia esencial de las normas y valores (...). Pero esta descripción es compatible con la posibilidad de que la conducta individual en, por ejemplo, una aldea balinesa sea racional cuando tomamos en cuenta las creencias y valores que influyen en la elección».[19]

§3. Los méritos de la sociología popular

Polanyi buscaba una deflación técnica de la ciencia económica para prestar atención a aspectos de la formalización oculta. Como subrayó Godelier, la definición del proceso económico que presenta Polanyi concuerda con la noción espontánea que se hace de la economía el sentido común.[20] Este bajo rango de abstracción le permite superar algunas limitaciones de la economía ortodoxa, como su incapacidad

[18] Cf. D. J. Fusfeld, «Karl Polanyi's Lectures on General Economic History: A Student Remembers», en K. McRobbie (ed.), *Humanity, Society and Commitment. On Karl Polanyi*, Montreal, Black Rose, 1994, p. 3.

[19] D. Little, *Varieties of Social Explanation*, *op. cit.*, p. 187.

[20] M. Godelier, *Lo ideal y lo material*, *op. cit.*, p. 217.

para tomar en consideración fenómenos sociales que no sabemos expresar en términos individualistas o, más exactamente, extensionales. Sencillamente utiliza ideas generales y un tanto impresionistas acerca de la naturaleza de las sociedades humanas que, a su vez, le permiten recuperar factores que normalmente no forman parte del bagaje del economista. Según sus propias palabras, «la inclusión de lo no-económico es vital».[21]

Polanyi subraya la importancia que tienen los aspectos institucionales en la economía, en la medida en que aseguran la recurrencia de los movimientos económicos y proporcionan integridad al sistema productivo. Por eso, el estudio del modo en que están institucionalizadas las economías tiene que comenzar por la forma en que la economía adquiere unidad y estabilidad:

> La observación empírica demuestra que las pautas principales son la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. La reciprocidad supone movimientos entre puntos correlativos de agrupaciones simétricas; la redistribución consiste en movimientos de apropiación en dirección a un centro primero y, posteriormente, desde este centro hacia fuera otra vez; por intercambio entendemos movimientos recíprocos como los que realizan los «sujetos» en un sistema de mercado. Superficialmente podría parecer que las formas de integración no hacen sino reflejar agregados de las formas respectivas de conducta individual (...) pero los meros agregados no bastan para producir las estructuras. La conducta de reciprocidad sólo integra la economía si están ya dadas estructuras de parentesco.[22]

En el fondo, se trata de fenómenos que los antropólogos han analizado desde los tiempos heroicos de la disciplina, y el propio Polanyi cita abundantemente a autores como Malinowski o Mead. De hecho, Marvin Harris criticó agria-

[21] K. Polanyi, *La gran transformación*, *op. cit.*, p. 46.

[22] K. Polanyi, «La economía como actividad institucionalizada», en K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson, *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, *op. cit.*, p. 296.

mente la posición sustantivista en la medida en que habría magnificado un descubrimiento de sobra conocido.[23] En realidad, la cuestión podría entenderse justamente al revés de como la plantea Harris. ¿Por qué un descubrimiento de sobra conocido ha afectado tan poco a una ciencia, la economía, con importantísimas repercusiones prácticas? ¿Por qué todo nuestro aparato institucional se empeña en fomentar medidas basadas en presupuestos antropológicamente endebles? El interés principal de destacados miembros del grupo de investigación dirigido por Polanyi, como Terence K. Hopkins y Harry Pearson, era rebatir las tesis de sociología económica general de Talcott Parsons, dominantes en aquel momento en la academia norteamericana. En última instancia, Polanyi pretendía fundamentar la necesidad política de excluir del intercambio ciertas áreas sociales demasiado importantes como para estar sujetas a esa comprensión deportiva de la vida en común que está dispuesta a jugarse la supervivencia colectiva a los azares de la competición y la búsqueda de ventaja individual.

> Se ha señalado justamente en el regateo la esencia de la conducta negociadora. (...) Este comportamiento contrasta con el del intercambio a un precio fijo. (...) El intercambio a precios fluctuantes tiene como objetivo una ganancia que sólo se puede conseguir por una actitud de claro antagonismo entre los contratantes. Este elemento de antagonismo puede presentarse muy diluido, pero no se puede eliminar. Ninguna comunidad que desee preservar la solidaridad entre sus miembros puede permitir que se desarrolle una hostilidad latente en torno a una cuestión como la comida, tan vital para la existencia animal y, por consiguiente, capaz de producir tensión y ansiedad. De ahí la prohibición de las transacciones motivadas por la ganancia, por lo menos en lo que se refiere a artículos de primera necesidad, prohibición prácticamente universal en las sociedades arcaicas. La exclusión generalizada del regateo sobre las vituallas elimina automáticamente los mercados creadores de precios del ámbito de las instituciones primitivas.[24]

[23] M. Harris, *El materialismo cultural*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 258 y ss.

Polanyi rastrea en la historia indicios de criterios económicos categóricos, ya sea en forma de necesidades humanas universales o de límites estructurales, que permitan fundamentar empírica, y no sólo moralmente, la oposición a la *hybris* capitalista, a la concepción de la producción y el intercambio como un proceso ilimitado y expansivo que constituye un fin en sí mismo. Se concentra en las discontinuidades extremas —el liberalismo radical y las comunidades neolíticas— y por eso sus tesis resultan pragmáticamente poco problemáticas. Cabría pensar incluso que la potencia práctica de las ideas de Polanyi procede en buena medida de su premeditada ingenuidad teórica.

Porque es cierto que a poco que se tome en consideración la coherencia formal del planteamiento de Polanyi salen a la luz problemas irresolubles. Por ejemplo, en cierto momento caracteriza el sistema de mercado como una matriz económica sin control consciente. ¿Significa eso que en las sociedades tradicionales los individuos son kantianos cotidianos o hay alguna otra forma de conexión normativa entre el interés individual y el colectivo? Peor todavía, ¿cómo surgen los contramovimientos?, ¿qué significa materialmente la pervivencia en la modernidad de tendencias colectivistas arcaicas? Polanyi se despreocupa completamente de ahondar en los presupuestos colectivistas que subyacen a la noción de contramovimiento que, además, es extraordinariamente amplia hasta el límite de la vaguedad: abarca desde el militarismo al urbanismo, pasando por el control de la polución, las leyes bancarias, los sindicatos o los bancos centrales.[25] Marvin Harris ha expresado el problema con notable precisión:

[24] K. Polanyi, «La economía como actividad institucionalizada», en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, *op. cit.*,, p. 300.

[25] Cf. J. Ron Stanfield, «Karl Polanyi and Contemporary Economic Thought», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 202.

> Desde una perspectiva materialista cultural, tanto los sustantivistas como los formalistas se hallan atascados en el mismo lodazal metafísico. Afirmar que para los sustantivistas la economía es el «proceso de aprovisionamiento material de la sociedad» carece de sentido a menos que se especifique cómo deben identificarse las categorías del proceso en relación con acontecimientos mentales y conductuales, y con puntos de vista del actor nativo o el observador.[26]

Si Polanyi se hubiera rendido a la tentación teoreticista a la que parecen condenados muchos sociólogos, seguramente habría propuesto alguna clase de truco funcionalista. Pues a menudo presupone con desparpajo que la sociedad actúa como un todo a espaldas de los individuos, por ejemplo, incitándoles a responder a la destrucción liberal de los vínculos comunitarios. Sin embargo, Polanyi nunca se ocupó de este asunto con claridad, si bien sus discípulos han negado que pueda leerse su obra en clave funcionalista.[27] Parece que la solución que dio Polanyi a esta clase de aporías fue, sencillamente, negarse cuidadosamente a tomarlas en consideración. Probablemente si se le hubiera pedido cuentas de ellas, habría recurrido a alguna clase de argumento moral cercano a Tolstoi: el convencimiento de que «el deseo de los seres humanos es vivir juntos y amarse mutuamente sin límites y de un modo inmediato»,[28] se convierte en sus manos en una herramienta científica que permite evitar disquisiciones ontológicas paralizantes y preocuparse de aspectos empíricos que otras teorías mejor microfundamentadas obvian.

[26] M. Harris, *El materialismo cultural*, *op. cit.*, p. 260.

[27] Gregory Baum, *Karl Polanyi on Ethics and Economics*, *op. cit.*, p. 15 y ss.

[28] Citado en Lee Congdon, «The Sovereignty of Society: Polanyi in Vienna», en *The Life and Work of Karl Polanyi*, *op. cit.*, p. 78. Sobre la influencia de Tolstoi véase Ilona Duczynska Polanyi, «I first Met Karl Polanyi in 1920...», en *Karl Polanyi in Vienna*, *op. cit.*, p. 310.

Así que sería fácil llegar a la conclusión contraria a la de Harris. El éxito científico y práctico de la obra de Polanyi —su utilidad como matriz de un amplio abanico de investigaciones y su potencia como herramienta de intervención política— debería hacer reflexionar sobre el sentido de las propuestas sociológicas metodológica y teóricamente más sofisticadas. De algún modo, la lección que cabe extraer de la pervivencia de Polanyi, que ha sobrevivido a innumerables modas sociológicas muy agresivas, sólo puede ser epistemológicamente pesimista. Saca a la luz los méritos de lo que, parafraseando a Quine, podríamos denominar «sociología popular» frente a propuestas académicamente más estilizadas. Las tesis de Polanyi son un ejemplo paradigmático de la naturaleza praxeológica de las ciencias sociales que, al igual que la traducción, la cocina o la doma de animales, se componen de una amalgama heterogénea de conocimientos que abarca desde nociones cotidianas con importantes dimensiones valorativas hasta informaciones muy técnicas, por ejemplo, estadísticas o históricas. En las praxeologías hay, naturalmente, diferencia entre el conocimiento y la ignorancia, pero es una distancia de grado —delimitada por requiebros difusos antes que por un corte neto— y no sistematizable: tiene más que ver, por emplear una expresión de Jon Elster, con la alquimia mental que con la axiomática. Por eso, desde otro punto de vista, los textos de Polanyi tienen una moraleja política optimista. Por un lado, no hay expertos políticos, cada uno de nosotros disponemos de las capacidades precisas para contribuir al gobierno colectivo de nuestra vida en común. Por otro, hay conocimientos objetivos y no evidentes que pueden resultar de gran ayuda para acometer esa tarea, pero guardan una conexión íntima con la clase de intuiciones que nos guían en nuestra vida cotidiana, por eso son materia tanto para el ágora como para el laboratorio.

Prólogo

El propósito de esta obra es que la historia económica universal se convierta en el punto de partida de un replanteamiento comprensivo del problema del sustento del hombre.*

Continuaremos la investigación emprendida hace más de una década en *La gran transformación*, cuya conclusión implicaba que para obtener una visión más realista del lugar ocupado por la economía en la sociedad humana, es necesario que la historia económica general se asiente sobre bases conceptuales más amplias.

Se invirtieron más de cinco años de investigación sistemática en ese esfuerzo (1948-1952) patrocinado por el Consejo de Investigación de Ciencias Sociales de la Universidad de Columbia. El trabajo se interrumpió durante varios años mientras me dediqué, junto con los profesores C. M. Arensberg y H.W. Pearson, a la preparación del libro *Comercio y mercado en los imperios antiguos* (1957), obra a la cual aportamos también diversos artículos. *El sustento del hombre* representa una vuelta al esfuerzo inicial.

Desde un punto de vista teórico, desarrollaremos conceptos sobre el comercio, el dinero y las instituciones de mercado aplicables a todos los tipos de sociedad. En el ámbito

* Este prólogo parte de dos versiones diferentes, una escrita en 1954, y la otra sin fecha, pero evidentemente escrita después de 1957. (*N. del E.*)

histórico, pretendemos que los estudios de casos concretos ilustren nuestras generalizaciones mediante la contrastación y el paralelismo. Políticamente, la historia debería darnos respuestas para resolver algunos de los problemas morales y prácticos más candentes de nuestra época.

¿Cuál es el mundo del pensamiento al cual invitamos a entrar al lector? ¿Cómo se van a presentar los hechos, las discusiones y las perspectivas?

El uso del término «económico» parece estar maldito por las ambigüedades que presenta. La teoría económica le ha investido de una connotación temporal que resulta inútil fuera de los estrechos límites de nuestras sociedades dominadas por el mercado. Términos como oferta, demanda, precios, deberían reemplazarse por otros más amplios, tales como recursos, requisitos y equivalencias. El historiador podría entonces comparar las instituciones económicas de los diferentes períodos y regiones sin correr el peligro de atribuir a los hechos la forma mercantil de las cosas.

Una vez liberados de nociones engañosas, podremos enfrentarnos a las realidades. En nuestras economías de mercado, el comercio y el dinero parecen meras funciones del mercado, cosa que, hasta cierto punto, es verdad; pero tal apariencia, si se generaliza, falsifica los hechos del pasado. El comercio exterior y algunos usos del dinero son tan antiguos como la humanidad misma, mientras que los mercados formadores de precios son una innovación comparativamente reciente.

Esta idea particular puede parecer de alcance limitado, aunque lógicamente implica un replanteamiento de la escala temporal de la civilización euroasiática. Después del descubrimiento del Código de Leyes de Hammurabi en 1902, grabado en una estela de obsidiana, se dio por sentado el carácter eminentemente comercial de la sociedad babilónica. El alto índice de actividades mercantiles y el abundante uso del

dinero, tanto en forma de pago como de patrón de valor, se tomaron como prueba de comercio y del florecimiento de los mercados. Los orígenes de nuestra civilización comercial parecían retrotraernos entonces a los mismísimos comienzos de la historia escrita, aunque el comercio y los usos del dinero, como vimos, no implican necesariamente la existencia de mercados y, como revelan los recientes descubrimientos arqueológicos, en realidad no había rastro de lugares de mercado en toda la zona. No será Babilonia, sino Atenas, la ciudad a la que se le atribuirá en el futuro el título de ser la primera urbe que contó con un mercado importante. Parece ya evidente que la historiografía del mercado empieza a desviarse al menos un milenio en el tiempo y varios grados de longitud en el espacio.

El punto de vista crucial resulta familiar en cuanto pasamos a analizar los problemas humanos de los primeros milenios. Lo que a nuestra generación parecen únicas y fatales encrucijadas —libertad contra burocracia, planificación contra métodos de mercado— se reconocen como variantes tópicas de situaciones humanas recurrentes. La economía totalmente planificada del Egipto helenístico creó el primer mercado «mundial» de granos en el Mediterráneo oriental. Armonizar la iniciativa personal del comerciante con las directrices comerciales del gobierno fue un fin perseguido por los gobernantes asirios en una época tan temprana como los comienzos del segundo milenio antes de Cristo. Y parece que tuvieron bastante éxito, a juzgar por los ingeniosos mecanismos mediante los cuales sus métodos de comercio colonial salvaguardaban la libertad del comerciante individual. La llamada colonia comercial de Capadocia, que nos viene ahora a la memoria, carecía de mercados de precios y practicaba un tipo de negocios sin riesgo mediante precios fijos, en el que el beneficio del comerciante se basaba en los porcentajes de comisiones. Asimismo era sorprendente la

forma en que se respetaban las leyes y la libertad personal del negociante. De manera similar se encontraron sistemas que reconciliaban la planificación económica con las necesidades de mercado en comunidades tan distintas como la Ática democrática del siglo V a.C. o el reino negro de Dahomey en el oeste de África, donde, unos dos mil años después, el comercio exterior era aún dirigido por la organización comercial del palacio real, mientras que la vida económica de las aldeas y los grupos familiares descansaba sobre los mercados locales y la autonomía de cada pueblo.

Aunque en términos del sustento nuestro mundo moderno puede ser aún más joven de lo que pensamos, los grandes problemas de la raza humana —libertad y centralización, iniciativa y planificación— ciertamente conllevan una serie de rasgos más duraderos de lo que se creía posible.



Introducción

Esta obra es la contribución de un historiador económico a los asuntos mundiales en una época de peligrosa transformación. Su objetivo es muy simple: ensanchar nuestra libertad de modificaciones creativas, y por ende mejorar nuestras posibilidades de supervivencia. El problema del sustento material del hombre debe ser reconsiderado en su totalidad.

En este libro no se puede hacer más que marcar el comienzo. Sin embargo, se intentará arrancar algunos conceptos erróneos, profundamente arraigados, que yacen en la filosofía social de nuestra época y que se refieren al lugar ocupado por la economía en la sociedad. Este esfuerzo se centrará en el estudio del comercio, el dinero y las instituciones de mercado, tan familiares en nuestra época y que, quizás por esa misma razón, siguen siendo lamentablemente origen de una inadecuada comprensión de la naturaleza de la economía del hombre.

Si alguna observación personal interrumpe, de vez en cuando, el análisis frío de los hechos es porque el historiador no puede permanecer por más tiempo al margen de las necesidades de su tiempo, a pesar de que al responder a su llamada, puede que introduzca extrañas tensiones en la estructura tradicional de una disciplina académica. Aun así, la perspectiva de esta empresa no surge de una visión mantenida

individualmente. La naturaleza de los peligros mencionados puede calibrarse objetivamente, y el más elemental examen del presente revela algunos de los factores permanentes en el próximo período de la historia. No obstante, el enfoque que se le ha dado a esta labor puede ser tachado de personal. Hay poderosas razones subjetivas para creer que, incluso una figura tan académica y periférica como el estudioso de historia económica, debería ser capaz de descubrir una utilidad concreta en este proceso secular. Así, por ejemplo, puede liberar nuestra mente de nociones obsoletas, y, en tanto en cuanto pueda discernir correctamente los males de la época, podría incluso aventurarse a ofrecer una opinión sobre cómo juzgar los problemas de la política a largo plazo.

Los hechos concretos de la situación en que nos encontramos son, en realidad, vistos por muchas personas de la misma forma. Hace aproximadamente una generación, se hizo evidente la caída del sistema de la economía mundial. Después de la Primera Guerra Mundial, el patrón oro internacional, los mercados mundiales de mercancías y materias primas, y la distribución universal de los créditos e inversiones se hundieron por los cambios, algunos repentinos, otros más graduales. Al mismo tiempo, empezó a desintegrarse la organización política de los pueblos del planeta. El equilibrio de poderes que había evitado guerras mayores durante un siglo dejó de funcionar. Surgieron y cayeron nuevas formas de gobierno dictatoriales. Se pusieron a prueba nuevas formas de organización económica con un éxito variable. Tras la Segunda Guerra Mundial, los continentes de Asia y África hicieron más flexibles sus fronteras. Hubo un momento en que parecía inminente la Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, a pesar de las diferencias, las posibilidades de vida parece que superan a las de muerte. Pero, cualquiera que sea el resultado final, se puede sacar con certeza una conclusión: que es inevitable la necesidad de hacer más reajustes en el marco institucional de

la vida nacional e internacional. Esto puede sonar a tópico, ya que la historia nunca permanece inmóvil. En realidad, dentro de este contexto significa prever los cambios que afectan a los aspectos vitales de nuestra existencia colectiva aunque, por muy posible que parezca ahora, no sucedan acontecimientos tan espectaculares como los de la década que acabamos de pasar. La circunstancia crucial que debe destacarse, y que se pasa por alto muy fácilmente, es precisamente que las fuerzas políticas e ideológicas en conflicto dentro de la escena internacional tendrán por necesidad que chocar destructivamente, o armonizar constructivamente, o quizás ambas cosas. Pero es tal la naturaleza institucional de estas fuerzas que, aunque no ocurra nada dramático, tendrá que haber una importante adaptación hecha paso a paso. De algo podemos estar seguros: que, sea lo que sea lo que nos depara el futuro, es inevitable que haya un cambio creativo mínimo en los rasgos permanentes de la esfera humana. La mera coexistencia, si tiene que funcionar, necesita eso y más.

Más allá de los mecanismos institucionales que involucra la sola coexistencia, es posible otro tipo de cambio no espectacular en el mundo humano, pero más extenso que lo que la imaginación haya concebido hasta ahora. La energía nuclear, una vez liberada, nunca dejará de perseguirnos. Esas preocupaciones constantes en las que tenemos puesto nuestro ser pueden alterar su dirección, cambiando desde su eje económico actual a uno que, pudiéramos llamar, moral y político. El progreso económico y el bienestar ya no serán los fines supremos del hombre, sino que su lugar será ocupado por la paz y la libertad. El temor, ese arquitecto del poder, está ya dando lugar a tendencias totalitarias de una magnitud hasta ahora desconocidas. Para mejor o para peor, lo cierto es que la estructura misma del cambio está cambiando.

§1. Cambio e historia económica

En cuanto a la esperanza de aportar su grano de arena, el historiador económico puede alimentar, como debe ser, y como siempre fue, lo esotérico. En realidad, escoger la eterna cuestión del sustento humano e instar a su reconsideración a la luz de las necesidades prácticas debe parecer un objetivo bastante extraño. El lugar ocupado por las diversas economías en diferentes sociedades es, en el mejor de los casos, un tema amenazador. Aunque es esencial que cada sociedad tenga un tipo u otro de economía, ésta puede relacionarse con el resto de esa sociedad de muy diferentes maneras. Bajo la influencia de la misma tecnología, los cambios a largo plazo en la organización económica pueden ser considerados como una transición del capitalismo al socialismo. Asimismo, la propia organización económica parece compatible con cambios bruscos en el sistema político, como por ejemplo, cuando una sociedad de mercado pasa de una democracia liberal al fascismo o viceversa. Este fenómeno es de lo más probable si el cambio ha sido provocado por una fuerza externa, como puede ser una conquista, hecho bastante común en la historia del mundo. Bajo la presión exterior, o al despertar a otro tipo de cultura impuesta, cualquier esfera de la vida —sea política, religiosa o cultural— puede ganar supremacía sobre las demás y mantenerla durante un intervalo de tiempo demasiado largo como para ser considerado meramente temporal. Sin embargo, aunque la economía pueda ocupar tan sólo un segundo o tercer plano, nunca falla al complicar los resultados de manera imprevisible.

No obstante, si he elegido aquí el difícil y enrevesado tema del sustento del hombre, fue con la convicción de que no está más allá de la esfera del esfuerzo intelectual eliminar algunos de los prejuicios más incurables bajo los cuales se le presenta al hombre de nuestro siglo el problema de la economía en sí misma.

Esta creencia, que llega a ser casi un compromiso personal, se deriva de un análisis profundo realizado a lo largo de muchos años. Estoy convencido de que la debilidad inconsciente que arrastra de antaño la civilización occidental tiene su origen precisamente en las particulares condiciones bajo las cuales se configura su destino económico. Con toda su singularidad, este argumento puede ser expuesto de la siguiente manera.

Nuestro pensamiento social, enfocado como está en la esfera de lo económico, está por esa misma razón mal preparado para enfrentarse a las necesidades económicas de esta época de cambios. Una sociedad netamente de mercado como la nuestra tiene que encontrar difícil, si no imposible, apreciar equitativamente las limitaciones de la importancia de lo económico. Debido a que las actividades diarias del hombre han sido organizadas a través de mercados de varios tipos, basados en motivos puramente de beneficio, determinados por actitudes competitivas, y gobernados por una escala de valores utilitaria, la sociedad humana se ha convertido en un organismo que está, en sus aspectos esenciales, subordinado a los propósitos de lucro. Habiendo convertido el hombre la ganancia económica en su fin absoluto, pierde la capacidad de relativizarla mentalmente. Su imaginación queda encerrada en los límites de la incapacidad. La misma palabra *economía* evoca en él, no el cuadro de los medios de sustento del hombre y la tecnología que ayuda a asegurarlos, sino una serie de fines concretos, de actitudes peculiares y de propósitos totalmente específicos, a los que él está acostumbrado a denominar *económicos*, aunque no sean más que meros accesorios de la economía real, que deben su existencia a una efímera interacción de características culturales. No son los rasgos duraderos y permanentes de todas las economías las que le parecen esenciales, sino los puramente contingentes y transitorios. Seguramente verá dificultades que no existen si se miran de

otro modo, y tropezará con obstáculos fácilmente salvables, cuya misma existencia le resulta desconocida. En su ignorancia, no puede entender ni las verdaderas condiciones previas de supervivencia ni las formas menos evidentes de conseguir lo posible. Esta obsoleta mentalidad de mercado es, a mi parecer, el principal obstáculo para hacer un enfoque realista de los problemas económicos de las futuras décadas.

Tal proposición tiene que parecer casi contradictoria. Puede dar la impresión de que implica supervalorar la importancia de la economía contra la cual desea advertir tan ostensiblemente. Sin embargo, de ningún modo es así. Afirmar que los hábitos y costumbres de la sociedad de mercado tienden a ir acompañados de un cierto tipo de razonamiento económico es enteramente compatible con eL más absoluto rechazo de la visión ilusoria del predominio eterno del factor económico en los asuntos humanos. El siglo XIX, que universalizó el mercado, experimentó el determinismo económico en su vida diaria y se inclinó a presumir que tal determinismo era eterno y general. Su dogmatismo materialista con respecto a los hombres y la sociedad reflejaba las instituciones que conformaron su entorno. Afirmar que tales nociones centradas obsesivamente en lo económico, reflejando unas condiciones temporales, resultan un obstáculo para la solución de problemas más amplios, incluyendo el ajuste de la economía a los nuevos ambientes sociales, es, simplemente, mostrar lo evidente.

Por tanto, es precisamente por la desproporcionada influencia que el sistema de mercado ha ejercido en la sociedad y en nuestra propia experiencia personal por lo que encontramos difícil comprender el carácter limitado y subordinado de la economía tal y como ésta se presenta fuera de dicho sistema. De aquí también la esperanza de que, una vez reconocida nuestra tendencia interna como lo que es, deberíamos ser capaces de desprendernos de sus efectos mortíferos. Un mayor conocimiento de los hechos es el mejor correctivo para los prejuicios

restrictivos. Para reducir a su verdadera dimensión las cuestiones urgentes del cambio económico debemos aprender a ver con los ojos del historiador.

Las versiones emblemáticas de la historia, sin embargo, han demostrado que serían perjudiciales para nuestra generación como un mapa falso a un general en la víspera de una batalla. En primer lugar, la historia mundial no es fundamentalmente historia económica. La existencia física de un grupo, su seguridad física y mental, la totalidad de su forma de vida, trasciende cualquier cosa que pueda presentarse razonablemente como interés económico. Pero afirmar lo contrario también tiene sus peligros. Quien pueda ofrecer soluciones económicas siempre tendrá ventaja en el juego del poder sobre aquel que no pueda ofrecer nada. Una vez más, las simples prácticas mercantiles, por muy queridas que sean, no pueden presentarse a sí mismas como las únicas encarnaciones de valores tan trascendentales como la personalidad y la libertad. Esto sería sustituir crédito por credo, e infravalorar la fuerza de una religión secular que no ha depositado su fe en una cuenta bancaria. Tampoco el progreso tecnológico debería ser convertido en ídolo al que sacrificar ciegamente la moralidad y la felicidad humana. Pero, por otra parte, elevar el primitivismo al rango de moralidad y huir de la tecnología refugiándose en una caverna neolítica es una forma de desesperación que ignora la irreversibilidad del progreso.

Las generalizaciones discordantes como ésta no tienen por qué hacernos agnósticos. Las vividas y variadas experiencias del sustento humano llevan consigo un falso empaque, empezando por su mismo nombre. La postura más correcta es tener cuidado ante las generalizaciones abstractas en cuestiones económicas, ya que tienden a oscurecer y simplificar la trama de situaciones reales, cuando son estas últimas las únicas que deben importarnos. Nuestra tarea es distinguirlas de las generalidades y entenderlas en su aspecto concreto. No es necesario hacer una

larga regresión en el tiempo para encontrar el origen histórico de nuestros actuales embrollos.

El siglo XIX vio nacer dos acontecimientos de diferente orden y magnitud: la era de las máquinas, un desarrollo de origen milenario; y el sistema de mercado, que fue una adaptación a ese desarrollo.

Con la era de las máquinas vemos el comienzo de una de esas excepcionales mutaciones que marcan la vida de la raza humana de una manera tan determinante que se puede dividir la historia del hombre desde la Edad de Piedra en tres períodos. El primero fue el Neolítico; el segundo período, en el cual tuvo lugar la mayor parte de la historia, fue el desarrollo de la agricultura y el arado; el tercero es el reciente nacimiento de la era de las máquinas. Los tres estuvieron marcados por la tecnología. El hombre neolítico nunca fue mucho más allá de la etapa de recolectar alimentos y cultivar con una azada. El crecimiento del grano requería de un arado y una bestia que tirara de él, y la introducción de estos elementos inició una nueva civilización hace siete u ocho mil años aproximadamente. El uso de las máquinas que funcionan mediante una fuerza distinta a la del hombre o los animales es bastante reciente. Nos lanzó a un nuevo mar, y es de esperar que esta nueva civilización que ha conseguido ya doblar la población del globo continúe por mucho tiempo. Ha venido para quedarse. Es nuestro destino. Debemos aprender a vivir con ella, si es que vamos a vivir.

§2. La economía y la era de las máquinas

El hecho fundamental es que la máquina creó una nueva civilización. Si consideramos que el arado dio origen a la primera civilización, tenemos que admitir que la máquina dio origen a la segunda, la industrial. Se extendió por todo el planeta creando la perspectiva de las edades futuras. Tal

acontecimiento va mucho más allá del campo económico; sólo el tiempo dejará ver sus poderes y peligros y demostrará sus implicaciones para la existencia del hombre. La civilización industrial ha revestido la fragilidad del hombre con la efectividad del rayo y el terremoto; ha movido el centro de su ser de lo interno a lo externo; ha conferido dimensiones desconocidas hasta ahora al alcance, estructura y frecuencia de las comunicaciones; ha cambiado la sensación de nuestro contacto con la naturaleza; y, lo que es más importante, ha creado nuevas relaciones interpersonales que reflejan fuerzas, físicas y mentales, capaces de autodestruir la raza humana.

Sus comienzos no fueron nada espectaculares. A finales del siglo XVIII nadie excepto unos espíritus raros podía sospechar que estaba a punto de nacer una nueva civilización. Todavía no se habían inventado muchas máquinas, y las que existían, como el telar mecánico, aún no estaban en uso. No obstante, unos cuantos privilegiados reconocieron a simple vista los signos y anticiparon cambios de una magnitud, sutileza y repercusión inimaginables hasta entonces. Algunas de sus ideas provocaron risas. Una vez más comprobamos que no son los más realistas, sino los profetas ingenuos, los que se aproximan más a la verdad. En realidad, los mayores problemas de nuestra época, así como la esperanza de los siglos venideros, son simples derivaciones de ese discreto comienzo mecánico. Robert Owen fue el primero en percibir que un nuevo mundo estaba sepultando al viejo. La máquina exigía alteraciones en los detalles de la vida diaria, como la existencia comunal. Sintió no sólo la bendición de un crecimiento explosivo de la capacidad de producir, sino también su potencial para convertirse en un don odioso a menos que el impacto de una vida hecha para la máquina fuese absorbido por nuevos modelos de asentamiento y hábitat, nuevos lugares de trabajo, nuevas relaciones entre los sexos, nuevas formas de ocio, e incluso de indumentaria, y a todo ello dedicó su atención personal. Abogó por una reforma

total del cristianismo. Se refería a la economía como a una idea tardía, recomendando la reforma de la moneda y de las formas cooperativas de vida económica (no existía aún el concepto de capitalismo). En Francia, la imaginación grotesca de Fourier engendró proyectos de falansterios donde se ajustaría la división industrial del trabajo, mediante artilugios psicológicos, a la espontaneidad de hombres, mujeres y niños. Saint-Simon proclamó que su *Nuevo Catecismo* llevaría la salvación a la «sociedad industrial». Lo mismo hicieron los socialistas utópicos, anticipar la amenaza de un desarrollo cultural que un siglo después se hizo general en todo el mundo, como una fragmentación del hombre, una normalización del esfuerzo, una supremacía del mecanismo sobre el organismo y de la organización sobre la espontaneidad. Desde el principio estuvo presente la amenaza a la personalidad y la libertad. Hacia finales de siglo, Henry Adams predijo la fecha misma de la bomba atómica.[1]

Sin embargo, durante mucho tiempo permanecieron latentes esos primeros temores de lo que podría seguir después de la mecanización. Fueron eclipsados por los cambios manifiestos en la organización económica, urgentemente necesitados para dar juego a los milagros tecnológicos de la época. Adam Smith había encontrado la respuesta en el mercado. El sistema fabril, que al principio parecía necesitar poco más que unos cuantos despachos comerciales más de los habituales en ultramar, llevó pronto a un proceso de cambio institucional de una magnitud muy diferente. El resultado fue el acercamiento a un sistema autorregulador de mercados que revolucionó la sociedad occidental en las primeras décadas del siglo XIX.

[1] Creo que aquí se refiere a una carta que Adams escribió a Henry Osborne Taylor el 17 de enero de 1905. En ella decía: «... no hará falta otro siglo para dar la vuelta al pensamiento... Los explosivos llegarían entonces a la violencia cósmica. La desintegración se convertiría en integración». Ver Harold Dean Cater, ed., *Henry Adams and His Friends*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1947, pp. 558-559.

Como ya sabemos, esto fue sólo un primer intento enérgico de reajuste. La iniciativa demostró tener éxito, a pesar de los amargos sufrimientos que ocasionó a toda una generación, pero la adaptación a la máquina no se completó ni acabó nunca. Cuanto más general se hacía el sistema de mercado, más revelaba su incapacidad para satisfacer las necesidades de una sociedad estable. Millones de personas experimentaron una y otra vez la falta de empleo, y los que lo tenían sufrían constantemente la inseguridad de su puesto —males desconocidos para la sociedad anterior— mientras los continuos desajustes se convertían en agobiante acompañamiento, todo lo cual hizo el proceso de industrialización una carga demasiado pesada de soportar Los movimientos socialistas y el aumento mundial de las tarifas en las importaciones fueron la manifestación de una tendencia social hacia la autoprotección, puesta en movimiento por los destrozos ocasionados por las fuerzas incontroladas del sistema de mercado.

También en nuestros días comenzó otra fase de cambio económico. Lógicamente fue la continuación de la anterior, aunque apuntaba en una dirección bastante diferente. La desintegración de la más ambiciosa institución de mercado, el patrón oro internacional, sólo medio siglo después de su establecimiento, acabó finalmente con la utopía del mercado. Se introdujeron severas reformas económicas, análogas bajo regímenes políticos diferentes, en todos los países más avanzados de Occidente. Los postulados fueron: empleo para todos, regulación del comercio exterior y desarrollo planificado de los recursos nacionales. Incluso en países donde continuó durante un tiempo el sistema de mercado a la manera tradicional, hubo un giro significativo en los móviles habituales de la vida económica. La Seguridad Social y un sistema de impuestos más justo diluyeron los incentivos del beneficio para el propietario y el temor al despido del obrero,

sustituyéndolos por otras motivaciones como estatus, seguridad de ingresos, trabajo en equipo y un papel más creativo en la industria.

Los tiras y aflojas que acompañan a esta segunda adaptación de la economía a la máquina son diferentes del estrés tecnológico que puso en peligro la vida civilizada durante el nacimiento de la Revolución Industrial. Si hace un siglo la incansable tarea de los mercados interrelacionados de trabajo, tierra y capital tenía que ser contrarrestada para que pudiera continuar existiendo una forma de vida humana, los peligros ahora vienen de un lugar desconocido, lo cual no implica que sean menos formidables. Las nuevas amenazas son tan parte de la civilización industrial como en su lugar de origen, la Inglaterra del siglo XIX, lo eran la fábrica insalubre, los pueblos que crecían como hongos o la crueldad científica de los asilos. Pero hoy en día la preocupación subyacente no es la igualdad, la justicia, la caridad y una vida más humana para el obrero, sino la libertad y supervivencia de todos. La tecnología industrial se está mostrando a sí misma capaz de generar tendencias suicidas que atacan la raíz de la libertad y de la vida misma. Fuera de Europa convive el temor a la dominación extranjera con una insistencia en la independencia y la autarquía como medios de controlar un proceso de industrialización que universalmente es tan temido como deseado. La aparente contradicción no debería sorprendernos. La industrialización fue un compromiso, nada fácil, entre el hombre y la máquina en el cual el hombre se perdió y la máquina encontró su camino. A comienzos del siglo XIX, tal vez el sistema de mercado fuese el único medio existente de emplear maquinaria cara y sofisticada para los fines de producción. Cuando se inventaron las máquinas, ni la disposición ni la capacidad de soportar riesgos, ni el conocimiento de los productos y del consumidor, existía más que en la clase comerciante que durante generaciones había estado «absorbiendo»

las materias primas para que las elaborase la industria doméstica. La autoprotección de la sociedad, en parte a través de leyes laborales, pero fundamentalmente mediante el movimiento sindical, retrasó durante mucho tiempo el impacto de la máquina. En la actual expansión de la industrialización se ha invertido el orden. Asiáticos, latinoamericanos y africanos han aprendido la lección. La nueva organización económica antepone la seguridad de la sociedad a la necesidad del máximo rendimiento tecnológico. Ahora se hace hincapié en el hombre y no en la máquina.

§3. Economía y sociedad: comercio, dinero y mercados

Tal enorme cambio del lugar de la economía en la sociedad debe despojarla de sus asociaciones tradicionales. Las ganancias, la competencia y las ventajas utilitarias ya no son los puntos de referencia. Cuanto más nos familiaricemos con el cuadro del mundo, tal como éste se presentaba en el siglo XIX, menos preparados estaremos para afrontar las realidades del XX, ya que se necesita un mapa diferente para orientarse en las nuevas condiciones que están surgiendo.

Necesitamos establecer un tema estratégico para tener un marco de referencia actual. El contraste más agudo entre los mapas antiguos y el moderno radica en la posición que se asigna en cada uno de ellos a las instituciones del comercio, el dinero y el mercado. Bajo el dominio del mercado, el comercio no es más que una función de aquél, y el dinero un simple medio de facilitar el comercio, apareciendo ambos unidos al mercado. En realidad, algunas formas de comercio y varios usos del dinero tienen gran importancia en la vida económica de forma independiente e incluso son anteriores a los mercados; es más, cuando están presentes los elementos de mercado, éstos no implican necesariamente la existencia

del mecanismo oferta-demanda-precio. Los precios, originariamente, los establece la tradición o la autoridad, y sus variaciones, cuando tienen lugar se realizan mediante métodos institucionales; es el origen de los precios fluctuantes, no el de los fijos, el problema que se le presenta al historiador de la antigüedad.

La idea de que la raíz de las instituciones del comercio, del dinero e incluso de las de mercado fueron actos individuales de intercambio es difícil de mantener. El comercio exterior, como regla, fue anterior al comercio interno; el uso del dinero como intercambio se originó en la esfera del comercio exterior y los mercados organizados se desarrollaron antes en el mercado exterior. En cualquiera de los tres casos, la acción fue de tipo colectivo, no individual. A la luz de estos hechos, surge la pregunta de cómo, en ausencia de mercados formadores de precios, comercio, dinero y algunos elementos de mercado se integraron en la economía.

Las investigaciones guiadas por las presuposiciones tradicionales sobre la inseparable unidad de comercio, dinero y mercado han prescindido de los problemas señalados. Donde veían comercio, daban por sentada la existencia de un mercado; y donde era evidente que había dinero, se suponía el comercio, y por lo tanto el mercado. Pero lo cierto es que en la historia económica, el comercio, los diversos usos del dinero y los elementos de mercado deberían tratarse como casos distintos. Pero ¿cómo funciona una economía a menos que el comercio se convierta en comercio de mercado, y el dinero se convierta en medio de cambio? ¿Cómo, por ejemplo, es posible que algunos objetos monetizados se utilicen para el pago, y otros se utilicen como «patrón de valor» cuando no se llevan a cabo un número considerable de intercambios? Surgen aún más preguntas al investigar el funcionamiento a gran escala del comercio y el dinero en las llamadas economías primitivas sin mercado —preguntas que, desde luego, no se

formularían si se ignora la existencia de dichas condiciones, o se negaría su importancia, en nombre de una noción dogmática del progreso que nos lleva a evaluar erróneamente el carácter general del desarrollo económico, tanto la secuencia de los hechos como los hechos en sí.

§4. Discontinuidades y cambio

No es más que un prejuicio presumir que en todo desarrollo el espécimen más pequeño sea necesariamente anterior al de mayor tamaño. Mantener tal secuencia histórica no es más que una prolongación, una extensión acrítica de la ley de evolución orgánica. El comercio a larga distancia precedió al local, al igual que las colonias más distantes se fundaron antes que las más cercanas, o que los grandes imperios surgieron históricamente antes que los pequeños reinos. Un error similar se comete al considerar fenómenos tales como el crédito o las finanzas desarrollos «tardíos», sólo porque, ante la corta perspectiva de los últimos siglos, dé la casualidad de que han logrado consolidarse junto al moderno sistema de mercado. Esta falacia particular fue resumida en una de las más populares teorías de «estadios», que insistía en que la secuencia «economía natural, economía monetaria, economía de crédito» era una ley de desarrollo. Pero en realidad, las deudas y obligaciones son fenómenos primitivos anteriores a la existencia de mercados, y las antiguas economías basadas en el almacenamiento practicaban la planificación financiera y la contabilidad a gran escala mucho antes de que ganara importancia la utilización del dinero como medio de cambio.

La predilección de la historiografía decimonónica por la continuidad a menudo nos hizo malinterpretar no sólo la secuencia de los hechos, sino los hechos mismos. La continuidad considerada implícita en los procesos orgánicos es solamente

un modo de acontecer, junto al cual corren las discontinuidades inherentes al desarrollo (siendo, pues, el proceso total una combinación de ambas). Además del crecimiento continuo a partir de lo pequeño, existe también un modelo muy diferente, a saber: el del desarrollo discontinuo partiendo de elementos anteriormente inconexos. El «campo» en el cual ocurre un cambio tan súbito como el surgimiento de un todo nuevo y complejo es el grupo social bajo unas condiciones determinadas. Estas discontinuidades determinan tanto qué ideas y conceptos ganan aceptación general entre los miembros de un grupo como a qué ritmo ocurre.

Pero, una vez difundidas, estas ideas y conceptos permiten el cambio a una velocidad increíblemente acelerada puesto que las pautas de conducta individual pueden ahora conciliarse fácilmente con la nueva pauta general ejecutada por esas ideas y conceptos. Elementos de conducta antes inconexos se unen así directamente a un nuevo y complejo todo, sin ningún tipo de transición. Bajo esta perspectiva, los llamados planteamientos idealista y materialista de la historia no aparecen opuestos, sino más bien como el resultado de dos fases diferentes del proceso total. El idealista, aunque de manera bastante mítica, expresa el hecho de que las ideas y pensamientos humanos juegan un papel decisivo en el origen de las instituciones y en los giros de la historia. El materialista recalca que los factores objetivos condicionan la expansión de esas ideas y pensamientos, que por tanto, no nacen de una dialéctica abstracta, como suponían los idealistas hegelianos.

La historia de la humanidad y el lugar que en ella ocupa la economía no es, como pensaban los evolucionistas, una secuencia de crecimiento inconsciente y de continuidad orgánica. Dicho planteamiento necesariamente oscurecería algunos aspectos del desarrollo económico, tan vital para los hombres en la actual fase de transición. El dogma de la continuidad orgánica, en último extremo, debilita el poder del

hombre para formar su propia historia. Ignorar el papel del cambio deliberado en las instituciones humanas disminuye la confianza del hombre en las fuerzas de su mente y su espíritu, como una creencia mística en la sabiduría del crecimiento inconsciente mina su capacidad de restablecer los ideales de la justicia, la ley y la libertad en sus cambiantes instituciones.

El empeño del erudito debe ser, primero, dar claridad y precisión a nuestros conceptos de forma que estemos capacitados para formular los problemas de la subsistencia en términos que reflejen lo más fielmente posible los rasgos de la situación real en que nos movemos y, en segundo lugar, ampliar la gama de principios y medidas a nuestra disposición mediante el estudio del lugar cambiante de la economía en la sociedad humana y de los métodos con los que las grandes civilizaciones del pasado realizaron con éxito sus grandes transiciones.

De acuerdo con esto, la tarea teórica consiste en establecer el estudio del sustento del hombre a partir de amplios fundamentos históricos e institucionales. El método a utilizar viene dado por la interdependencia entre la razón y la experiencia. Los conceptos y las definiciones, construidos sin referencia a los datos son vacíos y huecos, pero una mera recopilación de hechos sin ajustar nuestra perspectiva resulta estéril. Rompiendo este círculo vicioso, la investigación conceptual y empírica debe llevarse *pari passu*. Nuestros esfuerzos serán sostenidos por la conciencia de que no hay atajos en este sendero de la investigación.

Contribuir a esa mejor aproximación al problema de la economía humana es el objetivo de este libro.

EL LUGAR DE LA ECONOMÍA EN LA SOCIEDAD

Conceptos y teorías

1. LA FALACIA ECONÓMICA

Los esfuerzos para llegar a una visión más real del problema general planteado a nuestra generación por el sustento del hombre se encuentran desde el principio frente a un tremendo obstáculo: un arraigado hábito de pensamiento propio de las condiciones de vida de ese tipo de economía que creó el siglo XIX en todas las sociedades industrializadas, personificado en la mentalidad de mercado.

Nuestra tarea en este capítulo es indicar de manera preliminar las falacias a las que ha dado lugar dicha mentalidad de mercado y, de paso, exponer algunas de las razones por las que estas falacias han influido de manera tan perjudicial en el pensamiento de la gente.

En primer lugar definiremos la naturaleza de este anacronismo conceptual; luego describiremos el desarrollo institucional a partir del cual se originó y extendió su dominio a nuestra visión moral y filosófica. Seguiremos la influencia de esta actitud mental en los campos organizados del conocimiento, tales como la teoría económica, la historia económica, la antropología, la sociología, la psicología y la epistemología, que forman el conjunto de las ciencias sociales.

Dicho estudio no debe dejar lugar a dudas sobre el impacto del pensamiento económico en casi todos los aspectos

de los problemas que afrontamos, especialmente en cuanto al carácter de las instituciones económicas, su política y principios, tal y como éstos se revelan en las formas de organización de los medios de subsistencia en el pasado.

Casi nunca es pertinente resumir la ilusión general de una época en términos de error lógico; aunque, conceptualmente, la falacia económica no puede describirse de otra manera. El error lógico fue algo común e inofensivo: un fenómeno específico se consideró idéntico a otro ya familiar. Es decir, el error estuvo en igualar la economía humana general con su forma de mercado (un error que puede haber sido facilitado por la ambigüedad básica del término *económico*, al que volveremos después). La falacia es evidente en sí misma: el aspecto físico de las necesidades del hombre forma parte de la condición humana; ninguna sociedad puede existir si no posee algún tipo substantivo de economía. Por otra parte, el mecanismo oferta-demanda-precio (al que popularmente se denomina mercado), es una institución relativamente moderna con una estructura específica, que no resulta fácil de establecer ni de mantener. Reducir la esfera del género *económico*, específicamente, a los fenómenos del mercado es borrar de la escena la mayor parte de la historia del hombre. Por otro lado, ampliar el concepto de mercado a todos los fenómenos económicos es atribuir artificialmente a todas las cuestiones económicas las características peculiares que acompañan al fenómeno del mercado. Inevitablemente, esto perjudica la claridad de ideas.

Los pensadores realistas definieron en vano la diferencia entre economía general y sus formas de mercado; el *Zeitgeist* económico no tuvo en cuenta ni el tiempo ni las diferencias. Estos pensadores subrayaron el significado substantivo del término *económico*. Identificaron la economía con la industria más que con los negocios; con la tecnología más que con el ceremonialismo; con los medios de producción más que con

los títulos de propiedad; con el capital productivo más que con las finanzas; con los bienes de equipo más que con el capital; en resumen, con la substancia económica más que con la terminología y la forma de mercado. Pero las circunstancias pesaban más que la lógica, y la poderosa fuerza de la historia actuó para fundir dos conceptos dispares en uno solo.

§1. La economía y el mercado

El concepto de economía nació con los fisiócratas franceses simultáneamente a la institución del mercado como mecanismo de oferta-demanda-precio. El fenómeno, desconocido hasta entonces, de una interdependencia de precios fluctuantes afectó a multitud de hombres. El naciente mundo de los precios fue resultado de la expansión del comercio —una institución mucho más antigua e independiente de los mercados— dentro de la articulación de la vida diaria.

Los precios existían antes, desde luego, pero de ningún modo constituían un sistema propio, dado que su esfera estaba restringida al comercio y las finanzas, ya que sólo los banqueros y comerciantes utilizaban el dinero regularmente, al ser la mayor parte de la economía rural y prácticamente sin ningún tipo de comercio, una diminuta cadena de bienes dentro de la vasta e inerte masa de la vida vecinal en el señorío o en las casas. Cierto que los mercados urbanos conocían el dinero y los precios, pero la base para controlar estos precios era mantenerlos estables. No fue su ocasional fluctuación, sino su predominante estabilidad lo que les convirtió en un factor cada vez más importante a la hora de determinar los beneficios del comerciante, ya que estos beneficios se derivaban más de las pequeñas fluctuaciones de precios estables entre puntos distantes que de las anómalas fluctuaciones en los mercados locales.

Pero la simple infiltración del comercio en la vida diaria no ha creado por sí misma una economía (en su sentido nuevo y específico), sino sólo un buen número de desarrollos institucionales posteriores. El primero de ellos fue la penetración del comercio exterior en los mercados, transformándolos gradualmente, de mercados locales estrictamente controlados en mercados formadores de precios con una fluctuación de precios más o menos libre. En el curso del tiempo, esto fue seguido por la revolucionaria innovación de mercados con precios fluctuantes para los factores de producción, trabajo y tierras. Este cambio fue el más radical de todos, por su naturaleza y consecuencias. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que los diferentes precios, que incluían ahora salarios, alimentos y renta, empezaran a mostrar una interdependencia poco notable, produciendo así las condiciones que hicieron al hombre aceptar la presencia de una realidad sustantiva desconocida hasta entonces. Este nuevo campo de experiencia era la economía, y su descubrimiento —una de las prácticas emocionales e intelectuales que formaron nuestro mundo moderno— llegó a los fisiócratas como una iluminación y les constituyó en un secta filosófica. Adam Smith conoció a través de ellos la «mano oculta», pero no siguió el camino místico de Quesnay. Mientras su maestro francés apenas vislumbró la interdependencia de algunas fuentes de ingresos, su aventajado alumno, que vivía en la menos feudal y más monetarizada economía inglesa, fue capaz de incluir salarios y renta en el grupo de «precios», atisbando por primera vez la visión de la riqueza de las naciones como una integración de las diversas manifestaciones de un sistema subyacente de mercado. Adam Smith se convirtió en el fundador de la economía política porque reconoció, aunque débilmente, la tendencia hacia la interdependencia de estos diferentes tipos de precios en la medida en que eran el resultado de mercados competitivos.

Aunque explicar la economía en términos de mercado fue originalmente una forma de sentido común de relacionar nuevos conceptos con nuevos hechos, puede que nos resulte difícil entender por qué se tardó varias generaciones en darse cuenta de que lo que Quesnay y Smith habían descubierto realmente era un campo de fenómenos esencialmente independientes de la institución de mercado que se manifestaba en esa época. Pero ni Quesnay ni Smith intentaron establecer la economía como un ámbito de la existencia social que trasciende el mercado, el dinero o los precios, y cuando lo hicieron, fracasaron en el intento. Se inclinaron no tanto hacia la universalidad de la economía como hacia el carácter específico del mercado. En realidad, la tradicional unidad de los asuntos humanos que aún conformaba su mentalidad les hizo contrarios a la idea de una esfera económica separada de la sociedad, aunque ello no les impidió atribuir a la economía las características del mercado. Adam Smith introdujo los métodos de negocio en las cavernas del hombre primitivo, proyectando su famosa propensión al trueque, permuta e intercambio, hasta los jardines del Paraíso. El enfoque que dio Quesnay a la economía no fue menos cataláctico. La suya era la economía del *produit net*, una cantidad precisa en la contabilidad del terrateniente, pero un simple fantasma en el proceso entre el hombre y la naturaleza, del cual la economía es un aspecto. El supuesto excedente cuya creación él atribuía al suelo y a las fuerzas de la naturaleza no era más que una transferencia al «Orden de la Naturaleza» de la disparidad que se espera que muestre el precio de venta contra el de coste. La agricultura parecía ocupar el centro de la escena porque estaban en juego los ingresos de la clase dirigente feudal, pero después la idea de excedente apareció siempre en los escritos de los economistas clásicos. El *produit net* fue el padre de la plusvalía de Marx y sus derivados. Y así la economía se impregnó de una noción ajena al proceso total del cual forma

parte, proceso que no conoce lo que es el coste ni el beneficio y que no es una cadena de acciones productoras de excedentes. Ni tampoco una serie de fuerzas fisiológicas y psicológicas dirigidas por la necesidad de asegurarse un excedente para sí mismas. Ni los lirios del campo, ni los pájaros que vuelan en el cielo, ni los hombres en las praderas, en los campos o en la fábrica —cuidando el ganado, recogiendo la cosecha, o poniendo piezas en una cinta transportadora— producen excedentes a partir de su propia existencia. El trabajo, como el descanso y el ocio, es una fase en el curso independiente del hombre a su paso por la vida. El montaje de la idea de excedente fue simplemente la proyección del modelo de mercado sobre un aspecto más amplio de la existencia: la economía.[1]

Si desde el principio la falaz identificación de los «fenómenos económicos» con los «fenómenos de mercado» era comprensible, después se convirtió en casi una necesidad práctica de la nueva sociedad y de la forma de vida que nació con los dolores de la Revolución Industrial. El mecanismo oferta-demanda-precio, cuya primera aparición dio origen al concepto profético de «ley económica», se convirtió rápidamente en una de las fuerzas más poderosas que jamás haya penetrado en el panorama humano. Al cabo de una generación —es decir de 1815 a 1845, la «Paz de los Treinta Años», como la llamó Harriet Martineau— el mercado formador de precios que anteriormente sólo existía como modelo en varios puertos comerciales y algunas bolsas demostró su asombrosa capacidad para organizar a los seres humanos como si fueran simples cantidades de materias primas, y convertirlos, junto con la superficie de (la madre tierra, que ahora podía ser comercializada, en unidades industriales bajo las órdenes de particulares

[1] Harry W. Pearson, «The Economy Has no Surplus: Critique of a Theory of Development», en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, editado por K. Polanyi, C. Arensberg, y H. Pearson, Labor, Glencoe, Ill: Free Press and Falcon's Wing Press, 1957.

especialmente interesados en comprar y vender para obtener beneficios. En un período extremadamente breve, la ficción mercantil aplicada al trabajo y a la tierra transformó la esencia misma de la sociedad humana. Ésta era la identificación de la economía y el mercado en la *práctica*. La esencial dependencia del hombre de la naturaleza y de sus iguales en cuanto a los medios de supervivencia se puso bajo el control de esa reciente creación institucional de poder superlativo, el mercado, que se desarrolló de la noche a la mañana a partir de un lento comienzo. Este artilugio institucional, que llegó a ser la fuerza dominante de la economía —descrita ahora con justicia como *economía de mercado*—, dio luego origen a otro desarrollo aún más extremo, una sociedad entera embutida en el mecanismo de su propia economía: la *sociedad de mercado*.

Desde esta posición no es difícil discernir que lo que aquí hemos llamado falacia económica fue ante todo un error desde el punto de vista teórico. En la práctica, la economía consistía fundamentalmente en mercados, y el mercado envolvió a la sociedad.

Siguiendo esta posición debería quedar claro que la importancia de la perspectiva económica reside precisamente en su capacidad de generar una unidad de motivaciones y valoraciones que llevaría a cabo en la práctica lo preconizado como ideal, es decir, la identidad de mercado y sociedad. Porque sólo si se organiza un estilo de vida que cubra todos los aspectos relevantes, incluyendo las imágenes sobre el hombre y la naturaleza de la sociedad —una filosofía de la vida diaria que comprenda criterios de conducta razonables según el sentido común, una serie de riesgos sensatos, y una moralidad práctica—, se nos ofrecerá ese compendio de doctrinas prácticas y teóricas que por sí solas pueden crear una sociedad o, lo que es lo mismo, transformar una sociedad dada en el período de tiempo de una generación o dos. Y dicha transformación, para mejor o para peor, fue la que hicieron los

pioneros de la economía. Es decir; la mentalidad mercantil contenía nada menos que la semilla de una cultura completa —con todas sus posibilidades y limitaciones—, y la imagen del hombre y de una sociedad, transformada en economía de mercado, surgió necesariamente de la estructura esencial de una comunidad humana organizada a través del mercado.

§2. La transformación económica

Esta estructura representó una violenta ruptura con las condiciones precedentes. Lo que antes no fue más que una ligera expansión de mercados aislados, se transformó ahora en un sistema de mercado autorregulado.

El paso crucial fue que la tierra y el trabajo se convirtieron en mercancías, es decir, se trataron *como si* hubieran sido creados para la venta. Por supuesto, no eran realmente mercancías, ya que no habían sido producidas (como la tierra), y de ser así, no podían estar en venta (como el trabajo).

Sin embargo, jamás se concibió una ficción más efectiva en una sociedad, porque la tierra y el trabajo se compraban y vendían libremente, y se les aplicaba el mecanismo de mercado. Había oferta y demanda de trabajo; oferta y demanda de tierra. Por lo tanto, había precios de mercado para utilizar la mano de obra, los salarios, y un precio de mercado para el uso de la tierra, la renta. El trabajo y la tierra eran ofrecidos en sus propios mercados, similares a los de las mismas mercancías que se producían con su intervención.

El verdadero alcance de este paso sólo se puede estimar si recordamos que el trabajo es otra forma de llamar al hombre, así como la tierra es sinónimo de naturaleza. La ficción mercantil puso el destino del hombre y de la naturaleza en manos de un autómata que controlaba sus circuitos y gobernaba según sus propias leyes. Este instrumento de bienestar material

estaba controlado exclusivamente por los incentivos del hambre y las ganancias o, dicho con más exactitud, el temor a carecer de lo necesario en la vida, o la esperanza de obtener beneficios. Con tal de que los desposeídos pudieran satisfacer su necesidad de alimento vendiendo primero su trabajo en el mercado, y con tal de que los propietarios pudieran comprar al precio más barato y vender al más caro, el molino ciego producía cada vez más mercancías para beneficio de la raza humana. El temor al hambre del obrero y el deseo de ganancia del patrón mantenían el mecanismo continuamente en funcionamiento.

Esta práctica utilitaria tan poderosa, lamentablemente, deformó la comprensión del hombre occidental de sí mismo y de la sociedad.

En cuanto al *hombre*, tenemos que aceptar la idea de que sus móviles pueden considerarse «materiales» o «ideales», pero los incentivos sobre los que se organiza la vida diaria forzosamente nacen de las necesidades materiales. No es difícil ver que bajo tales circunstancias el mundo humano en general parece determinado por móviles materiales. Si, por ejemplo, se separa cualquier móvil y se organiza la producción de manera tal que se haga de ese móvil el incentivo individual *para producir*, tendremos la imagen del hombre absorbido por ese móvil. Ese móvil puede ser religioso, político o estético; puede ser orgullo, prejuicio, amor o envidia; y de acuerdo con eso el hombre aparecerá como esencialmente religioso, político, amante de la estética, orgulloso, con prejuicios o arrastrado por el amor o la envidia. Otros motivos, por el contrario, aparecerán distantes y en la sombra —ideales— puesto que no se puede esperar que afecten al negocio vital de la producción. El móvil seleccionado representará al hombre «real».

De hecho, los seres humanos trabajan por una gran variedad de razones en tanto que forman parte de un grupo social definido. Los monjes comerciaban por motivos religiosos, y los monasterios llegaron a ser los mayores

establecimientos comerciales de Europa. El comercio *kula* de l islas Trobriand, uno de los más complicados sistemas de trueq conocidos por el hombre, tenía esencialmente un propósit estético. La economía feudal dependía en gran medida de l costumbre o la tradición. Para los kwakiutl, el principal fin de l industria parecía ser una cuestión de honor. Bajo el despotism mercantil, la industria se planificaba a menudo para servir a poder y la gloria. Según esto, tendemos a pensar que los monje los melanesios occidentales, los aldeanos, los kwakilutls o lo hombres de Estado del siglo XVII, se guiaban respectivamente por la religión, la estética, la costumbre, el honor o el poder político. La sociedad del siglo diecinueve estaba organizada de tal manera que hacía del hambre o del simple deseo de ganancia motivos suficientes para que el individuo participara en la vida económica. La imagen resultante de un hombre regido solamente por incentivos materialistas era totalmente arbitraria.

Por lo que respecta a la *sociedad*, la doctrina pareja fue que sus instituciones estaban «determinadas» por el sistema económico. El mecanismo de mercado creó para ello el espejismo del determinismo económico como si fuera una ley general para toda la sociedad humana. Bajo una economía de mercado, desde luego, esta ley resulta ser justa. En realidad, el funcionamiento del sistema económico aquí no sólo «influye» en el resto de la sociedad, sino que la determina, tal como en un triángulo los lados no solamente influyen, sino que determinan los ángulos.

En la estratificación de clases, oferta y demanda en el mercado de trabajo eran *idénticas* a clases trabajadoras y empresarios respectivamente. La clase social de los capitalistas, terratenientes, arrendatarios, intermediarios, mercaderes y profesionales estaba delimitada por los mercados de tierras, dinero, capital y sus usos o servicios respectivos. Los ingresos de estas clases sociales estaban fijados por el mercado, su rango y posición por sus ingresos.

Mientras que las clases sociales estaban directamente determinadas por el mecanismo de mercado, otras instituciones resultaron afectadas indirectamente. El estado y el gobierno, el matrimonio y crianza de los hijos, la organización de la ciencia, la educación, la religión y las artes, la elección de profesión, los tipos de vivienda, la forma de los asentamientos, la estética misma de la vida privada, todo tenía que concordar con el modelo utilitario, o al menos no interferir en el funcionamiento del mecanismo de mercado. Pero, puesto que muy pocas actividades humanas pueden realizarse sin nada —hasta un santo necesita su altar—, los efectos inmediatos del sistema de mercado llegaron casi a determinar por completo el conjunto de la sociedad. Fue casi imposible evitar la conclusión de que, así como el hombre «económico» era el hombre «real», el sistema económico era «realmente» la sociedad.

§3. El racionalismo económico

A la vista de lo anterior, puede dar la impresión de que la *Weltanschauung* económica contenía en sus dos postulados de racionalismo y atomismo todo lo que era necesario para sentar las bases de una sociedad de mercado. El término eficaz era racionalismo. ¿De qué otro modo podía una sociedad así ser algo más que un conglomerado de átomos comportándose según las reglas de un tipo definido de racionalidad? La acción racional, como tal, es la relación de los fines con los medios; la racionalidad económica, específicamente, supone que los medios son escasos. Pero la sociedad humana va mucho más allá de todo eso. ¿Cuál debería ser el fin del hombre y cómo debería elegir los medios? El racionalismo económico, en el sentido más estricto de la palabra, no tiene respuesta a estas preguntas, que implican motivaciones y valoraciones de un orden moral y práctico que va más allá de la irresistible, y al

mismo tiempo vacía, exhortación de su ser «económico». Es así como el vacío se disfrazó de una jerga filosófica ambigua.

Para mantener la aparente unidad, se dieron dos significados adicionales de lo *racional*. En cuanto a los fines, se postuló que racional era una escala de valores utilitaria; en cuanto a los medios, la ciencia aplicó una escala de comprobación de los rendimientos. La primera de las escalas hizo de la racionalidad la antítesis de la estética, la ética, y la filosofía; la segunda, la convirtió en la antítesis de la magia, la superstición y la completa ignorancia. En el primer caso, es racional preferir el pan con mantequilla a los ideales heroicos; en el segundo, parece más racional que un hombre enfermo vaya al médico en lugar de consultar a un astrólogo. Ningún significado de lo *racional* es relevante para definir el principio del racionalismo, aunque de por sí uno sea más válido que el otro. Mientras que el utilitarismo rígido, con su equilibrio pseudofilosófico entre el placer y el dolor ha perdido su influencia sobre el pensamiento de los hombres cultos, la escala de valores científica permanece gloriosa dentro de sus límites. Así, el utilitarismo, que sigue siendo el opio de las masas comercializadas, ha sido detonado como ética, en tanto que el método científico mantiene aún la suya propia.

No obstante, en tanto se utilice lo *racional* no como un término de moda elogioso, sino en su estricto sentido de perteneciente a la razón, la validez de la comprobación científica de los medios como algo racional no es menos arbitraria que la supuesta justificación de los fines utilitarios. En resumen, la variante económica del racionalismo introduce el elemento escasez dentro de todas las relaciones medios-fines; aún más, propone como racional, en cuanto a los fines y los medios en sí mismos, dos escalas de valores diferentes que resultan estar peculiarmente adaptadas a las situaciones de mercado, pero que de otro modo no tienen un propósito universal que les permita denominarse racionales. De esta

forma, se achaca a la elección de fines y medios la suprema autoridad de la racionalidad. El racionalismo económico aparentemente logra ambas cosas: la limitación sistemática de la razón a las situaciones de escasez, y su extensión sistemática a todos los fines y medios humanos, dando validez así a una cultura económica con el aspecto de una lógica irresistible.

La filosofía social fundada sobre tales principios fue tan radical como fantástica. Hacer de la sociedad un conjunto de átomos y de cada individuo un átomo que se comporta según los principios del racionalismo económico colocaría el total de la existencia humana, con toda su riqueza y profundidad, en el esquema referencial del mercado. Afortunadamente, no puede lograrlo: los individuos tienen personalidades, y la sociedad tiene una historia. La personalidad se forma a partir de la experiencia y la educación; la acción implica pasión y riesgo; la vida exige fe y creencia; la historia es lucha y engaño, victoria y redención. Para cubrir el vacío, el racionalismo económico introdujo la armonía y el conflicto como los *modi* de las relaciones entre individuos. Los conflictos y alianzas de aquellos átomos autointeresados, que formaban las naciones y las clases, contaban ahora para la historia social y universal.

Ningún autor expuso él solo la doctrina completa. Bentham seguía creyendo en el gobierno y no estaba seguro de la economía; Spencer anatematizó al estado y al gobierno, pero sabía poco de economía; y Von Mises, economista, carecía del conocimiento enciclopédico de los otros dos. Sin embargo, entre los tres crearon un mito que fue el sueño de las multitudes cultas durante la Paz de los Cien Años, de 1815 hasta la Primera Guerra Mundial, e incluso hasta después, hasta la guerra de Hitler. Intelectualmente este mito representó el triunfo del racionalismo económico, e inevitablemente el eclipse del pensamiento político.

El racionalismo económico del siglo XIX, descendiente directo del racionalismo político del XVIII fue tan irreal o más

que su predecesor, ya que a ambas ramas del racionalismo les resultaron ajenos los hechos históricos y la naturaleza de las instituciones políticas. Los políticos utópicos ignoraron la economía, mientras que los utópicos del mercado no tuvieron en cuenta la política. En resumen, si los pensadores ilustrados no advirtieron muchos hechos económicos, sus sucesores del siglo XIX cerraron los ojos a la esfera del estado, la nación y el poder hasta el punto de dudar de su existencia.

§4. El solipsismo económico

Tal solipsismo económico, como muy bien se le puede llamar, fue en realidad un rasgo destacado de la mentalidad de mercado. La acción económica, se suponía, era «natural» al hombre y por tanto autoexplicativa. Los hombres harían trueques a menos que se les prohibiera, y así surgirían los mercados a no ser que se hiciera algo por evitarlo. El comercio empezaría a fluir, como si fuese provocado por la fuerza de gravedad, y crearía fuentes de bienes, organizadas en mercados, a menos que los gobiernos conspiraran para detener el flujo y drenar los fondos. A medida que se agilizara el intercambio el dinero haría su aparición y todas las cosas se verían arrastradas al molino de los intercambios, a menos que algunos moralistas anticuados lanzaran su grito contra el lucro o los tiranos ignorantes devaluaran la moneda.

Este eclipse del pensamiento político fue la deficiencia intelectual de la época. Se originó en la esfera económica, pero a la larga destruyó cualquier planteamiento objetivo de la economía misma, en cuanto a que la economía tuviera otro antecedente institucional que no fuera el mecanismo oferta-demanda-precio. Los economistas se sentían tan seguros dentro de los confines de un sistema de mercado tan puramente teórico que sólo a regañadientes concedían a las naciones el

valor de una fruslería. A un escritor político inglés de la década de 1910 se le consideró ganador en la causa contra la necesidad de la guerra por demostrar que el negocio de la guerra no era rentable; y en Ginebra, la Liga de las Naciones permaneció ciega hasta el último momento ante los hechos políticos que convirtieron el patrón oro internacional en un anacronismo. El olvido de la política se extendió desde las ilusiones de comercio libre de Cobden y Bright hasta la imperante sociología de Spencer con su oposición entre sistemas industriales y sistemas militares. Hacia la década de 1930 había desaparecido, entre la gente culta, la cultura política de David Hume o Adam Smith.

El eclipse de la política tuvo un efecto más confuso en los aspectos morales de la filosofía de la historia. La economía dio un salto al vacío, y se estableció una actitud hipercrítica hacia la reivindicación moral de la acción política, cuya consecuencia fue una rebaja radical de todas las fuerzas, excepto la económica, en el campo de la historiografía. La psicología mercantil, que considera reales sólo los motivos «materiales», mientras que relega los «ideales» al limbo de la inefectividad, se extendió no sólo a las sociedades sin mercado, sino también a toda la historia del pasado. La historia antigua se presentaba como una mezcolanza de consignas sobre la justicia y la ley repetidas por faraones y reyes-dioses con el único propósito de confundir a sus desvalidos súbditos, a los que sometían por la ley del látigo. Era una actitud totalmente contradictoria. ¿Por qué engatusar a una población de esclavos? Y si así era, ¿por qué hacerlo mediante promesas que no significaban nada para los esclavos? Pero si las promesas tenían algún significado, la justicia y la ley deben haber sido algo más que palabras. El que una población de esclavos no tiene por qué ser engatusada, y que la justicia y la libertad deben haber sido reconocidas por todos como ideales antes de que unos pocos los utilizaran como cebo, se escapaba a la capacidad crítica de un público

hipercrítico. Bajo el dominio de la moderna democracia de masas, las consignas se convirtieron en un tipo de fuerza política organizadora que jamás hubiera sido posible en el antiguo Egipto o Babilonia. Por otro lado, la justicia y la ley que formaban parte de la estructura institucional de las primeras sociedades, perdieron su fuerza bajo la organización mercantil de la sociedad. Las propiedades de un hombre, sus ingresos y rentas, el precio de sus mercancías, se consideraban ahora «justos» sólo si se obtenían en el mercado; en cuanto a la ley, ninguna tenía importancia, excepto las que se referían a la propiedad y los contratos. Las diferentes instituciones de propiedad del pasado y las leyes sustantivas que formaron la constitución de la *polis* ideal no tenían ahora material con qué trabajar.

El solipsismo económico generó un concepto insulso de justicia, ley y libertad en nombre del cual la historiografía moderna negó toda credibilidad a los incontables textos antiguos, en los que se declaraba que el fin del estado era el establecimiento de la rectitud, la insistencia en la ley y el mantenimiento de una economía central sin opresión burocrática.

La verdadera condición de estas cuestiones es tan diferente de la mentalidad de mercado que no es fácil transmitirla con simples palabras. En realidad, la justicia, la ley y la libertad, como valores institucionalizados, hicieron su primera aparición en la esfera económica como resultado de una acción estatal. En las sociedades tribales, la solidaridad se salvaguarda mediante la costumbre y la tradición; la vida económica está incrustada en la organización social y política de la sociedad; no hay lugar para las transacciones económicas; y se trata de impedir toda acción ocasional de trueque, ya que se considera un peligro para la solidaridad tribal. Cuando surgen las leyes territoriales, el rey-dios provee el centro de la vida comunal, amenazada por el debilitamiento del clan, al

tiempo que con la ayuda del estado se lleva a cabo un enorme avance económico: el rey-dios, fuente de justicia, legaliza las transacciones económicas, tachadas anteriormente de lucrativas y antisociales. Esta justicia se institucionaliza mediante equivalencias, se legaliza mediante estatutos y se ejecuta la mayoría de las veces por los propios funcionarios del palacio y del templo que manejan el aparato tributario y redistributivo del estado territorial. Las normas legales se institucionalizan en la vida económica a través de los órganos administrativos que regulan la conducta de los miembros de los gremios en sus transacciones comerciales. La libertad llega a ellos mediante la ley; no hay patrón al que deban obedecer; y, en tanto mantengan su juramento al cabeza del estado y su lealtad al gremio, son libres de actuar de acuerdo a sus intereses, siendo responsables de todas sus acciones. Cada uno de estos pasos hacia la introducción del hombre en el ámbito de la justicia, la ley y la libertad fue originalmente el resultado de la acción organizativa del estado en el campo económico. Pero el solipsismo económico se olvidó del temprano papel del Estado en la vida económica. Así mantuvo su dominio la mentalidad de mercado. La absorción de la economía por los conceptos mercantiles fue tan total que ninguna de las disciplinas sociales pudo escapar a sus efectos. Imperceptiblemente, todas ellas se convirtieron en baluartes de los modos de pensamiento económicos.

2. EL DOBLE SIGNIFICADO DEL TÉRMINO ECONÓMICO

§1. Las definiciones formal y substantiva

Todo intento de clarificar el lugar que ocupa la economía en la sociedad debe partir del hecho de que el término económico, usado generalmente para describir un tipo de actividad humana, está compuesto por dos significados. Ambos tienen raíces distintas, y son independientes el uno del otro. No es difícil identificarlos, aunque hay un gran número de sinónimos para cada uno de ellos. El primer significado, el formal, surge del carácter lógico de la relación medios-fines, como cuando usamos «economizar» (en su acepción de ahorrar) o «económico» (barato); de ahí procede la definición del término económico en términos de escasez. El segundo significado, el substantivo, señala el hecho elemental de que los seres humanos, como cualquier otro ser viviente, no pueden subsistir sin un entorno físico que les sustente; éste es el origen de la definición substantiva de lo económico. Ambos significados, el formal y el substantivo, no tienen nada en común.

El concepto en uso de *económico* está por tanto compuesto por dos significados, aunque las implicaciones de este doble significado para las ciencias sociales (exceptuando siempre la economía) apenas se han estudiado. Cuando la sociología, la

antropología o la historia tratan materias relativas al sustento del hombre, se da por sentado el significado del término *económico*. Pero éste se emplea vagamente, en función de las referencias tanto para significar escasez como en sentido substantivo, oscilando así entre dos polos distintos de significado.

En resumen, el significado substantivo nace de la patente dependencia del hombre de la naturaleza y de sus semejantes para lograr su sustento, porque el hombre sobrevive mediante una interacción institucionalizada entre él mismo y su ambiente natural. Ese proceso es la economía, que le proporciona los medios para satisfacer sus necesidades materiales. Sin embargo, no se debe interpretar lo anterior suponiendo que las únicas necesidades que satisfaga sean las corporales, entendiendo por éstas comida y un lugar donde cobijarse, por muy esenciales que sean para su supervivencia, ya que tal restricción limitaría absurdamente el ámbito de la economía. Lo material son los medios, no las necesidades. Es irrelevante que los objetos útiles sirvan para evitar el hambre o para satisfacer propósitos educativos, militares o religiosos. En tanto que las necesidades dependan para su satisfacción de objetos materiales, la referencia siempre es la economía. *Económico* aquí denota simplemente «algo que se refiere al proceso de satisfacer las necesidades materiales». Estudiar los medios de sustento del hombre es estudiar la economía en el sentido substantivo del término, y ése es el sentido que se va a dar al término *económico* a lo largo de todo este libro.

El significado formal tiene un origen completamente diferente. Al partir de la relación medios-fines, es un concepto universal cuyos referentes no pertenecen a ningún campo concreto de interés humano. A los términos lógicos o matemáticos de este tipo se les llama *formales*, en contraste con las áreas específicas a las que se aplican. En dicho significado está oculto el verbo *maximizar*, más popularmente llamado *economizar*, y que menos técnicamente, aunque quizás con más

precisión, significa «obtener el máximo resultado de los propios medios».

La fusión de los dos conceptos en uno solo es, desde luego, irreprochable, en tanto uno sea consciente de las limitaciones del concepto así establecido. Unir la satisfacción de las necesidades materiales con escasez y economización y fundirlas en un solo concepto puede ser justificable y razonable bajo un sistema de mercado, cuando y donde éste prevalezca. Sin embargo, aceptar el compuesto «escasez de medios materiales y economización» como un concepto válido universalmente aumenta la dificultad de separar la falacia económica de la posición estratégica que sigue ocupando aún en nuestro pensamiento.

Las razones son evidentes. La falacia económica, como nosotros la llamamos, consiste en una tendencia a identificar la economía humana con su forma de mercado. Y para eliminar esa tendencia se necesita una aclaración radical del significado de la palabra *económico*. Una vez más, esto tampoco se puede lograr a menos que se elimine la ambigüedad y se establezcan por separado el significado formal y substantivo del término. Reducirlos a un término de uso común, como el concepto compuesto, refuerza el doble significado y hace de esa falacia algo casi inquebrantable.

Cuál es la increíble solidez de los dos significados se puede deducir a partir del irónico destino de la más controvertida figura mitológica moderna: el hombre económico. Los postulados que dieron lugar a esta creación del saber científico se rebatieron en casi todos los terrenos: psicológico, moral y metodológico, aunque nunca se dudó seriamente del adjetivo *económico*. Los argumentos chocaban en el concepto *hombre*, no en el término *económico*. Nadie preguntó a cuál de los dos conceptos se le aplicaba el epíteto, si a una entidad de la naturaleza, dependiente para su existencia del favor de las condiciones ambientales, como son las plantas y los animales,

o a esas otras entidades mentales, sujetas a las normas de máximos resultados al mínimo coste, sean ángeles o demonios, niños o filósofos, siempre y cuando se demuestre que están en posesión de la capacidad de razonar. Más bien se dio por hecho que el hombre económico, esa auténtica representación del racionalismo del siglo XIX, moraba en un discurso donde la existencia bruta y el principio de maximización se compenetraban místicamente. Nuestro héroe era a la vez defendido y atacado como un símbolo de la unidad ideal-material que, bajo esas razones se ensalzaba o se desacreditaba según fuera el caso. En ningún momento el debate secular pasó siquiera a considerar a cuál de los dos significados de lo económico, el formal o el substantivo, representaba el hombre económico.

§2. La distinción en la economía neoclásica

El reconocimiento de la doble raíz del término *económico* no es algo nuevo. Se puede decir que la teoría neoclásica, alrededor de 1870, formuló la distinción entre la definición substantiva de lo económico y aquella que se refería al aspecto de la escasez. La economía neoclásica se estableció sobre las premisas de Carl Menger (*Grundsätze Principles*, 1871) de que el interés concreto de la economía era la alocación de medios insuficientes para la subsistencia del hombre. Ésta fue la primera manifestación del postulado de la escasez o la maximización. Como formulación sucinta de la acción lógica o racional en referencia a la economía, esta afirmación ocupa uno de los lugares más elevados entre los logros de la mente humana. Su importancia se incrementó debido a su relación con las instituciones de mercado de la época que, por sus efectos maximizadores en las actividades diarias, eran por naturaleza proclives a aceptar dicho planteamiento.

Posteriormente, Menger quiso completar sus *Principios* para que no diera la impresión de que ignoraba las sociedades primitivas, arcaicas y otras sociedades que empezaban a ser estudiadas por las ciencias sociales. La antropología cultural reveló un buen número de motivaciones sin ánimo de lucro que llevaban al hombre a tomar parte en la producción; la sociología refutó el mito de la expansión de la tendencia utilitaria; y la historia de la antigüedad habló de grandes culturas con enormes riquezas que no tenían un sistema de mercado. Parece que el propio Menger mantuvo que las actitudes economizadoras sólo están presentes en escalas de valores utilitarias, idea ésta que hoy consideraríamos una limitación ilegítima de la lógica de las relaciones medios-fines, pero que parece haber sido una de las razones por las que Menger dudaba de la pertinencia de teorizar sobre otros países que no fueran los «avanzados», donde pueden presumirse esas escalas de valores.

Menger hizo todo lo posible por limitar la aplicación estricta de sus *Principios* a la economía moderna de intercambio (*Verkehrswirtschaft*). Se negó a permitir tanto la reedición como la traducción de la primera edición de su obra porque consideraba que no estaba completa. Dimitió de su cátedra en la universidad de Viena para dedicarse exclusivamente a esa tarea. Después de cincuenta años de esfuerzo, durante los cuales parece que volvió una y otra vez al mismo empeño, dejó un manuscrito revisado que se publicó en Viena tras su muerte en 1923. Esta segunda edición abunda en referencias a la distinción entre la economía de intercambio o de mercado por un lado, para la cual fueron concebidos los *Principios*, y las economías sin mercado o «atrasadas» por otro. Menger utiliza varias palabras para designar a esas economías «atrasadas»: *zuruckgeblieben, unzivilisiert, unentwickelt*.

La edición póstuma de los *Grundsätze* incluía cuatro nuevos capítulos, uno de los cuales es de capital importancia teórica para los problemas de definición y método con que se

encuentran los estudiosos contemporáneos de este campo. Como Menger explicaba, la economía tiene *dos* «vertientes elementales», *una* de las cuales era la vertiente economizadora que nacía de la insuficiencia de medios, mientras que la otra era la vertiente «tecnoeconómica», como él la llamó, derivada de las necesidades físicas de la producción independientemente de la suficiencia o insuficiencia de medios:

> Por esta razón llamaré elementales a las dos vertientes que pueden distinguirse en la economía humana, la técnica y la economizadora. Aunque en la economía actual estas dos vertientes, tal como las presenté en las dos secciones anteriores, se dan *por lo general* (cursivas mías) juntas, y en realidad *casi* (cursivas mías) nunca se encuentran separadas, sin embargo proceden de fuentes *esencialmente diferentes y mutuamente independientes* (itálica de Menger). En algunos campos de la actividad económica se dan ambas por separado, y en algunos tipos de economía no inconcebibles cualquiera de ellas puede aparecer regularmente sin la otra... Las dos vertientes a las que puede derivar la economía humana no son mutuamente dependientes sino que ambas son primarias y elementales. El hecho de que concurran en la economía actual es el resultado de que los factores causales que dan origen a cada una de ellas coinciden *casi* (cursivas mías) sin excepción.[1]

Sin embargo, se han olvidado estas disquisiciones de Menger. La edición póstuma en la cual hizo la distinción entre las dos vertientes de la economía no se ha traducido nunca al inglés. Ninguna exposición de la economía neoclásica (incluyendo el *Ensayo* de Lionel Robbins, 1935)[2] habla de las «dos vertientes». La edición que hizo de los *Principios* la London School of Economics en su colección de libros raros (1933) escogió la primera edición (1871). F. A. Hayek, en un

[1] Carl Menger, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, ed. Carl Menger, Viena, 1923, p. 77.

[2] Lionel Robbins, *An Esssay on the Nature and Significance of Economic Science*, 2ª edición, Londres, Macmillan and Co., 1935.

prólogo a su edición «réplica», contribuyó a sacar al último Menger del pensamiento de los economistas tachando su obra póstuma de «fragmentaria y desordenada». El profesor Hayek concluía así: «Actualmente los resultados del trabajo de los últimos años de Menger deben considerarse inútiles». Unos diecisiete años después, cuando se tradujeron los *Principios* al inglés (1950) con un prólogo de F. H. Knight, la primera edición, cuyo volumen era la mitad del de la segunda, estaba aún más resumida. Y lo peor es que a lo largo del libro el término *wirtschaftend* (que literalmente significa «involucrado en la actividad económica») se tradujo por *economizador*.[3] Sin embargo, según el propio Menger *economizador* no era el equivalente de *wirtschaftend*, sino de *sparend*, un término que expresamente introdujo él en la edición póstuma con el fin de distinguir la alocación de medios insuficientes de la otra vertiente de la economía que no implica necesariamente la insuficiencia de medios.

Debido a los brillantes y formidables logros de la teoría de precios iniciada por Menger, el nuevo significado *economizador* o formal de lo económico se convirtió en el significado, mientras que el tradicional, pero al parecer más pedestre, significado de *materialidad*, que no estaba necesariamente unido a la escasez, perdió su estatus académico y cayó en desuso. La economía neoclásica se cimentó a partir del nuevo significado, mientras que al mismo tiempo, el viejo significado, substantivo o material, desapareció de la conciencia y perdió su identidad para el pensamiento económico.

[3] Carl Menger, *Principles of Economics*, traducción y edición de James Dingwall y Bert F. Hoselitz, con introducción de Frank H. Knight, Glencoe, Ill: The Free Press, 1950. Cf. Karl Polanyi, «Carl Menger's two meanings of "economic"», en *Studies in Economic Anthropology*, ed. G. Dalton, Washington D.C., *American Anthropological Association*, 1971.

§3. La falacia de la escasez y la elección relativa

La importancia dada al análisis teórico supuso una total falta de atención a las necesidades de otras disciplinas económicas, tales como la sociología de las instituciones económicas, las economías primitivas o la historia económica, que también estaban relacionadas con el estudio de los medios de sustento del hombre. Pero nada más haberse descubierto la evidente distinción entre los dos significados, se desacreditó el substantivo en favor del formal, dando lugar a la insistencia de los analistas económicos en que todas las disciplinas relacionadas con la economía, para afrontar el verdadero objeto de estudio, no tenían que tomar en cuenta el aspecto de la satisfacción de las necesidades materiales, sino los usos alternativos de los medios escasos. Se admitió por tolerancia el concepto compuesto, bajo el supuesto de que sus ingredientes substantivos podían ignorarse, reduciendo así el concepto a elementos formales de elección y escasez que se suponía eran los únicos que importaban.

Y ahora es cuando se hace evidente la dificultad de nuestra tarea. No basta con aclarar que el concepto compuesto alberga dos significados independientes, porque en cuanto nos alejemos de ese fin, mostrando la ambigüedad del concepto compuesto tan utilizado por los académicos y los imitadores de sabios, éste resultará tan sólo una pantalla para la definición de escasez, mientras que el aspecto substantivo de la economía, al cual queríamos enfocar nuestra atención, quedará relegado al olvido.

Examinemos en primer lugar cuáles son las causas de que el monopolio semántico del término *económico* se reivindique para la definición de escasez. A continuación desarrollaremos la definición substantiva. Comenzaremos por formular una definición de escasez que sea lo más amplia posible, aunque suficientemente articulada en su aplicación como para que pueda someterse a una comprobación eficaz.

La norma implícita en el significado formal de económico, obtener los mejores resultados de los propios medios, lógicamente se refiere a situaciones en las que la elección está provocada por una insuficiencia de medios, condición que con justicia se describe como situación de escasez. Los términos *elección, insuficiencia* y *escasez* deben examinarse atentamente en su relación mutua, ya que los analistas económicos afirman que toman formas variadas. A veces se nos dice que en la economía hay actos de elección, otras veces que la elección implica insuficiencia de medios, y que la insuficiencia de medios implica elección; e incluso que los medios insuficientes son medios escasos, e incluso que los medios escasos son los económicos.

Tales afirmaciones parecen establecer que el rango del significado formal abarca todas las manifestaciones de la economía, que, como quiera que esté instituida, sólo consistiría en medios escasos bajo condiciones que provocan actos de elección entre los usos alternativos de medios insuficientes y, por consiguiente, se describiría en los términos formales de la definición de escasez. Por tanto, cabría añadir, y con razón, que la definición substantiva de *económico* es superflua, o al menos de poca importancia, puesto que todas las economías imaginables caerían bajo la definición de escasez. Sin embargo, estrictamente hablando, ninguna de estas afirmaciones es válida.

Empecemos nuestro análisis por el término más general, la elección, que puede darse tanto si los medios son suficientes como si no. La elección moral se rige por el deseo del agente de actuar correctamente: la encrucijada entre el bien y el mal es el objeto de la ética. Pero pongamos un ejemplo sencillo de elección: un hombre que viaja por un camino llega al pie de una montaña de la cual parten dos senderos, que llevan al mismo destino por diferentes rutas. Suponiendo que ambos tengan la misma longitud, la misma dificultad y la misma

pendiente, el hombre estará obligado a elegir uno de los dos senderos, o bien tendrá que renunciar a su destino. Ni bajo el aspecto moral ni bajo el práctico hay en este caso insuficiencia de medios. En realidad, la variedad de medios puede hacer más difícil la elección, que, aun así, sigue siendo necesaria. Muchas veces elegir es una actividad odiosa, incluso dolorosa, pero se debe tanto a la abundancia como a la escasez de medios.

La elección, entonces, no implica necesariamente insuficiencia de medios, ni esta última implica necesariamente elección o escasez. Pongámonos en el último caso: para que surja una situación de escasez, no tiene que haber sólo medios insuficientes, sino que éstos deberán obligar a elegir. Ahora bien, para elegir tienen que darse dos condiciones adicionales: varios usos de los medios, puesto que acaso no habría qué elegir; y varios fines jerarquizados, o si no no habría razones para elegir. Para que se dé una situación de escasez, entonces, deben confluir varias condiciones, además de la insuficiencia de medios.

Pero aunque —y esto es crucial— se cumplieran estas condiciones, seguiría existiendo solamente una conexión accidental entre una situación de escasez y la economía. Las reglas de elección, como vimos, se aplican en todos los campos de las relaciones medios-fines, objetivas y convencionales, reales o imaginarias. Los medios son solamente instrumentos ya sea en virtud de sus cualidades naturales, como el carbón para la calefacción, o en virtud de las reglas convencionales, como los billetes de dólar para pagar deudas. Tampoco es importante si los grados de preferencia con respecto a los fines se basan en escalas tecnológicas, morales, científicas, supersticiosas o simplemente arbitrarias.

Por tanto, la tarea de obtener la mayor satisfacción a través del uso racional de medios insuficientes no está limitada a la economía humana, ya que la tienen que aplicar por igual un general al disponer sus tropas para la batalla, un jugador de

ajedrez al sacrificar un peón, un abogado al exponer sus pruebas para defender a un cliente, un artista al medir sus resultados, un creyente al ofrecer sus rezos y buenas obras para la salvación de su alma, o, para ajustarnos al tema, una esposa ahorrativa al planificar las compras de la semana. Sean tropas, peones, pruebas, efectos artísticos, actos píos o compras semanales, los medios insuficientes pueden emplearse de muy diversas maneras, pero inevitablemente cuando se los utiliza para una cosa ya no se los puede emplear para otra; del mismo modo, los que escogen tienen presente más de un fin y necesitan emplear los medios para lograr el fin que prefieren.

Los ejemplos se podrían multiplicar al infinito pero cuantos más presentemos, más evidente se hace que las situaciones de escasez existen en un gran número de campos, y que el significado formal de lo *económico*, de hecho, sólo implica una referencia accidental al significado substantivo. El carácter material de la satisfacción de las necesidades se da tanto si hay maximización como si no; y la maximización se da tanto si medios y fines son materiales como si no.

En cuanto a las reglas de conducta, también tienen validez universal. Son dos. La primera, «relacionar los medios con los fines», cubre la gama total de acciones lógicas o racionales. La segunda resume la economía formal, es decir esa parte de la acción lógica o racional que se preocupa de las situaciones de escasez. Dice así: «Distribuir los medios escasos de tal forma que ningún fin de orden inferior tenga preferencia sobre los fines de orden superior en la aplicación de los medios». Hablando llanamente: «no hacer el tonto». Sin embargo, ése es el contenido estricto de la economía formal.

Las dos raíces del significado *económico* forman dos mundos: el significado formal no puede de ninguna manera sustituir al substantivo. Lo *económico* (barato) o *economizar* (ahorrar) se refiere a la elección entre usos alternativos de medios insuficientes. El significado substantivo, por otra parte,

no implica elección ni insuficiencia. Los medios de sustento del hombre pueden, o no, implicar la necesidad de elección. La costumbre y la tradición, por lo general, eliminan la opción, y si la hubiera, ésta no tendría por qué estar provocada por los efectos limitadores de ninguna «escasez» de medios. Algunas de las condiciones naturales y sociales más importantes de la vida, como la disponibilidad de aire y agua o la entrega amorosa de una madre a su hijo, por lo general no son tan limitantes. La convicción que actúa en un caso difiere de la del otro, como la fuerza de la gravedad contrasta con el poder del silogismo, porque en el primer caso rigen las leyes de la naturaleza, y en el segundo las de la mente.

§4. Escasez e insuficiencia

¿Cómo se aplica la economía formal a las situaciones empíricas? Si los medios no son inherentemente insuficientes, ¿cómo se puede comprobar su insuficiencia? Y, puesto que se ha demostrado que «escasez» no es lo mismo que insuficiencia de medios, ¿cómo se puede averiguar la presencia de la escasez?

Los medios son insuficientes si la siguiente prueba resulta negativa. Dispongamos los fines en una secuencia y cubramos cada uno de ellos con una unidad de los medios; si los medios se agotan antes de que se haya alcanzado el último fin, entonces es que son insuficientes. Si la realización de la prueba fuera difícil o físicamente imposible, recurriríamos a una «señal», consistente en realizar la misma operación mentalmente «asignando» cada unidad de medios a un fin concreto. Si los medios se agotan antes de llegar al último fin, es que son insuficientes, pero hablar en este caso de medios escasos en lugar de medios insuficientes —una práctica habitual hoy en día— carece de rigor, crea confusión. Los medios que hayan

resultado insuficientes sólo pueden distribuirse de la misma manera que se hubieran distribuido si fuesen suficientes, es decir para un fin específico. Llamarlos escasos implicaría que la elección se había realizado obligada por la insuficiencia de medios, que no es el caso. Ignorar este criterio operativo es perder completamente el objeto de la definición de escasez, crear la ilusión de que existe una forma peculiar de distribuir medios insuficientes, «una más económica», por así decirlo. Pero la insuficiencia de medios no crea por sí misma una situación de escasez. Si uno no tiene bastante de algo, puede pasar sin ello. Para que haya elección, los medios, además de ser insuficientes, deben tener también un uso alternativo; y tiene que haber más de un fin, así como una escala de preferencias entre ellos.

Cada una de estas condiciones —medios insuficientes con usos alternativos, fines múltiples y escalas de preferencia— está sujeta a comprobación empírica. Si en una situación determinada el término «escaso» se aplica o no a los medios es una cuestión empírica que establece el límite de aplicabilidad de la definición formal o de postulado de escasez de *económico* en cualquier campo, incluyendo la economía.

El concepto bifurcado de economía, al unir la satisfacción de necesidades materiales con la escasez, postula nada menos que la insuficiencia de todas las cosas materiales. Su primera formulación aparece en el *Leviatán* de Hobbes, donde muestra que el estado necesita poder absoluto para evitar que los humanos se destrocen unos a otros como una manada de lobos hambrientos. En realidad, su intención era evitar las guerras de religión mediante el brazo fuerte de un gobierno secular. Sin embargo, esa metáfora puede que reflejara un mundo en el que la comunidad medieval daba paso al estallido de la Revolución Comercial y a la rivalidad depredadora de los absorbentes ricos que devoraban pedazo a pedazo las tierras comunales de las aldeas. Un siglo después el mercado empezó a organizar la

economía en una estructura que en realidad funcionaba mediante el postulado de escasez, y Hume repitió el dicho de Hobbes. Una necesidad omnipresente de elección surgió de la insuficiencia de un medio universalmente empleado: el dinero. No interesaba comprobar si las cosas que el dinero podía comprar eran suficientes o no. Pero indudablemente, dadas las necesidades de cada individuo, determinadas culturalmente, y el campo de acción del dinero, estos medios eran insuficientes para satisfacer todas las necesidades. En realidad, esta situación no era más que un rasgo organizativo de nuestra economía.

A partir de entonces cobró cuerpo la creencia universal de que no había suficiente para todos; a veces como proposición de sentido común sobre la naturaleza limitada de la oferta, otras como un postulado filosóficamente temerario sobre la naturaleza ilimitada de las necesidades y deseos individuales. Pero en ambos casos, mientras dicha afirmación proclamaba ser empírica, no era más que una aserción dogmática que tapaba una definición arbitraria y una circunstancia histórica específica. Una vez que el ser humano quedaba circunscrito a ser «un individuo del mercado», la proposición a la que aludimos era fácil de justificar. De todos sus deseos y necesidades, el hombre sólo podía satisfacer aquéllos relacionados con el dinero a través de la adquisición de cosas brindadas por el mercado; los propios deseos y las necesidades quedaron limitados a los de los individuos aislados. Por definición, no se reconocían más necesidades que las ofrecidas por el mercado, y tan sólo al individuo aislado se le consideraba un ser humano. Es fácil ver que lo que se había puesto a prueba no era la naturaleza de los deseos y necesidades, sino sólo la descripción de una situación de mercado como situación de escasez. En otras palabras, dado que las situaciones de mercado, en principio, no reconocen otros deseos y necesidades que los expresados por los individuos, y dado que los deseos y necesidades se limitan a cosas que pueden obtenerse en un mercado,

cualquier discusión sobre la naturaleza de los deseos y necesidades humanas en general carecía completamente de sentido. En términos de deseos y necesidades, sólo se tenían en consideración las escalas de valores utilitarias de individuos aislados que actuaban en los mercados.

Anteriormente ya hemos aludido a una famosa controversia que, vista más de cerca, se revelaba a sí misma como una pura verbalización de asuntos no definidos: ¿era realmente hombre el hombre económico? En la pregunta se daba por sentado el significado de *económico*, lo cual excluía la posibilidad de cualquier respuesta satisfactoria.

En los orígenes del pensamiento sobre el tema, Aristóteles rechazó la definición de escasez. Parte de su argumento, como, por ejemplo, su concepción sobre la fuente de los beneficios del comercio, parece desplazado o distorsionado por el contexto; en otros asuntos tales como la esclavitud, su pensamiento desentona con las actuales convicciones. Pero lo más asombroso es que profundizó en un problema que hasta nuestros días ha desconcertado a los pensadores.

Aristóteles comienza su *Política* negando que el sustento del hombre como tal suponga un problema de escasez. El versículo de Solón proclamaba falsamente el deseo de riquezas, para el que «no hay límite establecido entre los hombres». Por el contrario, escribía Aristóteles, las verdaderas riquezas de una familia, o de un estado, son las cosas necesarias para la vida que pueden almacenarse y conservarse, las cuales sólo son medios para un fin, y como todos los medios están intrínsecamente limitados y determinados por sus fines. En la casa, son medios de vida; en la *polis* son medios para la buena vida. Los deseos y necesidades humanas, por tanto, no son ilimitados como insinuaba el dicho de Solón. Esta falacia es el principal objetivo de Aristóteles. ¿Acaso los animales, desde su nacimiento, no encuentran su sustento natural en su ambiente? ¿Y acaso también el hombre no encuentra sustento en la leche materna,

y luego en su medio ambiente natural, ya sea cazador, pastor o labrador? Hasta el comercio encaja en este modelo natural con tal de que sea practicado como un tipo de intercambio. Ninguna necesidad se considera natural excepto la del sustento. En tanto la escasez parece provenir «del lado de la demanda», Aristóteles acaba con esta noción errónea de la buena vida transformada en un deseo ilimitado de bienes materiales y de diversiones. El elixir de la buena vida —la emoción y el éxtasis del teatro diario, ser jurado, elegir y ocupar un cargo, los grandes festivales, y también las batallas y combates navales—, no puede ni acapararse ni poseerse físicamente. En verdad, la buena vida requiere, «esto se admite de manera general», que el ciudadano disfrute de tiempo libre para poder dedicarse al servicio de la *polis*. Como vimos, cubrir esta necesidad implica la esclavitud y el pago a los ciudadanos para que cumpliesen sus deberes públicos (o que los artesanos no fuesen ciudadanos). Hay otra razón por la que Aristóteles no se plantea el problema de la escasez. La economía —una cuestión de administración doméstica— se refiere a la relación de las personas que crean instituciones tales como la familia u otras unidades «naturales» como la *polis*. Su idea de economía, por tanto, denota un proceso institucionalizado a través del cual se asegura el sustento, por lo que atribuyó la falsa idea de los deseos y necesidades ilimitadas del hombre a dos circunstancias: primera, la adquisición de productos alimenticios por mercaderes comerciales, ligando así la ilimitada actividad de hacer dinero a las necesidades menos limitadas de la familia y la *polis*; segunda: la malinterpretación de la buena vida según la nueva idea de la acumulación utilitaria del placer físico. Dadas las instituciones correctas, tales como *oikos* y *polis*, y la comprensión tradicional de la buena vida, Aristóteles no vio lugar para el factor de escasez en la economía humana. No se equivocó al relacionar este hecho con las instituciones de la esclavitud y el infanticidio y su propia aversión a los placeres

de la vida. Pero a pesar de la realidad de este hecho, su negación de la escasez puede haber sido tan dogmática y poco favorable a la investigación empírica como el formalismo económico de nuestra época. Y así es como el primer pensador realista fue también el primero en reconocer que un estudio del papel de la escasez en la economía humana presupone una adhesión al significado substantivo de lo económico.[4]

§5. La economía substantiva: interacción e instituciones

La pretensión de que la definición de escasez es la única representante legítima del significado de *económico* además de no resistir un examen minucioso, deja al sociólogo, al antropólogo y al historiador económico imposibilitados para afrontar la tarea de profundizar en la economía de cualquier tiempo o lugar. Para cumplir este empeño, las ciencias sociales deben volver al significado substantivo de económico.

La economía, entendida como el proceso institucionalizado de interacción que sirve a la satisfacción de las necesidades materiales, forma parte vital de toda sociedad humana. Sin una economía en este sentido, ninguna sociedad existiría durante un período de tiempo largo.

La economía substantiva debe considerarse a dos niveles: al de la interacción entre el hombre y su entorno y al de la institucionalización de ese proceso. En realidad, los dos son inseparables; sin embargo, los vamos a tratar por separado.

La interacción explica el resultado material en términos de supervivencia. Puede desglosarse en dos tipos de cambio, de localización y de apropiación, que pueden ir juntos o no. El primero consiste en un cambio de lugar; el segundo en un cambio de «manos».

[4] Cf. M. I. Finley, «Aristotle and Economic Analysis», *Past and Present*, núm. 47, mayo 1970, pp. 3-25.

En un movimiento de localización, como implica el término, las cosas se desplazan en el espacio; en el movimiento de apropiación, cambia la persona (o personas) que dispone de las cosas, los derechos para disponer de ellas. El movimiento de localización comprende la producción y el transporte; el de apropiación, las transacciones y sus disposiciones.

Los seres humanos juegan un papel fundamental: dedican sus esfuerzos al trabajo; se mueven ellos mismos y disponen de sus posesiones y actividades en un proceso que en definitiva sirve al fin de su supervivencia. La producción representa quizás la más espectacular hazaña económica, es decir, el avance ordenado de todos los medios materiales hacia la etapa de consumo de los medios de subsistencia. Juntos, los dos tipos de movimiento completan el proceso de la economía.

Los movimientos de localización comprenden cacerías, expediciones, incursiones, talar árboles, sacar agua, el sistema internacional de navegación, los ferrocarriles y el transporte aéreo. Hay que recordar que el transporte en épocas antiguas era más importante que la producción misma. Ya se ha afirmado antes que la producción se puede reducir a movimientos de localización de objetos, grandes y pequeños, desde la mayor a la más diminuta partícula de materia. El crecimiento del grano a partir de la semilla es un movimiento de materia en el espacio, también lo es cómo crecen los rascacielos en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, como veremos, el carácter económico de la producción se deriva del hecho de que el movimiento de localización involucra trabajo combinado de una manera específica con otros bienes. De ello trataremos más adelante.

Max Weber[5] amplió el significado original de apropiación, es decir la adquisición legal de propiedad, para que incluyese

[5] Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga, 1922, capítulo I, apartado 10, p. 73 y ss.; *The Theory of Social and Economic Organization*, traducción de A.M. Henderson y Talcott Parsons, ed. Talcott Parsons, Nueva York: The Free Press, 1947, p. 139 y ss.

las disposiciones sobre cualquier posesión valiosa, ya fuese un objeto físico, un derecho, prestigio, o la simple posibilidad de explotar situaciones ventajosas.

El cambio de apropiación puede ser un cambio de «manos» (donde «mano» denota cualquier persona o grupo de personas capaces de poseer), lo que implica obligatoriamente cambios en la esfera de la propiedad que acompaña al proceso de interacción. Las cosas y las personas pasan parcial o totalmente de una esfera de apropiación a otra. La dirección y administración, la circulación de bienes, la distribución de ingresos, los impuestos y gravámenes pertenecen a la esfera de la apropiación. Lo que se cambia de «manos» no tiene por qué ser un objeto total, puede tratarse de un uso parcial.

Los movimientos de apropiación no difieren sólo en cuanto a lo que se mueve, sino también al carácter de ese movimiento. Así, los movimientos de transacción son bilaterales y tienen lugar entre «manos», mientras que los movimientos de disposición son acciones unilaterales de una «mano» a la que la costumbre o la ley asigna efectos legales definidos. En el pasado, la distinción entre movimientos de transacción y de disposición se relacionaba con el tipo de «mano» en cuestión: a las personas o empresas privadas se las consideraba aptas para hacer cambios de apropiación mediante transacciones, mientras que la «mano» pública se asociaba con las disposiciones. La distinción tiende a ignorarse en nuestros días tanto por empresas como por gobiernos, ya que el Estado compra y vende, y las corporaciones privadas administran y disponen.

La *combinación de bienes* parece un término poco adecuado para describir esa parte de la interacción comúnmente llamada producción. Sin embargo, es un hecho básico de la economía substantiva que las cosas son útiles porque sirven a una necesidad, directa o indirectamente, mediante sus diversas combinaciones, La distinción entre bienes de un orden «inferior» o «superior» introducida por Carl Menger está en la

raíz de la producción.[6] Incluso en un estado de escasez general, no es posible ningún tipo de producción en ausencia de bienes de un orden «superior», principalmente el trabajo. Por otro lado, si el «trabajo» está presente dará lugar a la producción, tanto si hay abundancia de trabajo como si no, siempre que no haya bienes de un orden «inferior» disponibles para satisfacer las necesidades. Por tanto es erróneo, como ya se notaba en la obra póstuma de Menger, atribuir el fenómeno de la producción a la escasez general de bienes; sino que la producción nace de la diferencia entre los bienes de orden «inferior» y los de orden «superior» —un hecho tecnológico de la economía substantiva—. Consecuentemente, la preeminencia del trabajo como factor de producción se debe a la circunstancia de que el trabajo es el agente más general entre todos los bienes de orden «superior».

En el ámbito interaccional, por tanto, la economía comprende al hombre como cosechero, plantador, transportista o artesano, y a la naturaleza, unas veces silencioso obstáculo y otras ayuda, así como su interrelación en una secuencia de acontecimientos físicos, químicos, fisiológicos, psicológicos y sociales que van desde la escala mínima a la máxima. El proceso es empírico, y sus partes se pueden someter a definiciones eficaces y a la observación directa.

Sin embargo, ese proceso no tiene existencia independiente. La trama de la interacción puede dividirse, cruzarse, formar una red; pero, tanto si la red de causa y efecto es simple o compleja, no puede arrancarse del tejido ecológico, tecnológico y social que forma su historia, al igual que el proceso de la vida no puede separarse del organismo animal.

Con el fin de lograr la variada coherencia de la economía actual, el proceso simple de interacción debe adquirir una serie mayor de propiedades, sin las cuales la economía ni siquiera se

[6] Carl Menger, *Principles of Economics*, pp. 58-59.

podría decir que existe. Si la supervivencia material del hombre fuera el resultado de una fugaz cadena de causas —sin lugar tiempo o espacio definido (es decir sin unidad ni estabilidad), sin puntos de referencia (es decir sin estructura), sin modos de acción definidos en cuanto al todo (es decir sin función), sin influencias de las metas sociales (es decir, sin relevancia política)—, jamás se hubiera alcanzado la dignidad e importancia de la economía humana. Las propiedades de unidad y estabilidad, estructura y función, historia y política, confluyen en la economía a través de su investidura institucional.

He aquí las bases para definir el concepto de economía humana como un proceso institucionalizado de interacción, cuya función es ofrecer los medios materiales a la sociedad.

3. FORMAS DE INTEGRACIÓN Y ESTRUCTURAS DE APOYO

§1. Introducción

Entre las diferentes formas en que se pueden clasificar empíricamente las economías, se debería dar prioridad a aquellas que no prejuzguen las cuestiones significativas del problema de cuál es el lugar ocupado por la economía en la sociedad, es decir, de cuáles son las relaciones del proceso económico con las esferas culturales y políticas de la sociedad. Para evitar prejuicios, nos proponemos agrupar las economías según la forma de integración dominante en cada una de ellas. La integración está presente en el proceso económico hasta el punto de que los movimientos de bienes y personas que superan los efectos del espacio, el tiempo y las diferenciales ocupacionales están institucionalizados para crear interdependencia entre los movimientos. Así por ejemplo, las diferencias regionales dentro de un territorio, el lapso entre la siembra y la cosecha o la especialización de la mano de obra, se ven superados por los movimientos de las cosechas, de las manufacturas o del trabajo que hagan su distribución más efectiva. Las formas de integración designan a los movimientos institucionalizados a través de los cuales se conectan los

elementos del proceso económico, desde los recursos materiales y el trabajo hasta el transporte, almacenamiento y distribución de mercancías.

Las principales formas de integración de la economía humana son, empíricamente, la reciprocidad, la redistribución y el intercambio. Empleamos estos términos de manera descriptiva, es decir, sin sugerir ninguna asociación intencional o valorativa, lo que no significa que las formas de integración no se diferencien precisamente en la manera en que la economía, bajo la forma de cada una de ellas, se relaciona con las áreas culturales y políticas de la sociedad. Lo que importa aquí es que nuestras formas de integración son relativamente independientes de los fines y caracteres de los gobernantes, así como de los ideales y formas culturales en cuestión. Una actitud neutra con respecto a las implicaciones morales y filosóficas de la política gubernamental de los valores culturales es un requisito imprescindible para cualquier estudio objetivo de las cambiantes relaciones del proceso económico con las esferas culturales y políticas de la sociedad en su conjunto. Necesitamos que nuestra clasificación de las economías empíricas esté razonablemente libre de asociaciones intencionales y valorativas, o, de otro modo, nuestras conclusiones estarían afectadas por la presunción inconsciente de lo que, supuestamente, se deduce de los datos.

Podemos concebir las formas de integración como diagramas que representan las pautas de los movimientos de bienes y personas en la economía, tanto si estos movimientos consisten en cambios de localización, de apropiación o de ambos. Definida como forma de integración, la reciprocidad describe el movimiento de bienes y servicios (o la disposición sobre ellos) entre puntos correspondientes de un agrupamiento simétrico; la redistribución representa un movimiento hacia un centro y después, desde ese centro hacia fuera, tanto si los objetos se trasladan físicamente como si lo que varía es la

disposición sobre ellos; y el intercambio es un movimiento similar pero entre dos puntos dispersos o fortuitos del sistema. En un diagrama, la reciprocidad se representaría por unas flechas que conectasen puntos dispuestos simétricamente siguiendo uno o más ejes; para la redistribución sería necesario un diagrama en forma de estrella, con algunas flechas apuntando hacia el centro y otras partiendo de él; y el intercambio se podría representar con diversas flechas conectando, en ambos sentidos, puntos fortuitos.

Evidentemente, tales diagramas no servirían más que a un propósito formal, ya que no explicarían ni cómo ocurre ese movimiento en la sociedad, ni cómo, una vez que ocurre, realiza su efecto integrador. Para explicarlo hace falta la presencia de estructuras definidas en la sociedad.

Llegados a este punto es conveniente distinguir entre formas de integración, estructuras de apoyo y actitudes personales. La dificultad radica en el uso generalizado de los términos *reciprocidad*, *redistribución* e *intercambio*, que a menudo se emplean para describir tanto diferentes tipos de actitudes personales como las formas de integración sugeridas aquí, cuando en realidad son cuestiones diferentes. El funcionamiento efectivo de las formas de integración depende de la presencia de estructuras institucionales definidas. Ha habido autores que consideran que tales estructuras son el resultado de ciertos tipos de actitudes personales: «la propensión al trueque, permuta e intercambio» de Adam Smith es tal vez el ejemplo más famoso. No es verdad, sin embargo, que los actos y actitudes individuales se unan simplemente para crear las estructuras institucionales que sustentan las formas de integración.

Las estructuras de apoyo, su organización básica y su validez nacen de la esfera social. En el caso de la redistribución, como pronto veremos, el movimiento no puede continuar sin un centro establecido a partir del cual se origine la redistribución. La redistribución no es en absoluto un modelo

individual de conducta porque, aun cuando sea a pequeña escala, siempre dependerá de la existencia previa de un centro reconocido. Con la reciprocidad y el intercambio ocurre lo mismo. Ciertamente denotan tipos definidos de actitudes y acciones personales, como la mutualidad y el trueque; pero los actos individuales de mutualidad o trueque carecen de los elementos esenciales de efectividad y continuidad en el plano social. Ni la reciprocidad ni el intercambio son posibles sin la existencia previa de un modelo de estructura que no es, ni puede ser, el resultado de acciones individuales de mutualidad o trueque. Así, la reciprocidad, precisa de la presencia de dos o más grupos simétricos, cuyos miembros actúen similarmente y en ambas direcciones en asuntos económicos. Puesto que tal simetría no está restringida a la dualidad, los grupos de reciprocidad, como tales, no tienen por qué ser el resultado de actitudes de mutualidad. Por lo que respecta al intercambio, las acciones fortuitas de trueque entre individuos, si se dan, son incapaces de producir el elemento integrador que es el precio. Aquí, al igual que en la reciprocidad, el factor de validez y organización no surge del individuo, sino de las acciones colectivas de personas en situaciones estructuradas. El intercambio como forma de integración depende de la presencia de un sistema de mercado, un modelo institucional que, contrariamente a lo que se supone, no se origina en acciones fortuitas de intercambio.

En las obras de algunos autores preocupados por la vertiente sociológica de las instituciones económicas —especialmente Durkheim, Weber y Pareto— el interés general se centraba en las precondiciones sociales de los diferentes tipos de acción individual. Sin embargo, en nuestra opinión, el primer autor que percibió una conexión empírica entre las actitudes personales de reciprocidad y la presencia independiente de instituciones simétricas fue Richard Thurnwald en 1916, en

su estudio del sistema matrimonial de los banaro de Nueva Guinea.[1]

Bronislaw Malinowski reconoció la importancia de las observaciones de Thurnwald y predijo que las situaciones recíprocas en la sociedad humana siempre se encontrarían apoyadas en formas básicas de organización simétrica. Su propia descripción del sistema de parentesco de los trobriandeses y del comercio *kula* aclaró este punto. A partir de Malinowski, se necesitaba dar un paso para generalizar la reciprocidad como una de las varias formas de integración y la simetría como una de las varias estructuras de apoyo. Esto se hizo añadiendo la redistribución y el intercambio a la primera categoría, y la centralización y el mercado a las últimas. Estas observaciones ayudan a aclarar cómo y por qué las actitudes personales individuales no consiguen tener efectos sociales en ausencia de las condiciones sociales necesarias. Sólo en un entorno organizado simétricamente derivarán las actitudes recíprocas en instituciones económicas de importancia; sólo donde previamente existan centros puede la actitud cooperativa de los individuos producir una economía redistributiva; y sólo en presencia de mercados instituidos para ese propósito, la actitud trocadora de los individuos creará precios que integren las actividades económicas de la comunidad.

§2. Reciprocidad y simetría

Volviendo a la reciprocidad, un grupo social que decidiera organizar sus relaciones en este sentido tendría que dividirse, para conseguir su propósito, en subgrupos simétricos cuyos miembros se identificaran entre sí como tales. Los miembros

[1] Richard Thurnwald, «Banaro Society: Social Organization and Kinship System of a Tribe in the Interior of New Guinea», *Memoirs of the American Anthropological Association*, vol. 3, núm. 4, 1916

del grupo A entablarían relaciones de mutualidad con sus socios del grupo B, y viceversa. Tres, cuatro o más grupos pueden ser simétricos con respecto a dos o más ejes, aunque los miembros de estos grupos pueden no ser recíprocos entre sí, y serlo con los miembros correspondientes de un tercer grupo con el que mantengan relaciones similares. Unas familias que vivan en cabañas agrupadas en círculo podrían ayudar a sus vecinos de la izquierda y ser ayudados ellos mismos por los de la derecha en una cadena infinita de reciprocidad sin que haya absolutamente ningún tipo de mutualidad entre ellos.

El mejor sistema comprobado de reciprocidad lo describió Malinowski en su monografía sobre los habitantes de las islas Trobriand. Un hombre trobriandés tiene obligaciones con la familia de su hermana, pero a él no le corresponderá el esposo de su hermana, sino que, si está casado, lo hará el hermano de su propia esposa, miembro de una tercera familia análogamente colocada. No sólo la agricultura de subsistencia se basa en las relaciones recíprocas de los trobriandeses, sino que los intercambios de «pescado y patatas» entre aldeas de la costa e interiores se realizan también sobre una base recíproca. El pescado llega en un momento, el ñame en otro, pero los que realizan el intercambio en este caso no son grupos familiares, sino aldeas enteras. El *kula*, es con mucho la mayor institución de este tipo en las islas Trobriand. También aquí se dan asociaciones para el intercambio, pero los actos de intercambio se realizan en diferentes ocasiones, con tal ceremonial que desaparece toda noción de equivalencia. Asimismo, el comercio de objetos útiles no sólo está desligado del *kula*, sino que se marca un profundo contraste entre éste y las transacciones *kula*. Sea cual sea el origen del sentimiento de satisfacción que el hombre experimenta ante una reacción apropiada, las connotaciones de qué se considera apropiado difieren según la situación a la que se refieran. Mientras que nuestro sentido de

la justicia se expresa en términos de premio y castigo, los movimientos recíprocos de bienes se expresan en términos de donación y contradonación, con lo que se quiere decir básicamente que la persona apropiada en la ocasión adecuada deberá corresponder con el tipo de objeto correcto. La persona adecuada, por supuesto, es la que se encuentra simétricamente situada. En realidad, si no fuera por tal simetría, el complejo dar y tomar que involucra un sistema de reciprocidad no podría funcionar. La conducta apropiada es a menudo la de equidad y consideración, o al menos una muestra de ello, y no la actitud *stricti juris* de la ley antigua, como la insistencia de Shylock en su libra de carne. Es muy difícil encontrar la conducta de los regalos recíprocos acompañada de prácticas de regateo. Sea cual sea la razón de la elasticidad, que da preferencia a la equidad frente a la estrechez, tiende a eliminar las manifestaciones de autointerés económico en las relaciones de reciprocidad.

§3. Redistribución y centralización

La redistribución se consigue dentro de un grupo en la medida en que la asignación de bienes (incluyendo la tierra y los recursos naturales) se recojan en una mano y se distribuyan mediante la costumbre, la ley o una decisión central apropiada. A veces el sistema equivale simplemente a almacenamiento-redistribución, otras veces la «colecta» es simplemente disposicional, es decir, hay un cambio en los derechos de apropiación sin ningún cambio en la localización real de los bienes. La redistribución tiene varias causas y se da en sociedades de diferente nivel, desde el de cazadores de sociedades tribales primitivas hasta el de los vastos sistemas de almacenamiento de los antiguos Egipto, Sumeria, Babilonia y Perú. Entre los cazadores, cualquier otro método de distribución llevaría a la desintegración de la horda o banda, puesto que sólo la

«división del trabajo» de los cazadores puede garantizar resultados; la caza debe, por tanto, distribuirse. En los grandes territorios, las diferencias de suelo y clima pueden hacer necesaria la organización del trabajo; en otros casos, la distribución se organiza debido a las variaciones temporales entre la cosecha y el consumo.

Los métodos de recolección dentro de un sistema redistributivo pueden ser muy diferentes, desde una sencilla reunión para cazar hasta elaborados sistemas tributarios. El jefe trobriand tenía el privilegio de la poligamia. Podía llegar a tener hasta cuarenta esposas procedentes de los cuarenta subclanes de la isla, que, mediante sus hermanos, aseguraban el abastecimiento de gran cantidad de productos y batatas en el almacén del jefe, provenientes de todas las aldeas. De esta forma el jefe ejercía la función política a partir de las costumbres matrimoniales de la tribu, siendo el nexo el privilegio de la poligamia.

En algunos pueblos primitivos la vida pública está mucho más desarrollada que en las actuales sociedades occidentales. Festivales, festines ceremoniales, solemnidades religiosas, funerales, visitas de jefes, cosechas y otras celebraciones ofrecen incontables ocasiones para la distribución a gran escala de alimentos y, a veces, incluso de artículos manufacturados. Una función importante del jefe es recoger y repartir esta riqueza en tales ceremoniales, lo que equivale a la redistribución del producto recogido y almacenado por él. Es indiferente que la obligación para recolectar se base en el parentesco, en lazos de vasallaje, en acuerdos políticos o en impuestos directos, porque el resultado es siempre el mismo: almacenamiento y redistribución. Lo que, como en algunos reinos nativos africanos, puede a menudo parecer a los occidentales un sistema tributario despótico o una explotación despiadada de los súbditos, es frecuentemente una fase del proceso redistributivo.

La redistribución —sea física o puramente disposicional— no puede darse a menos que existan canales mediante los

cuales se pueda realizar el movimiento hacia el centro y el subsiguiente movimiento hacia el exterior Portante, es imperativo un cierto grado de centralización. La organización central es crucial, no sólo política sino también económicamente. Entre los trobriandeses, el estado incipiente es un medio de distribución, no un órgano de defensa o de clases dirigentes.

El sistema tributario en los estados modernos no es sino otra forma de redistribución. Tal redistribución del poder adquisitivo puede evaluarse según los fines exigidos por los ideales sociales, pero el principio de integración es el mismo: recoger y redistribuir a partir de un centro.

La redistribución también puede aplicarse en un grupo más pequeño que la sociedad, como la hacienda o el señorío. Los ejemplos mejor conocidos son los kraal de África central, la alcazaba del noroeste de África, la casa patriarcal hebrea, la hacienda de la Grecia de Aristóteles, la *familia* romana, el señorío medieval o la gran casa campesina que existió en todo el mundo antes de la mercantilización general de sus productos.

Tanto en griego antiguo como en germánico, hacienda es el término empleado para definir el abastecimiento del propio grupo. *Oikonomia* en griego es el origen de la palabra economía; *Haushaltung* en alemán responde exactamente a lo mismo. El principio de «aprovisionamiento propio» permanece idéntico tanto si «propio» es uno mismo, la familia, una ciudad o un feudo. Tradicionalmente se creía que era la forma original de vida económica. Incluso Karl Bücher, que fue el primero en llamar la atención sobre el carácter radicalmente diferente de la sociedad primitiva, cayó en el error de plantear la regla de la «búsqueda individual de alimento» como la etapa preeconómica de la historia humana.[2]

La hacienda sin embargo no es de ninguna manera una forma primitiva de vida económica. Se debe descartar la idea

[2] Karl Bücher, *Die Entstehung der Volkswirtschaft*, Tubinga, 1893; *Industrial Evolution*, capítulo 3, Toronto, University of Toronto Press, 1901.

de que el hombre desde el primer momento cuidó de sí mismo y de su familia, ya que es errónea. Cuanto más retrocedamos en la historia de la sociedad humana, más difícilmente encontraremos al hombre actuando en beneficio personal suyo en cuestiones económicas o cuidando de sus intereses personales. Sólo bajo una forma comparativamente avanzada de sociedad agrícola encontramos la hacienda, aunque entonces resulta bastante generalizada. En épocas anteriores, la frecuente institución de la «pequeña familia» no estaba aún económicamente institucionalizada, excepto, a veces, para cocinar los alimentos.

§4. Intercambio y mercados

El intercambio es un movimiento bidireccional de bienes entre personas para que ambas partes obtengan el máximo beneficio. En palabras más llanas, el trueque es la forma de conducta de personas que intercambian mercancías para obtener el máximo beneficio de ellas. El regateo es su esencia misma, puesto que es la forma más apropiada para que ambas partes obtengan el máximo beneficio en el trato. El regateo en este caso no es el resultado de la debilidad humana, sino un modelo de conducta lógicamente exigido por el mecanismo del mercado.

Normalmente no se reconoce que los actos ocasionales de trueque no crearán precios, a menos que exista una pauta de mercado que haga efectivo el intento de trueque por parte de las personas. En este sentido, el trueque es similar a la reciprocidad y a la redistribución. El principio de conducta, para que sea efectiva, requiere la presencia de una estructura institucional. El modelo de mercado no se remonta nunca al mero deseo individual de «trueque e intercambio». Sus orígenes, como veremos, provienen de otra dirección.

§5. Formas de integración y etapas de desarrollo

Las formas de integración no suponen «etapas necesarias de desarrollo». Varias formas subordinadas pueden darse conjuntamente con la forma dominante, que puede reaparecer después de un eclipse temporal. Las sociedades tribales practican la reciprocidad y la redistribución, mientras que las sociedades arcaicas son predominantemente redistributivas, aunque también dejan algún espacio para el intercambio. La reciprocidad, que juega un papel dominante en la mayoría de las comunidades tribales, sobrevive como un rasgo importante, aunque subordinado, en los imperios arcaicos redistributivos donde el comercio exterior estaba en gran parte organizado por principios de reciprocidad. En realidad, incluso en situaciones excepcionales se reintrodujo a gran escala en el siglo XX, bajo el nombre de *lend-lease* (préstamos y arriendo) en unas sociedades en las que el mercado y el intercambio dominaban en circunstancias normales. La redistribución, el método dominante en las sociedades arcaicas y tribales, al lado del cual el intercambio juega un papel menor, adquirió gran importancia en la última época del Imperio Romano y actualmente está ganando terreno en algunos estados modernos industriales. A la inversa, sería un error identificar rígidamente el predominio del intercambio con la economía occidental del siglo XIX. Más de una vez en el curso de la historia humana los mercados han jugado un papel significativo en la integración de la economía, aunque nunca a una escala territorial ni institucional remotamente comparable a la del siglo XIX en Occidente. Sin embargo, en el siglo actual es evidente de nuevo un cambio: el declive de la competitividad y la recesión de los mercados desde su cima en el siglo XIX.

No obstante, es pertinente clasificar las economías según las formas dominantes de integración. Lo que los historiadores han denominado más o menos tradicionalmente «sistemas

económicos», es decir, economías empíricas de un tipo definido, tales como el feudalismo o el capitalismo, entran en este modelo. Sólo hace falta que fijemos nuestra atención en el papel de la tierra y el trabajo en la sociedad, los dos elementos de los cuales depende esencialmente el predominio de las formas de integración. Una comunidad tribal se caracteriza por la integración de la tierra y el trabajo dentro de la economía mediante los lazos de parentesco. En la sociedad feudal, los lazos de lealtad determinan el destino de la tierra y del trabajo que va ligado a ella. En los imperios hidráulicos eran el Templo y el Palacio los que distribuían la tierra y el trabajo, al menos en su forma dependiente. El surgimiento moderno del mercado como fuerza rectora de la economía se puede trazar desde el momento en que la tierra y los alimentos se movilizaron mediante el intercambio y el trabajo se convirtió en una mercancía que podía adquirirse en el mercado. Esto puede ayudar a explicar la pertinencia de la, por otra parte insostenible, clasificación de los sistemas económicos en esclavitud, servidumbre y trabajo asalariado, tradicional en el marxismo, clasificación que surge de la convicción de que el carácter de la economía lo define la posición del trabajo. Sin embargo, es evidente que la integración de la tierra dentro de la economía debería considerarse una cuestión de no menor importancia.

ORIGEN DE LAS TRANSACCIONES ECONÓMICAS: DE LA SOCIEDAD TRIBAL A LA ARCAICA

Instituciones

4. LA ECONOMÍA INCRUSTADA EN LA SOCIEDAD

§1. Introducción

La característica fundamental del sistema económico del siglo XIX fue que se había separado institucionalmente del resto de la sociedad. En una economía de mercado, la producción y distribución de bienes materiales se lleva a cabo mediante un sistema autorregulador de mercados, regido por sus propias leyes, las así llamadas leyes de la oferta y la demanda, que se basan en dos simples motivos: el temor al hambre y el deseo de ganancia. Este orden institucional queda así separado de las instituciones no económicas de la sociedad: la organización de parentesco y los sistemas políticos y religiosos. Ni los lazos de sangre, ni las obligaciones legales, ni los mandamientos religiosos, ni la lealtad ni la magia crearon situaciones sociológicamente definidas que aseguraran la participación de los individuos en el sistema, sino que fueron instituciones como la propiedad privada de los medios de producción o el sistema de salarios las que se definieron en términos puramente económicos.

Por supuesto, nosotros estamos acostumbrados a que las cosas sean así —la subsistencia se asegura fundamentalmente mediante instituciones económicas que actúan por móviles económicos y se gobiernan por leyes económicas—. Las

instituciones, los móviles y las leyes son específicamente económicos. Se puede concebir que el sistema global funcione sin la intervención consciente de la autoridad humana, el estado o el gobierno. No son necesarios otros móviles más que evitar el hambre y tener un deseo legítimo de ganancias; no es necesario otro requisito legal que no sea la protección de la propiedad y el cumplimiento de los contratos. Y así, dada la distribución de recursos y el poder de compra, junto con la escala individual de preferencias, se concluye que el resultado es la satisfacción óptima de las necesidades. Éste es el ejemplo de la «separación» establecida en el siglo XIX, pero, examinemos la otra alternativa mucho menos conocida, la «incrustación», bajo la que encontraremos un buen número de cuestiones por aclarar

Haremos una breve historia del problema, primero en términos de estatus y contrato, y luego, según los análisis recientes de la antropología cultural.

§2. Estatus y contrato

Empezaremos por el descubrimiento de sir Henry Summer Maine en su *Ancient Law* (1861) de que muchas instituciones de la sociedad moderna se establecieron mediante contrato, mientras que la sociedad antigua se basaba en el estatus. El estatus, adquirido por nacimiento —por la posición de la familia y el lugar que se ocupaba en ella—, determina los derechos y obligaciones de la persona, que a su vez se derivan del parentesco (o adopción), del tótem y de otras fuentes. Este sistema de estatus persiste bajo el feudalismo, y con algunas reservas hasta la época de la igualdad de los ciudadanos, tal como se estableció en el siglo XIX. Gradualmente fue reemplazado por el sistema de contrato, es decir, por los derechos y obligaciones fijados por transacciones consensuales o contratos. Maine observó estos hechos en el curso de sus investigaciones sobre el derecho romano y los

desarrolló en su obra sobre las comunidades aldeanas en la India oriental, cuyas economías sin mercado también fueron conocidas por Marx.

La influencia de Maine en el continente fue apoyada por Ferdinand Tönnies, un sociólogo alemán cuyas ideas quedan resumidas en el título de su obra, *Comunidad y sociedad* (*Gemeinschaft und Gessellschaft*, 1988). Al principio la terminología puede parecer confusa, pero no lo es. «Comunidad» se refiere a la «sociedad de estatus», y «sociedad» a la «sociedad de contrato».

Maine, Tönnies y Marx ejercieron una profunda influencia en la sociología a través de Max Weber, quien con mucha coherencia utilizó los términos *Gemeinschaft y Gesellschaft* en el sentido que les daba Tönnies, *Gesellschaft* para la sociedad de contrato, y *Gemeinschaft* para la sociedad de status.

Para Maine y Tönnies la connotación emocional de estatus o comunidad, por un lado, y de contrato o sociedad, por otro, era muy diferente. Maine consideraba la situación precontractual de la humanidad característica de edades oscuras del tribalismo, y la introducción del contrato una liberación de la sumisión del individuo a la tribu. Por el contrario, las simpatías de Tönnies se inclinaban más al calor de la comunidad que a los fríos lazos impersonales de la sociedad. Idealizaba la «comunidad» como una situación en la que los seres humanos están unidos mediante el tejido de la experiencia común, en tanto que la «sociedad» jamás se aparta de la impersonalidad del mercado y del *cash nexus*, como definiera Thomas Carlyle a la relación de las personas conectadas solamente por lazos de mercado.

El ideal de Tönnies era la restauración de la comunidad, aunque no regresando a la etapa preindustrial, sino avanzando hacia una forma superior de comunidad que mejoraría nuestra actual civilización. Para él era una especie de fase cooperativa de la civilización que conservaría las ventajas del progreso tecnológico y la libertad individual al tiempo que restablecería

la integridad de la vida. Su postura, hasta cierto punto, se asemejaba a la de Robert Owen y, entre los pensadores modernos, a la de Lewis Mumford. En las *Democratic Vistas* (1871) de Walt Whitman se pueden encontrar analogías proféticas con este punto de vista.

Las ideas de Maine y Tönnies sobre la evolución de la civilización humana se han considerado claves para estudiar la historia de la sociedad moderna. Sin embargo, durante mucho tiempo no se realizó ningún progreso sobre las pistas que ellos dejaron. Maine adscribió su tesis a la historia de la ley, incluyendo las formas comunales que sobrevivían en los antiguos poblados de la India. Tönnies reconstruyó las ideas principales de la civilización antigua y medieval con ayuda de la dicotomía «comunidad-sociedad». Ninguno de ellos intentó aplicar la distinción a la historia real de instituciones económicas, tales como el comercio, el dinero y los mercados.

§3. La contribución de la antropología

Los primeros signos importantes del desarrollo teórico de estos temas se encuentran en los descubrimientos hechos en el campo de la antropología por Franz Boas, Bronislaw Malinowski y Richard Thurnwald. Sus ideas implican una crítica del «hombre económico» de la teoría clásica, y conducen al estudio de las economías primitivas como una rama de la antropología cultural.

Por un capricho de la historia, durante la Primera Guerra Mundial se abandonó a un experto antropólogo en su propio «campo». Bronislaw Malinowski era súbdito austríaco, y por lo tanto, aliado del enemigo, aunque se encontraba entre los salvajes del extremo suroccidental de Nueva Guinea. Durante dos años las autoridades británicas le negaron el permiso para salir de allí, así que cuando regresó de las islas Trobriand, Malinowski llevaba ya el material para *The Primitive Economics*

of the Trobriand Islanders (1921), *The Argonauts of the Western Pacific* (1922), *Crime and Custom in Savage Society* (1926), *The Sexual Life of Savages* (1929), y *Coral Gardens and Their Magic* (1935). Murió en Estados Unidos en 1942. Sus obras han influido no sólo en el estudio de la antropología, sino también en los métodos y puntos de vista de la historia económica. Richard Thurnwald, berlinés, cuya especialidad era Nueva Guinea, publicó sus conclusiones sobre los banaro en 1916, en la revista *American Anthropologist*. Su influencia fue notable en el mundo anglosajón, sobre todo por el impacto que causó en Malinowski. Thurnwald, aunque antropólogo, había sido discípulo de Max Weber.

Las obras de Malinowski dejaban en el lector la convicción de que los miembros de comunidades ágrafas se comportaban en conjunto de una manera totalmente razonable. Su aparente conducta exótica podía explicarse a partir de instituciones que estimulaban motivaciones diferentes a las nuestras en algunos aspectos, pero no en otros. La subsistencia estaba ligada a la práctica general de la reciprocidad, es decir, los miembros de un grupo actuaban con respecto a otro grupo como esperaban que éstos a la vez se comportaran con ellos. Un hombre perteneciente a un subclán de una aldea, por ejemplo, ofrecía los productos de su huerta a la familia de su hermana, aunque la hermana viviera habitualmente en la aldea de su marido, a veces a una distancia considerable de su hermano, acuerdo que para un hermano diligente resultaba ser una constante excursión sin fines económicos. Si el hermano estaba casado, los hermanos de su esposa tenían que prestarle un servicio similar. Aparte de esta contribución sustancial a las economías domésticas de los parientes matrilineales, se generaba un sistema de regalos recíprocos que sólo indirectamente influía en el propio interés económico; eran otras las motivaciones que lo generaban, como por ejemplo, el orgullo de ser reconocido públicamente

un modelo de las virtudes cívicas de un hermano. El mecanismo de la reciprocidad, efectivo en cuanto al asunto comparativamente sencillo del suministro de alimentos, justificaba también la compleja institución del *kula*, una variante estética del comercio internacional. Las transacciones *kula* entre los habitantes del archipiélago podían durar años atravesando mares peligrosos, y requerían miles de objetos para intercambiar como regalos entre socios individuales que vivían en islas distantes. La institución en su conjunto tenía como fin minimizar la rivalidad y los conflictos y maximizar el placer de dar y recibir regalos.

Ninguno de estos hechos registrados por Malinowski era especialmente una novedad, ya se habían observado una y otra vez en diferentes puntos del planeta. Aunque contrastando en tono y colorido con el *potlatch* de los indios kwakiutl, el *kula* no era más peculiar que esa espléndida demostración de destrucción deliberada, descubierta y exhaustivamente descrita por el gran antropólogo americano Franz Boas en *The Social Organizaron of the Secret Societies of the Kwakiutl «Potlatch»* (1895).

Sin embargo, el brillante ataque de Malinowski al concepto de «hombre económico» que subyacía en el enfoque tradicional de etnólogos y antropólogos, hizo de las economías primitivas una nueva rama de la antropología social de gran interés para los historiadores económicos.

El místico «salvaje individualista» estaba ya muerto y enterrado, como también lo estaba su contrario el «salvaje comunista». Al parecer la mentalidad y las instituciones de los salvajes no diferían tanto de las nuestras. Incluso la proclamada propiedad común resultó ser, tras un análisis minucioso del antropólogo, bastante diferente de lo que se suponía que era. Aunque la tierra perteneciera a la tribu o a la familia, se descubrió que existía un entramado de derechos individuales que privaban al término «propiedad común» de la mayor parte de su contenido. Según lo ha descrito Margaret Mead, era el

hombre el que pertenecía a su parcela de tierra y no ésta la que pertenecía al hombre. La conducta no se regía por los derechos de disposición conferidos a los individuos, sino por el compromiso de dichos individuos de cultivar determinadas parcelas de tierra. Hablar de propiedad individual o común de la tierra cuando la misma noción de propiedad es inaplicable parece fuera de lugar. Entre los mismos trobriandeses, la distribución se realizaba mediante regalos y sus correspondientes compensaciones.

Como conclusión general se puede afirmar que la producción y distribución de bienes materiales estaba incrustada en las relaciones sociales de tipo no económico de tal forma que ni existía un sistema económico institucionalmente separado ni una red de instituciones económicas. Ni el trabajo, ni la disponibilidad de objetos ni su distribución se llevaban a cabo por motivos económicos, es decir, ni por deseo de ganancia, ni por temor a pasar hambre individual. Si damos por supuesto que *sistema económico* significa el conjunto de rasgos conductuales originados en los móviles individuales de hambre y ganancia, tenemos que concluir que no existía ningún tipo de sistema económico. Sin embargo, si tomamos el término sistema económico como deberíamos, es decir, refiriéndose a los rasgos conductuales relativos a la producción y distribución de bienes materiales —el único significado relevante para la historia económica—, entonces tendremos que decir que existía, aunque institucionalmente no formara un sistema aislado. En efecto, era simplemente el resultado del funcionamiento de otras instituciones no económicas.

Podremos comprender más fácilmente tal tipo de asuntos si nos concentramos en el papel de la organización social básica para canalizar los motivos individuales. Al estudiar el sistema de parentesco de los banaro de Nueva Guinea, Richard Thurnwald descubrió un complicado sistema de intercambio matrimonial. Al menos cuatro parejas debían unirse en

matrimonio simultáneamente y cada miembro tenía que mantener una relación definida con otra persona del grupo recíproco. Para que tal sistema funcionara era preciso que los grupos fuesen previos y que los clanes estuviesen divididos en varios subclanes. Con esta intención la casa de los hombres (*goblin-hall*) estaba partida en dos mitades; los hombres que se sentaban a la derecha (*Bon*) y los que se sentaban a la izquierda (*Tan*) formaban subsecciones con el propósito de hacer funcionar el sistema de intercambio matrimonial. Thurnwald escribió:

> La simetría espacial de la casa de los hombres es la expresión del principio de reciprocidad —el principio de dar «igual por igual»— *venganza* o *compensación*. Esto parece ser el resultado de lo que en psicología se conoce como «reacción adecuada», que está profundamente arraigada en el hombre. En realidad, este principio empapa el pensamiento de los pueblos primitivos y a menudo encuentra su expresión en la organización social.[1]

Malinowski recogió estas observaciones en *Crime and Custom in Savage Society*, donde sugería que las subdivisiones simétricas dentro de la sociedad, como las que Thurnwald había descubierto en la casa de los hombres, debían encontrarse en todas partes como base de la reciprocidad entre los pueblos primitivos. La reciprocidad como forma de integración y la organización simétrica iban juntas, lo cual puede ser la explicación de la famosa dualidad de la organización social. En realidad, con respecto a sociedades agrarias —carentes de los libros de contabilidad— podemos preguntarnos: ¿cómo se practicaría la reciprocidad a lo largo del tiempo por un gran número de personas de las más variadas posiciones si no fuese porque la organización social satisficiera esta necesidad mediante grupos simétricos ya formados, y cuyos miembros se comportaran con los demás en términos de similaridad? Esta

[1] Thurnwald, «Banaro Society».

sugerencia supuso importantes implicaciones para el estudio de la organización social. Entre otras cosas explica el papel de las complicadas relaciones de parentesco que a menudo se encuentran en las sociedades primitivas, donde funcionan como soportes de la organización social.

Puesto que no hay una organización económica separada, sino que el sistema económico está incrustado en las relaciones sociales, tiene que existir una fuerte organización social que se ocupe de aspectos de la vida tales como la división del trabajo, la distribución de la tierra, la organización del trabajo, la herencia, etcétera. Las relaciones de parentesco suelen ser complicadas porque tienen que ofrecer la base de una organización social que sustituya a una organización económica separada. Dicho sea de paso, Thurnwald señaló que las relaciones de parentesco tienden a simplificarse en cuanto se desarrollan organizaciones político-económicas separadas, puesto que «ya no existe la necesidad de una complicada relación de parentesco».[2]

En nuestra sociedad tenemos un sistema económico separado del resto, y un concepto integrador básico que es un agregado de unidades económicas intercambiables, de las que proviene el aspecto cuantitativo de la vida económica. Si tenemos diez dólares, no pensamos en ellos como diez dólares individuales con nombres distintos, sino como unidades que se pueden sustituir unas por otras. Sin ese concepto cuantitativo, la noción de economía apenas tendría sentido.

Es importante reconocer que tales conceptos cuantitativos no se pueden aplicar a las sociedades primitivas. La economía trobriandesa, por ejemplo, se organiza sobre una base continua de dar y recibir; por tanto, no hay posibilidad de abrir balances o de utilizar el concepto de fondos. Las múltiples «transacciones» no pueden clasificarse desde un punto de vista económico, es

[2] *Ibid.*

decir, según cómo afectan a la satisfacción de las necesidades materiales. Aunque el significado económico de las transacciones puede ser notable, no hay forma de evaluar su importancia cuantitativamente.

Uno de los logros teóricos de Malinowski es haber demostrado cuáles eran los factores básicos de la reciprocidad. En primer lugar, clasificó los diferentes tipos de relaciones de «dar y tomar» partiendo de los regalos altruistas (como diríamos nosotros) hasta llegar al trueque con fines comerciales (como también diríamos nosotros). Después clasificó las relaciones sociológicamente definidas en las que se daban las distintas relaciones de dar y recibir. Por último enumeró los diferentes tipos de regalos, pagos y formas de transacciones relativas a esas relaciones.[3]

Malinowski encontró que la categoría de «regalos altruistas» era excepcional, o más bien anómala. No es necesaria la caridad, ni se anima a practicarla, porque la noción de regalo va invariablemente asociada a una contraprestación. Por consiguiente, hasta los regalos evidentemente «altruistas» se traducen en contradonaciones por algún servicio prestado por el destinatario. Más aún, descubrió que «los nativos indudablemente no consideran los regalos altruistas como una clase diferente, sino que todos tienen la misma naturaleza».[4] Es obvio que tal actitud le impide a un individuo considerar que tales regalos pertenezcan a una esfera de actividad económica que sirva para mantener o incrementar unos fondos.

En el grupo de transacciones en las que un presente debe devolverse con otro equivalente, Malinowski descubrió un hecho sorprendente. Según nuestros conceptos, esta categoría se parece al intercambio de equivalentes y debería ser prácticamente indistinguible del comercio, pero, ¡nada más lejos de

[3] Bronislaw Malinowski, *Argonauts of the Western Pacific*, Nueva York, E. P. Dutton, 1961, pp. 176 yss.
[4] *Ibid.*, p. 178.

¡la realidad! A menudo el mismo objeto se intercambia una y otra vez entre los socios, eliminando así de las transacciones cualquier sentido o significado económico. En realidad, este sencillo mecanismo, la equivalencia, lejos de representar un paso en la dirección de la racionalidad económica, se convierte en salvaguarda contra la intrusión de elementos utilitarios dentro de la transacción. Si el propósito del intercambio es fortalecer las relaciones y los lazos entre los participantes, éste no se cumpliría si los parientes consanguíneos regateasen los alimentos ofrecidos.

El trueque y el comercio entre los trobiandeses son fenómenos diferentes a las donaciones. Así, vemos que en el intercambio ceremonial de pescado y batatas prevalece un sentido de equivalencia mutua por ambas partes, mientras que en el trueque de pescado por batatas se regatea. Dicho trueque de artículos útiles se caracteriza por la ausencia de formas ceremoniales y de socios especiales para el intercambio. En cuanto a los productos manufacturados, el trueque está restringido a objetos nuevos, excluyéndose los artículos de segunda mano que pueden tener un valor personal.

En general, en todas las formas de intercambio excepto en el trueque, las cantidades y tipos de cosas que se dan y se reciben están específicamente referidas al tipo de relación social involucrada, sea ésta la familia, el clan, el subclán, la aldea, el distrito o la tribu. Cada una es distinta y separada tanto en la terminología como en el pensamiento del nativo. Bajo tales condiciones, los conceptos globales de fondos, balances, pérdidas, ganancias, son obviamente inaplicables.

El resultado de todas estas características de las sociedades primitivas es la imposibilidad de organizar la economía, ni siquiera como idea, al margen de las relaciones sociales en las que se insertan sus elementos. Sin embargo, tampoco existe la necesidad de organizarla, puesto que las relaciones sociales integradas en las instituciones no económicas de la sociedad

automáticamente se hacen cargo del sistema económico. En la sociedad tribal el proceso económico está incrustado en las relaciones de parentesco que formalizan las situaciones de las cuales nacen las actividades económicas organizadas. Por tanto, la producción y distribución de bienes, así como la organización de servicios productivos, se encuentra instituida en términos de parentesco. Los diversos grupos disponen de tierras para pescar, cazar, cultivar y otras para pastar los animales. La acumulación de productos básicos forma parte de las actividades conjuntas del grupo familiar, tanto si están enfrentados a otro grupo como si lo hacen para celebrar alguna fiesta ceremonial. Los bienes de prestigio circulan en virtud del estatus o de exigencias religiosas o militares. La apropiación parcial de las mismas unidades físicas de tierra, árboles o madera por varios grupos de parientes fragmenta la noción de propiedad. Las necesidades utilitarias dependen para su satisfacción, no de la posesión de cosas, sino de la petición de servicios. Ante la ausencia de precios, los actos de intercambio carecen de los rasgos operacionales esenciales para un enfoque cuantitativo; en su lugar se sustituyen por el impacto cualitativo y por el prestigio de las «cosas valiosas». Como resultado, la orientación práctica del hombre se vería más obstaculizada que favorecida por el enfoque «económico» en una forma de vida que tiene sus puntos de referencia fuera de la esfera económica.

La solidaridad de la tribu estaba así cimentada en una organización de la economía que actuaba para neutralizar los efectos destructivos del hambre y del deseo de ganancias, mientras que explotaba al máximo las fuerzas solidarias inherentes a un destino económico común. Las relaciones sociales en las que la economía estaba incrustada protegían la disposición de la tierra y la distribución del trabajo de los efectos corrosivos de las emociones antagónicas. Así, la integración del hombre con la naturaleza dentro de la

economía dependía fundamentalmente del funcionamiento de la organización básica de la sociedad, que se ocupaba de las necesidades económicas del grupo.

Todo esto, por supuesto, implica solamente una conciencia subjetiva de la economía. El proceso objetivo, tal como se desarrolla en la realidad, tiene lugar sin que intervenga ninguna conciencia conceptual por parte de sus participantes, ya que la secuencia causal a la que debemos la disponibilidad de los artículos de primera necesidad está presente sin importar cómo los hombres conceptualizan su existencia. Las estaciones rigen las cosechas, con su dureza y su relajación; el comercio de la guerra sigue tanto el ritmo de la preparación como la solemnidad del retorno de los vencedores; todo tipo de objetos, sean canoas o adornos, se producen y se consumen diariamente por diversos grupos de gente; todos los días de la semana se prepara comida en el hogar familiar. Y sin embargo, la unidad y coherencia de estas actividades económicas puede escapársele a los actores. Las series de hechos que acompañan a las interacciones entre el hombre y su ambiente natural, tanto si se basan en el movimiento físico de objetos o en cambios de apropiación, tendrán inevitablemente sus consecuencias y se reflejarán en dependencias, una de las cuales es la economía. Y si por casualidad sobresale la economía, puede haber fuerzas en contra para evitar que los movimientos institucionalizados formen un conjunto coherente. En efecto, son dichas fuerzas contrarias las responsables de que no exista el concepto de economía en la sociedad primitiva.

5. ORIGEN DE LAS TRANSACCIONES ECONÓMICAS

§1. De las sociedades tribales a las arcaicas

Para estudiar el origen de las transacciones económicas, vamos a seleccionar el período de la historia del hombre que comienza en la época tribal de la civilización y llega hasta las condiciones arcaicas de vida en los primeros tiempos de la sociedad civilizada.

En términos absolutos resulta obvio que las sociedades arcaicas llegaron a la etapa civilizada en momentos diferentes, cuando empezaron a aflojarse los lazos del clan y los grupos llegaron al umbral de la historia. Pero, sea el Lejano Oriente, Europa occidental, Babilonia o la civilización mexicana lo que estudiemos, una brecha profunda separa claramente las instituciones tribales de las arcaicas en cualquier sociedad cuya continuidad se haya mantenido.

El mayor obstáculo para el estudio del origen de las transacciones económicas en los primeros tiempos es la dificultad de identificar el proceso económico bajo unas condiciones en que ni su unidad ni su coherencia estaban salvaguardadas por ninguna institución económica específica. El grupo familiar, el estado, la magia y la religión son las esferas no económicas más sobresalientes a las que se encontraba ligado el proceso económico en las primeras sociedades. Estos

elementos son también los generadores de los sistemas de estatus de los cuales tienden a «desligarse» finalmente las transacciones económicas.

La aparición del estado ofrece una explicación del aparente salto que separa la sociedad arcaica de la tribu o el clan. La guerra y el comercio —actividades que con harta frecuencia obligan a los clanes o a las tribus a crear una formación superior de poder para servir de apoyo— requieren medios, lo que significa hombres, ganado y material, cuyo manejo y acumulación produce unos movimientos en la sociedad que dan como resultado la aparición de instituciones completamente nuevas. Pero, por muy nuevas que éstas sean en el ámbito institucional, la tierra y la gente, los bienes y los servicios, deben haber estado presentes en el contexto del clan o tribu antes de haberse remodelado en la época arcaica. Llegados a este punto de nuestra exposición, ya debe parecer probable que el modo en el que la tierra y el trabajo estaban embutidos en las instituciones no económicas de la vida del clan influyó en cómo tales instituciones se estructuraron bajo las condiciones de la época arcaica.

Una breve comparación entre las condiciones tribales y las arcaicas aclarará la naturaleza del problema. Esencialmente consiste en la aparición gradual de lo económico, a partir de su incrustación en el tejido de la sociedad, descrito en términos generales como «forma de vida», «estatus» o «bienes de fortuna». Estos términos, sin embargo, no dejan espacio para la economía como un aspecto distinto de una unidad social mayor. Fuera de esta «forma de vida», no obstante, la «ocupación» de un hombre (su papel económico) tiende a desaparecer. A partir de las transacciones de estatus en los movimientos de apropiación de tierras, ganados y esclavos se desmarcarán las denominadas transacciones «económicas». De las partes distinguibles de los tres «bienes de la fortuna» —es decir, la vida, el honor y el rango—, tienden a separarse las

necesidades de asegurarse la vida y la riqueza en un proceso institucionalizado. Es decir, el aspecto económico de las cosas no puede surgir a menos que las actividades económicas se diferencien del proceso general de vivir; a menos que la tierra pueda cambiar de manos, aparte del cambio en la situación de la persona a la que le ha sido otorgada; a menos que el honor no se identifique con la riqueza ni la riqueza con el honor; y a menos que ninguna de esas cosas sea un mero corolario del poder que ostenta una persona viva, mientras los pobres y los indefensos estén sometidos por falta de recursos o medios para pagar una fianza.

En algunas sociedades arcaicas —aunque no en todas— encontramos en desarrollo un interés por transacciones de un nuevo tipo: junto a las de estatus practicadas por la tribu, hacen su aparición otro tipo de transacciones que se refieren no tanto al estatus de los hombres como a la importancia de los bienes como tales. A la adopción, el matrimonio, la emancipación y la independencia se suman transacciones que se refieren solamente a la disposición sobre la tierra y el ganado. Aunque faltaba aún mucho tiempo para que las transacciones económicas y las de estatus quedaran sólidamente vinculadas de forma que no pudieran separarse, no hay duda del desarrollo de ese proceso: la aparición de las transacciones económicas permitiría a los individuos usar con más libertad los medios económicos disponibles en la sociedad, y por tanto les abriría la posibilidad de un avance material casi ilimitado en toda la comunidad.

Ésta no fue, como ya hemos insinuado, la única línea del progreso arcaico. En las ciudades-estado sumerias y en su réplica aumentada, el imperio faraónico, las transacciones económicas permanecieron totalmente subordinadas. Los logros económicos del Imperio Nuevo, e incluso los del Egipto de los Ptolomeos, se debían principalmente a un refinamiento de los métodos por los que se regía una economía redistributiva.

Pero Mesopotamia, a pesar de su economía redistributiva, introdujo métodos transaccionales y de disposición que tuvieron repercusión económica. Aparentemente se parecían a algunos de los métodos de mercado empleados en las ciudades arcaicas de Grecia, porque tanto en Babilonia como en el *ágora* ateniense, aunque de una manera diferente, las transacciones de estatus fueron sustituidas por transacciones económicas.

¿Cómo comenzó este consecuente desarrollo, y qué determinó que tomara una dirección diferente en Oriente y en Occidente? He ahí la cuestión.

§2. La solidaridad comunal en las sociedades arcaicas

De todos los principios básicos que gobernaron el desarrollo de las primeras instituciones económicas, la necesidad de mantener la solidaridad comunal merece un lugar de honor. Las relaciones internas y externas muestran un marcado contraste: solidaridad aquí, enemistad allí, era la regla. «Ellos» son los objetos de la hostilidad, la depredación y la esclavitud; «nosotros» nos pertenecemos y nuestra vida en común está regida por los principios de reciprocidad, redistribución y el intercambio de bienes equivalentes.

Los principios de conducta de «nosotros» y «ellos» convergen y se fusionan de muchas maneras, pero lejos de disipar las diferencias, tienden a reforzarlas. El matrimonio y el comercio —derivados semipacíficos de la guerra y la rapiña— llevan a una penetración de costumbres extranjeras en la cultura del «nosotros» y, finalmente, la aculturización puede provenir de esos continuos contactos personales. Pero la unidad doméstica debe mantenerse firmemente con respecto a la economía de la tribu. Para ello se emplean métodos de integración que evitan la pugna y el antagonismo dentro del grupo y que refuerzan el arte de la solidaridad. La reciprocidad desvía la atención de elementos utilitarios, de la ventaja egoísta, y la sitúa en la calidez

de la experiencia y la gratificación de los contactos mutuamente honoríficos de vecindad con aquellos con los que estamos ligados por relaciones específicas de estatus objetivo y amistad personal. La redistribución refuerza los lazos comunales internos mediante todos los mecanismos psicológicos que están a disposición del hombre: autoidentificación personal con el poder y la autoridad; afecto y admiración con una mezcla de temor y repulsión hacia el poder central; el placer derivado de la ostentación de la riqueza común; el disfrute de la igualdad de derechos de estatus y posición, la participación en diversas celebraciones ligadas al «reparto» y «derroche» de comida: —todas estas cosas abonan las emociones sociales y fortalecen los lazos de la comunidad.

Todo lo anterior es hostil a una atmósfera en la que empiezan a desarrollarse las transacciones económicas. La solidaridad tribal y la incrustación de la economía en ella descansan en relaciones de reciprocidad, así como en la práctica de acumular víveres perecederos en un centro y su inversa de que los bienes acumulados sean disfrutados por los miembros de la comunidad. La solidaridad en el campo económico se mantiene así mediante instituciones que aseguran las relaciones pacíficas con respecto a los alimentos. Como resultado lógico, surge casi un tabú, similar a los que rigen la violación de las leyes sexuales o el desacato a la autoridad del jefe o del mago, personificaciones de las funciones protectoras y redistributivas de la sociedad. Este tabú prohíbe las transacciones gananciales con respecto a la comida. Puesto que la existencia misma de la comunidad depende de la acción constante de fuerzas extremas hacia la solidaridad, reforzadas por los rituales, la magia y los castigos religiosos, no puede contemplarse ningún otro tipo de conducta contraria a esta suprema directriz de la supervivencia. Esto sería así aun cuando apareciese una fuerte presión de interés económico personal, lo cual es dudoso. Una vez que se reconoce el valor

del *estatus*, el orgullo, el honor y la vanidad son tan eficaces para canalizar el egoísmo del hombre como pueda serlo el deseo de ganancia económica.

Por esta razón es pertinente explicar por qué en algunas sociedades arcaicas hacen su aparición las transacciones económicas. Para ello el pensamiento económico ya tenía una respuesta preparada: en cuanto las supersticiones de la magia empezaron a desaparecer para dar paso a ideas más racionales, los tabúes tribales perdieron su dominio y se hicieron valer los instintos adquisitivos naturales del hombre. El individuo, liberado de las trabas de los temores irracionales, siguió el camino natural del interés personal y comenzó a practicar el trueque ganancial. El ciervo y el castor de Ricardo nos cuentan el resto de la historia.[1] Los filósofos del *cash nexus* no se pararon a realizar la pregunta evidente: ¿qué fue, entonces, lo que impidió que esta comunidad emocionalmente pulverizada se disolviera en sus partículas componentes?

La respuesta a la pregunta de cómo surgieron las transacciones económicas debe tener en cuenta que ni la solidaridad tribal ni su mecanismo redistributivo desaparecieron en las sociedades arcaicas. Por el contrario, fue a partir de estas mismísimas fuentes de donde las nuevas civilizaciones derivaron su poder de permanencia. Las sanciones religiosas, cruciales para el gobierno territorial de Asiria y la Babilonia de Hammurabi, acompañadas de un incremento de las actividades redistributivas con respecto a la etapa tribal, deberían ser suficiente prueba para demostrarla.

La verdadera explicación radica en una dirección diametralmente opuesta a la señalada por el racionalismo económico decimonónico: el intercambio, el más precario de los lazos humanos, empapó la economía cuando pudo servir para legitimar la comunidad. En efecto, las transacciones

[1] David Ricardo, *The Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, J. M. Dent & Sons Ltd., 1911, p. 6.

económicas se hicieron posibles cuando no eran lucrativas. Tenía que eliminarse el peligro que suponía para la solidaridad el lucro a expensas del pan del hermano, erradicando la envidia inherente a tales intercambios, lo cual se logró mediante la declaración de equivalencias en nombre del representante de la divinidad misma. La conducta de intercambio se legitimó al establecerse la equivalencia de lo que iba a ser intercambiado. Los habitantes de los estados de Mesopotamia siempre calificaron al estado como fuente de justicia.

Una solución completamente diferente para el conflicto entre la solidaridad comunal y los peligros antisociales de las transacciones económicas fue el desarrollo del tipo campesino en pequeñas ciudades-estado como Atenas y (parcialmente) Israel. La maldición de Hesíodo contra la «Edad de Hierro» y la protesta de Amos contra los mercaderes de productos alimenticios nos presentan civilizaciones que permitían transacciones lucrativas con los medios de sustento del hombre. Muy pronto estas transacciones se harían abiertamente en un lugar de mercado Heródoto centró su monumental estudio de la guerra entre Europa y Asia en el choque de dos formas de vida: la libertad y movilidad del mercado frente a la obediencia ciega a un imperio de justicia sin mercados. Y sin embargo, el *ágora* ateniense no conocía la libertad de mercado en el sentido moderno del término, y la ciudad-estado continuaba ejerciendo todas las prerrogativas de la institución tribal sobre sus miembros. No obstante, se había admitido el principio de intercambio lucrativo entre los miembros de la comunidad y la salvaguarda contra la discordia había desaparecido de sus filas. Por esta razón se produjo y se perpetuó el desmembramiento. Además, los recintos del mercado vecinal establecieron límites para la expansión del estado. La *polis* griega de la madre patria, que debía tanto de su radiante y vigorosa libertad al antiguo uso de pequeñas monedas en los populares mercados de alimentos, nunca logró dominar la

limitación territorial inherente al *ágora* ni la destructiva lucha de clases que parecía acompañarla siempre.[2]

Este pequeño y rudimentario esbozo de cómo las transacciones económicas entraron a formar parte de las primeras sociedades indica, sin embargo, las diversas vías de su desarrollo político y económico. Las instituciones económicas arcaicas evolucionaron en todas partes a partir de las economías incrustadas de la época tribal, y este desarrollo estuvo siempre relacionado con los requisitos trascendentales de la solidaridad social.

[2] Cf. Karl Polanyi, «On the Comparative Treatment of Economic Institutions in Antiquity with Illustrations from Athens, Mycenae, and Alalakh», en *City Invincible: A Symposium on Urbanization and Cultural Development in the Ancient Near East*, edición de C.H. Kraeling y R.M. Adams, Chicago, University of Chicago Press, 1960, pp. 333-340.

6. EQUIVALENCIAS EN LAS SOCIEDADES ARCAICAS

Es un hecho curioso que las diferentes formas de distribución de los alimentos, el funcionamiento de la redistribución a partir de un centro, o la acción de reciprocidad entre miembros de una misma comunidad sean tan bien conocidos, mientras sigue permaneciendo oscuro el inicio de los métodos de intercambio que forman nuestra vida cotidiana. Paradójicamente, esta situación se deriva de nuestra tendencia al mercado y al intercambio, ya que éste parece «natural» y por tanto no necesita explicación, y la supuestamente universal institución del mercado parece explicar por sí misma la omnipresencia del cambio. Desde 1776, nuestra llamada tendencia al trueque, permuta e intercambio se considera la explicación más completa de la conducta de intercambio. Más de un siglo después Karl Bücher señaló que, lejos de estar predispuesto a la permuta, el hombre primitivo era contrario a los actos de intercambio, a lo que podemos añadir que su radical aversión al intercambio de productos alimenticios se venció, no por los hábitos de mercado, como pensaron nuestros antecesores, sino más bien en virtud de ese conjunto bastante diferente de instituciones a las que nos hemos referido como equivalencias.

Las equivalencias como tales son simples mecanismos mediante los que se establecen relaciones cuantitativas entre

bienes de diferentes tipos, como, por ejemplo, una medida de trigo por una jarra de vino (uno por uno) o ganado grande por ganado pequeño (uno por diez). La interpretación habitual de tales relaciones como «precios» es errónea puesto que, como señalamos anteriormente, tiende a restringir el concepto de equivalencia al intercambio de mercado. En realidad, el alcance de las equivalencias no se limitaba a las situaciones de intercambio de mercado, ya que de estos mecanismos dependían una serie de instituciones que canalizaban los movimientos de alimentos acumulados y bienes similares en las primeras sociedades.

Una definición útil de la equivalencia tendría que basarse en el hecho de que el término indica el número de unidades de un tipo de objeto que, al sustituirse por un número de unidades de otro, da un resultado que no está relacionado con una operación concreta, sea la reciprocidad, la redistribución o el intercambio.

Cuando un regalo es recíproco, su contraparte se indica como regla, en términos convencionales: los vegetales de una aldea interior con el pescado de una aldea junto al mar; las propiedades del novio con la dote de la novia; el modesto regalo del plebeyo con un regalo mejor del cacique; o, por el contrario, los impuestos feudales del sujeto con el reconocimiento del príncipe.

§1. Equivalencias sustitutivas

En el proceso redistributivo las equivalencias no juegan un papel menos importante. Tanto si los bienes se recogen por el centro como si éste los distribuye, tanto si los objetos se clasifican como impuestos feudales o como regalos voluntarios, a menudo es inevitable que un tipo de bienes se sustituya por otro.

El Viejo Mundo nos aporta varios ejemplos, que siempre siguen el mismo principio para las transacciones en especie. En

casos como el pago de impuestos, raciones, redención de votos al templo (Levítico, 27), compensación de artículos de las finanzas a gran escala, liquidación de deudas o los sistemas de intercambio de bienes entre el gobierno central y los ciudadanos existe la necesidad de evaluar los bienes de diferentes tipos, reemplazando unos por otros, como dice el refrán, «sumando manzanas y peras». Las proporciones y medidas establecidas son el único instrumento para realizar estas operaciones.

Los sistemas tributarios de los imperios hidráulicos del Oriente Próximo, por ejemplo, ofrecen una cantidad estipulada en pago por cada unidad de tierra, tanto si el pago se hace en cebada, aceite, vino o lana; a su vez, la exigencia de raciones por parte de los obreros o de los soldados se correspondía con varios artículos de primera necesidad, tales como cebada, aceite, vino y lana. En cuanto a los impuestos, sería imposible exigir el pago con un producto determinado, dada la ausencia de mercados y de dinero; con respecto a las raciones, la ausencia total de elección haría también imposible exigir determinados productos. La administración central misma es totalmente indiferente a las preferencias, puesto que éstas se anularían entre las diferentes regiones del país. Por tanto, en la base de las finanzas del estado encontramos un sistema de equivalencias que permite recoger los complejos tributos del diezmo, y fijar raciones de víveres mediante un sistema de puntos.

En Babilonia, por ejemplo, se practicaba un sistema de intercambio de mercancías entre los granjeros y el palacio. Por un documento referente a la cancelación de deudas en el reinado de Hammurabi, parece claro que a los granjeros se les permitía intercambiar sus excedentes con los bienes de palacio, tales como artículos extranjeros, artículos en pago de impuestos procedentes de otras regiones del país e incluso productos fabricados en el palacio. Inevitablemente, existía una incertidumbre con respecto a la transacción antes de que pudiera llevarse a efecto. El valor total de los bienes ofrecidos

por el granjero y los ofrecidos a cambio por el palacio tenía que ser igual. Existía la posibilidad de que el palacio no dispusiera de una cantidad de los productos que deseaba el granjero. El funcionario intermediario tenía la difícil tarea de ajustar los bienes del palacio a los deseados por el granjero (los diversos funcionarios tenían que reunir información previa para decidir las proporciones en que podía satisfacerse, si era posible, el deseo del granjero). Globalmente cuando se producía tal intercambio entre el gobierno y los granjeros, la lista de artículos a intercambiar por ambas partes quedaba regulada por medio de las equivalencias. Siempre había que sumar «peras y manzanas» por ambos lados antes de igualar los totales.

El comercio en especie estaba también muy ligado a las equivalencias sustitutivas para calcular las ganancias de los comerciantes y para aclarar el sistema de pagos entre ellos. Los beneficios ganados sobre las ventas se calculaban sobre los totales de equivalentes, sin tener en cuenta los artículos involucrados. En ausencia de tales equivalencias, hubiera sido imposible registrar los compromisos ante las autoridades contables —el consorcio de mercaderes, el Tesoro del palacio o quizás (como en el comercio de esclavos) los funcionarios de palacio— para posibilitar que el acreedor presentara su reclamación en un proceso de liquidación de la deuda que se cargaba a la cuenta del deudor. El pago mediante liquidación se practicaba regularmente en el comercio metropolitano y en Capadocia, lo que podría explicar el gran número de comisiones por arbitraje que se pagaban para que el deudor aumentara las arcas del demandante. Aunque no hay testimonios de ningún órgano ejecutivo, tampoco hay datos de un solo caso de liquidación en que el demandante se quejara por no recibir del deudor la suma que le debía.[1]

[1] Karl Polanyi, «Marketless Trading in Hammurabi's Time», en *Trade and Market in the Early Empires*, ed. Karl Polanyi, C.M. Arensberg y H.W. Pearson, Glencoe, Ill: Free Press and Falcon's Wing Press, 1957, pp. 12-26. (Hay trad. esp.)

Ni los métodos de comerciar sin riesgos ni las prácticas de liquidaciones de pago llevadas a cabo en esas economías sin mercado son comprensibles sin hacer referencia a las equivalencias sustitutivas validadas por la costumbre o la ley.

§2. Raciones

La importancia de las raciones en las economías en especie está confirmada por las tablillas sumerias y babilónicas que establecen las cantidades de cebada destinadas a personas de diferentes edades y a alimento de los animales domésticos. La operación de las raciones presenta una combinación de la calidad y la cantidad de las provisiones, que se desprende del doble sentido de la palabra «necesidad», que significa tanto los tipos de productos alimenticios como las cantidades necesarias para la supervivencia. Es esta última acepción la que usa Aristóteles cuando relata el intercambio obligatorio de bienes necesarios que todavía practicaban algunos pueblos «bárbaros» de su época.[2]

El mismo significado se aplica a la ración de pan utilizada en el Padrenuestro, «danos nuestro pan de cada día». Las referencias del Antiguo Testamento que aparecen en Lucas 11,3 y Mateo 6,11 indican una cantidad determinada de pan, en concreto una barra normal (ton arton), ni más ni menos. En los Proverbios 30,7-9 se dice: «Dos cosas te pido; no me las niegues antes de morir. Aleja de mí la vanidad y las mentiras; no me des pobreza ni riquezas; aliméntame con lo que sea conveniente para mí. Que no sea rico, por temor a negarte y preguntar, ¿quién es el Señor? Y que no sea pobre, por temor a robar y tomar el nombre de Dios en vano». El significado arcaico de «conveniente» aparece en el Diccionario de Inglés Antiguo como «decoroso, apropiado, adecuado». La traducción que Lutero hizo fue «*mein bescheiden Theil Speise*».

[2] Aristóteles, *Política*, Libro I, capítulo 9.

Nuevamente, *bescheiden* aquí significa «porción». La traducción de Schlachter dice «*mein zugemessenes Brot*». Lo que en la práctica significa una porción ya pesada. (Cf. Levítico, 26,26 citado después.) El término *Zugemessen* de Schlachter es el mismo empleado por Schwenzner para *Nig. Ba.* «*Ba*»: «ración, porción».[3] El Documento Zadokite, contemporáneo de los manuscritos del mar Muerto, se refiere a las raciones.[4] Cronológicamente se sitúa entre el Levítico y el Nuevo Testamento. Una oración más moderna del Talmud se refiere al «alimento necesario».

De la escasez de las raciones se dice en el Antiguo Testamento que estaban pesadas, pero su cantidad «no saciaba», y la maldición de Jehová (Levítico 26,26) dice: «Cuando haya dejado de daros el pan del sustento, diez mujeres cocerán vuestro pan en un horno, os darán el pan pesado y comeréis sin saciaros». Elias Bickerman ha demostrado que los esclavos hebreos en el Egipto ptolemaico tenían derecho a una ración.[5] Se han hecho más investigaciones, pero está claro que el concepto de ración parece haber tenido un significado preciso.

Este significado de ración, la cantidad limitada en calidad y cantidad, parece pertenecer al hombre como un derecho económico básico en la sociedad arcaica.

La justicia quedaba asegurada en la comunidad si los pagos y obligaciones, las reclamaciones y las raciones, se pagaban mediante las varias alternativas de la equivalencia. Las equivalencias hicieron posible otro aspecto importante de la redistribución: los presupuestos y la planificación, junto con las revisiones y controles necesarios para su funcionamiento eficaz. La equivalencia en este caso no era tanto un patrón de

[3] Walter Schwenzner, *Das geschäftliche Leben in Alten Babylonien*, Leipzig, J.C. Hinrichs, 1916.

[4] *The Dead Sea Scriptures*, traducido y editado por Theodor H. Gaster, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1956, p. 85.

[5] Elias Bickermann, *Die Makkabäer*, Berlín, Schocken Verlag, 1935.

valor (si se nos permite utilizar el término moderno) como un medio de «contabilidad».

§3. Equivalencias de cambio

Una vez que el intercambio es habitual, las equivalencias pueden jugar claramente el papel de los precios si hay un intercambio indirecto por medio de dinero. Pero la gama de equivalencias no está entonces limitada en modo alguno a bienes tales como los productos alimenticios, los metales preciosos, o las materias primas. Cualquier trato en el ámbito de la economía substantiva que involucrara lo que podíamos llamar transacción estaba bajo la ley de la equivalencia, Sólo eran intercambiables los equivalentes, tanto si la transacción se refería a la tierra, al trabajo, a los bienes, al dinero o a su combinación como si afectaba a propiedades, a usufructos o incluso a artículos condicionales como los excedentes que se podrían obtener.

Para ser más específicos (vamos a poner una traducción moderna entre paréntesis), hay registradas equivalencias referidas a los bienes (precios), servicios (salarios), uso del dinero u otros fungibles a lo largo del tiempo (interés), uso de un barco más un barquero (alquiler), uso de la tierra o de una casa (renta), y otras. Las equivalencias en la civilización mesopotámica comprendían casi todos los tratos, tales como venta y alquiler de tierras, casas, hombres y ganado, así como barcos, sin excluir transacciones de fungibles como la plata, la cebada, el aceite, el vino, los ladrillos, el cobre y el plomo. En contraste con las ideas modernas, no había distinción entre las diferentes fuentes de ingresos de salarios, rentas, interés y beneficio. La única condición para la validez de las transacciones o traspasos era que no hubiera explotación por ninguna de las partes, que fueran justas guardando la equivalencia.

Las equivalencias de intercambio son de especial importancia para el granjero independiente: le ayudan en caso de necesidad si su vecino está dispuesto a prestarle «lo necesario» o si quiere intercambiar sus bienes por algo equivalente (Deuteronomio 15,7-8).

El argumento que presenta Aristóteles en su *Política* sobre el «comercio natural», por ejemplo, descansa en la premisa de que, a diferencia de otras formas de intercambio, el comercio surge de la necesidad de autosuficiencia. La autosuficiencia primitiva se ve perjudicada cuando la familia aumenta de número y sus miembros se tienen que instalar por su cuenta. Las familias individuales que anteriormente «usaban en común los bienes comunes» se ven ahora forzadas a compartir mutuamente sus excedentes. El intercambio resultante —derivado sencillamente del reparto— restaura la autosuficiencia. El comercio natural es un intercambio sin ganancias. En apoyo de su argumento, Aristóteles apela a los siguientes hechos contemporáneos:

> Algunos bárbaros aún practican tal intercambio, ya que esperan intercambiar lo necesario para vivir, tanto como en realidad necesitan, pero ciertamente no más, como por ejemplo vino por grano, dando lo uno y tomando lo otro, y así hacen con todos los productos necesarios. La práctica de este tipo de trueque, no era por tanto contrario a la naturaleza, ni era una forma de obtener riquezas, ya que estaba instituido para restaurar y mantener la autosuficiencia natural del hombre.[6]

En caso de una mala cosecha u otras contingencias, el padre de familia podía acudir a su vecino para que le suministrara un mínimo de productos necesarios, aunque no más. La transacción implica: 1) todos los productos necesarios; 2) la cantidad necesaria dadas las circunstancias, pero no más; 3) una porción equivalente de otros productos; y 4) la exclusión del

[6] Aristóteles, *Política*, Libro I, capítulo 9. (Traducción de Karl Polanyi.)

crédito. El intercambio dentro de estos límites es obligatorio para el padre de familia que tenga los bienes necesitados. Sin embargo, si el cabeza de familia que se encuentra en necesidad no posee suficientes productos básicos para retornar un equivalente, entonces él o su familia tendrán que «trabajar» para pagar su deuda (Nehemías, 5-5).

Las leyes del Antiguo Testamento tenían un trasfondo mejor articulado. Decretan un tratamiento preferente para los miembros de la tribu necesitada. Nuevamente, la regla es: 1) ayuda en especie; 2) la cantidad necesaria y no más; 3) las cantidades son a crédito («prestadas»); 4) trato humano y considerado al deudor; y 5) la prohibición estricta de sacar ventaja del préstamo. Aquí no hay intercambio obligatorio, sino un mandato de prestar una cantidad mínima a corto plazo. Como regla, se exige una garantía. En caso de incumplimiento, al parecer se pierde la garantía. Como alternativa, el deudor (o sus hijos) están obligados a «trabajar» para pagar la deuda con su esfuerzo.

Los equivalentes rara vez se mencionan en el Antiguo Testamento, pero su presencia debe darse por sentada, pues de otro modo surgirían dudas sobre la cantidad prestada, de lo cual no hay indicios, y estaría fuera de lugar la prohibición de cualquier forma de interés o ganancia.

La referencia aristotélica a algunos bárbaros contemporáneos difiere, como hemos visto, del mandato del Antiguo Testamento con su insistencia explícita en una transacción *in rem* (exclusión del crédito). Sin embargo, aparece una notable similitud entre los israelitas y esos «bárbaros» en cuanto a que los productos básicos «necesarios», sean intercambiados o prestados, conllevan la connotación de «necesarios» con respecto a la calidad y a la cantidad. En términos modernos, significa algo parecido a las *raciones*. Según Bickerman, al que citamos anteriormente, el término hebreo *peras* de los documentos Tebtunis (46 d.C.) significa el derecho a una

ración de alimento (es decir *«homología trophí-mou doulkou»*, entendido como el acuerdo de racionamiento para los esclavos). Westermann, en la versión póstuma de su artículo «Slavery» en *Pauly-Wissowa*, concluye que en el Egipto de los Ptolomeos, y probablemente también en Roma, el esclavo tenía derecho a una ración (*«tanto como sea necesario»* para mantener la vida). Los «productos necesarios», por tanto, implicaban a menudo una cantidad restringida. Las raciones combinadas con las equivalencias pueden haber sido un instrumento cuantitativo flexible de la economía substantiva arcaica en general.

La *Mishnah* está empapada de la aversión del Antiguo Testamento por el beneficio o la ganancia derivada de cualquier transacción entre los miembros de la tribu. Sus preceptos demuestran una obsesión por el peligro moral de las ganancias, aunque sean inesperadas u obtenidas involuntariamente. Los equivalentes se emplean aquí deliberadamente como salvaguarda contra este peligro.

§4. La sociología de las equivalencias

Vamos ahora a examinar cómo se establecieron y se formularon las equivalencias. En la sociedad primitiva la equivalencia —el Uta de los Tikopia, por ejemplo— es fundamentalmente una cuestión de costumbre y tradición.[7] Una concha concreta podía intercambiarse por cerdos; la equivalencia quedará satisfecha cuando la sarta de conchas abarque desde el hocico del cerdo hasta la punta del rabo. En las leyes de Eshnunna, las unidades de medida del aceite y el vino se igualan a otras medidas. En el Código de Hammurabi

[7] Cf. Richard Thurnwald, *Economics in Primitive Communities* (Nueva York, Oxford University Press, 1932), p. 252 y ss; Marcel Mauss, *The Gift*, traducción de Ian Cunnison, Nueva York, W. W. Norton, 1967, p. 8 y ss. (Hay trad. esp.)

se establece el «coste» equivalente al alquiler de un barquero. En la capital centro sudanesa de Kuka se establecían todos los miércoles en el mercado las equivalencias entre los dólares María Teresa y las conchas de cauri.

Pero el problema de los orígenes es más complejo porque incluye los tipos de transacciones que usan la equivalencia y el modo en que ésta se institucionalizó. En la sociedad nuzi del siglo V a.C. una de las principales transacciones, denominada *ditennutu*, consistía en el libre intercambio del *uso* de la tierra, personas, ganado, dinero, vehículos u otros bienes por cualquiera de estos bienes, suponiendo que el uso que hiciesen las dos partes fuese igual. No se transfería la propiedad, sino solamente el uso. Se suponía que ninguna de las dos partes obtenía beneficios. En principio, el intercambio al referirse sólo al uso está limitado por el tiempo. Evidentemente, los usos comprendidos en el *ditennutu* podríamos denominarlos, en términos modernos, usufructo, tenencia, alquiler, servicios de mano de obra, interés o provecho, pero tales denominaciones no son pertinentes. La única condición fundamental para su validez es la ausencia de ganancias hechas a expensas de otro, o en otras palabras, la existencia de un mismo provecho para ambas partes, aunque lo que nos interesa es el principio mismo. El *ditennutu*, anterior a la *Mishnah* en un milenio, contiene la más clara indicación que poseemos del significado de la casuística contenida en ese libro de leyes sobre la prohibición de que un judío se aproveche de otro.

Lo que más nos interesa es la referencia del *ditennutu* a la ganancia y al beneficio. El hecho mismo de usar la mano de obra, el uso de un barquero y su barca, el uso de la tierra, la casa, el ganado, así como el uso del dinero, todo ello contemplado en el *ditennutu*, demuestra que asegurar los ingresos era uno de los «usos» de los bienes dados o recibidos. De esta forma, el *ditennutu* «iguala» no sólo la ganancia subjetiva de las partes implicadas en todo intercambio

voluntario, sino también la ganancia «objetiva» calculada por los métodos de contabilidad. La ganancia de ambas partes es legítima, puesto que es justa; y es justa porque es equivalente.

Las implicaciones de esta forma de pensamiento arcaico tienen un significado crucial para la comprensión del primer desarrollo de la institución del «precio justo», precursor del actual precio.

Las equivalencias entre las unidades de diferentes bienes tenían como fin indicar las proporciones que resultaban de las condiciones existentes en esa sociedad y que contribuían a mantener esas condiciones. La «justicia» expresada en la equivalencia es un reflejo de la «rectitud» de esa sociedad. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando los ingresos por estatus y el nivel de vida obtenido en esa sociedad se reflejaba en las equivalencias? Por consiguiente, lo que solemos llamar ganancia, beneficio, salarios, renta u otros ingresos debe incluirse en la equivalencia, si es que esos ingresos son necesarios para mantener los valores y las relaciones sociales existentes. Éste era el fundamento del «precio justo» postulado por los eruditos. Lejos de ser la expresión de una esperanza religiosa o de un pensamiento elevado ajeno a las «realidades económicas», como solía creer la economía clásica ortodoxa, el precio justo era una equivalencia, cuya cantidad real estaba determinada por la autoridad municipal o por las acciones de los gremios del mercado, pero que en cualquier caso se regía por los factores determinantes de la situación social concreta. Los comerciantes que se negaban a vender a un precio inferior que pondría en peligro las condiciones de sus colegas, y que igualmente se negaban a aceptar un precio que les asegurase un ingreso superior al aceptado por sus colegas, contribuyeron a crear el «precio justo» con la misma eficacia que la autoridad municipal, a la que se podía acudir para fijar directamente un precio con el fin de mantener estos principios.

§5. Equivalencias y mercados

Bajo el nombre de equivalencias hemos mostrado brevemente un rasgo crucial de algunas de las economías antiguas. Ahora señalaremos su posible incidencia en el desarrollo de la pauta de intercambio, especialmente nos referiremos a los mercados y al dinero.

El uso del dinero como medio de cambio —de momento sólo nos interesa ese uso del dinero— es innecesario cuando las transacciones pueden realizarse mediante las equivalencias. El uso del dinero como patrón de valor, a menudo, es mucho más efectivo mediante el mecanismo de la equivalencia, que permite sumar e igualar las ofertas mutuas; la diferencia restante puede pagarse en metálico.

El efecto del uso corriente de equivalentes en el desarrollo de los mercados es ambiguo. Dado que los equivalentes favorecerán mercados de precios convenidos, su uso reforzaría las formas de comercio administrado, con lo que se eliminaría por completo el mercado. La función del mercado moderno formador de precios, con fluctuaciones que responden a los movimientos de la oferta y la demanda, podría, por supuesto, no haber surgido, ya que su función consiste fundamentalmente en la formación de precios. Lo único que se puede afirmar con seguridad es que el funcionamiento del comercio y el dinero en sociedades complejas que no poseían mercados sería incomprensible sin equivalencias. En efecto, la caída de las equivalencias donde se sabe que existieron puede en algunos casos haber llevado al desarrollo de los mercados de precios. Deberíamos señalar, sin embargo, que a falta de datos adecuados, tales consideraciones son meras conjeturas.

7. EL PAPEL ECONÓMICO DE LA JUSTICIA, LA LEY Y LA LIBERTAD

Dentro de la sociedad primitiva las transacciones con alimentos se consideran antisociales porque rompen la solidaridad comunal. Pero mientras otros tabúes (como los sexuales, por ejemplo) son explícitos, la prohibición de la manipulación lucrativa de los alimentos está implícita en la constitución misma de la sociedad tribal.

En la sociedad arcaica empieza a desaparecer la prohibición de comerciar con alimentos y hacer otras transacciones, abriendo así el camino a uno de los más notables avances en la historia del sustento humano. El intercambio de bienes y servicios —sea compra, venta, alquiler, renta, préstamo o deuda— permite una flexibilidad a los elementos de la economía que origina un aumento de su utilidad tanto en la producción como en el consumo. Este cambio surge por una disolución de la sociedad tribal, especialmente de dos formas: bien mediante la aceptación limitada y estrictamente controlada de ciertos tipos de transacciones, bien eliminando el principio de ganancia de dichas transacciones. La primera es característica de algunas pequeñas sociedades de campesinos, como la Grecia de Hesíodo o ciertas regiones de Israel en la

época de Amos; la segunda, del sistema empleado por los imperios hidráulicos de Asiria y Babilonia. Mientras la sociedad de campesinos camina hacia la formación de mercados, los imperios siguen un sendero diferente, aunque no de menores consecuencias para el futuro de la humanidad, porque la justicia, la ley y la libertad individual, como creaciones del estado, lograron por primera vez jugar un papel decisivo en la historia de la economía humana.

El papel económico de la justicia en los imperios arcaicos consiste en eliminar la prohibición tribal sobre las transacciones borrando el estigma de la ganancia y sus implicaciones. Por tanto, se libera una fuerza económica que multiplica la productividad del trabajo en una agricultura de inundaciones controladas. La proclamación de equivalencias, una de las funciones principales del reinado arcaico, incluye un castigo semirreligioso para las transacciones que no se ajusten al «tipo» y «proporción» aprobados por el elegido de la divinidad. Desde las primeras colonias comerciales asirias, las leyes de Eshnunna y el Código de Hammurabi, hasta la *Mishnah* y el Talmud de Babilonia dos mil quinientos años después, en realidad, hasta la época de Tomás de Aquino, si no después, el precio justo seguía siendo el único índice según el cual las transacciones eran consideradas legítimas.

Pero los imperios hidráulicos lograron mucho más. Mientras sancionaban las transacciones infructuosas y abrían el camino de mejora interna, especialmente en la agricultura, evitaron cualquier desarrollo de los mercados y en su lugar iniciaron una serie de tratados económicos no transaccionales a los que hemos denominado disposicionales, posibles gracias a las reglas que impone la ley, estableciendo la línea de las actividades comerciales. En efecto, la mayor parte del comercio fluyó por canales disposicionales, en tanto que sólo una minoría continuó con el sistema transaccional. Un buen número de medidas evitó que el resultado fuera la fusión de los dos procedimientos.

Tanto las equivalencias, que hicieron posible las transacciones no lucrativas, como las reglas dictadas por la ley, que organizaban disposiciones sin riesgos dentro de un sistema comercial, fueron el resultado del predominio de la forma de integración redistributiva que no funcionaba bajo una burocracia administrativa tiránica, como suponían los historiadores del pasado. La ausencia, o al menos el papel tan subordinado, de los mercados no requería la existencia de complicados métodos administrativos firmemente controlados por una burocracia central. Al contrario, las transacciones no lucrativas y la regulación de los traspasos legitimados por la ley abrieron, como ya hemos visto, una esfera de libertad personal desconocida hasta entonces en la vida económica del hombre.

LA TRÍADA CATALÁCTICA: COMERCIO, DINERO Y MERCADOS

Una neblina metodológica envuelve el estudio de las instituciones del comercio, del dinero y de los mercados. A sociólogos, antropólogos e historiadores económicos les resulta difícil determinar cuál es el significado e incluso juzgar la precisión de los términos catalácticos ofrecidos por el economista, términos que muchas veces son peores que inútiles. Deseamos presentar tres proposiciones sobre el comercio, el dinero y los mercados que analizaremos minuciosamente en los tres siguientes capítulos.

§1. Orígenes independientes del comercio, el dinero y los mercados

Desde Aristóteles a Marx, la especialización económica, o la creciente división del trabajo, se identificó tradicionalmente con el desarrollo del comercio, el dinero y los mercados. Estas instituciones parecían ser distintos aspectos del proceso de crecimiento económico. El comercio se mostraba como el movimiento de bienes dentro del mercado, y el dinero como el medio de intercambio que facilitaba ese movimiento. A la luz de los presentes descubrimientos, resulta imposible mantener ese punto de vista. Como hemos señalado en la introducción, algunas formas de comercio y varios de los usos del dinero adquieren importancia en la vida económica previa

e independientemente de los mercados. Incluso la presencia de los elementos de mercado no implica necesariamente la existencia del mecanismo de oferta-demanda-precios. La tradición o la autoridad establecen originariamente los precios (equivalencias), y su cambio, si es que se da, se realiza por dichos medios institucionales, no por los de mercado. El problema al estudiar la antigüedad es la fluctuación de precios, no su estabilidad. Todo lo anterior nos exige que nos replanteemos cuál era la organización primitiva del comercio, del personal, las características de los diversos tipos de mercado, las técnicas convencionales del comercio a gran escala, la función del corretaje en las primeras sociedades, los orígenes institucionales de los usos del dinero, el papel cambiante de los pesos y medidas para estabilizar los precios relativos, el papel jugado por el tesoro y los productos básicos almacenados en el funcionamiento del sistema monetario bajo condiciones arcaicas y otros temas referentes a las formas de la vida económica primitiva.

§2. Desarrollo interno y externo independiente

Max Weber, en su obra sobre los orígenes de algunas instituciones económicas, indicó que el comercio externo precedió al comercio interno, que el uso del dinero como medio de cambio se originó en la esfera exterior y que los mercados organizados se desarrollaron antes en el comercio exterior. Richard Thurnwald corroboró esta escala con hechos tomados de la vida económica de las comunidades primitivas. En nuestros días podemos afirmar con cierta seguridad que la prioridad del desarrollo del dinero y del mercado, así como del comercio exterior sobre el interior, son fenómenos generales. Junto a este enfoque se han confirmado un cierto número de hechos, como la clara independencia del comercio interior y del exterior en Atenas, en las ciudades persas del siglo XVII y

en las ciudades dahomianas de los siglos XVIII y XIX; el importante papel del corretaje como nexo entre los mercados internos y externos; el sistema administrativo de los «puertos comerciales» desde la antigüedad hasta los tiempos modernos; el uso de un monopolio de exportación del grano en el Egipto de los Ptolomeos como medio de establecer un «mercado mundial del grano» en el Mediterráneo oriental; el papel de la moneda interna y externa en el siglo IV en Grecia, como demuestran algunos ejemplos de la pseudo-aristotélica *Oeconomica*, que resultó no ser tan excepcional como se había pensado hasta entonces; el predominio del comercio exterior sobre el interior en la Babilonia de Hammurabi; la existencia de «puertos comerciales» altamente organizados en el segundo milenio a.C. en Siria, cuando Babilonia aún no poseía mercados; y la coexistencia del emporio mediterráneo de Tiro con un interior palestino, en cuyas ciudades, por lo general, no existían mercados.

§3. La integración de las economías sin mercado

El tercer grupo de proposiciones se refiere a la integración del comercio, el dinero y los elementos de mercado en ausencia de un sistema de mercado. Esta problemática cuestión se eludió en todas las investigaciones específicas por la presunción tradicional de que comercio, dinero y mercados estaban indisolublemente unidos. Donde había comercio, se daba por sentada la existencia de mercados, y donde había dinero, se suponía la existencia de mercados, y por tanto del comercio. En realidad, en la mayor parte de la historia económica se deberían contemplar por separado el origen del comercio, los usos del dinero y los elementos de mercado. A menos que el comercio se convierta en mercado comercial y el dinero se convierta en medio de cambio, las preguntas pertinentes son: ¿cómo funciona tal economía? ¿cómo, por ejemplo, unos objetos

pueden utilizarse como pago, otros diferentes como patrón de valor y que al mismo tiempo no se observe un número significativo de intercambios? El papel del tesoro y de los productos básicos almacenados en la sociedad arcaica puede darnos parte de la respuesta. Surgen preguntas similares en cuanto al funcionamiento a gran escala del comercio y del dinero en economías sin mercado, preguntas que no podrían ser formuladas si se niega o se ignora la existencia de tales condiciones.

Las pruebas que presentamos en esta sección sobre el comercio, el dinero y los mercados se dirigen al estudio de las instituciones económicas tal como surgen en las economías sin intercambios, lo que implica correlacionar dos series de fenómenos empíricos: por una parte, los datos del historiador sobre las pautas de integración, excluido el intercambio, que aparecen en las sociedades de estatus —reciprocidad, redistribución y la hacienda—; y por otra, las distintas variantes de las instituciones del comercio, el dinero y el mercado, tal como aparecen en las sociedades de estatus,

La esperanza de que los resultados obtenidos puedan también contribuir a un mayor conocimiento de las economías sin mercado se apoya en una consideración formal cuyo peso recae en un rasgo poco apreciado de la economía tradicional, no en cuanto a las proposiciones de la teoría del sistema de mercado, sino en cuanto a sus vastos objetivos. Lo que tan triunfalmente se ha hecho con la sociedad de mercado queda por hacer analítica e históricamente con las primeras sociedades, donde se ha descubierto que prevalecen pautas de integración distintas al intercambio.

8. EL COMERCIO Y LOS COMERCIANTES

§1. Definición técnica e institucional

Técnicamente, el comercio es un método de adquirir bienes inexistentes en un lugar.[1] Se trata de una actividad similar a otras que solemos asociar con esferas bastante diferentes de la vida, a saber: caza, expediciones y piratería. En esos ejemplos, la cuestión es adquirir y llevarse bienes que están a una cierta distancia. Lo que diferencia el comercio de estas otras actividades es una bilateralidad que asegura también su naturaleza pacífica, ausente en expediciones de pillaje y saqueo.

Institucionalmente, bajo condiciones primitivas imperturbadas, el comercio es como la caza, una expedición o la rapiña: una actividad de grupo organizada. Se centra en la reunión de grupos de distintas comunidades, uno de cuyos propósitos es el intercambio de mercancías. Estas reuniones, como sabemos, no producen índices de intercambio, sino que, por el contrario, los presuponen. No hay ni comerciantes individuales ni deseos individuales de ganancia, tanto si el jefe o el rey actúan en nombre de la comunidad, después de reunir los artículos para

[1] Una versión diferente de este capítulo, preparada por George Dalton, aparece en *Ancient Civilization and Trade*, ed. J. Sabloff y C.C. Hamberg-Karlovsky, Alburquerque, University of New Mexico Press, 1975. En este libro se incluye un ensayo teórico de Dalton, «Karl Polanyi's Analysis of Long Distance Trade and His Wider Paradigm».

«exportar», como si numerosos individuos se reúnen con otros en la playa para realizar esta operación. En ambos casos, los elementos rituales y ceremoniales se entremezclan con los comerciales, que nunca carecen de alguna connotación social o política.

En las sociedades primitivas se hace patente qué comunidad es la que tiene el papel activo en el comercio y cuál es la parte pasiva. Excepto cuando el comercio tiene lugar en un punto neutral, una de las dos partes es visitante y la otra, anfitriona. La primera lleva las mercancías y soporta la mayor parte del riesgo; la otra se limita a responder a la ocasión. Normalmente las dos partes se alternan en este papel. Posteriormente, bajo las condiciones de la sociedad arcaica, la distinción puede convertirse en una diferencia tajante entre el comercio activo y el pasivo, lo que significa la organización total del comercio.

Tal vez parezca que hemos recalcado ilegítimamente «adquisición de bienes distantes» como el factor crucial del comercio, pero lo hemos hecho, entre otras razones, para destacar el papel determinante jugado por el interés adquisitivo o de importación en la historia del comercio. Como vimos, implica nada menos que usar las alternativas de métodos pacíficos frente a métodos de fuerza para satisfacer ese interés, alternativas que pueden afectar a la estructura total del estado así como a sus formas de actuación en la historia.

Las diferentes fases de la historia de las civilizaciones nómadas, como la mongol y la árabe, ilustran este punto. Deberíamos distinguir la combinación a pequeña escala del pillaje y del comercio, como hacían los fenicios y los griegos a los que se refiere Homero o los beduinos del Antiguo Testamento, de la organización más sutil y provechosa con la que se servía a los intereses de los grandes imperios, a veces por métodos militares, otras veces por sistemas de transacción para adquirir bienes distantes, alternativas cuyos cambiantes requisitos

configuraron decisivamente sus políticas interior y exterior. El factor permanente de fondo fue su interés por adquirir o importar los productos que tenían sus vecinos asentados —su dependencia de algunos «artículos necesarios», e incluso de algunos «artículos de lujo» que poseían estos vecinos—. Los artículos textiles y caseros pertenecían al primer grupo, mientras que el oro, los esclavos, las piedras preciosas, la seda, los artículos de piel, los cosméticos y los ornamentos pertenecían al segundo. La distinción, por supuesto, es más sutil de lo que a veces se creía, ya que lo que nosotros consideramos artículos de lujo correspondía en muchas ocasiones a las necesidades de los ricos y poderosos, cuyo interés en la importación determinaba la política económica exterior.

La adquisición de bienes por parte de los creadores de los imperios nómadas pudo haber tenido lugar de diferentes maneras: 1) Mediante incursiones predatorias para obtener un botín, desde la simple rapiña hasta el deseo permanente de conquista. 2) Fomentando el comercio pasivo. 3) Combinando estos dos métodos. 4) Desarrollando el comercio activo.

Sin embargo, el carácter del «imperio» tendía a ser diferente en cada caso. Las simples expediciones de incursión, a cualquier escala, no necesitan más que un pseudo-imperio como el de los hunos de Atila o los avaros. Pero un imperio de clanes nómadas completamente desarrollado, como el de Genghis Khan y sus sucesores, que incluía extensas rutas comerciales, basaba sus importaciones en el comercio pasivo organizado a gran escala. El poder militar les servía como simple apoyo al comercio, vigilando las rutas de caravanas, asegurando las entregas, y obligando a los pueblos sedentarios a garantizar el acceso por sus territorios a todos los que comerciaran al servicio del imperio. Se construyó una red de hospedaje para comerciantes extranjeros y se estableció un servicio postal trascontinental que estaba en manos del imperio, para aumentar las riquezas del reino mediante un

volumen de importaciones cada vez mayor. El resultado fue un gran volumen comercial, realizado por comerciantes y mercaderes de todas las nacionalidades a lo largo de las interminables rutas comerciales del imperio, actividad en la cual no participaba ningún mongol. Tras la caída de la dinastía Yuan (mongola) en China, los jefes de los clanes mongoles se vieron obligados a regresar a sus lugares de origen y el floreciente comercio pasivo del imperio de Genghis Khan desapareció para siempre. Esta situación nos brinda un ejemplo excelente para apreciar las distintas alternativas. Los fragmentos del imperio estepario de Genghis Khan se enrolaron en una guerra civil que durante mucho tiempo hizo estragos entre los caballeros feudales occidentales y los príncipes orientales, que ganaron la partida y establecieron su dominio sobre todos los khanatos por una razón: sólo ellos podían ofrecer la garantía de un poder central capaz de resolver la doble tarea de organizar alternativamente incursiones en el territorio de sus vecinos y establecer relaciones comerciales normales con ellos. Vladimirstov recalcó que para triunfar en ambos empeños —el asalto y el comercio— no sólo era necesaria una dirección central, sino también una «repartición» central del botín en un caso y de los bienes importados en el otro.[2] A diferencia de los mongoles que nunca consintieron el comercio activo, los imperios árabes, que comenzaron en similares condiciones nómadas, finalmente, gracias a sus tendencias más democráticas, evolucionaron hacia un amplio estrato comercial que estipulaba grandes importaciones a través del comercio activo, sin tener que recurrir a los métodos de incursión y asalto. Se deduce que en la capacidad para el comercio activo radica la decisiva superioridad histórica de los imperios islámicos sobre los más transitorios khanatos mongoles con su sistema comercial pasivo.

[2] Boris Vladimirstov, *The Life of Genghis Khan*, trad. de D. S. Mirsky, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1930.

§2. Características institucionales del comercio

Puesto que en toda actividad comercial debe haber alguien que traslade algo a otro lugar y este movimiento se realiza en dos direcciones, es necesario que haya: 1) personal; 2) mercancías; 3) transporte; 4) bilateralidad. Todos estos rasgos institucionales del comercio se pueden clasificar siguiendo criterios sociológicos, tecnológicos o ambos, pero de ellos depende la relevancia del análisis, que presentamos a continuación, de la enorme variedad de formas y organizaciones del comercio en la historia.

A. PERSONAL

A.1 Factor y mercader: razón de *status* y razón de beneficio

Un comerciante puede llevar a cabo la «adquisición de bienes distantes» por razones propias de su puesto en la sociedad, siguiendo una norma que comprende elementos de deber o servicio público (razón de estatus); o con el fin de obtener las ganancias que pueda acumular en las transacciones de compra y venta (razón de beneficio). El representante típico (aunque no es el único) del primer tipo de comerciante es el factor; el representante típico del segundo es el mercader.

A pesar de las muchas combinaciones de los dos tipos, el deber y el beneficio destacan como las dos motivaciones primarias y claramente diferenciadas. Si la «razón de estatus» se refuerza con el beneficio material, éste, por lo general, no toma la forma de ganancia obtenida en el propio intercambio, sino la de un regalo del tesoro o una donación de tierras recibida por el comerciante como recompensa de su señor. De esta forma, las ganancias transaccionales representan ínfimas sumas que no tienen comparación con la recompensa entregada al

diligente y próspero comerciante por parte de su señor. Así, el que comercia por deber y honor se hace rico, mientras que el que lo hace por deseo de lucro sigue siendo pobre —una razón más por la cual los motivos de beneficio permanecen ocultos en la sociedad arcaica.

La distinción entre razones de «estatus» y razones de «beneficio» podría parecerle al historiador irrelevante dado que la mayoría de las sociedades anteriores a la nuestra, hablando en términos generales, eran sociedades de estatus, donde al parecer no había lugar para el pobre comerciante motivado por el deseo de ganancia. Sin embargo, esto sería confundir dos funciones diferentes del estatus, la del origen y la del contenido de los derechos y deberes. Mientras que en una sociedad de estatus los derechos y deberes de todos los grupos están determinados por el nacimiento, los derechos y deberes mismos no tienen por qué ser necesariamente de carácter honorífico. Se espera que los grupos pertenecientes a los estatus más altos actúen por motivos honoríficos de deber obligación y autorrespeto, pero a los grupos de status más bajo se les puede permitir entregarse a ocupaciones lucrativas que son consideradas de la clase inferior como ilustra el status del comerciante extranjero, meteco, en la antigua Grecia. Por el contrario, nuestras modernas sociedades sin estatus se han familiarizado durante siglos con la figura del comerciante que no obtenía beneficio para sí, el agente de venta o factor que comerciaba para su compañía, y cuyo éxito no significaba ganancias sino un ascenso.

Sin embargo, lo anterior no afecta a la distinción básica entre el factor y el mercader. El último comercia con el propósito de obtener ganancias en las transacciones que va a realizar, el primero comercia como parte de sus deberes y obligaciones generales.

A.2 Clase alta, baja y «media»: niveles de vida

El lugar ocupado por el comerciante en la escala del nivel de vida ha sido muy distinto en las diferentes sociedades; en realidad, hasta en una misma sociedad en diferentes momentos. La cuestión es complicada en algunos casos debido a la existencia simultánea de más de una clase comerciante en la sociedad.

En la sociedad arcaica, el jefe o rey y su séquito eran los únicos con poderes para comerciar, es decir, para iniciar las más o menos belicosas y diplomáticas empresas que llevaban a la «adquisición de bienes distantes». El comercio pirata o por tratado practicado conjunta o separadamente pertenece a la esfera gubernamental. El rey mismo puede dirigir la empresa personalmente, como Mentes, el legendario dirigente de los tafianos, o simplemente supervisar su ejecución, como parece haber hecho Argesilao, auténtico rey de los cirenaicos. Pero la actividad comercial del jefe o rey no implica una intervención personal del soberano, que en la práctica debía emplear cientos o incluso miles de comerciantes como factores o «mercaderes del rey» para que realizaran el comercio en su nombre. Probablemente algunos de ellos pertenecían a la misma familia real, otros eran príncipes o gobernadores que poseían fortalezas y castillos; y tal vez, otros intervenían como enviados de la corte, que disfrutaban de donaciones reales o, frecuentemente, que gozaban del privilegio de participar en los beneficios del comercio del sindicato real. En todos los casos, los «mercaderes del rey» gozaban del mismo rango que los generales militares, los gobernadores civiles y otros altos funcionarios entre los grandes del reino.

En las sociedades de tipo campesino, tal como la Grecia antigua después del siglo VII o Roma después de la monarquía, deja de existir el comercio real. El comercio exterior es discontinuo, como en Roma, o reducido a comercio pasivo.

En la Grecia del siglo VI se menciona a Solón como mercader, y debemos suponer con certeza que los pisistrátidas y los alcmeónidas debieron haber intervenido, al menos ocasionalmente, en empresas comerciales extranjeras a gran escala. Pero éstas fueron excepciones. El mismo Solón asumió que Atenas dependía básicamente de mercaderes extranjeros de grano para abastecer sus necesidades alimenticias. En Israel, las regiones interiores desarrollaron el comercio real en tiempos de David, logrando un nivel considerable durante el reinado de Salomón pero, poco después del derrumbamiento del Imperio Unido, pasaron a ser enteramente dependientes del comercio pasivo. De los tres pueblos, sólo los griegos tuvieron comerciantes de la clase baja en los *kapeloi* —minoristas locales de alimentos— y en la clase meteca de los *naukleroi* —navegantes—. Ninguno de ellos pasó jamás a formar parte de la clase media. Esta clase, idealizada bajo ese nombre por Aristóteles, fue una clase de terratenientes, nunca de comerciantes.

La clase media comercial del siglo XIX es un producto tardío del desarrollo occidental. La sociedad medieval urbana consistía típicamente en una clase alta privilegiada de mercaderes burgueses y un amplio estrato de artesanos y comerciantes que formaban el pueblo. Juntos constituían la comunidad urbana; por encima de ellos estaba la aristocracia terrateniente que poseía las grandes haciendas. Incluso en la Inglaterra del siglo XVIII, la más avanzada sociedad comercial occidental de la época, el afortunado mercader burgués ascendió a la clase terrateniente, dejando tras sí al «comerciante» en la escala más baja de la sociedad. Hasta la Ley de Reforma de 1832 no se constituyó una clase media de comerciantes en Inglaterra.

La antigüedad no ofrece otra figura del comerciante más que la perteneciente a la clase alta o baja. La primera está conectada con el poder y el gobierno, la otra depende para su sustento del trabajo manual. Este hecho es de vital importancia

para comprender las formas y la organización del comercio en los tiempos antiguos.

A.3 *Tamkarum, meteco* y extranjero: tipos de comerciantes en el mundo arcaico

Los comerciantes típicos de la antigüedad eran los *tamkarum*, los metecos y los extranjeros. El *tamkarum* dominaba la región de Mesopotamia desde los inicios de Sumeria hasta la aparición del Islam, es decir, durante tres mil años aproximadamente; el valle del Nilo conocía solamente este tipo de mercader, así como el reino africano de Dahomey. El comerciante meteco apareció en Atenas y con el helenismo se convirtió en el prototipo de mercader de la clase baja desde el valle del Indo hasta las Columnas de Hércules. En efecto, fue de una población similar de modestos comerciantes —esta vez no del mar sino de la tierra— de la que salió la clase mercante burguesa de la Europa occidental. El tercer tipo de comerciante, el extranjero, está, por supuesto, en todas partes. Es el extraño, el que sostiene el «comercio pasivo», el que no «pertenece» a la comunidad ni goza del semiestatus de extranjero residente, sino que es un miembro de una comunidad totalmente diferente. En las grandes civilizaciones de Oriente y África, la figura clave de la vida comercial era el *tamkarum*; en la civilización helénica era el meteco, pero en ambas existían también los extranjeros. Es necesario tener en cuenta muchas otras consideraciones ante esta clasificación tan simplificada para examinar con más claridad la enorme variedad de configuraciones que nos darán una verdadera imagen del comercio en la antigüedad.

El *tamkarum* pertenecía al tipo factor, y era tal por herencia o por designación directa del rey, el templo, o «el poderoso». Poseía un estatus en el cual se incluían sus deberes y privilegios, los primeros consistían en organizar el transporte

de bienes (desde los porteadores hasta las caravanas y flotas) y llevar a cabo las negociaciones, reunión de información, diplomacia, acuerdos, regateo y conclusión de negocios a larga distancia. También podía servir como intermediario, subastador; guardián de depósitos, agente de pagos oficiales, préstamos, adelantos y como abogado. Su subsistencia no dependía de las transacciones que realizaba; estaba asegurada por los ingresos de su status, sobre todo a través de la propiedad de tierras, o, al menos, mediante la dieta que recibía por su rango del tesoro real o del templo. Si, como ocurría en Dahomey, sus ingresos se derivaban de algún privilegio comercial especial, las transacciones por las que convertía ese privilegio en riqueza quedaban institucionalmente separadas de las transacciones que realizaba en su calidad de *tamkarum*. Cuando existían gremios, a los que los comerciantes y mercaderes pertenecían por status, todo esto quedaba institucionalizado en el sistema gremial.

El tipo meteco es un residente extranjero. Puede provenir de una población flotante de personas desplazadas de su territorio —fragmentos de pueblos desmembrados, refugiados políticos, exiliados, delincuentes fugitivos, esclavos escapados o mercenarios expulsados—. Su ocupación era la de pequeño comerciante, patrón de un pequeño barco, que podía actuar como cambista o prestamista con un puesto en el mercado.

Los metecos de Atenas, originalmente una población portuaria, eran a veces artesanos, pero la mayoría se dedicaban al comercio y trataban de ganarse la vida con los beneficios que obtenían de la compra y venta de mercancías. Aparte de ser patrones y comerciantes, los metecos también tenían mano como «banqueros», ocupación mezquina que consistía en comprobar y cambiar las monedas tras un banquillo en la plaza del mercado. Su comisión como cambistas de dinero estaba regulada por la autoridad pública; como comerciantes de grano, estaban sometidos a una estricta vigilancia; como

patrones mercantes, tenían numerosas restricciones comerciales que limitaban sus ganancias. En general, el meteco era libre de satisfacer su deseo de ganancia, un motivo que era considerado propio de su baja condición social. Su vida era dura; esfuerzo físico agravado por la exposición a las odiadas dificultades del mar, no esperaba riqueza en compensación por sus esfuerzos, ya que no le estaba permitido poseer casa ni tierras; no podía tener hipotecas; y, por consiguiente, no podía poseer nada que pudiera considerarse riqueza. Excepcionalmente un meteco podía acumular una considerable cantidad de dinero, pero eso no significaba ninguna diferencia en su calidad de vida. Como hombre privado del derecho de posesión de tierra y casas no podía, por ejemplo, montar a caballo, ni dar fiestas, ni levantar una mansión. Incluso los pocos metecos ricos que había llevaban una vida de lo menos atractiva.

A.4 Pueblos comerciantes

No todas las comunidades que practicaban el comercio poseían comerciantes profesionales. Una comunidad podía comerciar colectivamente; otra podía disponer de comerciantes profesionales y considerarlos miembros de una clase social específica. Otras sociedades, aunque no son más que unas pocas, hacían del comercio activo la ocupación principal del grueso de la población. Es a estas últimas sociedades a las que llamaremos pueblos comerciantes.

Evidentemente, la existencia del comercio no presupone la de los comerciantes, e incluso donde existen comerciantes profesionales, su relación con la comunidad global puede ser muy diferente según el tipo de sociedad de que se trate.

En las sociedades primitivas, como hemos visto, el comercio es por lo general una tarea colectiva realizada por el jefe o mediante la participación general de los miembros. En este último caso, su propósito puede lograrse en reuniones

masivas con sus colegas comerciantes en la playa, o llevando (según la costumbre habitual) productos alimenticios locales o artículos manufacturados a una isla vecina. Por consiguiente, no encontramos en las sociedades primitivas a nadie especializado en las profesiones de mercader o comerciante.

La figura del comerciante hace su aparición en las sociedades arcaicas, que ya hemos clasificado en sociedades de tipo campesino e imperios, estos últimos divididos, a su vez, en los de tipo nómada y los de tipo hidráulico. En las sociedades de tipo campesino, la casa real puede emplear a un conjunto de comerciantes que normalmente desaparecen con la caída de la monarquía, como probablemente ocurrió en la primitiva Roma, y tras la caída de los tiranos en la antigua Grecia. En el imperio hidráulico, el *tamkarum* gana el derecho de estatus. En el imperio nómada de los mongoles, el comercio era exclusivamente pasivo; no existía en absoluto la clase comerciante; como tampoco en los primeros imperios nómadas de los bereberes y los primeros árabes de África.

Los pueblos comerciantes difieren profundamente de todos éstos; entre ellos, el comercio es una fuente de medios para la subsistencia colectiva. Los pueblos comerciantes difieren entre sí en un aspecto importante: los comerciantes auténticos, como podríamos llamarlos, dependen para su sustento exclusivamente del comercio en el cual, directa o indirectamente, participa toda la población. Para los otros —un grupo mucho más numeroso— el comercio es solamente una de las ocupaciones en las que participa una parte considerable de la población de vez en cuando, cuando viajan fuera con sus mercancías durante períodos de tiempo más o menos largos.

Ejemplos de auténticos comerciantes son los fenicios, los radios y los vikingos occidentales, todos los cuales comerciaban por mar; los beduinos, los tuareg del desierto, los vikingos orientales y los kede de Níger, que seguían las rutas de los ríos. Entre los que comerciaban ocasionalmente están los

hausa, los duala, los mandingo y otros pueblos de África occidental; y los malayos. Además había pueblos diseminados, como los armenios y los judíos.

B. BIENES

La decisión de adquirir bienes y transportarlos desde un punto distante depende obviamente de la urgencia o necesidad de los objetos y de la dificultad de adquirirlos y transportarlos. Además, esa necesidad tiene que ser compartida por los que poseen los medios políticos y técnicos de organizar eficazmente la aventura comercial. La decisión de adquirir un tipo de bienes en una región distante se hace necesariamente bajo circunstancias concretas, distintas de las que llevan a tomar la decisión de adquirir otros bienes en otra región. Por este motivo, el comercio arcaico es principalmente un negocio discontinuo, restringido a empresas concretas que no dan lugar a compañías privadas permanentes. La *societas* romana y la posterior *commenda*, por ejemplo, eran asociaciones comerciales limitadas a un compromiso, ya que antes de los tiempos modernos las asociaciones comerciales permanentes eran desconocidas. Las aventuras comerciales arcaicas difieren, por tanto, según el tipo de bienes que se van a adquirir y transportar, los cuales forman ramas separadas del comercio, cada una con métodos técnicos organizativos diferentes.

Lo anterior puede parecer demasiado evidente como para que valga la pena mencionarlo; sin embargo es útil recalcar estos hechos si queremos interpretar correctamente los rasgos característicos del comercio sin mercado, en el que no existe el «comercio en general», porque todo comercio es originalmente específico, determinado por los bienes. Una cosa es transportar esclavos y ganado que, por así decirlo, viajan por su cuenta, y otra muy distinta, trasladar enormes rocas o troncos de árbol

durante cientos de millas a través de un país sin caminos. En algunos casos se llevan mulas, caballos u ovejas, junto con sus respectivos jinetes o pastores, creando así un problema social de cierta complejidad.

El carácter específico del comercio arcaico aumenta con la necesidad de adquirir bienes importados a cambio de los que se pueden exportar ya que, ante la ausencia del mercado, las importaciones y las exportaciones suelen pertenecer a regímenes administrativos diferentes. El proceso de reunir los bienes que se van a exportar a menudo va desligado del proceso por el cual se procede a «repartir» los importados, ya que el primero atañe a los tributos, impuestos, regalos feudales o cualquier otra acción por la que los bienes fluyen hacia un centro, en tanto que la «repartición» puede descender en una cascada jerárquica a lo largo de escalafones diferentes. Los rusos del Kiev exportaban pieles, lino y miel, materias que recogían el príncipe y los nobles como tributo de sus subditos; e importaban sedas, telas, joyas y vestidos de gala de Bizancio. En el Imperio Romano, los alimentos y otros artículos de primera necesidad que fluían de las provincias a la capital como *annona*, representaban una «importación» no correspondida de carácter puramente político. En este caso las importaciones tenían que recogerse primero en las provincias antes de ser enviadas a Roma. Quinientos años después, el comercio africano y de las Indias occidentales y orientales que realizaban las compañías europeas transcurría a través de los canales establecidos para recoger los tributos de los nativos por parte de sus príncipes o de los mismos europeos, y exportarlos luego a Europa.

C. TRANSPORTE

Al igual que con los bienes, el mercado actúa como nivelador del transporte, borrando todas las diferencias: lo que la naturaleza hace distinto, el mercado lo hace homogéneo.

Incluso hace desaparecer la diferencia entre bienes y su transporte, puesto que ambas cosas se pueden comprar y vender en el mercado —una en el mercado de artículos, la otra en el mercado de transporte—. En ambos casos, existe la oferta y la demanda, y los precios se establecen de la misma manera. Los diversos tipos de servicios de transporte tienen su denominador común con las diversas mercancías en términos de coste, el *caput mortuum* de la alquimia mercantil.

Ahora bien, tal homogeneidad contribuye a crear una buena teoría económica, pero una mala historia de la economía. Las distinciones sustantivas que se ignoran en el mercado son la materia prima de la historia. Los diferentes tipos de bienes, como vimos, crearon ramas distintas del comercio en los tiempos arcaicos. Los bienes comerciados pueden necesitarlos personas de diferente estatus, cuyos intereses se expresan por vías diferentes, que tienen diferentes medios a su alcance para conseguir sus fines, y que, además, dan origen al desarrollo de diferentes tipos de comercio cuya organización apenas tiene nada en común. Ignorar las diferencias entre bienes móviles, como esclavos y ganado, e inmóviles, como piedras y madera, haría ininteligible la historia del comercio antiguo.

En el caso del transporte, es decir del *transporte* de bienes a distancia, las rutas creadas y los modos y medios de transporte no son menos relevantes ya que, una vez más, los hechos geográficos y tecnológicos se entrelazan con la estructura social. La organización del comercio debe cubrir los peligros y obstáculos causados por la naturaleza y el hombre. En los viajes por mar, por ejemplo, se utilizaba un tipo específico de embarcación para hacer frente a los elementos de la naturaleza y a los peligros de la guerra. El desarrollo de las embarcaciones de guerra fue comparativamente tardío frente al de embarcaciones que habían servido para propósitos comerciales y bélicos al mismo tiempo. Bajo este aspecto, la tripulación del barco de

guerra es sólo una variante de la tripulación del «mercante», cuyo reclutamiento no era una proposición de negocios, otro indicador para la historia del comercio.

En cuanto a los peligros de los piratas y atracadores, las rutas comerciales del interior y las costeras corrían el mismo peligro. Sólo en alta mar era poco probable el ataque de los piratas (aunque posteriormente también frecuentaría las rutas marinas). La vigilancia de las rutas interiores es la razón de ser de todos los imperios, excepto de los prístinos surgidos directamente de las exigencias políticas de la irrigación. Ni Babilonia, ni Egipto ni China se extendieron a lo largo de rutas terrestres; su medio de transporte era fundamentalmente fluvial (el término acadio para indicar un lugar de comercio es «puerto»). Pero los imperios nómadas de los pueblos turcos, mongoles, árabes y bereberes se extendieron a lo largo de una red de rutas de caravanas transcontinentales. Su finalidad era «adueñarse» de las rutas, lo que les proporcionaría un flujo de importaciones —en parte conseguido por peajes, impuestos, pagos en especies por los salvoconductos, y en parte por el intercambio de materias primas recogidas por los creadores del imperio como tributo de los pueblos conquistados.

Las caravanas, por tanto, preceden a los imperios. Su organización estaba dictaminada por los requisitos de tránsito a través de áreas incontroladas policialmente. Las primeras caravanas, sin duda, fueron construidas y equipadas para su tarea por los poderes públicos, bien basándose en el esquema del comercio real o bien en el del comercio guerrero, aunque en cualquiera de los dos casos, el comerciante sería del tipo *tamkarum*. Incluso la caravana independiente de tiempos posteriores, formada a menudo por mercaderes burgueses que frecuentaban las tradicionales rutas terrestres, continuó siendo una especie de pequeño estado errante que hacía su camino entre un sinfín de asentamientos de pueblos más o menos grandes y de naturaleza más o menos rapaz. Esta caravana

extraterritorial tenía que ceñirse estrictamente a la ruta trazada y no mirar ni a derecha ni a izquierda a su paso por las diversas regiones. Sus integrantes aprendían tan poco de estas regiones como el moderno trotamundos en sus viajes organizados saltando de hotel a hotel. La mayor parte del antiguo comercio de esclavos se realizaba en este tipo de caravanas. Sólo rara vez era suficientemente goloso el pastel como para permitir que unos cuantos comerciantes individuales, sin el acompañamiento armado de una caravana, guiaran el transporte de esclavos a través de fronteras políticas, pagando sus derechos al soberano local en cada una de ellas. Probablemente en este último tipo de viajes por etapas radica el secreto de los cientos de millas en los que se vendió una multitud de esclavos «río abajo» en la costa occidental del África ecuatorial, sobre todo después de la llegada de los portugueses a la desembocadura del Zaire en el siglo XVIII. En Níger los colonos kede del siglo XIX ayudaban a cumplir los propósitos de este comercio fluvial, que pasaba sus canoas por toda la tortuosa longitud del río, tal como una boa digiere a su presa.

En algunos aspectos la caravana fue también el origen de un importante desarrollo militar. Rostovtzeff ha señalado que el ejército heleno fue una de las más originales creaciones de su época, cuya importancia económica no podemos subvalorar.[3] Por supuesto, se refería a la enorme confluencia de animales y hombres, contando los miles de mercaderes y artesanos que formaban el capital errante del imperio. Era un laberinto de mercados, enmarañados en los tejidos de unos cuarteles generales militares enormemente agrandados. En efecto, este ejército no era más que una caravana glorificada, la primera formación armada con la tarea de crear inmensos cuerpos errantes de personas económicamente independientes. Y sin embargo, este skeue seleúcida, que tanto impresionó a

[3] M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World*, Oxford, Clarendon Press, 1941, vol. I, pgs. 149 y ss.

Rostovtzeff, era relativamente modesto en comparación con el trayecto estival, unos dos mil años después, del Gran Mogol, desde su polvorienta capital india hasta las altas montañas. Tal como lo describió Tavernier, este trayecto anual, con su casi medio millón de seguidores, que incluía la población entera del bazar de Delhi marchando campo a través como un enorme monstruo, y acampando noche tras noche en un lugar diferente, era en realidad una ciudad improvisada de proporciones fantásticas.[4]

D. BILATERALIDAD

La adquisición de objetos inexistentes en la comunidad necesariamente obliga al grupo a mantener relaciones exteriores. Las formas precomerciales de adquisición son la caza, las expediciones y la rapiña, que implican un movimiento de bienes unilateral. La apropiación, la captura, la tala, el robo, o cualquier otra forma de obtener bienes forma una parte de la acción; el acarreo, el trayecto y la forma de transportar la adquisición, otra. Pero el comercio, como hemos visto, es una acción bilateral pacífica, y requiere un tipo de organización específica que asegure esas dos cualidades. Según la intención de la bilateralidad, nos encontraremos con tres tipos fundamentales de comercio: comercio de donaciones, comercio administrado o por tratado y comercio de mercado.

El comercio de donaciones liga a las dos partes en una relación de reciprocidad, como la de amigos invitados, los socios *kula*, o los comerciantes de visita. La organización del comercio en este caso es generalmente ceremonial, y supone prestaciones mutuas, embajadas y acuerdos políticos entre los jefes o reyes. Los bienes son generalmente parte del tesoro, es decir, objetos de circulación entre la élite tales como esclavos,

[4] Jean Baptiste Tavernier, *The Six Voyages of Jean Baptiste Tavernier*, Londres, 1678.

oro, caballos, marfil, ropas o incienso; aunque en el caso de visitantes vecinos los regalos pueden tener un carácter más «democrático». El comercio de regalos caracterizó a las sociedades tribales, donde no existen sanciones contra medidas hostiles de represalia; pero durante milenios el comercio entre imperios se realizó siempre mediante regalos porque ningún otro fundamento de la bilateralidad se acoplaba mejor a las necesidades de la situación. Los imperios pueden sacar ventajas de los «bárbaros» mediante regalos, o, quizás, la parte más débil puede colmar de regalos a la más fuerte para obtener sus favores, y tal vez evitar el pago de impuestos.

El comercio administrado o por tratado presupone organismos organizados, políticos o semipolíticos, relativamente estables. Tiene su firme fundamento en las relaciones de tratado de carácter más o menos formal, ya que el acuerdo puede ser tácito, como en el caso de las relaciones tradicionales, o de costumbre; aunque, entre organismos soberanos, el comercio a gran escala supone la existencia de tratados explícitos incluso en épocas relativamente tempranas (por ejemplo, entre los etruscos y Cartago en el siglo XI a.C.). En el comercio por tratado, el interés de la importación está determinado por ambas partes, y por esa razón, el comercio se organiza mediante canales gubernamentales o controlados por el gobierno. Por lo general, esta organización implica la recogida de las mercancías a exportar así como la distribución de las importaciones —actividades ambas que caen dentro de la esfera redistributiva de la economía doméstica—. Por lo tanto, todo el comercio se lleva a cabo por métodos administrativos que incluyen la manera de efectuar el negocio, a saber: acuerdos referentes a «índices» o proporciones de unidades; peso; control de calidad; intercambio físico de bienes; almacenamiento; seguridad; regulación de los «pagos»; créditos; y diferenciales de «precio», así como el control del personal que interviene. Los bienes comercializados se valoran en virtud de

su calidad, presentación, peso u otros criterios de fácil comprobación. Sólo se puede comerciar con dichos «bienes de comercio». Los equivalentes se establecen en simples relaciones de unidad; en principio, el comercio es uno a uno.[5]

El regateo no forma parte de los procedimientos pero, puesto que ante situaciones cambiantes a menudo no se puede evitar, sólo se practica sobre otros aspectos que no sean el «precio», tales como medidas, calidad, formas de pago y beneficios. La base del procedimiento es, por supuesto, mantener inamovibles los equivalentes; si deben ajustarse a las situaciones reales de oferta, como en una situación imprevista, se expresa en términos de comerciar por dos a uno, o dos a uno y medio, o, como diríamos nosotros, con un beneficio del 100% o del 150%. Este sistema de regateo en los beneficios a «precios» estables, que pudo haber sido bastante general en la sociedad arcaica, está comprobado que seguía existiendo en Sudán central aún en el siglo XIX.[6]

Una vez establecidas en una región, las formas administrativas del comercio pueden practicarse sin tratados previos. Las instituciones específicas y el lugar donde se administra todo el comercio exterior es el «puerto comercial», un órgano específico de comercio exterior en las economías sin mercado, normalmente situado en la costa, en la frontera del desierto, en la cabecera de un río o al pie de una cadena montañosa. Los métodos administrativos y diplomáticos empleados en los contactos entre el gobierno y los representantes de las partes —normalmente compañías oficiales y gobiernos— son suficientes para eliminar la competencia. La función del «puerto comercial» es ofrecer seguridad militar al huésped;

[5] Cf. Karl Polanyi, en colaboración con Abraham Rotstein, *Dahomey and the Slave Trade*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1966, pp. 146-154.

[6] Cf. Karl Polanyi, «Ports of Trade in Early Societies», *The Journal of Economic History*, 23, (1963), pp. 30-45; reimpreso en *Primitive, Archaic, and Modern Economies: Essays of Karl Polanyi*, ed. G. Dalton, Garden City, N.Y., Doubleday, 1968.

protección civil a los comerciantes extranjeros; instalaciones de anclaje, desembarco y almacenamiento; autoridades judiciales; acuerdos sobre los bienes a comerciar y acuerdos referentes a las «proporciones» de los diferentes bienes en las «subastas».

El comercio de mercado es el tercer tipo de comercio, cuya forma característica es el intercambio entre las partes. Es la forma moderna de comerciar que deparó un torrente de riqueza material sobre Europa occidental y Norteamérica, y que a pesar de la actual recesión, sigue siendo con diferencia la más importante de todas. La gama de bienes comercializables —mercancías— es prácticamente ilimitada; la organización sigue las líneas trazadas por el mecanismo oferta-demanda-precio. El mecanismo de mercado se adapta no sólo a los bienes, sino también a cada elemento del comercio mismo —almacenamiento, transporte, riesgo, crédito y pagos—, mediante la formación de mercados especiales para fletes, seguros, créditos a corto plazo, capital, almacenes, facilidades bancarias, etc.

El comercio de mercado presupone la existencia de comercio y de mercados. En relación al comercio, su origen independiente ya ha quedado puesto de relieve; por otra parte, los mercados no surgen necesariamente a partir del comercio. Los mercados locales poseen sus propios orígenes, como veremos en el capítulo 10. La noción cataláctica de que los mercados y el comercio son las formas estática y dinámica respectivamente de la misma y única energía económica es por tanto errónea.

Para el historiador económico el problema radica precisamente en esto: ¿cuándo y cómo se une el comercio a los mercados? ¿Bajo qué circunstancias se convierten los mercados en vehículo del movimiento del comercio? ¿Cuándo y dónde encontramos por primera vez la unión comercio-mercado?

La cuestión será abordada en el capítulo 10 con respecto a los mercados interiores y exteriores. El problema del

mercado exterior es sólo otro aspecto del puerto comercial y las circunstancias que llevaron a su desarrollo dentro de los mercados internacionales regulares; el problema del mercado interior se refiere al proceso por el cual el *ágora* de la *polis*, y el muy diferente bazar del mundo oriental, se transformaron en lugares de comercio libre para comerciantes extranjeros. Como veremos, el comercio sólo presenta, de manera sorprendente, un rasgo general para el desarrollo de las instituciones económicas, a saber, la polaridad de las líneas internas y externas de desarrollo. En lo que se refiere al comercio, es evidente la anterioridad de la línea externa.

9. OBJETOS Y USOS DEL DINERO

§1. El dinero como sistema semántico

Desde el punto de vista de la antropología, el dinero debería definirse como un sistema semántico, similar al lenguaje, la escritura, los pesos y las medidas.[1] Estos sistemas difieren principalmente en los propósitos a los que sirven y los signos empleados. El lenguaje y la escritura sirven para la comunicación de las ideas; los pesos y las medidas, para expresar las relaciones físicas cuantitativas. En cuanto a los signos, el lenguaje utiliza sonidos orales; la escritura emplea ideogramas o caracteres visuales; los pesos y medidas utilizan objetos físicos como base de símbolos.

El dinero se parece, aunque también difiere, a cada una de estas cosas. Tiene varios fines, a los que tradicionalmente se ha descrito como medio de pago, patrón de valor o unidad de cuenta, depósito de riqueza y medio de cambio. La definición precisa de estos términos la daremos más adelante; de momento, los mencionamos para indicar que estos «usos típicos del dinero» representan el «propósito» del dinero como

[1] Cf. Karl Polanyi, «The Semantics of Money Uses», *Explorations*, octubre 1957; aparecido también en *Primitive, Archaic, and Modern Economies*, ed. G. Dalton, Garden City, Nueva York, Doubleday, 1968, con un apéndice, «Notes on Primitive Money».

sistema semántico. Aun cuando estos usos se derivan de la teoría monetaria de la economía de mercado, demostraremos que estos diferentes usos del dinero son independientes en las primeras sociedades.

El dinero así definido se parece a un sistema de medidas cuyos símbolos se hubieran unido a objetos físicos; sin embargo, difiere en su propósito. El dinero actúa como un sistema de medidas, pero no en cuanto al tamaño o dimensión de un objeto, sino en cuanto a su importancia para nosotros en una situación determinada, es decir, el uso primario a que nos referimos es el de patrón de valor o unidad de cuenta.

En cuanto a los sistemas de lenguaje y escritura, el dinero difiere de ellos en que sus símbolos, por lo general, no se relacionan con sonidos o caracteres visuales, sino con objetos físicos, tales como trozos de metal, conchas o trozos de papel impreso. Sin embargo, los símbolos abstractos, tales como «unidades ideales» representadas por una palabra o una cifra, también pueden emplearse como dinero, un hecho que debemos destacar puesto que suele darse con frecuencia en las primeras sociedades.

Sin embargo, desde un ángulo puramente formal el dinero ofrece un sorprendente paralelismo con el lenguaje o la escritura. Los tres son sistemas semánticos elaborados, organizados mediante un código de reglas basadas en el uso correcto de los sonidos, los caracteres o los objetos como elementos de los respectivos sistemas. Cada uno emplea un número limitado de símbolos «para todo uso» de acuerdo a reglas concretas para cubrir un número determinado de usos. En el caso del dinero, sin embargo, esto es verdad solamente en la sociedad moderna. En cambio, las peculiaridades del dinero en las sociedades arcaicas y primitivas han sido dejadas de lado completamente.

Las primeras sociedades no conocen el dinero «para todo uso». Las diferentes funciones del dinero normalmente recaen en diferentes objetos simbólicos, por lo que ningún tipo de

objeto merece el nombre de dinero en dichas sociedades, sino que el término se aplica a un pequeño grupo, dado que se trata de dinero para «usos especiales». Mientras que en la sociedad moderna la distinción entre los varios usos del dinero es más o menos académica, ya que, por lo general, el dinero que sirve como medio de cambio también se considera apto para realizar todas las demás funciones, en las primeras sociedades la posición es radicalmente diferente. En ellas aparecen esclavos utilizados como patrón de valor o unidad de cuenta para medir grandes riquezas, en tanto que las conchas de cauri se emplean solamente para medir pequeñas cantidades en diferentes situaciones. (Dicho sea de paso, la unidad «esclavo» representa un valor convencional, una unidad de cuenta, pero los verdaderos esclavos se vendían a precios variables.) Por lo tanto, podríamos encontrar que, mientras los esclavos son un medio de pago o de tributo a un señor extranjero, las conchas de cauri funcionan como un medio de pago local. Esto no excluye el uso de metales preciosos para acumular riquezas, aunque tales metales pueden no servir como dinero o, si lo hacen, sólo dentro del comercio exterior. Si la costumbre de mercado está bastante extendida, el dinero podría además servir como medio de cambio en el comercio exterior y para este fin se podrían utilizar como dinero varios bienes comerciales que de otra forma no servirían como dinero. Se pueden dar numerosas combinaciones de estas variantes, no hay ninguna regla universalmente aplicable, a menos que la regla general sea que los usos del dinero están cubiertos por diversos objetos. Evidentemente, bajo tales condiciones la distinción entre los diferentes usos del dinero es de gran importancia práctica para comprender las instituciones monetarias de las primeras sociedades.

El contraste con la moderna organización del dinero no podría ser mayor. Veámoslo en términos de analogía con los otros sistemas semánticos. Mientras que todos los sonidos

orales articulados del discurso, y todas las letras del alfabeto son elegibles para formar todo tipo de palabras, el dinero primitivo puede en casos extremos emplear un tipo de objeto como medio de pago, otro como patrón de valor, un tercero para acumular riquezas y un cuarto con propósitos de intercambio. Tal dinero sería en cierto modo como un lenguaje en el que los verbos estuviesen formados por un grupo de letras, los nombres por otro, los adjetivos por un tercer grupo y los adverbios por un cuarto.

Sin embargo, existe otro punto de contraste significativo en nuestra tentativa de describir el sistema de dinero «primitivo». En las primeras sociedades, el uso fundamental del dinero no es como medio de cambio. Si un uso es más importante que otro, cualquiera de los otros usos se encuentra en comunidades en las que no aparece el uso del dinero como medio de cambio. Por consiguiente, mientras que en la sociedad moderna la unificación de los diferentes usos del dinero tuvo lugar sobre la base de su uso como medio de cambio, en las primeras comunidades encontramos los diferentes usos del dinero institucionalmente separados e independientes unos de otros. Por lo que respecta a la interdependencia entre ellos, encontramos que el uso del dinero como medio de pago, como unidad de cuenta o como depósito de riqueza, tienen preferencia sobre el uso como medio de cambio.

Se podría argumentar que el dinero primitivo no debería describirse como un sistema semántico puesto que no era lo bastante «sistemático» como para denominarse sistema. Sin embargo, debemos señalar que todo lo que llevó a la formación de los sistemas de lenguaje y escritura también salió originalmente de fuentes dispares. Consideremos el papel jugado por los sonidos orales articulados en usos tan distintos como las invocaciones mágicas o los gritos del cazador imitando a los animales salvajes, o los ritmos «contables»

practicados por los niños en sus juegos. En tanto que se considera que dichos sonidos han contribuido a formar la materia prima del lenguaje, no todos quedaron finalmente incorporados a él, y algunos lo han sido solamente reduciendo su efectividad para la comunicación de ideas. De manera muy parecida, algunos usos primitivos del dinero, como el mágico u ornamental, han sido en gran medida excluidos de las formas modernas de moneda, mientras que otros usos del dinero fueron subordinados al uso dominante, es decir, al medio de cambio.

Así, el dinero moderno, empleando los símbolos del intercambio para todos sus diferentes usos, aparece como un símil completo del lenguaje y la escritura. Pero, en términos generales, la analogía también existe para el dinero primitivo y arcaico, que difiere de su contraparte moderna sólo en el grado de unificación de los sistemas simbólicos.

§2. Análisis institucional del dinero

Es incumbencia del estudioso de las primeras instituciones económicas, sin embargo, enfocar de una manera más pedestre, aunque no por ello menos escrupulosa, el tema del dinero. A menos que se apoye en los medios físicos mismos, tales como las conchas, las plumas o los pedazos de metal, corre el peligro de equivocar el rumbo. Para ello, tiene que intentar llegar, como el filósofo, a una definición funcional, ya que ningún objeto material es dinero de por sí, pero cualquier objeto, en una situación determinada, podría funcionar como dinero. Para determinar los usos a los que sirven las cosas materiales tendrá que indicar la situación en la que se utilizan dichos objetos y el efecto que surten. La definición funcional del dinero surge a partir de los objetos cuantificables comúnmente designados como dinero y las operaciones observables que se realizan con esos objetos. Después ampliaremos las situaciones en las que se

realizan estas operaciones y los efectos deseados que tienen o no sobre la situación. De momento queremos llamar la atención sobre cómo son los objetos y qué se hace con ellos o, en términos más técnicos, los aspectos físicos de los objetos y los aspectos operativos. En ambos aspectos —objetos y operaciones— los orígenes de los usos básicos del dinero nos llevan a épocas ágrafas de la sociedad donde la economía plantea problemas cuya solución requiere mecanismos técnicos para cuantificar objetos.

Antes de que el hombre inventara la escritura y aprendiera a utilizar los símbolos matemáticos, ideó algunos medios por los que las simples operaciones manuales producían complejos resultados numéricos que aún estaban fuera del alcance de su técnica intelectual. Tales mecanismos técnicos eran los artilugios de la vida arcaica, una especie de atajos para contar como el ábaco, el seguimiento de un registro estadístico colocando cuentas de colores en distintas cajas y otras incontables maneras (a veces de lo más ingeniosas) de manejar los problemas numéricos simplemente con la ayuda de tales invenciones o arreglos para evitar así cálculos complejos que ocuparían una gran cantidad de tiempo. Un ejemplo sobresaliente es el detallado sistema dual de la administración civil y militar de Dahomey, donde la simetría servía de mecanismo técnico para controlar y revisar casi todos los niveles burocráticos. Otro ingenioso sistema es el método dahomiano de actualizar el censo anual colocando guijarros en las cajas apropiadas.[2]

Ni la administración ni la economía podrían haber funcionado sin estas invenciones que no eran tanto mecanismos en el sentido material, con que nos referimos a los modernos, como en el sentido semántico, de activar los poderes mentales sin ningún esfuerzo conceptual. Lo que los sistemas semánticos

[2] Karl Polanyi, en colaboración con Abraham Rotstein, *Dahomey and the Slave Trade*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1966, pp. 41-43, 53 y ss.

consiguen con ayuda de los símbolos, lo consigue el mecanismo técnico mediante operaciones manuales.

Sin embargo, no debería exagerarse ni el paralelismo ni el contraste entre símbolo y mecanismo. Los artilugios técnicos tales como las reglas de cálculo pueden emplear símbolos al igual que los sistemas semánticos, como por ejemplo en matemáticas, y hacer uso de artilugios prácticos, como por ejemplo los determinantes.

No obstante, es cierto que los sistemas semánticos están en un nivel superior al de los artilugios técnicos. Mientras que el lenguaje oral y los gestos, la escritura, los pesos y medidas, las matemáticas y el arte más o menos completan la lista de sistemas semánticos familiares para el hombre, el número de mecanismos técnicos es mucho mayor pero sólo unos pocos alcanzan el nivel de un sistema elaborado. Apenas ninguno de ellos ha sobrevivido en las condiciones de la vida civilizada, es decir, una vez que se ha desarrollado el arte de la escritura, las matemáticas y los sistemas de pesos y medidas. Una vez alcanzada esa etapa, los mecanismos técnicos aparecen simplemente como rudos sustitutos de la escritura y las cuentas, por muy grande que fuera su importancia en las condiciones de vida arcaica y primitiva. Son la clave de más de un logro de la política y la economía arcaica, que dejaron al mundo posterior con el interrogante de cómo pudo lograrse tal perfección organizativa sin utilizar la escritura y el cálculo numérico.

Volviendo al problema del origen y desarrollo de los usos del dinero, es crucial la conexión entre los objetos físicos y las operaciones realizadas con ellos. El rasgo fundamental de los objetos de dinero es que son cuantificables, lo que les permite funcionar como artefactos en cada uno de los usos del dinero que dependen de criterios definidos: la situación social o cultural determinada en que surge la necesidad, el manejo definido de los objetos y finalmente el efecto así ejercido sobre la situación. La «situación» es un hecho de la sociología

general, el «manejo» está prescrito técnicamente y el «efecto» es que la necesidad sea atendida.

Hablaremos de dinero cuando encontremos unidades físicas intercambiables (fungibles) en cualquiera de los usos descritos más adelante. La ley medieval definía las *res fungibles* de una manera verdaderamente técnica como *res quaeo numero, pondere ac mensura consistunt*. Conchas, monedas, plumas, medidas de cebada, billetes y muchas otras cosas intercambiables serán consideradas por nosotros como dinero, en tanto se empleen en cualquiera de los siguientes usos:

A. PAGO

El pago es la cancelación de una obligación mediante la entrega de objetos cuantificables (fungibles). «La entrega» es la operación técnica, «cancelar la obligación» es el efecto deseado. La situación de «estar bajo obligación» necesita para que hablemos de dinero que cumpla el requisito siguiente: que en otra situación que difiera en cuanto a la naturaleza de la obligación, ésta pueda satisfacerse por los mismos medios. Si no, la «cancelación» mediante la entrega de objetos cuantificables no constituye pago en dinero (como cuando hay que cancelar una obligación «en especies»).

B. PATRÓN DE VALOR

El uso del dinero como patrón es el empleo de una unidad física de un tipo definido como referente en situaciones donde se necesitan operaciones aritméticas para comparar objetos de diferentes tipos, como al «sumar manzanas y peras». El «manejo» de la unidad consiste en la operación de «añadir» un valor numérico a, al menos, una de las unidades con el efecto de que las «manzanas y las peras»

puedan ahora sumarse de manera significativa al relacionarlas el patrón. El efecto es que se facilita el trueque, puesto que se pueden evaluar los artículos de ambas partes y se pueden sumar; las finanzas básicas también exigen por lo general sumas y restas de diferentes productos básicos, como manzanas y peras, y por tanto exigen un «patrón».

C. DEPÓSITO DE RIQUEZA

El depósito de riqueza es la reunión de objetos cuantificables tanto 1) para su futura utilización, como 2) simplemente para tener un tesoro. La «situación sociológica» es aquella en que las personas 1) prefieren no consumir o destruir esos objetos en el presente, sino que aplazan esa acción para un momento futuro, o 2) prefieren las ventajas de la pura posesión, especialmente el poder, el prestigio y las influencias que se derivan de ella. La «operación» consiste en guardar, almacenar o conservar los objetos para su uso posterior o para que su posesión, y preferiblemente su exhibición ostentosa, pueda redundar en el prestigio del poseedor y de aquellos a los que pueda representar.

D. MEDIO DE CAMBIO

El uso del dinero como medio de cambio consiste en utilizar objetos cuantificables en situaciones de intercambio indirecto. La operación requiere dos intercambios consecutivos, con el dinero como término medio. Sin embargo, una vez aceptado el intercambio indirecto, la secuencia puede comenzar con dinero y finalizar con más dinero aún.

Excepcionalmente el término dinero se aplica también a algo que no son unidades físicas, sino «unidades ideales» como los signos escritos, las palabras pronunciadas o las

escrituras registradas empleadas en los usos del dinero. La «operación» entonces consiste normalmente en la manipulación de cuentas de débito formadas por tales unidades, con un efecto similar al uso de las unidades físicas. En la sociedad arcaica las «unidades ideales» a veces se dan en la liquidación de cuentas, como en Asiria y en las finanzas básicas de los últimos tiempos en Egipto.

Una excepción aparente de signo contrario se da cuando las unidades físicas que son dinero funcionan en usos no monetarios, como cuando se emplean monedas para enseñar aritmética a los niños. Esas unidades son dinero porque ya tienen algún uso como tal, pero también pueden servir a algún otro propósito puramente operacional, sea estadístico o sencillamente como pesos, marcadores o cuentas.

§3. Dinero de intercambio

La perspectiva tradicional considera que el dinero es básicamente un medio de cambio, lo cual presupone partir de una situación de trueque y contar con una operación que lo facilite: a saber; la adquisición de objetos monetarios con el fin de intercambiarlos por los bienes deseados. Éste es el «intercambio indirecto» del economista. En una economía de mercado como la nuestra, el dinero se identifica principalmente con este uso, y todos los demás usos se le subordinan. Esta presunción es una de las más poderosas en todo el campo del pensamiento económico moderno.

En compañía de Smith y Ricardo, algunos sociólogos como Spencer, Durkheim, Mauss y Simmel también cayeron en la falacia cataláctica de considerar que la división del trabajo implicaba intercambio. De aquí parte el terrible error de definir el dinero como medio de cambio, aplicado por algunos antropólogos a sociedades ágrafas, como manifestó una vez Raymond Firth: «En cualquier sistema económico, por muy

primitivo que sea, sólo se puede considerar que un artículo es verdadero dinero si actúa como medio definido y común de intercambio, si es el paso indispensable para obtener un tipo de bienes por otros».[3] El profesor Firth suavizó posteriormente su declaración, pero su estrecho concepto de dinero ha distorsionado la noción de éste y por tanto ha creado un obstáculo casi insalvable para el análisis de las economías sin mercado. Según esta visión representativa, el uso del dinero como medio de cambio es su criterio esencial, no sólo en las sociedades modernas, sino también en las primitivas, en las que también los cuatro usos del dinero serían inseparables. Sólo los objetos cuantificables que actúan como medio de cambio pueden, bajo esta visión, ser considerados dinero. Su función como medio de pago, como patrón de valor o como medio de acumular riquezas no define su condición de dinero, a menos que exista un uso como medio de cambio, ya que es este uso, se asegura, el que lógicamente unifica el sistema, puesto que permite la unión consistente de los varios usos del dinero. Sin eso no podemos hablar de verdadero dinero.

Nosotros creemos que tal definición está influida por un enfoque modernizante del problema, que es parcialmente responsable de la oscuridad en que aún se encuentran las características del dinero primitivo. En realidad, se puede afirmar que la visión que considera al dinero principalmente como medio de cambio no se apoya en la historia de los primeros usos del dinero. Pero no se trata simplemente de un problema de definición ni de que los obstáculos para su solución sean puramente conceptuales, sino que la institucionalización separada e independiente de los varios usos del dinero origina cuestiones de *hecho* relacionadas con el mecanismo y estructura de las sociedades primitivas, como quedará de relieve en nuestro examen de los otros usos del dinero en dichas sociedades.

[3] Raymond Firth, «Currency, Primitive». *Encyclopaedia Britannica*, 14.ª edición

§4. Uso del dinero como medio de pago

El pago, en el sentido moderno del término, es el descargo de una obligación mediante la entrega de unidades cuantificadas. Nada nos parece más definido que la conexión del pago con el dinero, y de la obligación con las transacciones económicas, aun cuando los orígenes del pago se remontan a una época anterior a la utilización de objetos cuantificados en el descargo de obligaciones conectadas con tales transacciones. Con el fin de abordar la variedad de formas en que aparecen el pago y las obligaciones en el curso de la historia económica, tendremos que seguir un desarrollo que se origina en tiempos prelegales y preeconómicos.

El pago existía en épocas en las que aún no se habían diferenciado la ley civil, la ley penal y la ley sagrada, lo cual explica la estrecha relación entre pago y castigo, por un lado, y obligación y delito, por otro. Sin embargo, no debe presuponerse ningún desarrollo unilineal, porque parece que la obligación puede haber tenido también un origen distinto al del delito; que el castigo puede haber tenido un origen que no fuese sagrado; y que el pago incluye un elemento técnico desligado del castigo como tal. Pero, históricamente hablando, es cierto que la ley civil siguió a la ley penal, y que la ley penal siguió a la ley sagrada. Así el pago se suponía propio de los culpables, los impuros, los débiles y las clases humildes; era algo que debían a los dioses y a sus sacerdotes, a los fuertes y honorables. El castigo, como ofensa, se aplicaba en términos sagrados y sociales. Su resultado era la disminución de la santidad, el prestigio y el estatus del pagador; sin reparar a veces incluso en su destrucción física.

La obligación puede configurarse mediante la declaración de los aspectos legales de la ofensa. Muchas obligaciones, sin embargo, surgen de la costumbre y dan lugar a la ofensa sólo en caso de incumplimiento en el descargo de la obligación.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la necesidad de restablecer el equilibrio no implica el pago, ya que las obligaciones suelen ser específicas, y su satisfacción no es tanto un asunto cuantitativo como meramente cualitativo que, por tanto, carece de la esencia del pago. La violación de las obligaciones sagradas y sociales, sean hacia el dios, la tribu, la familia, el tótem, la aldea, la casta o el gremio no se repara mediante el pago, sino haciendo lo correcto, de la manera correcta, en el momento correcto. Actividades como cortejar, casarse, bailar, cantar, vestirse, festejar, lamentarse, lacerarse e incluso suicidarse pueden constituir un modo de descargar las obligaciones, pero no son pagos en el sentido monetario del término.

Hemos de introducir uno de los elementos del dinero como pago, es decir, la cuantificación. El castigo se aproxima al pago cuando se cuantifica el proceso de liberación de la culpa, como el número de azotes, el número de vueltas alrededor del templo o los días de ayuno necesarios para redimirse. Pero, aunque el castigo se ha convertido en una «obligación que hay que pagar», aún queda por expiar la ofensa, lo cual no se realiza mediante objetos cuantificados, sino por una pérdida de valores vitales cualitativos, o de estatus social o sagrado.

El uso del dinero como pago total se da cuando las unidades descargadas por la persona que tiene una obligación son objetos físicos, tales como el sacrificio de animales o esclavos, las conchas ornamentales o las medidas de alimentos. Aun así, el cambio afecta solamente a la operación de pago, pero no produce necesariamente un efecto sobre la naturaleza de la obligación descargada. Las obligaciones pueden seguir siendo esencialmente no económicas, tales como el pago de una multa, de un tributo o un impuesto; hacer regalos y contrarregalos; honrar a los dioses, a los antepasados o a los muertos. Sin embargo, hay una diferencia significativa, ya que el receptor gana ahora lo que pierde el pagador; la operación

encaja precisamente en el concepto legal de la obligación pendiente de pago.

Aun así, el principal efecto del pago puede que siga siendo como era antes, es decir la disminución del poder y el estatus del pagador En la sociedad arcaica la imposición de una multa desorbitante no significaba tanto la bancarrota de una persona como su ruina política. Durante mucho tiempo el poder y el estatus predominaron de esta forma sobre las posesiones económicas como tales. La importancia social y política de la riqueza acumulada residía en la capacidad del hombre rico para efectuar sus pagos sin que eso significara una disminución de su status. Así estaban las cosas en los comienzos de la civilización arcaica. El tesoro cobró de repente una tremenda importancia política. La riqueza se transformó directamente en poder. Durante un breve período de la historia, fue una institución autosuficiente. Por el hecho de ser rico y honorable, el rico recibía pagos, regalos y tributos sin necesidad de utilizar su poder para torturar y matar. Y su misma riqueza, utilizada como fondo de regalos, le procuraba el suficiente poder para actuar así.

Sin embargo, una vez establecido el dinero como medio de cambio en la sociedad, se extiende la práctica de pagar mediante dinero. Con la introducción del sistema de mercado, nace un nuevo tipo de obligación como residuo legal de una transacción económica. El pago aparece ahora como la contrapartida del beneficio obtenido en una transacción. El dinero es ya un medio de pago *porque* es un medio de cambio. Se pierde la noción misma del origen independiente del pago, y se olvidan por completo los milenios de civilización humana en los que el pago no se originaba en transacciones económicas, sino directamente en obligaciones religiosas, sociales o políticas.

§5. Uso del dinero como depósito

Otro de los usos del dinero —la acumulación de riqueza— tiene parcialmente su origen en la necesidad de efectuar pagos. Como vimos, el pago no es originariamente un término económico, como tampoco lo es la riqueza, que en las sociedades primitivas consistía básicamente en tesoro. Al igual que el pago, es más una categoría social que una categoría de subsistencia cuya presencia en la riqueza (como en el pago) se deriva de la frecuencia con que se acumula la riqueza (y se hace el pago) en forma de ganado, esclavos y bienes no perecederos de consumo general. Sin embargo, la conexión con la subsistencia no se debe sobrevalorar puesto que los pagos se siguen haciendo generalmente por razones no económicas, tanto en el caso de los ricos que poseen riquezas atesoradas como en el de los súbditos que les llenan sus arcas con los pagos que les entregan. El que tiene riquezas puede por tanto pagar sus multas, sus tributos e impuestos, ya sean por motivos sociales, políticos o religiosos. Los pagos que recibe de sus subordinados, altos o bajos, mediante impuestos, rentas o regalos, no se deben a razones económicas, sino a cuestiones políticas, como la gratitud por su protección y la admiración de una cualidad superior o el temor a la esclavitud y la muerte.

Una vez más no queremos negar que, cuando se hace presente el dinero como medio de cambio, éste se preste inmediatamente a la acumulación de riqueza, sino que, como en el caso del pago, la condición previa es la existencia de objetos cuantificados como medios de cambio.

§6. El dinero como patrón de valor o unidad de cuenta

El dinero como patrón de valor parece más ligado al uso del dinero como medio de cambio que al pago o al depósito de riquezas. El intercambio es una de las dos fuentes de las que surge la necesidad de un patrón de valor; la otra es la administración. La primera implicaba el trueque, la última, la acumulación. A primera vista las dos tienen poco en común: la primera es un acto de intercambio individual, la segunda un acto de la administración central. Ambas, por tanto, presentan un fuerte contraste. Y sin embargo, ni el trueque ni la acumulación se pueden llevar a cabo efectivamente en ausencia de un patrón de valor o de una unidad de cuenta. Sin la ayuda de la unidad de cuenta, por ejemplo, ¿cómo podría intercambiarse un trozo de tierra por una carreta, los arreos de un caballo, los mulos, los arreos de los mulos, bueyes, yuntas, aceite, ropas, y otros artículos menores? En ausencia de un medio de cambio, la existencia de unidades de cuenta aparece en un caso bien conocido de trueque en la antigua Babilonia: la tierra fue valorada en 816 siclos de plata, mientras que los artículos dados a cambio fueron valorados en los siguientes siclos de plata: la carreta, 100; seis arreos de caballo, 300; un mulo, 130; los arreos del mulo, 50; un buey, 30; y el resto fue distribuido en artículos menores.

El mismo principio se aplicó, en ausencia de medio de cambio, a la administración de las riquezas del palacio y de los templos. Su guardián manejaba los bienes de subsistencia bajo condiciones que, desde más de una perspectiva, exigían imperativamente calcular con precisión la importancia relativa de estos bienes. La famosa regla contable babilónica de «una unidad de plata equivale a una de cebada», que aparece en la estela de Manistusu, así como la que encabeza el artículo dos de las leyes de Eshnunna, ilustran este punto.

El análisis de los datos ofrecidos por las sociedades primitivas y arcaicas revela que no se puede asegurar que el uso del dinero como medio de cambio haya dado origen a los otros usos del dinero. Por el contrario, el pago, el depósito de riqueza y la unidad de cuenta tuvieron orígenes diversos y fueron institucionalizados independientemente unos de otros.

§7. El tesoro y los productos básicos en los usos del dinero

Parece casi contradictorio pensar que se pudiera pagar con un dinero con el que no se pudiera comprar pero eso es precisamente lo que significa nuestra aseveración de que el dinero no era utilizado como un medio de intercambio, sino como un medio de pago. Dos instituciones de la sociedad antigua nos ofrecen una explicación parcial: el tesoro y los productos básicos.

El tesoro debería diferenciarse de otras formas de acumular riquezas relacionadas con el sustento. El tesoro, en el sentido más propio del término, está formado por los bienes de prestigio, incluyendo los objetos «valiosos» y ceremoniales, cuya simple posesión otorga a su dueño poder, influencia social y prestigio. Una peculiaridad de los bienes del tesoro es que, tanto darlos como recibirlos, aumenta el prestigio. El tesoro circula principalmente buscando su rotación, que es su uso más adecuado; incluso, cuando se «atesora» comida, es probable que ésta pase de una mano a otra entre las partes, por muy absurdo que pueda parecer desde el punto de vista de la subsistencia. Pero la comida rara vez funciona como tesoro, ya que la buena comida (como los cerdos recién matados) no se conserva, y la comida que se conserva (como cebada o aceite) no es tan exquisita. Los metales preciosos, que casi universalmente son valorados como tesoro, no pueden intercambiarse con bienes de subsistencia puesto que, aparte de regiones

excepcionalmente auríferas como Lidia o la Costa de Oro africana, es indigno que la gente común haga alarde del oro.

No obstante, el tesoro, como otras fuentes de poder, puede ser de gran importancia económica, puesto que los dioses, reyes y jefes pueden obligar a sus súbditos a poner sus servicios a disposición del donante, asegurándole así indirectamente las materias primas, la comida y los servicios de trabajo a gran escala. En última instancia, esta capacidad de disposición indirecta que comprende el importante poder de los impuestos surge de la gran influencia ejercida por el receptor del tesoro sobre su tribu o su pueblo.

§8. Tesoro y poder en la antigua Grecia

En la antigua Grecia el tesoro, el prestigioso bien *kat' exochén*, era una forma de riqueza que circulaba solamente entre unos pocos. Tomó la forma de dinero en útiles —trípodes y escudillas— hechos de oro y plata. Su disposición era o correspondencia por otro tesoro, o por bienes de prestigio, como el acceso a los dioses y sus oráculos, a reyes, jefes o a potentados locales. Cuando se daban a cambio otros bienes que no fueran de oro, tales como caballos, marfil, esclavos especializados, obras de arte o tejidos lujosos la contrapartida tenía que ser también un bien prestigioso. En algunas regiones del mundo no es posible adquirir un esclavo o un caballo por ninguna cantidad de mijo, ni se puede sobornar a un general con plata; todo eso requiere siempre oro. La circulación entre las élites de bienes prestigiosos se encuentra en muchas sociedades arcaicas, pero Grecia presenta un ejemplo notable.

El tesoro funcionaba en la antigüedad helénica como una forma móvil de poder. Los efectos de su posesión eran inmediatos: quienquiera que poseyera el tesoro era poderoso *ipso facto*, es decir, honrado y temido. Sin duda, el poder conferido por el prestigio era a menudo un anticipo de

ventajas económicas de largo alcance. Sin embargo, sería artificial marcar una clara distinción entre el poder político y el económico, distinción poco significativa en un mundo donde los servicios personales formaban la principal fuente de recursos económicos, y donde la disposición sobre esta fuente particular estaba organizada a través de relaciones de carácter no económico, tales como el parentesco, el clientelismo o la dependencia semifeudal. Antes de que se desarrollara el feudalismo, las ventajas políticas y económicas que acompañan a la posesión de la tierra no se habían disociado mediante la diferenciación institucional de las dos clases de servicios implicados. Antes de esa época, las ventajas económicas que confería la posesión del tesoro estaban insertas en el poder político. No obstante, algunas formas de riqueza, tales como la tierra o el ganado, eran inmediatamente más económicas que otras. Pero incluso en el caso de valores tan claramente económicos, los beneficios políticos y económicos estaban todavía demasiado entrelazados como para admitir una separación clara.

A pesar de esta fusión de motivos utilitarios y honoríficos, se pueden distinguir los efectos económicos de los movimientos del tesoro. En realidad, la clave para la realización de importantes tareas económicas, especialmente las relacionadas con la concentración del trabajo, debe buscarse en las sociedades arcaicas en el funcionamiento del tesoro.

Un ejemplo perfecto de los usos del tesoro en la abigarrada historia del siglo VI a.C. en Grecia fue el auge de la casa alcmeónida, y su expulsión por parte de los pisistrátidos, seguido de su triunfante retorno bajo Clístenes —dos generaciones en total—. Hasta el final, el curso de los acontecimientos estuvo marcado por notables logros económicos.

A. LOS ALCMEÓNIDAS

La fortuna de la estirpe de los alcmeónidas, que fue legendaria en el mundo heleno, se logró de la siguiente manera:

> Ahora bien, los alcmeónidas fueron desde antaño una familia notable en Atenas, pero en los tiempos de Alcmeón, y en los de Megacles, alcanzaron una preponderancia especial. El primero de ellos, Alcmeón, hijo de Megacles, cuando Creso el Lidio envió hombres desde Sardes para consultar al oráculo de Delfos, recibió complaciente a estos mensajeros y les ayudó a cumplir su tarea.[4]

Los alcmeónidas, que trocaban su influencia política con los dioses, no quedaron decepcionados:

> Creso, informado de la amabilidad de Alcmeón por los lidios que de vez en cuando llevaban al dios sus mensajes, le llamó a Sardes y, cuando llegó, le regaló tanto oro como puede sostener una persona sobre sí de una sola vez. Al descubrir que éste era el regalo que le había asignado, Alcmeón tomó sus medidas, y se preparó para recibirlo de la siguiente manera. Se vistió con una túnica ligera, que hizo ensanchar especialmente en la cintura, y calzándose los coturnos más anchos que pudo encontrar, siguió a sus guías hasta la casa del tesoro. Al llegar, cayó sobre un montón de polvo de oro, y aprovechó para meterse en los coturnos la mayor cantidad que pudo, después de lo cual se llenó la túnica de oro y se echó el polvo por el pelo y se lo metió a puñados en la boca. Salió de la casa del tesoro arrastrándose, sin apenas poder mover las piernas, con la boca llena y su figura, abultada por todas partes, no parecía humana. Al verle, Creso estalló en una carcajada, y no sólo le dejó irse con todo lo que ya había cogido, sino que además le dio regalos de valor equivalente.[5]

[4] Heródoto, *Las Guerras Persas*, VI, 125.
[5] *Ibid.*, VI, 125.

De esta manera, concluye Heródoto, esta casa se convirtió en una de las más ricas; y Alcmeón pudo pagar a la deidad délfica cumpliendo sobradamente su contrato de construcción, más aún, sobornando a la pitonisa, adquiriendo influencia divina con los espartanos, criando caballos para las carreras y ganando el premio en Olimpia, que tradicionalmente era la puerta hacia el más alto rango, especialmente si se tenía un ejército extranjero de primera clase que le respaldara, como eran los espartanos.

Ésta es brevemente la historia de su triunfante regreso. Los alcmeónidas habían abandonado Atenas cuando Pisístrato retomó el poder. Hicieron muchos intentos en vano por recapturar su país natal. Cuando la fortificación que tenían en Lipsidrio, en el Ática, fue finalmente reducida por Pisístrato,

> decidieron no desperdiciar ninguna estratagema que les llevara al éxito y así, pactaron con los anfictiones construir el templo que se erige ahora en Delfos, pero que no existía en aquellos tiempos. Tras haber hecho esto, y siendo hombres de gran riqueza y miembros de una antigua y distinguida familia, procedieron a construir el templo con mucha más magnificencia de lo que el plan les exigía. Aparte de otras mejoras, en lugar de la piedra burda con la que según el contrato iba a ser construido el templo, hicieron las fachadas con mármol de Paria.[6]

Como diríamos nosotros, invirtieron su dinero en el negocio de la construcción, pero en vez de intentar obtener la máxima ganancia monetaria, prefirieron mejorar sus relaciones públicas. Un acto tal de generosidad les ganaría la admiración del mundo helénico y por tanto aumentaría su influencia política. Heródoto considera ese movimiento un paso crucial en su lucha épica por recuperar el poder de Atenas, y aquí el tesoro tuvo una incidencia aún mayor en el cambio del poder

[6] *Ibid.*, VI, 125.

> Estos mismos hombres, si hemos de creer a los atenienses, durante su estancia en Delfos convencieron a la sacerdotisa mediante el soborno para que dijera a los espartanos, siempre que alguno de ellos viniera a consultar al oráculo, sobre sus asuntos privados o sobre asuntos de estado, que debían liberar Atenas. Así que los lacedemonios, cuando no encontraron otra respuesta a sus consultas más que ésta, enviaron finalmente a Anquimolio, el hijo de Áster —un hombre notable entre sus ciudadanos—, a la cabeza de un ejército que marchaba hacia Atenas, con la orden de sacar de allí a los pisistrátidas.[7]

Aristóteles, en cierto modo reacio a repetir las fiorituras anecdóticas, confirma lo esencial de esta historia de la restauración de los alcmeónidas por el ejército espartano.

> Tras fallar con otros métodos, ellos (los alcmeónidas) aceptaron el contrato de reconstruir el templo de Delfos, utilizando para ese fin las ingentes riquezas que poseían, con vistas a asegurarse la ayuda de los lacedemonios. La pitonisa no dejaba de decir a los que continuamente venían a consultar al oráculo que debían liberar Atenas; hasta que por fin consiguió que los espartanos tomaran esa dirección...[8]

Pero esto sería ignorar el papel jugado por Creso en el circuito del oro, el honor y la seguridad. El dios de Delfos pagó a los alcmeónidas por el contrato de construcción la enorme suma de 300 talentos, gran parte de la cual procedía del tesoro de Creso. Alcmeón, sin duda, había actuado como un honrado intermediario entre Apolo y el rey de Lidia. Sin embargo, Creso malinterpretó los desafortunados augurios de la pitonisa si cruzaba el río Halis. Heródoto vio con sus propios ojos los magníficos regalos de oro que Creso le había enviado; aún seguían expuestos en los recintos del templo cuando él lo visitó. Pero, quienquiera fuera el responsable del error, la

[7] *Ibid.*, v, 63.
[8] Aristóteles, *La Constitución de Atenas*, 19.

destrucción de Creso a manos de Ciro el Persa no puso fin a las transacciones. El dios cumplió con sus obligaciones. Ya estaba encendida la pira en la que Ciro había condenado a morir abrasado vivo a su prisionero Creso, cuando Apolo envió una lluvia del cielo que apagó las llamas —recordando el «genio y la generosidad» de Creso—, como reza la leyenda que inspiró la oda de Píndaro a la pitonisa.

Así era como rotaba el tesoro entre unos pocos.

B. LOS PISISTRÁTIDAS

El origen y uso del tesoro en el caso de los pisistrátidas muestra rasgos similares. Los pisistrátidas, siendo de origen eupátrida, gozaban de relaciones de reciprocidad con la élite, aunque no podían, como hicieron sus rivales alcmeónidas, gozar del favor de Apolo. Se celebró una conferencia familiar poco después de la segunda expulsión de Pisístrato, en la cual se decidió intentar recuperar la soberanía.

> El primer paso era obtener adelantos de dinero de estados que estuvieran obligados. Por estos medios recogieron grandes sumas de varios países, especialmente de los tebanos, que les dieron mucho más que el resto.[9]

Las obligaciones estatales debidas a los pisistrátidas implicaban relaciones de reciprocidad quizás por donaciones anteriores hechas por Pisístrato a los diversos estados. En una escena mucho más antigua de *la Odisea*, Atenea, disfrazada de Mentor mortal, se excusa de la hospitalidad de Néstor proclamando: «Iré a los generosos cauconios, que tienen una deuda pendiente conmigo, de ningún modo pequeña ni nueva».[10]

[9] Heródoto, *Las Guerras Persas*, I, 61.
[10] Homero, *La Odisea*, III, 366-368.

Sólo las viejas deudas, y especialmente las grandes, se consideraban «buenas». Ni las deudas pequeñas ni las recientes se consideraban débito. Por consiguiente, los lazos de *xenia* entre los pisistrátidas y los espartanos, validados por el intercambio de regalos, hicieron que estos últimos dudaran durante tanto tiempo en obedecer la orden del oráculo de Delfos de hacer la guerra a los pisistrátidas.

La riqueza de Pisístrato se basaba en gran parte en el tesoro. Las propiedades familiares estaban en Brauron, Ática, cerca del distrito de Laurion. El hecho de si explotaban las minas de plata está sujeto a disputa —incluso se discute si las minas funcionaban en aquel período o no—. Pero no hay duda de que adquirió propiedades en el rico distrito minero de la región del Pangeo, en Tracia, en algún momento de su largo exilio.

Se puede conjeturar cómo adquirió Pisístrato estas propiedades comparándolo con un suceso similar ocurrido en la misma región. Darío deseaba recompensar a Histieo, gobernante de Mileto, por haber salvado al ejército persa al evitar la destrucción del puente del Danubio en la retaguardia. Histieo pidió —y recibió— la ciudad de Mircino, junto al río Estrimón, en la costa de Tracia. Ésta era la región de las minas del Pangeo. El general persa de la Tracia, Magabazo, al escuchar que Histieo estaba amurallando la ciudad, le reprochó a Darío:

> ¡Qué locura has cometido, señor, permitiendo a un griego, un hombre sabio y astuto, hacerse cargo de una ciudad en la Tracia, un lugar donde también hay abundante madera para construir barcos y remos, y minas de plata; donde hay muchos habitantes griegos y bárbaros, dispuestos a aceptarle inmediatamente como su jefe y a acatar sus órdenes día y noche![11]

El análisis de Tucídides sobre el papel crucial de la riqueza en la Grecia arcaica señala lo mismo. «Originalmente Pélope

[11] Heródoto, *Las Guerras Persas*, V, 23.

ganó su poder por la gran riqueza que llevó consigo desde Asia a un país pobre».[12] Un hombre de gran riqueza e ingenuidad podía ganar al instante muchos seguidores entre una población más o menos pobre, comprando a sus jefes y dioses, y obligándoles a acatar su voluntad. De la permanencia de Pisístrato en Tracia señala brevemente Aristóteles: «Aquí adquirió su riqueza y contrató a los mercenarios».

La acumulación de riqueza como institución de la economía de subsistencia, por otro lado, se origina en la recolección y almacenamiento de productos básicos. Mientras que el tesoro y las finanzas del tesoro no pertenecen, generalmente, a la economía de subsistencia, el almacenamiento de productos básicos representa una acumulación de bienes de subsistencia, incluyendo su uso como medio de pago, ya que, el almacenamiento de los productos básicos a gran escala por parte del templo, el palacio o la casa señorial debe ir acompañado por tal uso. De esta forma las finanzas del tesoro son reemplazadas por las finanzas de los productos básicos, es decir, la forma rudimentaria del dinero y del crédito.

La mayoría de las sociedades arcaicas poseen una organización de finanzas de productos básicos de un tipo o de otro. Los mecanismos de contabilidad que caracterizaron las economías redistributivas de los antiguos imperios durante larguísimos períodos de tiempo se desarrollaron sobre la estructura de la transacción planificada y de la inversión de productos básicos almacenados a una escala gigantesca. Sólo después de la acuñación de la moneda en Grecia, unos cinco o seis siglos antes de nuestra era, las finanzas monetarias empezaron a sustituir a las de productos básicos en estos imperios, de manera especial en la república romana. El Egipto de los Ptolomeos, por ejemplo, continuó la tradición de las finanzas básicas, llevándolas a un nivel de eficiencia jamás alcanzado.

[12] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, I, 9.

La redistribución como forma de integración de las primeras sociedades, implica el almacenamiento de mercancías en un centro a partir del cual se redistribuyen. Los bienes pasados al centro como pago son devueltos por éste también como pago y dejan de estar en circulación, pues proporcionan la subsistencia al ejército, a la burocracia y a la fuerza de trabajo ya sea mediante salarios, pagas o de otras formas. El personal de los templos consume una gran parte de los pagos hechos en especie. Se necesitan las materias primas para equipar al ejército, para las obras públicas y para las exportaciones que realiza el gobierno; cebada, aceite, vino, madera, dátiles, ajos, y productos similares se distribuyen para su consumo, con lo que se destruyen los medios de pago. Quizás algunos de ellos fuesen intercambiados en privado por sus receptores, iniciándose así una «circulación subsidiaria» que pudo llegar a convertirse en el móvil principal de los mercados locales.

La importancia del tesoro y los productos básicos con respecto a los usos del dinero es la siguiente: explican el funcionamiento de los varios usos del dinero en ausencia de un sistema de mercado. Los bienes del tesoro pueden utilizarse como pago, sirviendo para engrosar las arcas del tesoro, aunque no entren necesariamente en la cadena del intercambio económico. Sin embargo, los pagos en una economía sin mercado conciernen a los bienes de subsistencia. Los objetos cuantificables, cuando se utilizan para descargar obligaciones, pasan a integrarse en los pagos controlados por el centro encargado de su redistribución. De esta forma el tesoro y los productos básicos ofrecen la respuesta al problema planteado por las condiciones de las primeras sociedades, donde los medios de pago son independientes del dinero como medio de cambio.

La ausencia del dinero como medio de cambio en los imperios hidráulicos estimulaba también el uso de la unidad de cuenta y ayudó a desarrollar un tipo de empresa bancaria —en

realidad, grandes directivas que controlaban las finanzas de los productos básicos— con el fin de facilitar la transferencia y la liquidación. Se podría añadir que en la administración de los grandes templos se emplearon métodos similares. De esta forma se desarrollaron la liquidación, las transferencias y los cheques no transferibles, no como recursos de una economía de intercambio, sino al contrario, como mecanismos administrativos diseñados para hacer más efectiva la redistribución, y por tanto para hacer innecesario el desarrollo de métodos de mercado.

§9. Dinero y estatus

Los efectos mutuamente reforzantes de las situaciones de estatus y de las pautas de integración fueron una fuente de vigor para las primeras estructuras sociales. Las instituciones que apoyaban las pautas subrayaron el status. El dinero, el precio y el comercio, por ejemplo, contribuyeron a la estratificación de clases. El dinero arcaico creó y ayudó a mantener la esfera del prestigio, separando la riqueza y la pobreza mediante el dinero que circulaba entre las élites y el de los pobres. No solamente se reforzó la estratificación, sino que incluso los índices de intercambio ganaron estabilidad a partir de la tenacidad estructural general.

Es preciso distinguir dos grupos de instituciones del dinero. En primer lugar están, como hemos visto, los usos del dinero «que convierten los fungibles en dinero», y los dineros que difieren precisamente en relación a estos usos, es decir, el dinero para todo uso que se emplea, como el dinero moderno, para los tres usos, y los dineros para usos especiales, que se emplean solamente para uno u otro de estos usos. El segundo grupo lo forman las instituciones del dinero diseñadas para regular el estatus.

En la antigua Babilonia el dinero era corriente, pero tenía un uso especial: el grano era el fungible más utilizado como medio de pago, para los salarios, las rentas y los impuestos; la plata era empleada universalmente como patrón de valor tanto en el trueque como en las finanzas de productos básicos muchos de los cuales, como equivalentes fijos, se usaban para el intercambio sin dar preferencia a la plata.

La diferenciación de las instituciones de dinero en relación con el estatus se da ya en el primer estadio de la sociedad. Paul Bohannan describió la clasificación de dineros que existía entre los tiv del valle Benue,[13] donde los diferentes tipos de fungibles empleados como dinero tenían un efecto sobre el estatus porque se valoraban según el rango. La comida y los productos artesanales tenían la categoría más baja: el ganado, los esclavos y las barras de latón seguían en rango; las mujeres destinadas a ser esposas, que dotaban al hombre del derecho a la descendencia, ocupaban la categoría más alta. Existían dos categorías morales de transacciones: las transacciones en las que las mercancías se intercambiaban por productos de la misma categoría («traspaso») y las mercancías intercambiadas por otras de categoría superior («conversión»). El primer tipo de uso del dinero era moralmente neutro; el segundo demostraba la fortaleza de carácter de un hombre y reforzaba su estatus. Los intercambios en la dirección opuesta, que, por supuesto, son inevitables, se racionalizaban como el cumplimiento de las obligaciones con respecto a los propios parientes, a los que se debe mantener. Esto es moralmente correcto, pero no refuerza el prestigio personal. En vista de los círculos descritos por los intercambios, la sociedad tiv puede ser considerada multicéntrica.

[13] Paul Bohannan, «Some Principles of Exchange and Investment Among the Tiv», *American Anthropologist*, 57, 1955, pp. 50-70. Ver también Paul y Laura Bohannan, *Tiv Economy*, Evanston, Northwestern University Press, 1968.

En un nivel más avanzado del desarrollo social, también puede ser útil la idea del dinero de rango. Hace más de seis siglos, Ibn Batuta registró que había unos cables de cobre, unos delgados y otros gruesos, que funcionaban como moneda en la ciudad nigeriana de Gogo, en el imperio negro de Mali (1352). Los cables delgados eran el dinero de los pobres, intercambiables por leña y mijo. Los cables gruesos lo compraban todo, incluyendo caballos, esclavos y oro, en realidad los bienes de élite que se transforman en estatus. En la Grecia de Homero existía un intercambio convencional de regalos que no guardaba relación alguna con el dinero. En su forma de crear status, la circulación de élite era un rasgo del comercio antiguo: caballos veloces, metales preciosos, joyas, objetos del tesoro, esclavos especializados, o heredades, podían adquirirse solamente por bienes de similar categoría. Los diamantes sólo se podían cambiar por oro en la India del siglo XVI, nunca por plata. En África occidental los caballos sólo se podían cambiar por esclavos. Más parecida al dinero de rango era la práctica mesopotámica de los préstamos de cebada que hacían los templos a campesinos, mientras que los ciudadanos libres recibían plata. Dicho sea de paso, esto puede resolver el misterio del doble tipo de interés, que pagado en plata era como máximo de un 20%, mientras que pagado en cebada alcanzaba hasta el 33⅓%. La respuesta a este enigma económico podría ser que los deudores tenían diferentes estatus y que la plata no se podía comprar con cebada. En la ciudad-estado de Alalakh, el campesino y el artesano parecen haber recibido pequeños préstamos, mientras que los miembros de «familia» aspiraban a préstamos de una cantidad y categoría superiores. El estatus real en Dahomey confería el uso de figuras redondas más una, un privilegio que también parece existió entre los grandes de Babilonia. Asimismo, el rey yoruba de Oyó cargó al rey vencido de Dahomey con un tributo anual de 41 cajas con 41 mosqueres cada una. Al ascender al trono el rey de

Dahomey «compraba» simbólicamente la tierra de su pueblo por la tradicional suma de 201 cauris. Los préstamos hechos por el templo a los campesinos de Alalakh alcanzaban un máximo de 10 o 20 siclos, mientras que a los nobles les podía prestar hasta 41, 51, o 61 siclos. Esta costumbre del «más uno» tuvo una duración de varios milenios y se extendió desde Alalakh hasta Dahomey. Puede haber sido una de las muchas curiosidades culturales de la estructura de las primeras sociedades, que explica la maravillosa estabilidad de los índices de intercambio monetario. Una onza de oro costó en Dahomey 32.000 cuerdas de conchas de cauri durante el tiempo del que tenemos registro, es decir el tiempo de vida de la dinastía, más o menos tres siglos. Hoy en día, la introducción del dinero dentro de la economía está asociada con la tendencia a la fluidez y la inestabilidad; en la sociedad arcaica, por el contrario, era una fuente de estabilidad que no necesitaba apoyarse en controles burocráticos.

Aún siguen surgiendo instituciones de dinero insospechadas en cualquier debate sobre el precio y el comercio, revelando aspectos cada vez más novedosos de la formación de índices de dinero, los beneficios incorporados, las unidades «ideales» para unir los patrones básicos con una variedad de monedas limitada, que cubrieran el vacío que había entre las unidades regionales, sin cambios fundamentales e inamovibles, y las monedas de comercio local. La mayor parte de estos fenómenos permanecen forzosamente invisibles bajo la fórmula «dinero, un medio de cambio».

§10. Resumen

Los significados independientes de pago, patrón de valor, depósito de riqueza e intercambio nacen así de sus distintos orígenes institucionales y de los diferentes propósitos a los que sirven. De todos ellos tenemos ya un sólido conocimiento.

El pago se da en relación con algunas instituciones de las primeras sociedades, especialmente la riqueza de la novia, el dinero de sangre y las multas. De esta forma una persona puede contraer una obligación que debe pagar a menudo, aunque no siempre, con objetos cuantificables de carácter utilitario (normalmente empleados también para establecer otro tipo de obligación). En los códigos de leyes arcaicos, la transacción, los daños y las multas se establecen y se pagan con los mismos objetos físicos, como bueyes, ovejas o plata. Estas tres fuentes principales de obligación sobreviven en la sociedad arcaica y se difunden mediante la introducción de impuestos, rentas y tributos que ofrecen muchas más ocasiones para descargar una obligación mediante el pago y que, por tanto, favorecen los usos del dinero —a nivel social y político— para acumular riquezas.

El dinero como patrón de valor es vital para las finanzas de productos básicos que acompañan a las economías de almacenamiento a gran escala. No es posible la tasación ni la recogida de impuestos, ni el presupuesto ni el balance de las haciendas señoriales, ni la contabilidad racional de una gran variedad de mercancías sin un patrón de valor. Puesto que no es el número de cosas sino sus valores los que están sujetos a la aritmética, esta operación requiere el establecimiento de índices que relacionen entre sí los diferentes productos básicos. Los números, que representan los índices, existen en la mayoría de las sociedades arcaicas. Sea en virtud de la costumbre, el decreto o la promulgación, los equivalentes convenidos designan el índice mediante el cual pueden sustituirse mutuamente los artículos de primera necesidad. Sólo cuando los precios se desarrollan en los mercados (es decir, relativamente tarde) se puede dar por hecho la institución del dinero como patrón de valor como ocurre hoy en día.

El intercambio se desarrolla generalmente dentro de una estructura organizada de comercio y mercados, fuera de la

cual sólo aparece ocasionalmente el intercambio indirecto. De esto se deriva que el uso del dinero como medio de cambio es de mínima importancia en las condiciones primitivas de vida. Incluso en las sociedades arcaicas altamente estratificadas, tales como Sumeria, Babilonia, Asiria, los hititas o Egipto, prevalecieron las economías de almacenamiento; y, a pesar del uso a gran escala del dinero como patrón, su uso para el intercambio indirecto fue insignificante. Dicho sea de paso, esto puede explicar la ausencia absoluta de monedas en las grandes civilizaciones de Babilonia o Egipto, en un momento en que el pobre y semibárbaro mundo griego se permitía el lujo de tener una surtida variedad de artísticas monedas.

Un estudio comparativo de las primeras instituciones de dinero debe partir del hecho de que, en tanto el dinero actual sirve para «todo uso», es decir, el medio de cambio se utiliza para todos los usos, el dinero primitivo y arcaico tiende a tener un «uso limitado», es decir, se emplean diferentes objetos para los distintos usos del dinero. De aquí el papel tan dispar de las instituciones monetarias en la modernas sociedades occidentales, por un lado, y en las primeras sociedades no occidentales por otro. El dinero para todo uso facilita formas más homogéneas de organización social; en contraste, el dinero para usos limitados, a pesar de tener un grado mucho menor de monetarización, tiende a enriquecer la articulación de la sociedad, particularmente la diferenciación de su estructura de clases y de parentesco. Por lo tanto, el dinero primitivo puede ofrecer formas institucionales más especializadas que el dinero actual de nuestra sociedad. Un estudio empírico puede demostrar la veracidad de este hecho.

Ni la reciprocidad ni la redistribución pueden funcionar sin algún tipo de «índices» entre diferentes bienes. A este nivel, los «índices» son una necesidad operativa. Incluso la carne obtenida en una simple cacería no puede distribuirse sin algún tipo de medidas referentes a las diferentes partes del cuerpo del

animal que se va a descuartizar, independientemente que el reparto sea estrictamente igualitario (1 a 1) o no (por ejemplo, 3 a 1). Al mismo tiempo, los índices entre bienes de élite mantienen automáticamente más alto el estatus si la circulación se limita a intercambiar tales bienes (circulación de élite); el estatus de clase inferior se mantiene también restringiendo el nivel de vida y limitando el alimento a la burda comida y los pocos artículos básicos que puede adquirir el dinero nativo (el dinero del pobre). El mismo mecanismo puede servir para distribuir raciones de alimentos a los pobres en tiempos de escasez. Aquí las equivalencias son una necesidad absoluta, puesto que sin ellas sería imposible el uso del dinero como patrón. La variada y minuciosa articulación de las instituciones de dinero ayuda así a conseguir la integración y a estabilizar el privilegio del estatus sin el uso de la fuerza; a garantizar provisiones en tiempos de escasez; y a extender el alcance de los mecanismos técnicos que sustituyen la escritura. Es esto una vez más lo que hace posible las finanzas de los productos básicos junto con los impuestos a gran escala. En las sociedades civilizadas, donde el dinero se convierte en un medio de cambio, la mayoría de estos artefactos se vuelven obsoletos y caen en el olvido junto con los múltiples dineros y las prácticas monetarias de las comunidades arcaicas y primitivas.

10. ELEMENTOS Y ORÍGENES DEL MERCADO

§1. Introducción

El origen de las instituciones de mercado es un tema complicado y oscuro, aun cuando los mercados no son tan antiguos como la humanidad y tuvieron un origen específico en la historia humana. Cabe destacar que los mercados difieren del pequeño comercio y de los ínfimos usos del dinero que aparecen en las comunidades humanas más antiguas y primitivas. Algunas de las formas de adquisición de bienes distantes, es decir, del comercio, son inseparables de los regalos del galanteo y de la dote de la novia, acompañantes de una exogamia universal. El dinero heredado y las multas también suponen el empleo de objetos cuantificables, es decir, unidades monetarias usadas como pago o como equivalencias. Podemos decir por tanto que comercio y dinero estuvieron siempre con nosotros. No así el mercado, que es un avance muy posterior. No obstante, como veremos, es difícil trazar sus orígenes.

Esta observación se aplica al mercado en sus dos distintas acepciones. La primera es la de *lugar*, generalmente al aire libre, donde se compran en pequeñas cantidades y a precios establecidos los artículos de primera necesidad, especialmente la comida; la segunda es la de mercado como *mecanismo* de *oferta-demanda-precio*, mediante cuya instrumentación se lleva a

cabo el comercio, aunque ese mecanismo no esté necesariamente ligado a una localización concreta o limitado a la venta de comida.[1]

Para el experto en organización económica, ambos fenómenos son independientes. En un caso el componente empírico es un punto físico donde una multitud se reunía con intención de intercambiar cosas; en el otro, es una variante del comercio que funciona mediante un *mecanismo* específico. Este último es también un hecho empírico, pero demasiado intangible, demasiado parecido a un acontecimiento estadístico como para conducir por sí mismo a la investigación histórica. Un mercado está al alcance de los arqueólogos, pero un mecanismo de mercado está más allá del alcance de la mejor piqueta. Resulta comparativamente fácil localizar un espacio abierto donde, en algún momento del pasado, la multitud acudía para intercambiar mercancías, mientras que es mucho más difícil asegurar si, como resultado de su conducta, las razones de cambio empezaron a fluctuar y, si fue así, si la oferta de mercancías empezó a cambiar en respuesta a los movimientos absolutos o relativos de esas razones al alza o a la baja.

Evidentemente, el mercado como *lugar* fue anterior a cualquier mecanismo competitivo del tipo oferta-demanda. Fue unos dos mil años después de la primera aparición del mercado como mecanismo que facilitaba la distribución de grano en el Mediterráneo oriental cuando se desarrolló en Europa occidental el sistema autorregulador de mercado formador de precios desde donde se extendió por gran parte del globo. Debemos hacer hincapié en que tal sistema —el término que utilizamos aquí para el capitalismo liberal— es mucho más que una mera variante del comercio. El principio de intercambio que interviene en el comercio se aplica bajo el

[1] Cf. Walter Neale, «The Market in Theory and History», en *Trade and Market in the Early Empires*, ed. K. Polanyi, C. M. Arensberg y H. W. Pearson, Glencoe, Ill, Free Press and Falcon's Wing Press, 1957.

capitalismo a un uso completamente diferente a la adquisición de bienes distantes. Un sistema completo de mercado abarca a la sociedad; la tierra y el trabajo se distribuyen de acuerdo al mecanismo oferta-demanda-precio; el riesgo se organiza como una función de mercado; la oferta de dinero y crédito, así como los complejos servicios reunidos bajo la banca, se ofrecen también en mercados. Y finalmente, el mercado se convirtió, al menos durante un tiempo, en la institución fundamental de la sociedad occidental.

Naturalmente, en nuestra época el interés se vuelve hacia el sistema de mercados autorregulados que dominó el siglo XIX. Sin embargo, nuestra investigación se detiene mucho antes de la aparición de la economía de mercado. En el mejor de los casos, tenemos un punto de ventaja al abrir una nueva visión de ese sistema. Históricamente, esa economía está tan lejos del comercio de mercado como éste lo está de sus primitivos orígenes.

Aquí conviene hacer una advertencia en cuanto al método empleado. En nuestra era es prácticamente irresistible la tentación de considerar la economía de mercado como la meta natural del desarrollo occidental durante tres mil años. En cuanto a instituciones tales como los mercados locales de alimentos o el comercio de mercado, el pensamiento occidental sólo es capaz de concebirlos como los humildes orígenes que dieron lugar a la economía mundial de la edad moderna. Nada podría ser más erróneo. El comercio de mercado mismo, y finalmente la moderna economía de mercado, fueron los resultados,no de un proceso de crecimiento partiendo de un modesto origen, sino más bien de la convergencia de desarrollos independientes y separados que no pueden comprenderse sin analizar los elementos institucionales que contribuyeron a su creación. Para salvar ese escollo teleológico, como en los casos de comercio y dinero discutidos anteriormente, lo más apropiado parece ser el enfoque institucional y técnico.

En el sentido institucional, el término *mercado* no presupone necesariamente un mecanismo oferta-demanda-precio. Es una conjunción de rasgos institucionales concretos, a los que llamaremos elementos de mercado. Éstos son: un lugar físicamente existente o bienes disponible un grupo oferente, otro demandante, costumbres, leyes y equivalencias. Así un mercado, en términos institucionales, postula simplemente una situación de intercambio; aquí el intercambio se toma no en el sentido cataláctico del término, sino en el puramente técnico, lo cual no implica más que un movimiento recíproco de mercancías entre «manos», con índices determinados por la costumbre, la administración, la ley o por la misma institución de mercado. Si se combinan los elementos de mercado para formar un mecanismo oferta-demanda-precio, hablaremos de mercados de precios. Por el contrario, si la oferta y la demanda se combinan para intercambiar mercancías según unos índices ya establecidos, surgirá un mercado no formador de precios. Por tanto, no deberíamos hablar de mercados, sino simplemente de las diversas combinaciones de los elementos de mercado, que equivalen a una situación de intercambio. En el caso de las subastas, por ejemplo, tenemos un grupo de demanda sin uno de oferta; una situación diferente, con muchos elementos de mercado, aparece con los mercaderes que acompañaban al ejército en el campo de batalla, y similar es el funcionamiento del bazar y de los puertos comerciales, con el «aprovisionamiento en las fronteras» que practicaban algunas economías orientales redistributivas. Todos estos ejemplos tienen elementos de mercado, pero ninguno es mercado propiamente dicho.

La institución de mercado tiene su origen en dos tipos diferentes de desarrollo: el externo a la comunidad, y el interno. El externo está íntimamente ligado a la adquisición de bienes en el exterior; el interno, a la distribución local de alimentos. Este último tomó dos formas diferentes: la primera,

general en los imperios hidráulicos, se basaba en el almacenamiento y distribución de productos básicos; la segunda, característica de comunidades campesinas, se basaba en la venta local de víveres frescos y comida preparada. Estas fuentes de origen aportaron los diferentes elementos constitutivos de la institución del mercado.

§2. Mercados locales

Un ejemplo de mercado local nos lo brinda la venta de alimentos, productos frescos o cocinados, en las sociedades de la antigua Grecia y Roma. Llamaremos a este lugar comercial el *ágora*, y lo contrastaremos con las instituciones emparentadas del *puerto* y el *bazar* en los imperios hidráulicos.

El tipo de mercado *ágora* fue originalmente un lugar donde se alimentaba la población. Se vendía leche fresca, huevos, verduras, pescado y carne; frecuentemente, la comida estaba ya preparada. En principio, esto excluía los bienes procedentes de puntos distantes, que habrían obligado al vendedor a transportarlos hasta el mercado. En general, los productos que se vendían provenían de la comarca, y muchas veces, en las sociedades campesinas, eran la mujeres las que los llevaban al mercado en la cabeza. El cliente que buscaba su comida en el mercado era el trabajador pobre o el transeúnte que no tenía casa propia. Ni el comerciante venido de lejos ni el residente adinerado acudían al mercado local; éste servía solamente a las necesidades de la gente corriente.

La batalla a favor y en contra de la distribución a través del mercado se libró en Atenas en el terreno político. La máquina democrática estaba limitada por los propietarios de las grandes haciendas que practicaban la costumbre de invitar a sus vecinos y a los hambrientos a comidas gratuitas. Cimón, el líder aristocrático, fue famoso por este tipo de hospitalidad política. Pericles, su oponente democrático, para establecer el

equilibrio, fomentó el hábito de acudir al mercado e hizo que a todos los ciudadanos se les diera una pequeña paga diaria por sus servicios públicos con la que pudiesen ir todos los días a comprar su comida en el mercado. No tenemos conocimiento de otras *poleis* que tuvieran similar funcionamiento en cuanto al mercado de alimentos. Como veremos, el caso de Atenas está plenamente documentado.

A. MERCADOS PARA MERCENARIOS

Fuera del Ática, especialmente en las regiones de Asia Menor donde se hablaba griego, los principales promotores de los mercados fueron los ejércitos griegos, y en especial las tropas mercenarias, que, cada vez con más frecuencia, eran contratadas para empresas comerciales. A finales del siglo V, inmediatamente después de la guerra del Peloponeso, la auto-equipada infantería hoplita, tradicionalmente enrolada en cortas campañas y alimentada con sacos de cebada llevados de casa, empezó a convertirse en una fuerza expedicionaria, cuyos mandos eran espartanos y atenienses mientras que el grueso de la tropa estaba compuesto por mercenarios. El empleo de tal fuerza, especialmente si iban a cruzar territorio aliado, creó nuevos problemas logísticos.

Esta cuestión —la relación entre ejército y mercados— ha sido sorprendentemente olvidada por los historiadores de la antigüedad. El análisis de Tucídides y Jenofonte nos sugiere que una de las fuerzas desencadenantes del desarrollo de los mercados y de los elementos de mercado provino de los ejércitos. Aparte de la hipotética cuestión del desarrollo, este estudio nos ha revelado datos muy significativos con respecto al funcionamiento y al carácter general de los mercados antiguos.

El impacto económico del ejército griego puede analizarse desde dos perspectivas diferentes: la distribución del botín y el avituallamiento del ejército. La primera contribuyó

enormemente al desarrollo del grupo de demanda; la otra, al del grupo de oferta.

Ya hemos comentado la importancia cuantitativa del botín de guerra. Basta con señalar aquí que el botín fue quizás el principal medio de enriquecimiento durante la época clásica. A principios de este período, Cimón pasó de la pobreza a la tremenda riqueza, que acumuló en sus hazañas bélicas; casi un siglo después, el servicio mercenario se convirtió en un tópico como medio de adquirir riquezas.

El botín en los períodos homérico y arcaico consistía en tesoro, ganado y esclavos; se usaba directamente o circulaba entre la élite.

Apenas se intercambiaban los artículos tomados como botín en el período clásico, excepto los esclavos; sin embargo, hubo un cambio sustancial en el método de distribución. Los problemas administrativos presentados por la preservación, transporte y distribución de los esclavos, el ganado y el tesoro debieron de ser enormes; los riesgos de pérdida por huida o enfermedad, también; pero aún más apremiantes debían de ser los problemas tácticos y estratégicos surgidos del transporte y la preservación del botín. El crecimiento del comercio exterior y de los elementos de mercado ofreció una alternativa al manejo directo; se podía vender el botín y distribuir el dinero. El número de casos que cita la historia de Tucídides en los que toda una población capturada se vendía como esclava demuestra que éste era el método más habitual de disponer de los prisioneros.[2] Al parecer hubo una cierta aversión por esta práctica hacia el final de la guerra del Peloponeso, y en el 411 a.C. encontramos un ejemplo en el que sólo se captura a los antiguos esclavos, dejando en libertad a la población libre.[3] Desde entonces hasta la batalla de Mantinea en el año 223 a.C. parece que se observaba casi

[2] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, I, 55; I, 98; IV, 48; V, 1 16; V, 31; VI, 62; VII, 85.
[3] *Ibid.*, VIII, 62.

siempre esta regla.[4] La esclavización de una población griega en tiempos de guerra era posible legalmente, La prohibición era un asunto moral: esclavizar a un griego era una violación de las normas de buen gusto. Cuando ocurría, por tanto, se tenía que explicar el hecho de que la persona en cuestión era «de una estirpe mezclada, helénica y bárbara».[5] A finales del siglo V, la decisión de vender o no a los habitantes dependía del general.[6]

Los relatos de Jenofonte ofrecen bastantes más detalles sobre las técnicas de venta del botín que los de Tucídides. Tucídides relata que cuando los atenienses tomaron Hicara, una ciudad al norte de Sicilia, transportaron a la población capturada a la ciudad de Catana, donde estaba la principal flota ateniense, y vendieron allí a los esclavos por 120 talentos.[7] Parece que el método preferido era el transporte de esclavos u otros botines al emporio. Así, Jenofonte nos cuenta que cuando su ejército alcanzó el emporio de Crisópolis junto a la boca del Bósforo, «se detuvieron siete días mientras arreglaban la venta de su botín».[8] Poco antes, se habían detenido diez días en la colonia sinópica de Ceraso, en el mar Negro, donde además de revisar y contar las tropas para determinar el número de bajas, «repartieron el dinero obtenido por la venta de los cautivos».[9] Por el contexto de estos pasajes parece muy probable que los esclavos fueran vendidos allí. El rey y mercenario espartano Agesilao dio lugar a un escándalo cuando siguió un procedimiento alternativo con el fin de enriquecer a sus amigos. Tras haber obtenido un riquísimo botín durante una campaña en Frigia en el 396 a.C. ordenó que se vendiera el botín al instante, informando a sus amigos de que, inmediatamente después de la venta, tenía intención de marchar hacia la costa, donde el botín podría revenderse a un precio sustancialmente mayor. Se dijo a los subastadores del ejército que entregaran los bienes en depósito, anotando simplemente el nombre del comprador. Así los amigos de Agesilao no tenían que pagar hasta después de haber revendido los bienes en la costa. Mediante esta técnica, cuenta Jenofonte, «sus amigos recogieron una enorme cosecha».[10] Hay indicios de que la subasta inmediata era un procedimiento regular en el ejército espartano. La práctica constitucional espartana exigía que cualquiera que tomara un botín en el campo lo entregara a los vendedores oficiales del botín (*laphyropolai*),[11] que registraban el nombre de la persona. Que tal registro llevaba consigo un honor considerable queda manifiesto por el hecho de que algunos de los principales aliados de Agesilao en Asia Menor, desertaron a causa del insulto recibido cuando los funcionarios espartanos les arrebataron su botín con el fin de tener ellos el honor de entregar una valiosa cantidad a los subastadores.[12] El subastador debía vender bastante a menudo el botín en el acto, tanto a los mismos soldados como a los mercaderes que les acompañaban. Éste fue el procedimiento utilizado, por ejemplo, cuando se pagó en especie al ejército de Jenofonte por sus antiguos servicios con 600 cabezas de ganado, 4.000 ovejas y 120 esclavos.[13]

El crecimiento de la escala bélica, junto con el crecimiento del hábito de mercado, llevaron a una minuciosa revisión de los métodos tradicionales de suministros al ejército. A comienzos de la guerra del Peloponeso, los espartanos llevan consigo sus provisiones cuando invaden el Ática y se retiran cuando las han consumido; el procedimiento se repite al año

[4] Polibio, II, 56-58.
[5] Jenofonte, *Helénica*, II, 1. (El suceso está fechado en el 405 a.C.)
[6] *Ibíd.*, I, 6.
[7] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, VI, 62.
[8] Jenofonte, *Anábasis*, VI, 6.
[9] *Ibíd.*, V, 3.
[10] Jenofonte, *Agesilao*, I, 18 ff.
[11] Jenofonte, *Constitución de los Lacedemonios*, XIII, 11.
[12] Jenofonte, *Helénica*, IV, 1.
[13] Jenofonte, *Anábasis*, VII, 7.

siguiente.[14] Tal método, evidentemente, debe haber sido insatisfactorio, y en la fatídica expedición siciliana encontramos a los atenienses utilizando dos métodos: comprar comida en los mercados que tenían los habitantes de las regiones que cruzaban, o comprar a los mercaderes que acompañaban al ejército. El primero es el método preferido, pero no es completamente fiable, puesto que no se puede garantizar que vaya a haber un mercado dentro de un territorio neutral u hostil, sino que eso es asunto de complicadas negociaciones diplomáticas. La negociación de mercados es una de las mayores responsabilidades de un comandante del ejército; la muestra más clara de estos procedimientos la tenemos en la *Anábasis* de Jenofonte. Después de la muerte de Ciro, los mercenarios griegos que le habían servido deseaban volver y el rey persa, al parecer estaba deseando librar al país de un grupo que sólo podía ocasionar trastornos, por lo que les procuró un salvoconducto para que abandonaran el territorio.

> Ahora, si queréis aceptar nuestra garantía, os aseguraremos que los países por donde paséis serán aliados vuestros, os conduciremos sin traición hasta la Hélade, os suministraremos un mercado; y, cuando no podáis comprar os permitiremos tomar las provisiones del distrito. Vosotros por vuestra parte debéis jurar que marcharéis amistosamente, sin causar ningún daño, simplemente tomando la comida y bebida que necesitéis cuando no podamos disponer de un mercado, o, de haberlo, tenéis que jurar que sólo tomaréis las provisiones pagando por ellas.[15]

No podemos imaginar que tal tratado no fijara equivalencias, y probablemente también medidas. Poco después, Jenofonte abogaba por la ruptura del tratado, preguntando:

[14] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, III, 1.
[15] Jenofonte, *Anábasis*, II, 3.

> ¿Es mejor estar comprando provisiones de su mercado, pagando altos precios por escasas medidas, sin tener ya siquiera el dinero para pagar por ellas? ¿O es mejor, por el derecho de conquista, servirnos nosotros mismos, aplicando tal medida como mejor nos convenga?[16]

Cuando se acercaban al país de los macrones, se negoció una tregua con los mercenarios griegos y éstos arrojaron una lanza en señal de que su intención era simplemente pasar por su territorio para dirigirse al mar. Los macrones, a su vez, arrojaron una lanza como muestra de su espíritu pacífico. «Después de intercambiar las garantías», relata Jenofonte:

> Los macrones empezaron a talar árboles con gran vigor y a construir un camino para que pudieran pasar, mezclándose libremente con los helenos y fraternizando con ellos, y les ofrecieron el mejor mercado que pudieron, y durante tres días les guiaron en su marcha...[17]

La ciudad de Trapezo también costeó un mercado. Jenofonte defiende a su ejército contra los cargos de saqueo levantados contra él en Sinope.

> En Trapezo nos dieron un mercado, y pagamos nuestras provisiones a un precio justo. En gratitud por el trato que nos dispensaron, les compensamos con gran honor... Pero dondequiera que llegamos, sea suelo helénico o extranjero, y no encontramos mercados para comprar provisiones, nos servimos nosotros, no por insolencia, sino por necesidad. Ha habido tribus como los carducios, los taoquianos y los caldeanos, que, aunque no estaban sometidas al gran rey, eran tan temibles como independientes. Con ellos tuvimos que arreglárnoslas con nuestras armas. La necesidad de obtener provisiones nos obligaba, puesto que se negaron a dispensarnos un mercado. Mientras que a otros pueblos, como los macrones, a pesar de ser bárbaros, les consideramos amigos simplemente porque nos

[16] *Ibid.*, III, 2.
[17] *Ibid.*, IV, 8.

brindaron el mejor mercado que pudieron, y no cogimos una sola cosa suya por la fuerza. Pero en cuanto a los cotyoritas, que dices que es tu pueblo, si algo les hemos cogido ellos tienen la culpa, porque no nos trataron como amigos, sino que cerraron sus puertas en nuestra cara. Ni nos dieron la bienvenida al interior de sus pueblos, ni nos ofrecieron un mercado fuera.[18]

Evidentemente, la ubicación del mercado es también un asunto importante. Por lo general, una ciudad enemiga o neutral situará el mercado fuera de su recinto, impidiendo así a los soldados que entren dentro. En una ocasión, cuando la ciudad de Heraclea montó en cólera por las exigencias de los mercenarios, la ciudad «desmanteló el mercado exterior y lo llevó adentro, tras lo cual cerró sus puertas».[19] Durante la campaña de Sicilia, la pauta habitual era situar el mercado fuera de las puertas de la ciudad; Reggio y Mesina, por ejemplo, prohibieron a los atenienses entrar en la ciudad, pero les ofrecieron un mercado fuera de sus puertas.[20] De vez en cuando, el mercado se trasladaba lo más cerca posible del campo de batalla. Fue así como la flota de Siracusa ganó una importante batalla naval, atacando a la ateniense antes de que ésta tuviera tiempo de comer. Los siracusanos ganaron tiempo convenciendo a la ciudad cercana para que «trasladara el mercado lo más rápidamente posible hacia el mar, y obligara a todo el mundo a llevar allí los comestibles que tuvieran y los vendieran, posibilitando a los comandantes bajar a tierra con las tripulaciones y comer todos juntos, para, poco después, ese mismo día, atacar de nuevo a los atenienses cuando menos lo esperaban».[21]

El tipo de mercado ofrecido por los residentes locales era muy variado; en un extremo estaba lo que debió de ser el

[18] *Ibíd.*, V, 5.
[19] *Ibíd.*, VI, 2.
[20] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, IV, 44.
[21] *Ibíd.*, VII, 39, 40.

mercado de alimentos crudos de los macrones, que Jenofonte, acertadamente, señaló que era el mejor que podían hacer los bárbaros, y en el otro extremo estaría la ciudad mercado ofrecida por Éfeso al ejército de Agesilao.

Eran dignos de verse los gimnasios atestados de guerreros realizando sus ejercicios, las cuadras ocupadas por la caballería en briosos corceles, los arqueros y los lanceros tirando al blanco. Aún más, la ciudad entera en que él estaba se transformó en un espectáculo, tan lleno estaba el mercado, con armas, corazas de todo tipo, y caballos, todo a la venta. Aquí estaban también los herreros, forjadores de cobre, carpinteros, zapateros, pintores y decoradores, todos trabajando al unísono para fabricar los utensilios de guerra. Así que cualquier espectador podía haber pensado que la ciudad de Éfeso era en sí misma un gran arsenal.[22]

De las experiencias de Jenofonte se desprende que depender completamente de los mercados locales llevaba consigo un considerable riesgo para el ejército. Por tanto, siempre que fuese posible, se tenían que utilizar otros métodos. Así, encontramos que al salir la expedición de Ciro, su ejército asiático iba acompañado de un mercado de alimentos móvil abastecido por los mejores comerciantes de Asia Menor, los lidios, mercado que también abastecía a los mercenarios griegos.[23] Pero Ciro también llevaba consigo 400 carros de grano y vino para distribuir entre los mercenarios «en caso de extrema necesidad».[24] La distribución directa de alimentos se reservaba para situaciones excepcionales. De hecho, los mercados móviles abastecidos por comerciantes que acompañaban al ejército debieron ser corrientes. Está claro que en el caso mencionado antes, cuando Timoteo acuñó monedas de bronce para su ejército, los mismos

[22] Jenofonte, *Agesilao*, I. 25 y ss.
[23] Jenofonte, *Anábasis*, I. 5.
[24] *Ibíd.*, I, 10.

comerciantes que compraban el botín eran también los minoristas de alimentos.[25]

La expedición ateniense contra Siracusa en el 415 a.C., la mayor expedición naval de la antigüedad hasta esa fecha, se abastecía básicamente en los mercados situados en las poblaciones, y éste fue uno de los mayores problemas tácticos.[26] Pero la expedición incluía 30 «barcos cargados de grano», controlados en parte por panaderos y molineros reclutados para el servicio por una paga «para que en caso de sufrir retraso por el mal tiempo, las fuerzas militares puedan tener provisiones, pues no todas las ciudades están dispuestas a abastecer a un número tan grande como nosotros».[27] De esta descripción se desprende que el grano y otros alimentos eran vendidos a los miembros de la expedición por comisarios estatales a precios ya fijados, y que el grano molido y convertido en pan por los panaderos reclutados también se vendía a precios fijados.

Las técnicas de abastecimiento del ejército ofrecen una sorprendente evidencia de la proliferación de mercados por toda Grecia, Sicilia y Asia Menor a finales de los siglos V y IV. Un ejército no podía depender de los mercados locales de alimentos sin asegurarse de que esos mercados estarían allí realmente. Al mismo tiempo, el crecimiento de la escalada bélica debe haber dado empuje al posterior desarrollo de los mercados, tanto para aprovisionamiento como para venta de botines.

Un análisis causal de este material es conjetural, pero refuerza algunas de nuestras suposiciones con respecto al carácter de los mercados en este período. Parece bastante evidente, por los escritos de Tucídides y Jenofonte, que el término mercado (*ágora*) ha significado siempre en todas partes *mercado de alimentos*. Su peculiaridad en cuanto a

[25] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, II, 1350a.
[26] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, VII, 14.
[27] *Ibid.*, VI, 88, 2.

situación, lugar, autoridad y mercancías queda demostrada con especial claridad: el mercado se pone dentro o fuera de las puertas de la ciudad, se traslada hasta la costa; a un ejército particular se le permite entrar o se le excluye del mercado; el mercado dura un tiempo determinado. Las necesarias negociaciones diplomáticas, previas al inicio del comercio, son de suma importancia: se debe acordar un tratado fijando la hora y el lugar, especificando dónde pueden ir los compradores y dónde no, y —sospechamos— fijando también los términos en que se realiza el comercio. Ciertamente, esto último debió destacar por su importancia en las expediciones al Asia Menor, donde existían diferentes sistemas de pesos y medidas, así como de monedas. Los mercados de alimentos para ejércitos en marcha toman así algunas de las características de los puertos comerciales de África occidental, diseñados para ofrecer un mercado a los extranjeros, pero también para alejarlos del territorio de la ciudad tanto como fuera posible.

B. PUERTAS

Otro ascendente más lejano, aunque sigue siendo local, conecta el mercado con los métodos de distribución de alimentos de los imperios redistributivos. El mercado era aquí la ramificación de un orden institucional esencialmente diferente, que sufrió una casi completa transformación. Nos referimos a los métodos de almacenamiento con redistribución practicados en la antigua Sumeria y su sucesora Mesopotamia. En estos imperios hidráulicos de la gran antigüedad, el gobierno central y la plantación del grano en gran escala crearon un complejo sistema de almacenamiento en las *puertas*, fuesen del templo, del palacio o de la ciudad. La necesidad de almacenamiento se debía al temor al hambre y a la presión por conseguir los alimentos necesarios para los

soldados y para las partidas de trabajadores organizadas por el palacio o el templo para realizar obras de irrigación o drenaje.

Las puertas consistían en altas torres de protección a la entrada y a la salida; abundaban los silos para almacenar en seco, a veces aislados por una capa de asfalto; existía un espacio abierto frente a las puertas exteriores para ceremonias y sesiones de la corte; a veces, había un pórtico situado detrás de las puertas exteriores, que daba lugar a un estrecho pasaje con puertas en ambos extremos conectando los dos muros. En las puertas se recibían y se entregaban unos cuantos productos básicos —artículos de primera necesidad—, que a menudo se cambiaban por algún equivalente fijado (como la plata), mediante el cual se llevaba la contabilidad; los equivalentes podían ser pagados en especie, como un *gur* de grano, equivalente a diez *ka* de aceite en Babilonia. Las sencillas equivalencias cuantitativas para grano, aceite, vino y lana permitían sustituir un producto básico por cualquier otro. Así se cuidan los impuestos y el pago de la renta, por un lado, y las raciones de los soldados y trabajadores por otro. Aunque se distribuye comida, éste no es un mercado de alimentos, puesto que no hay encuentro entre el «grupo de oferta y el grupo de demanda».

C. BAZARES

En el *bazar* sí existía dicho encuentro. Sin embargo, no era un mercado de alimentos, sino claramente un mercado de artículos manufacturados, de creaciones de los artesanos. También era diferente de cualquier mercado moderno, en tanto que no había un precio determinado por objeto y estaba excluida la competencia por su misma organización. La venta no tenía lugar «al aire libre», sino dentro de la tienda, actuando como intermediario el padre de la familia artesana. Los artesanos por lo general eran extranjeros: o bien formaban parte de un pueblo conquistado o bien se habían establecido

allí por tratado. Físicamente, el bazar era un lugar cubierto. En ausencia de otro sitio, se techaban los callejones de la ciudad amurallada. Sin embargo, desde el principio, la característica del bazar es que carecía de un elemento distintivo del mercado —un precio—, tanto si ese precio o equivalencia era impuesto por la ley, la costumbre o la autoridad, o por los proveedores y clientes interactuando colectivamente, como ocurre en el mercado de precios de los tiempos modernos.

Las puertas y bazares juntos representaban el aparato institucional en virtud del cual se distribuyeron los artículos de primera necesidad en la vida diaria durante enormes períodos de tiempo en la cuna oriental de nuestra civilización. Pero en un período bastante posterior de la historia, se produjo un cambio notable en la función del bazar. La intrusión de la *polis* en las zonas costeras, la formación de haciendas señoriales en las regiones turcas del Asia continental y, finalmente, la liberación de las «clases comerciales» por el Islam tendieron a disolver el sistema centralizado de almacenamiento y a fundirlo con el bazar. Casi imperceptiblemente, el bazar del artesano tomó la función adicional de mercado local de alimentos —a veces uno, a veces el otro rasgo predominaba en el nuevo orden—, como se puede ver en los mercados de Asia central y del Sudán de nuestros días. Finalmente, el bazar absorbió la venta de mercancías extranjeras cuando los puertos comerciales quedaron anticuados como resultado del desarrollo del mercado mundial.

§3. Comercio de mercado - Mercados externos

Un sistema de oferta-demanda-precio implica la existencia de precios fluctuantes que controlan la oferta, cuando no la producción misma. ¿Dónde se originó dicho sistema? ¿Cuándo y cómo se liga con él el comercio, una institución milenaria de gran alcance y poder que se había

desarrollado sobre la base de las expediciones, el sistema de regalo-contrarregalo y los principios administrativos? ¿Cuándo y cómo llegó a basarse el comercio en métodos tan ajenos a su propia historia?

Con respecto a los orígenes del mecanismo oferta-demanda-precio, el único camino que puede seguir el historiador de la antigüedad para localizarlo es el rastro del comercio. Pero no encontramos huellas de los mecanismos de mercado en el pasado. Los documentos escritos son pocos y carecen de la precisión necesaria. Si incluso en nuestros días la presencia o ausencia de un mercado para un bien concreto es a veces difícil de dilucidar, como bien saben los hombres de negocios, en el pasado remoto sería ya casi una tarea inútil. El comercio es un asunto completamente diferente: es evidente la existencia de personal, bienes, rutas y vehículos. Dondequiera que veamos el comercio siguiendo su curso, podemos esperar encontrar reservas de bienes, el manantial y la fuente donde fluyen. Cuando encontramos que el comercio está determinado por la diferencia de precios entre productos, podemos hablar de comercio de mercado.

Lo anterior serviría para el método de buscar los orígenes del mercado de precios. Pero, suponiendo que éste hubiera sido muchísimo más corriente de lo que demuestran las pruebas, aún queda la cuestión de cómo el comercio, organizado anteriormente de una manera completamente distinta, fue reorganizado de esta nueva forma.

Una vez más debemos evitar la tentación teleológica, que retrospectivamente puede resultar contundente, pero que dejaría sin contestar la mayor parte de las preguntas. Porque, ¿no estaba destinado el comercio a ser atrapado en la red del mecanismo de mercado? Y una vez fijado el vínculo definitivo, ¿no era simplemente una cuestión de tiempo hasta que el tejido irrompible del comercio de mercado envolviera toda la economía?

La teleología, como siempre, crearía una especie de euforia que haría al investigador confiar en que la obra del tiempo y las circunstancias evolucionan hacia el inevitable resultado. No obstante, presumir tal afinidad natural entre el mecanismo de mercado y el comercio es una pura simplificación arbitraria que ignora la complejidad de ambos. Con respecto al mercado, la ciencia social nos ha hecho conscientes de las complicadas repercusiones psicológicas de ese mecanismo aparentemente evidente. Y en cuanto al comercio, en cualquiera de sus formas, representa necesariamente una convergencia concreta de personal, bienes, equivalencias y transacciones, cada una de las cuales está incrustada en condiciones definidas tecnológica y socialmente con una historia y una lógica propias. La conjunción del mecanismo de mercado y el comercio es por tanto un desarrollo muy peculiar, que de ninguna manera puede inferirse conjeturalmente, sino que al contrario, debe deducirse de condiciones históricas e institucionales descubiertas sólo por una investigación real.

La aparición del comercio de mercado, aunque históricamente es un acontecimiento más reciente que la aparición de los mercados de alimentos locales, es casi igualmente oscura en sus orígenes. Debe de haber surgido antes en unas regiones que en otras; más aún, y esto es decisivo, debe de haber aparecido gradualmente, afectando a uno u otro componente del comercio. Nos enfrentamos así al cuadro de un desarrollo muy variado. Como veremos, sin embargo, gracias al análisis institucional se puede exponer en términos relativamente sencillos.

El comercio debería considerarse formado por personal, bienes, equivalencias y transacciones. Con respecto a cada uno de estos elementos, se puede hablar de una transición desde el comercio administrado hasta las formas del comercio de mercado. Trataremos independientemente estos elementos en su transición, siempre teniendo en cuenta las inevitables distor-

siones inherentes al uso de datos históricos, y tomando los problemas institucionales en sus aspectos comparativo y de desarrollo. Esto puede servir para hacer una primera aproximación a los problemas institucionales que aparecen al surgir el comercio de mercado.

§4. Personal, equivalencias y transacciones

Desde los tiempos de Sumeria, en la antigua Mesopotamia y el Oriente Próximo el *tamkarum* era el nombre de una figura de estatus en torno a la cual giraba la organización del comercio y las finanzas. El término aparece en tres grupos principales de fuentes documentales, a saber: el templo sumerio de Bau en Lagash, en los tiempos de Urukagina; después, las tablas asirias llamadas capadocias; y finalmente, el más contemporáneo Código de Hammurabi, en Babilonia. Las actividades del *tamkarum*, según el contexto, son las que describiríamos como factor, agente de venta, intermediario, subastador, cajero, banquero, fiador, arbitro, mercader viajante, agente vendedor de esclavos, recaudador de impuestos, administrador de la casa real; el término se puede emplear indistintamente para cualquiera de estas actividades. Como es evidente, algunas de ellas encajarían perfectamente en un sistema comercial de tipo convencional, con lo que, si se da por supuesta la presencia de mercados, el *tamkarum* puede confundirse con un comerciante privado. Pero al fijarnos en la ausencia de instituciones de mercado en la civilización mesopotámica, surge un replanteamiento de la figura del *tamkarum*, con importantes consecuencias para la interpretación de los datos en todo el campo de la economía.

En este sentido, es vital la interpretación que se haga del Código de Hammurabi y de las actividades ampliamente documentadas del comercio de los «capadocios» en Anatolia

central.[28] Según la interpretación tradicional, el *tamkarum* del Código de Hammurabi es un mercader; y la colonia de Capadocia estaba formada por mercaderes asirios, o comerciantes, que sacaban beneficios actuando como intermediarios entre los nativos proto-hititas y la lejana ciudad de Assur. Por lo demás, a la vista de las diferencias en el tiempo, el lugar, las condiciones y el dialecto, no se puede afirmar que se identifique el *tamkarum* del Código de Hammurabi con el de las tablas capadocias.

Volviendo a éstas, la alternativa aquí sugerida se basa en la suposición de un comercio sin mercado consistente en la compra y venta mediante índices de equivalencia, derivándose los beneficios del comerciante de las comisiones que cargaba al exportador asirio —tal vez la propia ciudad de Assur— sobre los bienes consignados.

Para los no iniciados hay un fenómeno especialmente confuso que deberíamos analizar brevemente: los comerciantes de la colonia capadocia son llamados por su nombre personal y nunca se los designa como *tamkarum*. Por otro lado, existe también un *tamkarum* que presta asistencia especial a esos comerciantes en sus negocios, y que, sin embargo, ¡permanece anónimo! Se le menciona invariablemente como *tamkarum*. El Código de Hammurabi contiene, como dijimos, muchas referencias al *tamkarum*, cuya función es el comercio, aunque sin clarificar nunca satisfactoriamente sus actividades. En seguida surge la cuestión de si no deben considerarse figuras idénticas el *tamkarum* del Código y el *tamkarum* anónimo de las tablas capadocias, a pesar de las reconocidas condiciones especiales de la colonia capadocia y el hecho de que los comerciantes activos no son nunca designados por su nombre. De ser así, la suposición de que la economía mesopotámica carecía de mercado podría ayudar a desenredar el ovillo de los misterios del

[28] Cf. Karl Polanyi, «Marketless Trading in Hammurabi's Time», en *Trade and Market in the Early Empires*.

tamkarum en el Código y en las tablas capadocias. En eso puede residir la clave del estatus y las actividades del *tamkarum* bajo el Código, y quizás la organización de la vida comercial de Babilonia, que aún sigue estando oscura para nosotros.

Sea lo que fuere, y cualesquiera hayan sido las actividades concretas del *tamkarum* en las diversas circunstancias, su principal característica está reconocida generalmente como la de figura de estatus cuya función estaba conectada a los deberes públicos en el comercio y en los negocios. Esto está muy lejos del moderno comerciante, que se gana la vida gracias a la diferencia entre el precio de compra y el de venta; que carga con el riesgo de los precios, y con las deudas, y no está obligado a actuar así por la autoridad pública, ni se le recompensa con tierras ni con donaciones del tesoro por cumplir con su difícil tarea.

Lo anterior nos lleva a preguntarnos por la transición de una situación a otra, pues lo que está claro es que en algún momento anterior a nuestra era la figura del *tamkarum* se sustituyó por otra similar a la del mercader. Muchas formas de cambio aparecen por sí mismas. Puede que al *tamkarum*, aparte de mantener su función principal, se le permitiera llevar a cabo el comercio privado, ya sea con algún tipo concreto de bienes o sobre una cierta cantidad de bienes comerciados, o tal vez el cambio se produjera de alguna otra forma que siguiera protegiendo institucionalmente los intereses públicos en juego.

Se pueden citar algunos ejemplos tomados de la antropología y la historia. En África occidental, hasta hace poco, la costumbre exigía que un ashanti llevara sobre su cabeza 40 nueces kola para el gobierno; cualquier cantidad por encima de ésa era para su propio beneficio.[29] Los caravaneros chinos de la ruta del Turquestán oriental participaban en una caravana compuesta por numerosos mercaderes propietarios de

[29] Robert S. Rattray, *Ashanti Law and Constitution*, Oxford, Clarendon Press, 1929.

camellos. Un camellero, que podía guiar hasta dieciocho camellos, podía tener en propiedad hasta seis de esos animales, y alquilarlos. Y además, se les permitía *soo-che*, es decir, llevar consigo bienes propios, media carga de camello a la ida y otra media a la vuelta. Si poseía más de seis camellos, no se le pagaba por su trabajo. Cuando poseyese más de dieciocho camellos, se convertía en socio independiente que pagaba su parte correspondiente en los gastos generales.[30] Hace casi 4.000 años, los mercaderes capadocios permitían a sus empleados jóvenes, los *be'ulatum*, comerciar en depósito para obtener sus propios beneficios con una cantidad limitada de mercancías confiadas a ellos, libres de intereses, un beneficio que servía como recompensa por sus servicios durante el viaje y que les elevaba a un cierto estatus de independencia. Hay otras pruebas que parecen señalar la distinción entre el comercio de bienes monopolizados por el gobierno —bienes dados en depósito al comerciante— y el comercio de bienes libres, que el comerciante podía realizar en su propio nombre. Una práctica similar era característica del mercado de exportación persa a Europa en el siglo XVII de nuestra era. La seda era monopolio del gobierno y se vendía en el extranjero a cuenta del gobierno por los comerciantes armenios; con otras mercancías podían ellos comerciar libremente.[31]

Otra de las vías de origen del comercio de mercado pudo haber sido el comercio con intermediarios y las subastas. Ambas actividades eran corrientes en las sociedades arcaicas. El Código del rey Bilalama de Eshnunna, anterior al Código de Hammurabi, exigía que algunos dignatarios religiosos, apartados de los negocios, vendieran cerveza por medio de los intermediarios (artículo 45). Esto puede que fuera para salvar al hombre religioso de la corrupción que pudiera ocasionar el

[30] Owen Lattimore, *The Desert Road to Turkestan*, Boston, Little Brown, 1929.
[31] Jean Baptiste Tavernier, *The Six Voyages of Jean Baptiste Tavernier*, Londres, 1678.

comercio. El corredor es un intermediario profesional. En algunos de los mayores mercados sudaneses, cuando la escasez de oferta de productos básicos amenaza con eliminar las equivalencias en vigor, corresponde al intermediario racionar los bienes para asegurar al pobre un mínimo de comida, leña, y otros productos básicos que de otro modo quedarían sólo en manos de los ricos.[32] Una función similar recae en el intermediario con respecto al intérlope que podría hundir o abastecer el mercado y desbaratar el suministro a largo plazo. Pero también se espera que el intermediario coopere en el ajuste de las equivalencias de forma ordenada. Aquí entra el principio de subasta, es decir, vender al más alto postor. En el comercio premercantil consiste en la exhibición pública de bienes y su venta al mejor postor sin más formalidades. El intermediario puede aumentar el precio de una venta normal en equivalencias al precio establecido, investigando entre los compradores de los mercados vecinos para asegurarse que hace una buena venta. Así, la subasta se fundía a veces con la función de intermediario. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que, en condiciones de intercambios de equivalencia, los bienes no deben venderse ni por encima ni por debajo del «precio». Incluso se prohíbe vender barato, para proteger los intereses de los productores, ya sean cofradías de un gremio o, más a menudo, proveedores de materias primas. Basta recordar los requisitos del «precio justo» medieval para reconocer la severidad de estas reglas. No obstante, con el debilitamiento gradual de tales principios en favor del regateo de precios, el comercio con intermediarios combinado con la subasta llevaría a formas más ordenadas de comercio mercantil.

Una forma diferente de ajuste podría haber sido puesta en marcha por los llamados banqueros. Originalmente, el banco

[32] Heinrich Barth, *Travels and Discoveries in North and Central Africa*, Nueva York, Harper and Brothers, 1859.

es una actividad anterior al mercado. Cuando el trueque es algo general, y el dinero se utiliza solamente para pagar y como patrón de valor, se requiere un servicio especializado, primero para hacer pagos, y segundo para hacer frente a las deudas. En primer lugar, porque la dificultad del trueque, como transacción cotidiana, es que puede haber discrepancia entre ambas partes en cuanto a los bienes a intercambiar bien porque haya una falta de equivalencia, bien porque haya pasado un lapso. En el primer caso, se establece una balanza de pagos, en el segundo se incurre en una deuda. Tanto si el pago es en especies, en plata, o, posteriormente, en monedas diversas, establecer la «diferencia» y certificar la deuda exige, en las civilizaciones «orales», la presencia de testigos profesionales del acto. El banquero en la Atenas del siglo V, pagaba al acreedor en presencia del deudor la suma depositada previamente por el deudor para este fin. De una forma mucho más sencilla cumplía la misma función el cambista de dinero sentado en su «banco» (generalmente un esclavo), autorizado por el poder público.

En las sociedades primitivas, el crédito, a través del que se formaliza la deuda, se concede originalmente por la reciprocidad practicada dentro del clan y el vecindario. En el estado arcaico, el templo y el palacio son los proveedores principales de crédito sobre las cosechas. En la colonia comercial de Capadocia, el crédito a largo plazo era asunto del *ummeanum*, cuya sede estaba en la misma ciudad de Ashsur, mientras que los anticipos los hacía, según las circunstancias, el *tamkarum*. El Código de Hammurabi, parece indicar que es obligación del *tamkarum* conceder hipotecas al granjero ciudadano sobre el valor de la cosecha. Mientras que, técnicamente, la comprobación y el cambio de dinero, el pago y el crédito en los tiempos anteriores al mercado no se diferencian mucho, en tiempos posteriores, con respecto a la cuestión de fondo, su función es completamente diferente. Con la aparición de los mercados

formadores de precios, el dinero se emplea fundamentalmente como medio de cambio, en tanto que el pago y el crédito cumplen funciones de una nueva naturaleza. El crédito es ahora un derivado del proceso de intercambio de bienes y su producción; el lapso a cubrir ya no se debe a la discrepancia en el valor de los bienes a cambiar, y menos aún es ya el crédito un asunto de reciprocidad entre los parientes y el aldeano, o de distribución por parte del templo o el palacio. El banco moderno, lejos de hacer innecesarios los mercados, como hacía el banco arcaico, es un medio de expandir el sistema de mercado más allá del simple intercambio de bienes en mano. Al final, no hace mucha falta demostrar que la función del banco en Mesopotamia consistió realmente en una vía de transformación del comercio administrado al comercio mercantil. Los banqueros comerciantes de la nueva Babilonia trataban directamente con los granjeros. El banco romano apenas alcanzó el nivel ateniense. Sólo a finales de la Edad Media el comercio al por mayor a larga distancia ofreció una fuente de capital que buscaba empleo en canales más especulativos, contribuyendo así a destruir los límites de las protegidas economías urbanas.

COMERCIO, MERCADOS Y DINERO EN LA ANTIGUA GRECIA

— INTRODUCCIÓN

Al estudiar los hechos de la historia de Grecia desde un punto de vista diferente al tradicional se hace evidente una circunstancia singular: el origen helénico de los dos sistemas económicos, cuya rivalidad y posibles combinaciones son el problema de nuestra época. Es decir, un sistema basado en los mercados, y otro, en la planificación científica y global.

Este hecho destacable fue debido, sólo en una mínima parte, a la mentalidad comercial de los ciudadanos de Atenas y Esparta. Más bien se produjo con la expansión de la lengua y de los elementos de la cultura griega a poblaciones étnicamente no griegas del Mediterráneo oriental, dentro del breve florecimiento helenístico.

Los hechos más sobresalientes son, por un lado, que el comercio y el dinero, especialmente el uso de la pequeña moneda, estaban unidos a elementos de mercado en el *ágora* ateniense; por otro, que no mucho después, bajo el liderazgo griego en Egipto, los métodos de almacenamiento y redistribución heredados de los antiguos faraones se elevaron hasta el nivel de la más sofisticada planificación económica.

El significado de este desarrollo, importante por sí mismo, se ve aumentado por su influencia sobre Roma, y finalmente sobre toda Europa y Norteamérica. Incluso las más antiguas

instituciones babilónicas y egipcias llegaron al Mediterráneo occidental casi exclusivamente a través de canales helénicos. En efecto, aparte de algunas características de origen etrusco y cartaginés, la historia económica de Roma durante más de diez siglos se puede decir que presenta los métodos típicos o de la planificación centralizada o del mercado helénico. No se puede evitar llegar a la conclusión de que los griegos de la antigüedad, cuyo genio estaba ya acreditado por dar nacimiento a nuestra política, filosofía, ciencias y artes, fueron los pioneros de toda la economía avanzada humana.

Sólo se les puede asignar a los griegos el papel de iniciadores, por supuesto, pues el mercado antes de la edad moderna fue siempre un rasgo secundario. No obstante, el papel jugado por los elementos de mercado, incluso en las primeras épocas, fue siempre de gran importancia para el conjunto de la economía.

La conjunción de circunstancias que convirtieron el estado campesino y guerrero de Atenas, con su modesto mercado de alimentos y sus cambistas de dinero, en un factor significativo y determinante de este desarrollo, no fue sencilla ni evidente.

En realidad, ni siquiera a comienzos del siglo VII se percibía ningún rastro del desarrollo del mercado. Durante los mil años anteriores los imperios continentales de Mesopotamia, Asia Menor, Siria y Egipto, y los marineros de Ugarit y Creta, llevaron a cabo comercio a gran escala sin utilizar el dinero como medio de cambio, o el mercado como regulador de la oferta y la demanda. Y no fue en la antigua Ática, sino en Asia Menor donde encontramos por primera vez, a comienzos del siglo VII a.C, el uso de dinero acuñado y la venta al por menor de alimentos en el mercado local de Salamis. Sin embargo, hacia finales del siglo IV, la práctica del Ática de distribuir alimentos mediante mercados estaba dando origen a una aventura económica completamente nueva dentro del esquema existente. El uso de monedas de poco valor para comprar comida al por menor y otros artículos de primera necesidad en la vida diaria, del que hay

pruebas poco después de acabar las Guerras Médicas, dio como resultado la comercialización del grano en el Mediterráneo oriental —el primer sistema conocido de intercambio de mercancías en la historia que merece el nombre de mercado mundial organizado—. Paradójicamente, esta gran aventura comercial se inició en el Egipto griego bajo el dominio del más extremista sistema económico de planificación central burocrática conocido en la historia, que, característicamente, utilizó los métodos practicados por los banqueros privados atenienses para incrementar la eficiencia de una economía totalmente controlada por el estado.

Aunque el comercio de mercado y la economía planificada —temas gemelos de este estudio— eran poco más que un subproducto de la historia de la antigua Grecia, sus comienzos unidos pueden muy bien arrojar nueva luz sobre esa institución nuclear de la civilización occidental: la economía de la *polis* ática.

11. LA ERA DE HESÍODO: EL DECLIVE TRIBAL Y EL SUSTENTO DE LOS CAMPESINOS

«Y es que los dioses han ocultado
el sustento del hombre.»
Hesíodo, *Los trabajos y los días.*

§1. El mundo de *Los trabajos y los días*

En la obra de Hesíodo, poeta beocio del siglo VII, aparece un mundo ignorado por la épica de Homero. Es un mundo que ha permanecido estable hasta el presente, al menos en muchas regiones del planeta, el mundo del campesino independiente, terriblemente individualista, moralista, supersticioso, ahorrativo y siempre quejándose.

En perspectiva, *Los trabajos y los días* es una manifestación documental del nacimiento del individuo aislado —una figura dolorosamente anómala en la sociedad tribal—. Un elemento amargo se añade a la existencia de la inmensa mayoría de los hombres: la preocupación individual por el sustento. Refleja la nueva amenaza del hambre en soledad, una contradicción bajo las condiciones de vida tribales. Su espectro aparece en los ritmos gloriosos de *Los trabajos y los días* y les confiere una misteriosa nota de profecía.

Con el declive de la tribu surge un nuevo tipo de incertidumbre, que roe el núcleo de la existencia mientras que

obliga a nacen aunque sea en su forma primitiva, un elemento latente en la estructura humana: la personalidad. Bajo las condiciones tribales de vida el destino económico había sido colectivo, no individual. Cuando éste se transformó con el ciclo de los pastos, el paso de las estaciones, los favores del sol, el viento y la lluvia, lo hizo para todo. De aquí en adelante pasó a ser un temible compañero del individuo, que ya no podía apoyarse en la red tradicional de la redistribución y la reciprocidad para saciar su hambre.

Hesíodo descubrió el hambre como una parte de la condición humana. En *La Odisea*, la necesidad urgente de comida hace su aparición solamente en los márgenes de la comunidad. Es un hecho vergonzoso que acontece a los marginados, a los mendigos de las afueras, a los huéspedes no aceptados. La urgencia de sus impulsos animales señala a los panzudos como hombres sin parentesco, ley ni hogar. «Pertenecer» es conseguir la propia comida en el curso natural de las cosas; «no pertenecer» es tener que preocuparse por el propio alimento. Aparte del gemido del guerrero destinado a morir a manos del enemigo victorioso, o de los lamentos del héroe errante, cuyo regreso a casa es impedido por la venganza de un dios, ningún llanto es tan amargo como la maldición que el hombre hambriento hace sobre su propio estómago, que exhibe su vergüenza suplicando un poco de comida. La llegada de un extranjero, huésped o vagabundo, está representada convencionalmente en *La Odisea* como un cambio gradual de un individuo desgraciado pidiendo comida hasta que finalmente se le acoge como invitado para que participe libremente de la comida, que se le ofrece con toda generosidad y en abundancia, por mucho que desee comer.

Aunque Hesíodo registra con realismo los síntomas del declive tribal, estaba demasiado cerca del proceso de esta disolución para comprenderlo en términos naturales. De ahí el misterio del hado, la finalidad, y el inenarrable horror de la

Edad de Hierro. ¿Cómo recayó en el hombre depender de sí mismo para su alimento? ¿Había escondido Zeus en su ira (en palabras de Hesíodo) el pan de vida, porque un Prometeo mal aconsejado le había engañado? «¡Los dioses han ocultado el sustento del hombre!» El hombre está solo, y jamás podrá dejar de preocuparse. «Aléjate de la fragua y de su atestado pórtico durante el invierno, cuando el frío impide a los hombres trabajar en el campo —una buena temporada para que el hombre industrioso pueda prosperar enormemente—, no sea que hasta el invierno menos crudo te coja indefenso y pobre, y tengas que frotarte los pies hinchados con una mano temblorosa» (493-497). Evitar la inanición es el sentido de la vida humana.

La poesía de Hesíodo revela la aparición de casas domésticas aisladas en la escena de los asuntos humanos; no se mencionan los pastos comunes; pronto empezaría a comprarse y venderse el grano. Casi contemporáneo suyo, Amos, el primero de los grandes profetas, invocaba la ira de Jehová sobre aquellos que compraban y vendían el producto de la tierra. Pero hacia mediados del siglo V, el estatal templo de Judea había vuelto a los métodos redistributivos, excepto en los subordinados mercados locales de alimentos de Jerusalén. Israel detuvo el tráfico de alimentos y volvió a los sistemas primitivos. Algunos griegos, en solitario, continuaron experimentando con los elementos de mercado. Hasta donde el historiador es capaz de fechar los cambios producidos en la conciencia de la raza humana, fue en la Grecia de Hesíodo donde surgió de las profundidades el concepto de lo «económico» como preocupación de la existencia personal. Para bien o para mal, se había desencadenado una fuerza espantosa de la naturaleza, el temor al hambre.

§2. La llegada de la Edad de Hierro

Históricamente, el sombrío horror de la época de Hesíodo radica en la conjunción de dos acontecimientos adversos y dispares: una catástrofe política, y una revolución tecnológica. Hesíodo combinó los efectos de la invasión doria y la llegada de la Edad de Hierro para impregnar sus versos de una extrema desesperación. Los dorios habían destruido la civilización, sus artes, su artesanía, así como su orden, su justicia y su administración. A finales del milenio la Grecia central debió de haber sido un montón de ruinas; había llegado la Edad Oscura. Un siglo o dos después, la expansión de las herramientas y armas de hierro empezó a degradar sutilmente la vida de los hombres en la guerra y en el trabajo. La incidencia de este pequeño cambio tecnológico, que se centró en el Cáucaso occidental y tal vez en los Alpes orientales, se hizo sentir por sí misma en Grecia en los primeros siglos del primer milenio antes de Cristo, abarcando una tras otra las esferas de la actividad humana y extendiéndose cada vez más por toda la geografía. Los efectos fueron muy variados y comparables, en la violencia de su impacto, solamente con la Revolución Industrial que tuvo lugar veinticinco siglos después. Por razones que aún no podemos precisar el uso del hierro endurecido intensificó vilmente algunos procesos de la vida diaria, supravalorando los efectos liberadores que, a pesar de todo, siguen siendo visibles en la maquinaria moderna. Fue así como la guerra y la agricultura fueron las dos áreas revolucionadas por la expansión de los instrumentos y armas de hierro. Una nueva disciplina, completamente diferente, parece haberse impuesto sobre los cultivadores del suelo, con el crecimiento del grano fuera de las zonas irrigadas, donde no se necesitaba el arado de hierro y donde se obtenían varias y abundantes cosechas. Si le eliminamos su halo poético, *Los trabajos y los días* es un almanaque del trabajo agotador,

expuesto con notas estridentes de alarma para los destinados irremisiblemente a trabajar duramente la tierra. Es el recuento de un cambio cruel que ha interferido en el curso natural de la vida tal como la vivían los pastores, los cultivadores de azada,o los pueblos seminómadas que robaban las cosechas. Criar animales y cultivar plantas es una cosa; depender para la propia subsistencia de cosechar el grano en un suelo pobre es otra. El hombre libre, trabajando su propia tierra, había caído casi en una forma insoportable de servidumbre hacia la tierra que le comunicaba sus órdenes mediante el rigor de la sucesión de estaciones y de la vida de las plantas. Este severo régimen de coacción se veía exacerbado por los caprichos meteorológicos, que atrapaban al hombre en la eterna vigilia de una incertidumbre humillante. El hombre como siervo de la máquina está bien comprendido como un problema moderno; lo que hemos olvidado es su sujección a la naturaleza en las formas primitivas de agricultura.

§3. La desaparición del orden tribal

Tales pueden haber sido las fuerzas responsables de ese largo reflujo de la vida griega sobre la que Hesíodo nos ha legado un canto fúnebre. La desarticulación de los lazos del clan, acelerada por las agitaciones políticas y militares, de ninguna manera liberó un flujo más amplio de vida, hecho que a veces acompaña la transición de una organización puramente tribal al más completo feudalismo. Los vagos recuerdos de un pasado glorioso y de una expansión cultural ultramarina pueden haber creado, por el contrario, un sentimiento de desolación casi insoportable.

Siendo él mismo un campesino independiente, a Hesíodo le preocupaban los problemas políticos y sociales del campesinado, especialmente ante la creciente inseguridad del sustento individual, los peligros de las deudas y la consiguiente

pérdida de tierra, todo ello en beneficio de un vecino más afortunado. También hace siniestras alusiones a las diferencias en los órdenes superiores de la sociedad, provocadas por la acumulación de riquezas por parte de individuos aptos al margen de las relaciones tribales. La aparición de un individualismo crudo, por muy tradicional que fuera, era consecuencia del declive del orden tribal. El campesino rico hace siervo al pobre, el ladrón principesco domina a los jefes de la tribu. Las secciones filosóficas del poema tratan de los problemas de conducta surgidos a raíz de este nuevo rasgo perturbador de la vida.

Repetimos: la historia social de Grecia desde la edad de Homero hasta comienzos del siglo V a.C. es fundamentalmente la historia del vecino de aldea y ciudadano que va reemplazando a la parentela. En algún momento de esta transición el campesino tuvo que preguntarse a sí mismo: ¿quién es ahora mi amigo, quién mi enemigo?

> Invita a tu amigo a un festín, pero deja solo a tu enemigo; e invita especialmente a quien viva cerca de ti, pues si algo malo ocurre en el lugar, los vecinos vienen sin ceñirse pero los parientes han de ceñirse (342-345).

La seguridad personal depende ahora del vecino, no de la protección mutua ofrecida por el clan. El buen vecino es una ventaja económica:

> Un mal vecino es una calamidad, y uno bueno es una gran bendición; el que tiene un buen vecino tiene en su poder algo precioso. Ni un buey moriría si no tuvieras un mal vecino (346-348).

Pocas instituciones tienen raíces tan profundas en la vida tribal como el matrimonio; de hecho, el matrimonio corresponde al orden tribal. Así Hesíodo, al explicar precisamente a qué edad hay que casarse y con qué tipo de mujer, aconseja

a su hermano: «Y sobre todo cásate con una que viva cerca de ti» (700).

> Sólo de forma muy gradual va ocupando el vecino el lugar del pariente. Ya en *La Odisea* se le pregunta a Telémaco: el nombre por el que suelen llamarte en tu casa, incluso tu padre y tu madre y los demás, los ciudadanos y los habitantes de por allí... y dime el nombre de tu país, de tu pueblo y de tu ciudad...
>
> (VIII, 550-555, subrayado de K.P.)

Sin embargo, los lazos de sangre prevalecen por mucho tiempo entre la aristocracia.

Con Hesíodo se va debilitando la autoridad tribal, pero su persistencia proviene de ambigüedades sutiles. Se mantiene la venganza de sangre, pero se hace más personal: el ofendido deberá vengarse, no los miembros del clan en razón de su parentesco con la parte ofendida. El ofendido adaptaba su acción a las circunstancias:

> ... no le agravies tú primero, y no le mientas para deleitar tu lengua. Pero si él te agravia primero, ofendiéndote de palabra o de hecho, recordándolo, devuélvele el doble. Pero si te dice que quiere volver a ser amigo tuyo, y que está dispuesto a satisfacerte, dale la bienvenida (708-712).

Tampoco se exceptúa el lazo de la hermandad:

> Sea el salario prometido a un amigo, el convenido aunque sea tu hermano; y que haya un testigo, pues la confianza y la desconfianza arruinan igualmente a los hombres (370-372).

El nuevo individualismo rompe los lazos más cercanos del parentesco: ya no se puede confiar en nadie.

La estructura misma de la familia sufre un fuerte cambio; se aconseja expresamente el maltusianismo: un hijo único constituye la familia deseable, «así aumentará la riqueza de la casa» (375). La vida aún es tolerable si se tienen dos hijos, pero

sólo cuando el padre es viejo. En ese caso, las ventajas de la división del trabajo pueden pesar más que la fragmentación de la tierra a causa de la herencia.

§4. La decadencia de la reciprocidad

Uno de los grandes temas del poema es la injusticia de los tiempos. Los lazos tribales empezaban a aflojarse cuando aún no había habido tiempo para desarrollar los vínculos feudales. La codicia y la crueldad de los príncipes, y el desvalimiento del individuo frente a su rapacidad, eran igualmente grandes. Hesíodo describe al insensible rico y el estado de indefensión del pobre con magníficas imágenes.

> Y ahora contaré una fábula para príncipes que ellos mismos comprenderán. Así dijo el halcón al ruiseñor de cuello abigarrado mientras lo llevaba muy alto entre las nubes, atrapado en sus garras, y éste atravesado por las curvadas uñas, lloraba miserablemente. Con este desdén habló el halcón: «Miserable, ¿por qué chillas? Uno más fuerte que tú te tiene atrapado y debes ir donde te lleve, por muy cantor que seas. Y si me place, haré de ti mi alimento o te soltaré. Es un loco el que intenta compararse al más fuerte, pues no tiene dominio y sufre el dolor además de la vergüenza». Así habló el halcón de vuelo rápido, el pájaro de alas largas (202-212).

La estructura política tradicional de los asentamientos tribales había sido pervertida por los «príncipes devoradores de regalos», que ahora fracasaban al intentar restablecer la ley y la justicia que era su responsabilidad. Permanecieron las formas vacías de jefatura, pero había desaparecido su contenido y su significado. Las obligaciones tribales expresadas por esas formas se habían extinguido. La justicia se convirtió en un ideal abstracto, y ya no fue nunca más la base institucional de la vida en la tribu.

> Hay lamentos cuando la Justicia es arrastrada allí por donde la conducen aquellos que aceptan sobornos y dictan sentencias con juicios torcidos (220-221).

La política ahora es para los ricos: «Escasa preocupación por disputas y asambleas tiene aquel que no dispone de las provisiones de un año con tiempo» (30-31). Olvidada y desaparecida está ya la asamblea popular de Ítaca.

La comida común, al parecer, sobrevivió ocasionalmente para los pobres. Hesíodo debe suplicar: «No estéis malhumorados en un festín común donde haya muchos invitados; el placer es inmenso y el gasto mínimo» (722-723).

Pero la menguante reciprocidad tribal no podía transferirse simplemente del pariente al vecino, del clan al pueblo. En vano intenta basar la reciprocidad *Los trabajos y los días* en el vecindario.

> Mide con exactitud lo que tomas de tu vecino y devuélveselo en la misma medida e incluso más, si puedes; para que si alguna vez después te sientes necesitado, puedas acudir a él (349-351).

El intercambio de regalos se ha transformado en una especie de transacción irregular en la que hacen su aparición tímidamente los intereses. Este tipo de mutualidad es por necesidad selectiva e impredecible: hay que tener cuidado en saber a quién se da.

> Muestra amistad a los amistosos, y visita a quien te visita. Da a quien te dé, pero no des a quien no te dé. Un hombre da al que tiene la mano abierta, no al que cierra el puño (353-355).

Véase el hincapié que se pone en la estricta necesidad de devolver en su justa medida un regalo: éste es el contraste con la reciprocidad tribal, que carece de toda equivalencia precisa. El que no diera el regalo adecuado era considerado un tacaño, y tal vez perdiera todo su prestigio, pero los regalos deben continuar puesto que están determinados por la situación en que se encuentra el donante. La versión de Hesíodo, en realidad, se

aproxima más a la idea moderna de la mutualidad personal que a la impersonal, aunque efectiva, reciprocidad de la tribu.

Y así Hesíodo pone fin con una nota amarga de advertencia: puede que llegue un día

> en que con gran aflicción de espíritu, busquéis con vuestra esposa y vuestros hijos un poco de sustento en casa de vuestros vecinos, y ellos no os atenderán (399-400).
>
> Porque es fácil decir «dame una yunta de bueyes y un carro», y es fácil negarse diciendo: «ya tengo trabajo para mis bueyes» (453-454).

Nadie sino el individuo mismo, a través del trabajo constante, puede alejar el «hambre y las deudas». Y «cualquiera que sea tu fortuna, trabajar es lo mejor para ti» (314)... «Trabaja para que el hambre te odie... porque el hambre siempre es compañera del holgazán» (299-302).

Tal concepto del trabajo es sorprendentemente nuevo —un grito lejano del ethos homérico que no conoce, para el que es libre, la necesidad de trabajar. Hesíodo expresa de muchas maneras que el «trabajo no es una desgracia; es la inactividad la que lo es» (311). El trabajo debe ser continuo y programado:

> No pospongas tu trabajo para mañana y pasado mañana; porque ni un trabajador negligente ni el que deja su trabajo a medias llenan su granero. La laboriosidad hace que el trabajo vaya bien; pero un hombre que pospone su trabajo siempre lucha con la ruina (410-413).

La independencia se comprende casi tanto en términos positivos como negativos. Desde el punto de vista positivo, la independencia significa un granero lleno; en sentido negativo, significa evitar perder las tierras, las deudas y el hambre. El trabajo, como se sugería antes, puede evitar el hambre; una correcta organización del trabajo puede propinar una mayor independencia, con la que «no tendrás que mirar ansiosamente

a los demás, sino que los otros necesitarán de tu ayuda» (477-478). Pero se necesita la ayuda y la buena voluntad de los dioses para alejar al mayor enemigo, la pérdida de la tierra. Se deben evitar las acciones malignas, y Hesíodo advierte:

> Siempre que puedas, de manera respetuosa y sin contaminación haz sacrificio a los dioses inmortales, y quema espléndidas carnes; otras veces háztelos propicios con libaciones e incienso, tanto cuando te vayas a dormir como cuando vuelva a salir la luz sagrada, para que sean generosos contigo en corazón y en espíritu, y así puedas tú comprar las posesiones de otros, y no otro las tuyas (336-341).

El sentido de estas alternativas claramente expuestas es idéntico a la esperanza bíblica de «mejor prestar tú a otro que otro a ti».

§5. La economía doméstica

La unidad económica es la casa, cuyos miembros deben seleccionarse cuidadosamente. Ya hemos mencionado el peligro de tener más de un hijo. A lo sumo se admiten dos. Se debe elegir una esposa con gran precaución, no sólo para evitar la censura de los vecinos (aunque uno debiera preferir casarse con una vecina), sino también porque

> ... nada mejor puede obtener un hombre que una buena esposa, y nada peor que una mala, una glotona que abrasa a su hombre sin fuego, por muy fuerte que sea, y que le conduce a la más triste vejez (702-705).

Un hombre no debe casarse hasta los treinta años; primero es necesario que tenga los siervos y las herramientas apropiadas.

> Antes que nada, procúrate una casa, una mujer y un buey para el arado —una esclava, no una esposa, para que vaya tras los

bueyes— y tenerlo todo dispuesto en casa, para que no tengas que pedir a nadie y éste te lo niegue... y así estés necesitado de... (405-408).

Esta mujer no debería tener hijos (602). Además de ella, Hesíodo aconseja un criado de cuarenta años, pues así tendrá ya más interés en su trabajo que en sus amigos.

En dicha casa, no se puede malgastar un momento en todo el año si se está dispuesto a ganar la batalla contra las deudas y el hambre: el holgazán «recoge muchas penas para su alma». En verano hay que empezar a prepararse para el invierno. «A mediados del verano, enseña a tus esclavos: "no siempre será verano, empezad a construir graneros"» (502-503). Pero el invierno tampoco es tiempo de relajarse. Hesíodo aconseja a su hermano que evite la fragua, donde se reúnen los hombres. Y la asamblea pública (*ágora*) también debe evitarse siempre, pues «escasa preocupación por disputas y asambleas tiene aquel que no dispone de provisiones de un año con tiempo» (30-31).

Aparte del trabajo, debe imponerse el ahorro: ésta fue una idea completamente nueva. La riqueza hasta entonces se adquiría mediante la rapiña, la violencia o los regalos. Sin embargo Hesíodo no sólo plantea la paradoja de que la rapiña y la violencia son dos formas erróneas de adquirir riquezas, sino que también dice: «Si a menudo añades un poco a lo poco que tienes, pronto ese poco será mucho» (361-362). Pocas veces en la historia de la economía se ha dado una orientación de tan grandes consecuencias expuesta de una forma tan simple.

Y añade Hesíodo otra nota sorprendente: la competencia sirve como estímulo al trabajo, jugando, claramente, un papel económico en la sociedad griega por vez primera. Hesíodo tiene dificultades para describir este nuevo fenómeno. Al principio mismo del poema observa que hay dos tipos de contienda sobre la tierra, una que es digna de alabanza, y la otra que es «digna de ser maldita», pues incita a la guerra y a la lucha. El nuevo tipo es «la hija mayor de la Noche Oscura», que...

... incita a trabajar duro incluso al más indolente, pues un hombre ansía trabajar cuando ve que su vecino es un hombre rico que se apresura a arar, a sembrar y a poner su casa en orden. Y entonces el vecino rivalizará con su vecino que come tras la riqueza. La lucha es provechosa para el hombre. El alfarero se enfada con el alfarero, el artesano con el artesano, el mendigo está celoso del mendigo, y el cantor del cantor (12-25).

Todo era posible para rebajar a un competidor. Cada uno deseaba hacer notar su valía, disfrutar del privilegio de ser considerado el mejor o, al menos, el más apreciado. El propio arte de Hesíodo fue un prototipo famoso de esta nueva clase de contienda.

§6. El comercio y el mar

El comercio existe en la vida del campesino, eso es evidente, pero no como una fuerza motriz. Hesíodo distingue dos formas de comercio, ninguna de las cuales es deseable a sus ojos. A una se refiere simplemente como «vida de marinero»; está limitada al intercambio ocasional de los excedentes, vendiéndolos a lo largo de la costa en una pequeña embarcación durante la estación apropiada.

Pero si el deseo de la fatigosa vida de marinero te asalta cuando las Pléyades se lanzan al brumoso mar huyendo de la vigorosa fuerza de Orión, entonces verdaderamente se levantan vendavales de todo tipo. Entonces no dejes el barco en medio del mar chispeante, sino recuerda amarrarlo bien a tierra como te indiqué. Arrastra tu barco hasta la arena y rodéalo por todas partes de piedras para protegerlo de los vientos... Tú mismo espera a que llegue la estación propicia para navegar, y, entonces, vuelve a sacar tu ligero barco al mar, y equípalo con una buena carga para que puedas volver a casa con ganancias... Puedes admirar una embarcación pequeña, pero mejor pon tus mercancías en una grande, pues cuanto mayor la carga, mayores serán los beneficios que obtengas, si es que los vientos no desatan sus dañinos vendavales (618-645).

La otra forma, a la que él específicamente llama comercio (emporio)[1] se parece más a lo que podríamos llamar una ocupación. Aun cuando no sea una ocupación regular, sino sólo el último recurso de los desafortunados.

> Si alguna vez tu ánimo equivocado decide dedicarse al comercio y salir de deudas y del hambre, te mostraré las dimensiones de los mares bravíos, aunque no tenga experiencia ni en marinería ni en barcos (646-649).

En cualquier caso, la estación para el comercio marino es muy limitada, los únicos meses aptos, según Hesíodo, son julio y agosto. A menos que Poseidón ya lo haya decidido, es posible escapar a la muerte durante ese período, pero uno tiene que estar seguro de regresar antes de que comiencen a soplar los vientos de otoño. Los que están verdaderamente desesperados también navegan en primavera, pero Hesíodo no lo aconseja:

> Navegar así es muy arriesgado, y difícil evitar el peligro; aunque los hombres en su ignorancia lo hacen, ya que la riqueza significa la vida para los pobres mortales; pero es temible morir entre las olas (684-687).

Y finalmente aconseja llevar tan sólo consigo una parte de las pertenencias, debido a los riesgos que se corren.

[1] Éste es el primer caso en que se emplea emporia en el sentido de comercio. H. Knorringa, *Emporos*, Amsterdam, H. J. Paris, 1926, pág. 13.

12. MERCADOS LOCALES: LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA *POLIS* Y EL *ÁGORA*

> Nunca he sentido miedo de hombres que ocupan un lugar en medio de su ciudad, donde acuden a estafarse y a abjurar entre ellos.

Ésta fue la respuesta que dio Ciro, el gran rey de los persas, a la delegación espartana que vino a advertirle que no atacara las ciudades griegas de la costa de Asia Menor. El lugar era Sardes, la conquistada capital lidia, en el 546 a.C. Para que nadie malinterpretara la importancia de este simbólico encuentro entre el este y el oeste, Heródoto añadió una nota:

> Ciro dijo esas palabras como un reproche contra todos los griegos, porque tenían mercados para comprar y vender, una costumbre desconocida para los persas, quienes nunca hacen compras en lugares abiertos, y que, en realidad, no tienen en todo el país un solo lugar de mercado.[1]

En esta escena se esconde un profundo significado para la comprensión de la *polis*. Al final, Heródoto demostró ser no sólo un historiador más fiable de lo que se cree, sino también un escritor con ingenio. Ciro, desgraciadamente, subestimó la fibra moral de sus oponentes a causa de un objeto dudoso en

[1] Heródoto, *Las Guerras Persas*, I, 153.

su aparato social, la costumbre de mercado. Y en realidad, de no haber sido por la incomparable disciplina interna de la *polis*, que limitaba y regulaba el mercado, éste podría haber sido, como indicaba Heródoto, tanto el signo como el origen de una debilidad moral. Puestas así las cosas, los que esperaban tal debilidad de los helenos y apoyaban en ella sus esperanzas de victoria quedaron al final decepcionados.

§1. Heródoto y la mentalidad helénica

El uso que hace Heródoto de la escena de Sardes es una representación magistral en forma y contenido. Su gran obra comprende nada menos que la imagen del mundo conocido y el curso de sus acontecimientos. Su filosofía de la historia es un entremés de la envidia de los dioses y la arrogancia de los mortales, mezcladas con palabras de oráculos de doble filo. El panorama completo de los acontecimientos se dispone en torno a la historia de las Guerras Médicas que encajan en el mismo modelo. Tal como Creso el Lidio fue obligado a pagar por sus victorias, que habían ultrajado a los dioses, a su vez sus conquistadores, los persas, tuvieron que ser castigados por su orgullo y su autoconfianza. No fue una casualidad que en el episodio de Sardes. Heródoto interpretase *ágora* y *polis* como tema central en clave menor. Consiguió maravillar: mediante un sencillo truco literario dio al desaire de Ciro ese toque de arrogancia y ambigüedad que no debió de faltar en el enfrentamiento entre helenos y bárbaros. El conflicto entre el Este y el Oeste repitió poderosamente el tema de la historia universal, y no sin sutileza.

Heródoto era un patriota griego, y, a pesar de todos sus fallos, consideró a su pueblo merecedor de la espléndida herencia que había recaído sobre ellos en el Egeo. Pero su obra maestra quería ser un monumento no sólo para los helenos, sino para toda la civilización humana, que, según él, se originó

en Egipto, y cuyas maravillosas obras adornaron las grandes ciudades persas. La suya no fue una obra antipersa. Según él mismo cuenta, publicó el resultado de sus investigaciones con la esperanza de «evitar que las grandes hazañas de los griegos y bárbaros perdieran la gloria que merecían». Un enfoque tan imparcial era propio de un *oikoumene* en el que se mezclaban de forma curiosa las similitudes y los contrastes. Mientras que los persas tenían pasión por la justicia y la verdad, el nervio de los griegos era la discusión y la libertad. Atenas era la democracia, Persia el despotismo. El imperio persa, aún en su grandeza e inigualable poder, había sido vencido sólo una vez —por los griegos— y estaba ahora fuera de Europa. Sin embargo, en muchos lugares, la religión, la cultura y la moral de los griegos y los bárbaros se entremezclaban. La misma Lidia, vecina asiática de Jonia, era más griega que asiática, aunque en contraste con Grecia, Lidia conocía la prostitución premarital. «Los lidios tienen casi las mismas costumbres que los griegos», escribió Heródoto, «con la excepción de que estos últimos no educan a las chicas de la misma manera».[2] En cuanto a los persas sostenía: «No hay nación que acepte con tanta prontitud las costumbres extranjeras».[3] Un siglo después de la muerte de Heródoto, Alejandro el Grande se convirtió en un personaje inmortal por su intención de querer casar a los griegos y a los persas para constituir una sola nación.

Ciertamente, las guerras persas no fueron para Heródoto una lucha entre la luz y las tinieblas. Los griegos estaban asombrados por las ideas morales de los persas. En la educación persa, las ideas éticas abstractas se sumaban al valor deportivo y militar «Sus hijos son instruidos impecablemente, desde los cinco hasta los veinte años, solamente en tres cosas: montar a caballo, disparar el arco y decir la verdad».[4] ¡Por Ulises! ¿No era

[2] *Ibíd.*, i, 94.
[3] *Ibíd.*, i, 135.
[4] *Ibíd.*, i, 136.

esto abusar de la virtud de la sinceridad? El texto de Heródoto está lleno de insinuaciones: «Consideran ilegal hablar de cosas que sea ilegal hacer. Lo peor en el mundo, para ellos, es decir una mentira; y a continuación, tener una deuda, porque, entre otras razones, el deudor está obligado a contar mentiras».[5] Platón, algún tiempo después, podría haber respondido a ideas como ésas, pero en general, para los atenienses, una vida sin libertad para explorar los caminos de la mente y de la fantasía, o sin la libertad para contraer deudas por ocio, hubiera significado la muerte de aburrimiento, y una sincera y fría comodidad.

Heródoto evita plantear el equilibrio ético. El texto lleva una ligera carga de ironía hacia ambas partes. Los guerreros laconios, notables por su falta de ingenio, debieron de estar en desventaja cuando se encontraron con que, por error, les habían tomado por mercaderes. Heródoto hace de Esparta —de todas las ciudades griegas la que menos hábito de mercado tenía, de lo cual se sentía muy orgullosa— el blanco del exabrupto de Ciro, aunque hubiera sido más apropiado para sus rivales atenienses. Pero, sea como fuere, era bastante cierto que el hábito de mercado a veces iba acompañado de un juramento informal, que los persas sólo daban en el templo, y que los griegos rodeaban también, tradicionalmente, de gran solemnidad. Además, la libertad del mercado dejaba la calidad de los bienes —y a menudo también los índices, o, como diríamos nosotros, los precios— al arbitrio de las partes.

Pero Ciro, el bárbaro remilgado, disparó más allá del blanco. De manera despectiva desafió a los helenos como pueblo, por la costumbre de abjurar y de traicionarse mutuamente en público. Ésta fue una de esas cosas con las que la puritana propaganda bárbara, con su pureza prístina, intentó desacreditar a los griegos. En realidad, el lector ateniense sabía

[5] *Ibid.*, 1, 139.

perfectamente que había numerosos funcionarios encargados de controlar los tratos en el mercado y que los procedimientos estaban sometidos a una supervisión estricta y al autocontrol moral. Pero, aunque esto era así, nadie podía negar que el mercado estaba también abierto al abuso; que ofrecía tentaciones, que la práctica espúrea de cerrar los tratos con juramento resultaba una profanación. Todas las pruebas muestran que para mucha gente el mercado era una institución, si no sospechosa, sí al menos controvertida. En el siglo siguiente Platón seguía aún insistiendo en prohibir los juramentos en el mercado y excluir a los ciudadanos de la venta, actividad por debajo de su estatus. Aristóteles, aunque a menudo no estaba de acuerdo con Platón en lo referente a la *polis*, propugnó separar el *ágora* política del mercado y pidió que todas las clases artesanas y comerciantes fuesen privadas de la ciudadanía. Ambos mostraban la debilidad de la institución que Ciro había elegido como su blanco.

Sin embargo, Heródoto tenía razón en su planteamiento. En la persona de Ciro, ese sabio y generoso gobernante, fundador del imperio persa y tal vez el más grande hombre de su época, los persas fueron atrapados en la derrota final, como lo fueron los poderosos y cultos lidios antes que ellos. Su rey, Creso, había atacado a los persas y ahora era su prisionero en su propia ciudad. Confundido por el doble sentido del oráculo de Delfos en aquel fatídico cruce del río Halis, había destruido, en verdad, un gran imperio, el suyo. ¿Acaso no estaba Ciro preparando un desatino similar para su propia nación? Los persas juzgaron mal a sus rivales; y lo mismo hicieron sus desafortunados sucesores, Darío y Jerjes. Y su fatídico error giró en torno a la controvertida novedad griega, el mercado. Por subestimar la capacidad de los helenos para manejar esa indisciplinada y ambivalente institución, los persas, para su perdición, cerraron los ojos a la disciplina cívica y a la resistencia de la *polis* griega.

§2. El *ágora* y el sistema griego

Comprender la *polis* es comprender el lugar que el mercado ocupa en ella. El historiador debe confesar su vergonzosa ignorancia con respecto a su verdadero desarrollo. Aunque hay muchas referencias al *ágora* en los poemas de Homero, la palabra siempre se refiere a un lugar de asamblea;[6] lo mismo ocurre en *Los trabajos y los días*, de Hesíodo, donde aconseja al hombre laborioso que evite el *ágora*, el lugar donde se habla de política infructuosa. No sabemos cuándo y dónde se empezó a emplear esa palabra para definir el lugar del mercado. Mientras que el período tyrannis de la historia de Grecia fue la condición previa al posterior establecimiento del prototipo griego de mercado, en su origen tuvo un carácter antimercado. El programa de colonización rural de Pisístrato apenas pudo haber estimulado el desarrollo del mercado situado en la misma ciudad de Atenas; por el contrario, la rehabilitación del campo pudo concebirse como una alternativa al crecimiento del mercado en los períodos solónico y post-solónico.

Mientras que la invención de dinero acuñado barrió todo el mundo de habla griega, el mercado parece haber sido considerado una invención dudosa. Al menos bajo la perspectiva aristocrática, los mercados minaban la virilidad de los pueblos. Cuando Ciro pensó destruir a los lidios a los que había conquistado por su tendencia a la revuelta, Creso, su emperador que se había hecho amigo y consejero de su conquistador Ciro, le propuso una alternativa:

> Garantiza el perdón a los lidios, y si quieres asegurar que no se rebelen contra ti, ni vuelvan a alarmarte, prohíbe que tengan armas de guerra, ordénales llevar túnicas bajo el manto y que se pongan coturnos en los pies, y haz que lleven a sus hijos a que aprendan a tocar la lira, el arpa, y les enseñen a ser tenderos (kapéleum). Y pronto les verás convertirse en mujeres en vez de hombres, y no volverás a sentir temor a la revuelta. (Subrayado de K.P.)

Se nos cuenta que Ciro actuó de acuerdo con este consejo:

> Llamó a su presencia a un medo, de nombre Mazares, y le encargó llevar a los lidios instrucciones según los términos del discurso de Creso.

Mazares entró en Sardes, continúa Heródoto,

> y antes que nada obligó a los lidios a obedecer las órdenes de su amo, y a cambiar (como ocurrió desde entonces) toda su forma de vida.[7]

Los lidios debieron destacar a mediados del siglo V como músicos y vendedores de comida preparada, ocupaciones que eran consideradas indignas de su viril pasado. El propio Heródoto señala que hasta la época de Creso habían tenido la mejor caballería del Asia Menor. Por algo la caída de Creso se consideró el mayor ejemplo moral del siglo VI. Tal como el antiguo imperio de los asirios en el Tigris se había evaporado en el aire después de la caída de Nínive en el 606 a.C. así desaparecía ahora, de la noche a la mañana, el brillante reino de los lidios de Asia Menor, y su población desplazada se dedicó a tener puestos en el mercado y a tocar instrumentos de cuerda en las tiendas de comida.

Para el lector helénico, Heródoto abundaba en referencias tópicas y exageraciones inevitables. A los lacedemonios, que exageraban sus amaneramientos dóricos, les reprochaba jocosamente ser los padres de los hábitos promiscuos del mercado, cuando era de dominio público que eran sus rivales,

[6] Knorringa, *Emporos*, Amsterdam, H.J. París, 1926, p. 11.

[7] Heródoto, *Las Guerras Persas*, 155-157.

los atenienses, los que fomentaban estos hábitos, para satisfacción de la mala voluntad espartana. En efecto, gandulear en el mercado se estaba convirtiendo en una moda en Atenas, por lo menos en los círculos democráticos. Pero incluso en Atenas el mercado tenía que alcanzar el nivel necesario. Tardó más de un siglo en aparecer un texto sobre finanzas públicas estableciendo que «como protección, es necesario adoptar los sistemas persas y laconios. La artesanía ateniense, sin embargo, tiene algunas ventajas. Para vender, comprar...».[8]

Por aquella época, Atenas se había convertido en la primera de las *poleis* democráticas, y, en nuestra opinión, parece cierto que entre éstas fue Atenas la pionera del *ágora* comercial como forma de vida.

Se debe hacer notar aquí una curiosa conexión entre la democracia práctica y el surgimiento del mercado, tal como lo encontramos en la Atenas clásica. Pericles no fue sólo el Pericles de la Oración Fúnebre, ese monumento tucidideano a la idea de una comunidad libre y culta; fue también el político que reconoció la ventaja táctica del mercado local de alimentos para minar la máquina electoral «conservadora».

Su rival, el aristócrata Cimón, al acudir en ayuda de la nobleza empobrecida que había sido obligada a tener que comprar la comida en el mercado,

> arrancó las vallas de sus campos, para que los extranjeros y los ciudadanos necesitados pudieran coger sin temor los frutos de la tierra. Y cada día daba una comida en su casa; sencilla, es verdad, pero suficiente para muchos. A ella podían ir todos los pobres que quisieran, y así recibían su sustento sin esfuerzo y les dejaba libres para dedicarse a los asuntos públicos. Pero Aristóteles dice que no era a todos los atenienses, sino sólo a sus allegados, los laciados, a quienes servía una comida gratis.[9]

[8] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, 6.

[9] Puesto que Plutarco contradice expresamente a Aristóteles (*Constitución de*

De cualquier forma, era un espectáculo alegre:

> Constantemente era atendido por jóvenes camaradas finamente ataviados, cada uno de los cuales, siempre que se presentaba un ciudadano anciano mal vestido, estaba dispuesto a cambiar su ropa con él. Esta práctica causaba una profunda impresión.

Pero Cimón hacía más que ofrecer su hospitalidad como alternativa a las tiendas de comidas de ambiente popular. Penetró en el terreno mismo del enemigo, el lugar de mercado.

> Sus seguidores llevaban también consigo una generosa suma de dinero, y se acercaban a los pobres de mejor aspecto en el mercado, arrojándoles tranquilamente unas cuantas monedas a las manos.[10]

El patronato aristocrático practicado por Cimón, basado en su señorial *oikos*, obtuvo una original respuesta de Pericles, el líder democrático, miembro de la gran estirpe de Alcmeón. Pericles patrocinó la humilde institución del mercado. Plutarco dice que a pesar de su ocupación en la política, era capaz de mantener una herencia sin par mediante una nueva forma de organización de su hacienda.

> Consistía en vender su producción anual en bloque, y luego comprar en el mercado cada artículo, según lo fuera necesitando, para la vida diaria. Por esta razón no era visto con agrado por sus hijos cuando crecieron, ni vieron sus esposas en él un proveedor liberal, sino que murmuraban porque gastaba sólo lo de cada día y bajo las más estrictas restricciones, no dando lugar a ningún tipo de abundancia de víveres, como solía ocurrir en las grandes casas y bajo circunstancias más generosas, sino que todas las entradas y salidas diarias iban precedidas de cuenta y medida. Su agente para asegurar esta gran exactitud era un

Atenas, XXVII, 3) en este punto, podemos suponer que otras fuentes apoyaron la interpretación de Plutarco.

[10] Plutarco, *Cimón*, X, 3.

humilde sirviente, Evangelus, que, o bien había sido dotado por la naturaleza, o bien había sido entrenado por Pericles para aventajar a cualquiera en cuanto a economía doméstica.[11]

Los métodos de Pericles se siguieron considerando excepcionales en las «grandes casas» de toda la historia ateniense. El Pseudo-Aristóteles, después de observar que el sistema del Ática es vender todos los productos y luego comprar sólo lo que se necesita, añade: «Las casas más pequeñas no almacenan nada en depósito».[12] El *ágora* hizo posible a las pequeñas casas ser autosuficientes: día a día se podía comprar la comida y todo lo necesario para vivir. Paralelamente a esta forma de aprovisionamiento a través del mercado, sobrevivió el *oikos* de tipo señorial, del que Cimón era un ejemplo.

Aunque el mercado empezaba a jugar un papel clave en el aprovisionamiento del pueblo, tampoco debe exagerarse su importancia en el conjunto de la economía. El mercado y el *ágora* eran puramente internos a la *polis*, sometidos a sus límites físicos y políticos. El *ágora* no era más que un instrumento que facilitaba la operación del sistema redistributivo, que aún seguía prevaleciendo. La responsabilidad de la ciudad en el sustento de sus ciudadanos era el principio de la economía de la ciudad griega. Esta responsabilidad se ejercía en todas direcciones: no sólo estaba sometido a la supervisión pública el abastecimiento de importaciones necesarias, sino que hasta la misma subsistencia de los ciudadanos estaba asegurada, hasta cierto punto, por el estado.

La economía de la *polis*, en el caso de Atenas, estaba formada por tres ramas, que aún hoy en día seguimos considerando dispares: redistribución en las haciendas señoriales; redistribución a escala estatal y los elementos de mercado. Las

[11] Plutarco, *Pericles*, XVI, 4-5.
[12] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, I, 6, 2.

tres coexistían en un todo orgánico que deberíamos considerar un tipo peculiar de economía política.

No queremos decir que la relación entre estas tres ramas se hubiese convenido sin más. La lucha de clases entre demócratas y oligarcas que juega un papel tan importante en la historia de Atenas puede comprenderse mejor en relación a las tres pautas institucionales. La primacía de los principios subyacentes a la redistribución está más allá de toda discusión, como había ocurrido en la tribu; el mercado —un desarrollo posterior— no fue nunca más que un accesorio. Pero cómo y a través de qué instituciones se iba a organizar la redistribución, ése es otro asunto.

En la Grecia de Homero existe ya constancia de la diferencia entre la redistribución de tipo tribal y la de tipo señorial. La *polis* heredó las tradiciones tribales, tanto aristocráticas como democráticas, mientras que la hacienda señorial, organizada en torno a la propiedad familiar, existía fuera del nexo tribal y siguió siendo una fuerza demoledora en casi toda la historia de Grecia. El caso de Cimón, tal como lo cuenta Plutarco, representaba un método: la redistribución mediante las abundantes haciendas de los ricos. Dicho sistema convirtió las grandes casas en propiedades señoriales y redujo al campesinado al estatus de clientes dependientes, si no de siervos. Por otro lado, la redistribución por y a través del estado tenía lugar a escala nacional y así trascendió la estrecha mentalidad feudal de los pequeños señores. Aun así, había dos alternativas: las superposesiones de un monarca, aunque fuera favorable a los intereses del pueblo, como lo fueron la mayoría de los tiranos; o una democracia en el sentido clásico del término, es decir, la administración de la vida diaria llevada a cabo por el mismo pueblo.

Entre estas dos variantes, la diferencia crucial radica en el método según el cual se organizaba la distribución de alimentos. El monarca —sea rey, déspota o tirano— necesitaba para su fin contar con una burocracia central, como en Egipto,

o tenía que mantener intactas las organizaciones tribales locales, como en Persia. En una democracia, donde se esperaba que los ciudadanos llevaran a cabo la administración, la distribución de alimentos necesitaba de la existencia del mercado, porque ¿cómo iban a poder los ciudadanos procurarse sus provisiones y mantenerse ellos mismos, cuando algunos de ellos, al menos periódicamente, pasaban todo el día dedicados a los asuntos públicos y necesitaban que el estado les mantuviese? En palabras actuales, la distinción se podría establecer entre la planificación burocrática a gran escala, como en Egipto, y la planificación democrática a pequeña escala, con el mercado jugando un papel importante en la distribución de alimentos, como en la Atenas clásica. En este último ejemplo, el lugar que ocupaba el mercado fue crucial para la constitución política de la *polis* democrática.

3. La *polis* en la vida helénica

Antes de comprender plenamente el funcionamiento de la economía de la *polis*, es necesario definir cuál era el significado de la disciplina cívica de la *polis*. Los griegos estaban convencidos de que fue la *polis* lo que hizo posible la civilización; en realidad, pensaban que las dos cosas eran lo mismo. En ninguna parte está mejor expresada esta concepción que en el primer libro de la *Política* de Aristóteles. Hay que recordar que *estado* se refiere a la *polis*, y que cuando utiliza el término *político*, significa perteneciente a la *polis*.

> Es evidente que la *polis* es una creación de la naturaleza, y que el hombre es por naturaleza un animal político... En todos los hombres está implantado el instinto social por la naturaleza, y aquel que por vez primera fundó el estado fue el más grande de todos los benefactores. Porque el hombre, cuando está perfeccionado, es el mejor de los animales, pero cuando se separa de la ley y la justicia, es el peor. Pero la justicia es el lazo de los hombres en los estados, pues la administración de la justicia, que es la determinación de lo que es justo, es el principio del orden en la sociedad política.[13]

La civilización, en otras palabras, necesita la ley y la justicia; la determinación de lo que es justo y su ejecución por medio de la ley constituye la principal función de la *polis*.

Casi nadie abandonaba el mundo de la *polis* en el siglo V a menos que fuera expulsado; en la práctica, un abandono significaba que uno se ponía al servicio de otra *polis*, o del imperio persa, como testifican Alcibíades y Temístocles.[14] Sólo excepcionalmente podía un extranjero ganarse el derecho de ciudadanía de una ciudad griega; incluso el gran demócrata Pericles prohibió la ciudadanía ateniense a quien no pudiera demostrar su ascendencia ateniense por ambas ramas. Y nunca —salvo muy raras excepciones— podía un extranjero, es decir, un griego de otra ciudad, poseer tierras. La ley sólo existía en la *polis*; fuera de la propia *polis*, o de su esfera de influencia, el ciudadano no estaba sujeto a ninguna ley, por lo que estaba indefenso, a menos que le protegiera algún tratado especial. Así que las indicaciones de Aristóteles no eran simples aforismos patrióticos.

El *demos* fue la herencia de la tradición tribal de igualdad. La dicotomía entre el *demos* y la oligarquía fue fundamentalmente una continuación de la distinción arcaica entre la tribu y las haciendas señoriales que se desarrollaron fuera de los confines tribales. Hablando del período clásico, Westermann observó que la ley de la *polis* «expresaba el sentido de "justicia" como la voluntad del cuerpo cívico tribal, es decir; de la *polis*».[15]

[13] Aristóteles, *Política*, I, 2.

[14] Kurt Riezler, *Über Finanzen und Monopole im alten Griechenland*, Puttkammer und Mühlbrech, 1907, Parte I, avance monográfico.

[15] W. L. Westermann, «Greek Culture and Thought», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan, 1931, vol. I, p. 18.

La ley en la *polis* tenía un carácter autorreforzante. Rostovtzeff planteó la cuestión de la siguiente manera:

> En Grecia, las leyes están hechas por hombres. Si una ley ofende a la conciencia de la mayoría, puede y debe cambiarse; pero mientras esté en vigor, todos están obligados a obedecerla, porque hay algo divino en ella y en la idea misma de ley. Violar una ley conlleva castigo, no sólo de los hombres, guardianes de la ley, sino también de los dioses. Esta regla de la ley en la ciudad —o ley creada por todo el cuerpo de ciudadanos— es uno de los rasgos más característicos de la vida pública en Grecia.[16]

La disciplina de la *polis* era ilimitada, y la subordinación del individuo a la *polis*, completa. Jamás se desarrolló en Grecia ningún concepto de los derechos inherentes al individuo; la libertad le llega al individuo mediante su participación en el estado. Esto no debe interpretarse como una negación de la libertad individual, sino que la existencia del individuo era inconcebible fuera de la *polis*. El concepto moderno de derechos individuales, con su antagonismo básico entre el individuo y el estado, les hubiera parecido a los griegos una contradicción entre términos.

La disciplina comprendía no sólo la esfera política y militar, sino también la económica. Lejos de apoyarse en un inexistente mecanismo de oferta-demanda-precio, insistía en asegurar la oferta adecuada a un precio establecido. Esto hizo posible que la *polis* mirara el mercado como un instrumento útil para el abastecimiento de los ciudadanos.

La fe subyacente de Heródoto en la disciplina de la *polis* puso en mal lugar a Ciro. En circunstancias excepcionales, el mercado podía ser —y era— transformado al instante en un instrumento redistributivo. La facilidad y velocidad con que se

[16] M. Rostovtzeff, *A History of the Ancient World*, Oxford, Clarendon Press, 1928, vol. 1, pp. 208-240.

podía sustituir una moneda nueva por otra antigua arranca una sonrisa a Aristófanes en su *Ecclesiazusae*:

> Mal asunto me resultó esa moneda.
> Vendí mis uvas y me llené los bolsillos
> de monedas de cobre y me fui
> a comprar cebada al mercado.
> Cuando sacaba la bolsa para pagar,
> el pregonero gritó: «No se permiten monedas de cobre.
> Sólo se acepta plata para pagar o cobrar».[17]

El segundo libro de la *Oeconomica* pseudo-aristotélica trata de numerosos ejemplos en los que se fijaban los precios, el valor de la moneda se duplicaba, se reducía a la mitad o se alteraba, se racionaban y se recogían las mercancías —siempre con efecto inmediato— de manera perentoria y sin excepciones.[18]

Si era imposible distinguir al individuo de la comunidad —ni la tribu ni el señorío conocían tal separación—, era evidente la responsabilidad de la *polis* para la subsistencia de sus miembros. La primacía de la redistribución era un legado tribal. Rostovtzeff señalaba lo mismo en unos términos algo diferentes:

> Uno de los rasgos principales del desarrollo económico del mundo antiguo consiste en el papel rector que desempeña el estado... El cual era la fuerza económica suprema tanto para organizar y estimular como para restringir y destruir...
>
> La ciudad-estado, añade, practicaba
>
> ... la interferencia del estado en la actividad económica de los individuos, algo que no tiene paralelo en el desarrollo económico moderno. Y esta interferencia no es secundaria, no es un obstáculo insignificante para el desarrollo de la economía privada; es la actividad suprema y directiva. «Redistribución de la tierra y abolición de las deudas» no era sólo una consigna revolucionaria,

[17] Aristófanes, *Ecclesiazusae*, pp. 816-822.
[18] Ver capítulo v.

era un acontecimiento preeminente, aunque amargo, en la vida económica de la mayor parte de las ciudades griegas... Y hechos como las liturgias, la distribución de grano por parte del estado, la estricta supervisión que mantenía sobre su comercio y el de todos los productos alimenticios, que tan escrupulosamente organizaba, fueron suficientes para cambiar completamente los métodos y la evolución de la agricultura privada.[19]

Apenas nada escapaba al alcance de la redistribución municipal. Bienes, servicios y dinero eran recogidos en el centro, o, alternativamente, se tenía el derecho de repartirlos. El dinero y el tesoro se guardaban en la tesorería estatal; los metales preciosos eran convertidos en estatuas y otras obras de arte que pudieran fundirse en caso de necesidad; el grano y los productos básicos se guardaban a menudo en los almacenes estatales, y en circunstancias excepcionales, podían almacenarlo allí también los agricultores privados. La distribución de alimento —hecha directa o indirectamente a través de la organización estatal de la oferta— jugó un papel decisivo y, poco a poco, la subsistencia del ciudadano empezó a depender de los pagos en metálico que le hacía el estado por sus servicios militares, jurídicos y administrativos.

Ahora volveremos al centro, y a los canales por los cuales funcionaba esta redistribución global en la *polis*.

§4. La administración pública

Hemos hecho hincapié en la necesidad de una administración centralizada para que resultase efectiva la redistribución. La forma tribal de redistribución no había sido capaz de resistir los efectos demoledores de las haciendas señoriales autosuficientes; éstas se desarrollaron fuera de la tribu y organizaron

[19] M. Rostovtzeff, «The Decay Of the Ancient World and Its Economic Explanations», *Journal of Economic and Business History*, II, 1930, pp. 204-230.

un sistema de redistribución propio a pequeña escala. La democracia en la Atenas clásica significaba la suplantación de estas economías por el poder del *demos* organizado en la *polis*. La constitución de Clístenes consolidó el establecimiento del poder democrático de la *polis*, aunque seguía persistiendo la amenaza de las haciendas señoriales.

Hemos visto ya a Cimón como benefactor público jugando un papel de anfitrión privado. Pero sus servicios a la comunidad fueron mayores, ya que sufragó el arreglo de los cenagales de la parte sur de la Acrópolis, «embelleció la ciudad» plantando árboles en el ógora y «convirtiendo la Academia, de un lugar árido y desértico, en una arboleda fértil, con fuentes y paseos sombreados».[20] Para la primera tarea, que tenía como fin facilitar la construcción del muro sur de la Acrópolis, fue necesario verter «enormes cantidades de piedras y arena» en los cenagales. Esto exigía el esfuerzo de gran cantidad de hombres, al igual que para el embellecimiento del *ágora* y de la Academia. Si los obreros estaban permanentemente ligados a la casa de Cimón, como los artesanos que siguieron a Demarato desde Corinto, es algo que no podemos saber Pero todo ello refleja fielmente la imagen de una hacienda señorial; baste con tener en cuenta el séquito de jóvenes, que tan generosamente intercambiaban sus mantos en el mercado. Hemos de señalar que la riqueza principesca de Cimón se derivaba enteramente de la parte del botín que le llegaba como comandante general de las expediciones militares. Aunque de noble nacimiento, había sido tan pobre en su juventud que, según decían algunos, vivía con su hermana como marido y mujer porque su pobreza le impedía a ella casarse con un hombre de su rango.[21]

La oligarquía, dice Aristóteles, es la ley de los ricos a cuenta de su riqueza, mientras que la democracia es la ley de los pobres.

[20] Plutarco, *Cimón*, XIII, 7-8.
[21] *Ibid.*, IV, 7; X, 1.

> ...siempre que los gobernantes deben su poder a la riqueza, sean una mayoría o una minoría, estamos en presencia de una oligarquía, mientras que cuando gobiernan los pobres es una democracia.

Insiste en que no se trata de distinguir entre el gobierno de unos pocos o el gobierno de muchos, sino entre el gobierno de los ricos o el de los pobres. Pero lo cierto es que los ricos casi invariablemente son pocos y los pobres muchos, aunque lo que nos interesa destacar es que la clave se esconde en la riqueza.[22]

Pero ¿cómo provee la riqueza los medios para mantener el poder en una *polis* que tiene una constitución democrática? ¿Cómo iba a contrarrestar ese desarrollo la democracia sin perder su carácter de *polis* democrática, es decir, sin un aparato burocrático? Una vez que había ya unos cuantos funcionarios pagados para que pudieran participar en la vida pública, su subvención tenía que proceder de los fondos públicos o de las economías privadas de los grandes señores. Si estos ciudadanos tenían que ser libres y gozar de la igualdad sin caer en la dependencia de los señores, su manutención tenía que provenir de la esfera pública, porque deber la manutención a los señores feudales, les obligaría a guardar su fidelidad en una relación que reduciría los derechos legales de ciudadanía a la nada. Un buen ejemplo lo ofrece Roma con unas relaciones de patrón-cliente decisivas tanto en la época patricia como en la imperial.

En resumen, la democracia, en el sentido griego de la palabra, exigía salvaguardas materiales para evitar el soborno por parte de los ricos. Como garantía efectiva, se prohibió a los ricos alimentar a la población políticamente activa que tenía que sentarse en el jurado, votar en la asamblea o administrar en el Pritaneo. Para la mentalidad ateniense venían después dos requisitos aparentemente contradictorios: la distribución de

[22] Aristóteles, *Política*. III, 8.

alimentos tenía que ser hecha por la *polis* misma, aunque no se permitía la entrada a la burocracia, puesto que democracia significaba el gobierno del pueblo por el pueblo, y no por sus representantes ni por una burocracia. Tanto la burocracia como los representantes eran considerados la antítesis de la democracia. Rousseau, fuente de todo el pensamiento moderno sobre la idea de la soberanía popular, seguía adhiriéndose firmemente a este principio. Pero ¿cómo pudo realizarse esta distribución por el estado en ausencia de la burocracia? La respuesta en Atenas fue el mercado de alimentos.

Un dilema similar estaba en la base de las alternativas que Rostovtzeff estableció con tanta rigidez entre la recogida de impuestos agrícolas y la burocracia financiera como dos alternativas administrativas radicalmente opuestas en el mundo antiguo. Pero, salvo encargando su recaudación a manos privadas, ¿cómo pueden recogerse impuestos si se quiere evitar el desarrollo de la burocracia? Y de manera similar, ¿cómo se podían construir las obras públicas necesarias si no era dando las contratas a personas privadas?

Precisamente los pagos de dinero a los ciudadanos pueden representar una alternativa a la distribución en especie de alimentos y otros productos básicos. El pago puede deberse a servicios militares, políticos u otros, o puede ser una dieta diaria. Es así como el dinero se utilizaba como pago —una alternativa al pago en especies— y el mercado suministraba las mercancías. Así, los dos o tres óbolos que el ciudadano recibía diariamente del estado podían transformarse en comida. No era necesaria la burocracia, y al tiempo el estado proveía los medios de subsistencia de sus ciudadanos. La forma democrática de redistribución dependía entonces del uso del mercado.

El deseo de evitar todo elemento burocrático era tal en la antigua Atenas que los cargos estatales se tomaban por turno

entre los ciudadanos, se ocupaban por sorteo,[23] y no se podían repetir una segunda vez hasta que los demás ciudadanos no hubiesen ocupado esos cargos.[24] Se hicieron sólo unas pocas excepciones a estas reglas. Se consideraba que la elección por sorteo era la personificación misma de la democracia, puesto que todo hombre tenía la misma oportunidad de ocupar un cargo, sin tener en cuenta sus orígenes, su rango o sus habilidades especiales. El sistema de rotación significaba que todos los atenienses tenían familiaridad con el intrincado funcionamiento de la administración pública, al tiempo que se evitaba que aumentara el número de funcionarios permanentes. Los atenienses no podían dudar de cómo era el estado, o cómo era la administración de la justicia, que no estaba representada por una institución distante, sino por el conocimiento profundo que cada ciudadano tenía de ella. Pericles pudo decir:

> Consideramos al hombre que no se interesa en los asuntos públicos, no un ser inofensivo, sino un carácter inútil; y aunque pocos de nosotros somos creadores, todos somos jueces dignos de la política... Y digo que Atenas es la escuela de la Hélade, y que el individuo ateniense parece tener de por sí el poder de adaptarse a las más variadas formas de acción con la máxima versatilidad y gracia.[25]

La supervivencia de las tradiciones tribales de redistribución está ilustrada en la famosa historia de la desviación que hizo Temístocles de los ingresos de las minas de plata de Laurio con propósitos defensivos. En palabras de Plutarco:

> ... los atenienses solían repartirse entre ellos los ingresos procedentes de las minas de plata de Laurio, pero él, él solo, se atrevió a presentarse ante el pueblo y decir que debería ponerse fin a esta repartición para que con estos dineros se construyeran trirremes...[26]

Tan arraigada estaba esta tradición que Temístocles ni siquiera fue capaz de utilizar el peligro persa —por muy real que fuera— como razón válida para construir barcos, sino que tuvo que utilizar una amenaza más cercana, la vecindad con Egina. No es de extrañar que, como dice Plutarco, «en aquella época no había tesoro público en Atenas».

Según Aristóteles, ese suceso tuvo lugar en el 483 o 482 a.C., cuando «fueron descubiertas las minas de Maronea y el estado obtuvo unos beneficios de cien talentos por su explotación».[27] Se construyeron cien trirremes con ese dinero, según Aristóteles y Plutarco; en la versión de Heródoto, el excedente fue lo bastante grande como para entregar diez dracmas a cada ciudadano y construir doscientos trirremes.[28] Temístocles necesitó hacer uso de todas sus dotes de persuasión para convencer a los atenienses de que renunciaran a la redistribución de fondos excedentes. Sin esta acción, Persia hubiera conquistado Grecia, puesto que, como dice Aristóteles, «con esos barcos ganaron la batalla de Salamina contra los bárbaros». Las minas eran propiedad del estado, pero se alquilaban a particulares durante tres o diez años; tanto la adjudicación del alquiler como el pago de las rentas estaba sometido a una estricta supervisión. Tampoco debe sorprendernos que, en situaciones críticas, el mercado se considerase otro medio de distribución de alimentos para la comunidad sin intervención de ningún tipo de burocracia.

[23] El tesorero de los fondos militares, los tesoreros del fondo del teatro, el superintendente del suministro de agua y los oficiales militares también eran elegidos en votación. Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XLIII, 1.

[24] Los cargos militares podían ostentarse sin límite temporal; los miembros del Consejo podían ser elegidos dos veces. Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XLII, 3.

[25] Oración Fúnebre, en Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 40-41.

[26] Plutarco, *Temístocles*, VI, 1.

[27] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXII.

[28] Heródoto, *Las Guerras Persas*, VII.

§5. Regalos de sus propios fondos

Para muchos estudiosos de la antigüedad el expansionismo de la democracia ateniense parecía casi una contradicción entre términos. La democracia clásica desarrolló un gran imperio marítimo y mantuvo sujetos a sus aliados. La mentalidad moderna tiende a considerar esto un abandono total de los principios democráticos, lo cual sólo es cierto en cuanto a la constitución interna de la confederación. En general, esta concepción, aunque comprensible bajo la luz del liberalismo del siglo xix, ignora el aspecto histórico. Tras la advertencia de las Guerras Médicas y las pocas salidas que le quedaban, la democracia ateniense, si quería sobrevivir, tenía que crear un imperio. Antes que nada era una medida de defensa ideada para evitar el desquite del Gran Rey. Por otra parte, la política económica de Atenas, que pretendía asegurar el suministro de grano y mantener el apoyo financiero de los mismos defensores, era una necesidad militar y estratégica.

La defensa, como había demostrado la experiencia ateniense, exigía asegurar los alimentos que venían de ultramar, así como los medios de subsistencia para una gran parte de la población, que se dedicaba a los servicios públicos. El imperio significaba, en primer lugar, el control de la importación de grano; y en segundo, ingresos adicionales para mantener a los ciudadanos. El primer punto lo trataremos cuando examinemos la organización del comercio del grano. En cuanto al último —es decir la historia general de la política imperial y sus aspectos financieros, a la que volvemos ahora—, la autoridad en la materia es Aristóteles. Sus obras ofrecen un estudio completo de todo el problema.

El período anterior y posterior a la batalla de Salamina se caracterizó por las luchas entre dos «líderes del pueblo» rivales entre sí, Arístides y Temístocles. Este último, señala Aristóteles en *La constitución de Atenas*, «dedicó su vida a dirigir la guerra,

mientras que el primero tenía fama de ser un inteligente hombre de Estado y el ciudadano más honrado de su época».[29] Temístocles, el héroe de Salamina, fue responsable del desarrollo del poderío ateniense en el mar. Tras organizar la flota y llevarla a la victoria, procedió a construir un fondeadero y un puerto, de los que carecía Atenas, puesto que las insignificantes embarcaciones del pasado se fondeaban sin dificultad en la playa de Falero.

Según Plutarco,

> equipó El Pireo, porque había observado la forma favorable de sus bahías y deseaba unir la ciudad al mar; así, en cierto modo, contradecía la política de los antiguos reyes atenienses. Según se decía, éstos, en sus esfuerzos por apartar a los ciudadanos del mar y acostumbrados a vivir, no de la navegación, sino de la agricultura, difundieron la leyenda de que Atenea, cuando Poseidón luchaba contra ella por el dominio del país, mostró el olivo sagrado de la Acrópolis a los jueces, y así ganó la partida. Pero Temístocles, como dice el poeta cómico Aristófanes, «no amasó El Pireo con la ciudad», no, sino que ligó la ciudad a El Pireo, y la tierra al mar. Y fue así como incrementó los privilegios del pueblo frente a los nobles y lo llenó de fuerza, puesto que el poder y el control estaban ahora en manos de los capitanes, contramaestres y pilotos.[30]

Describir la ciudad «ligada» al puerto era una exageración; pero el comentario de Plutarco de que el desarrollo del poder marítimo fortaleció la democracia, refleja una verdad fundamental. Aristóteles, al trazar el desarrollo de la extrema democracia ateniense en su *Política*, observa que esto fue «debido en gran parte a las circunstancias», no a las reformas de Solón, «porque las gentes que habían hecho posible la supremacía naval en las Guerras Médicas se convirtieron en seres orgullosos y adoptaron a hombres malos para que fueran

[29] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXIII, 3.
[30] Plutarco, *Temístocles*, XIX, 2-4.

sus jefes populares...».[31] Y en su Constitución de Atenas dijo sobre la expansión de Pericles y el programa naval de Temístocles que, gracias a ello, «la masa había ganado confianza en sí misma y por consiguiente, cada vez tenía más control de las cosas en sus manos».[32] El libelo antidemocrático que firma el «Viejo Oligarca» explica el poder del populacho debido a la importancia de la flota para Atenas.[33]

Pero la armada y el imperio iban juntos, por miedo a que ambos fueran destruidos por un embotellamiento de la flota y el bloqueo de la capital. La mayoría de los estudiosos, antiguos y modernos, han puesto su mayor atención en el logro de Temístocles al desarrollar El Pireo y la armada ateniense. Pero Aristóteles le pone objeciones al insistir que se le debe conceder a Arístides el mérito de haber desarrollado la forma clásica de democracia. Utilizó el aparato del imperio —sin duda su mayor logro— para transformar el carácter de la democracia ateniense. El imperio, como él lo concebía, suministró los fondos para mantener a toda la población. De hecho, propuso una forma de synoecismo, para que los habitantes rurales se trasladaran a vivir a Atenas, pagando el coste con los tributos recibidos de los aliados:

> Después de esto, al ver al estado crecer en confianza y riquezas acumuladas, aconsejó al pueblo aferrarse al liderazgo de la Liga y dejar los distritos rurales e instalarse en la ciudad. Les dijo que *todos podrían ganarse la vida allí*, algunos sirviendo en la armada, otros en las guarniciones, otros participando en los asuntos públicos, y de esta forma asegurarían el liderazgo. El consejo fue seguido, y cuando el pueblo había asumido el control supremo, empezaron a tratar a los aliados de una forma más imperiosa, excepto a los ciudadanos de Kios, Lesbos y Samos... *Ellos también aseguraron el mantenimiento de la masa de población en la forma en que Arístides les había indicado. Gracias a las ganancias de los impuestos y tributos y las contribuciones de los aliados se mantuvo a más de veinte mil personas.* Había 6.000 jurados, 1.600 arqueros, 1.200 caballeros, 500 miembros del Consejo, 500 guardias de los astilleros, además de los 50 guardias de la ciudad, unos 700 magistrados dentro y otros 700 en el extranjero. Además, en periodo de guerra se añadían 2.500 hombres a las tropas armadas, veinte navíos de guardia (cada uno con 200 marineros), y otros barcos que recogían los tributos, con unas tripulaciones que llegaban hasta los 2.000 hombres, seleccionados por sorteo; y aparte estaban las personas mantenidas en el Pritaneo, y los huérfanos y carceleros, puesto que todos ellos eran mantenidos por el estado. Era así como la gente se ganaba la vida.[34] (Subrayado de K.P.)

La unión del poder marítimo y la democracia reconocida por Arístides también se manifestó en la política de Pericles. Bajo él, el más grande de los demagogos, la talasocracia ateniense alcanzó su máximo nivel. El análisis de Aristóteles sobre cómo Pericles llegó al poder es de especial interés para nosotros; nos lleva por un largo camino hasta la comprensión de la *polis* democrática.

> Después, Pericles asumió su posición de líder popular, habiéndose distinguido primero de joven por haber procesado a Cimón al hacer revisar las cuentas oficiales cuando fue general. Bajo sus auspicios la constitución se hizo aún más democrática. Abolió algunos de los privilegios del Areópago, y, por encima de todo, encauzó la política del estado hacia el dominio naval, haciendo que la masa adquiriera confianza en sí misma y tuviera cada vez más el control de los asuntos en sus manos... *Pericles fue también el primero en instituir el pago por los servicios prestados en los tribunales, para ganarse el favor popular y contrarrestar la riqueza de Cimón.* Este último, que tenía propiedades privadas de real esplendor, no sólo realizaba magníficamente las liturgias, sino que también mantenía a un gran número de

[31] Aristóteles, *Política*, II, 12.
[32] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXVII, 1.
[33] Pseudo-Jenofonte, *Constitución de Atenas*, I, 2.
[34] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXIV. Aristóteles describe aquí los resultados de la adopción de la política de Arístides, puesto que el pago para algunos servicios que él menciona no fue adoptado en el siglo V.

hombres de su linaje. Cualquier miembro del linaje de los laciados podía ir todos los días a casa de Cimón y recibir allí una provisión razonable; sus propiedades no estaban valladas, por lo que cualquiera podía ir allí y servirse y coger los frutos. La propiedad privada de Pericles no era comparable a tal magnificencia, y en consecuencia siguió el consejo de Damónides de Oia... que era que *como había sido derrotado en cuanto a las posesiones privadas, debía hacer regalos a la gente de sus propios fondos*; y por consiguiente estableció el pago para los miembros de los jurados.[35] (Subrayado de K.P.)

El conflicto entre Cimón y Pericles se expresa acertadamente como el contraste entre los dos centros de redistribución: el *oikos* señorial y la *polis* democrática. Pericles, el líder democrático, fue alejado del poder por la riqueza de Cimón, redistribuida a través de la casa del líder conservador y de su generosidad en las liturgias. En cualquier caso se trata de lo mismo: las liturgias las hacían solamente los ricos, y tendían a someter al pueblo a algo semejante a la dependencia. La política de Pericles es una clara alternativa a la de Cimón: «hacer regalos a la gente de sus propios fondos», y así darles más poder pues «bajo sus auspicios la constitución se hizo aún más democrática». La redistribución por y a través de la *polis* estaba en la línea de la tradición de la *polis*. Al contrastar el pago por los servicios en un jurado con las pródigas liturgias de Cimón, Aristóteles quiere decir que la realización de servicios públicos por el pueblo no era más que una extensión del principio de la liturgia aplicado a las masas. La realización voluntaria de los deberes era la liturgia del pobre.[36]

De aquí que, hasta cierto punto, Pericles fue el que llevó a efecto las ideas de Arístides. Sin embargo, habían pasado ya veinte años debido a la reacción oligarca que siguió a las

[35] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XLIII, 1.

[36] A comienzos del período clásico la liturgia era un codiciado derecho honorífico asumido voluntariamente por los ricos; sólo más tarde se convirtió en semiobligatorio y por eso, algunas veces, los ricos intentaban evitarlo.

Guerras Médicas. Aunque la expansión naval favoreció el poder democrático, el Areópago[37] había recuperado gran parte de su anterior influencia por el prestigio que había ganado durante las guerras. Cuando la flota ateniense estaba a punto de disolverse por falta de pago, el Consejo del Areópago lo impidió y donó ocho dracmas a cada miembro de la tripulación.[38] Su poder aunque disminuía gradualmente, duró hasta unos diecisiete años después de las Guerras Médicas.[39]

Plutarco, que repite el relato de Aristóteles sobre la ascendencia de Pericles, da más detalles de su política redistributiva:

> Al principio... al estar en contra de la reputación de Cimón, intentó congraciarse con el pueblo. Y puesto que era inferior en riqueza y propiedades, con las que Cimón podía ganarse a los pobres —dando de comer diariamente a cualquier ateniense que lo deseara, regalando vestimenta a los ancianos, y quitando las vallas de sus terrenos para que cogiera fruta quien quisiera—, Pericles, para no ser menos en «artes» populares de este tipo, tenía el recurso de distribuir la propia riqueza del pueblo... Y pronto, con los premios de los festivales, los salarios de los jurados y otras dietas y dádivas, sobornó a la multitud y la utilizó para oponerse al Consejo del Areópago.[40]

No podemos asegurar hasta qué punto se llevó a cabo el synoecismo de Arístides, y si la gente se trasladó del campo a la ciudad. Tucídides escribe que al comienzo de la guerra del Peloponeso, la mayor parte de la población tenía su casa en el campo.[41] Indudablemente hubo muchos que se mudaron a Atenas, puesto que Pericles dedicó gran parte de su atención a las multitudes de plebeyos ociosos. Mandaba sesenta trirremes al año a navegar, «en los cuales iban muchos ciudadanos

[37] El alto consejo de nobles, a diferencia de la *Ecclesia*, la asamblea de los hombres libres. (*N. del E.*)

[38] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXIII.

[39] *Ibid.*, XXV.

[40] Plutarco, *Pericles*, IX, 2-3.

[41] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 16.

durante ocho meses con salario, practicando y perfeccionando el arte de la náutica», y enviaba miles de hombres a las colonias de Quersoneso, Naxos, Andros, Tracia e Italia.

> Todo esto lo hacía despertando a la ciudad del letargo de su masa de incordiantes entrometidos y vagos, rectificando los apuros de los más pobres, y dándoles a los aliados como vecinos una guarnición entera de soldados para evitar la rebelión.[42]

Gomme supone que hubo un incremento constante de la población entre los siglos V y IV.[43]

Pero «lo que más hermosa hizo a Atenas y la mayor sorpresa para el resto de la humanidad» fue el programa de construcción de Pericles. De él nacieron el Partenón y el Propileón sobre, los cuales descansó para siempre la fama de Atenas. El mismo Pericles lo había concebido como un programa de obras públicas a largo plazo, diseñado para mantener a una gran parte de la población.

> Era cierto que su expedición militar contaba con los hombres más vigorosos y de más recursos y los mantenía con los fondos comunes, y en su deseo de que la multitud pacífica de trabajadores no quedase al margen de los ingresos públicos ni obtuviera dietas por la pereza y la holgazanería, propuso con firmeza al pueblo una serie de proyectos de grandes construcciones, y diseños para obras que requerirían la presencia de artistas y que durarían mucho tiempo, para que los que estaban en casa, no menos que los marineros, los centinelas y los soldados, pudieran tener un pretexto para obtener una parte de la riqueza pública. Los materiales a utilizar eran piedra, bronce, marfil, oro, ébano y madera de ciprés; los artesanos que debían idear y dar forma a estos materiales eran los carpinteros, moldeadores, bronceros, escultores, arquitectos, orives, artesanos del marfil, grabadores, por no hablar de los transportistas y suministradores del material, tales como factores, marinos y pilotos de barco, y por tierra, los guías, los arrieros y los que tiraban de las bestias. También estaban los fabricantes de cuerdas, los tejedores, los curtidores, los peones camineros y los mineros. Y cada una de estas actividades contaba con sus grupos de obreros no especializados, y así resultó que había trabajo para casi todas las edades y para todas las capacidades; la gran abundancia de la ciudad se distribuyó y se diseminó en el extranjero para cumplir tal demanda.[44]

Los fondos de esta titánica tarea se sacaban de los tributos y de los impuestos de los aliados o subordinados de Atenas. La cantidad de riqueza que Atenas obtenía de su imperio queda demostrada por el volumen del tesoro estatal en la época de la guerra del Peloponeso; tenía 6.000 talentos de plata acuñada en la Acrópolis, objetos valorados en 500 talentos, los adornos de oro de Atenea, que suponían 40 talentos de oro puro, y otros tesoros del templo.

Pericles «estaba siempre organizando algún espectáculo en la ciudad para la masa, algún festejo o procesión», informa Plutarco.[45] Si aceptamos el punto de vista de Wilamowitz, el *theorikon*, un regalo de dos óbolos para que los ciudadanos pobres pudieran pagar la entrada al teatro de Dionisio, fue inventado por Pericles. La Oración Fúnebre exaltaba las costumbres atenienses:

> Y no hemos olvidado dar a nuestro cansado espíritu un poco de descanso del trabajo duro; tenemos juegos y sacrificios durante todo el año; nuestras casas son hermosas y elegantes; y el placer que sentimos cada día nos ayuda a desterrar la melancolía.[46]

[42] Plutarco, *Pericles*, XI, 4-5.

[43] A.W. Gomme, *The Population of Athens in the Fifth and Fourth Centuries B. C.* (Oxford: B. Blackwell, 1933), capítulo 2, page 46-47.

[44] Plutarco, *Pericles*, XII, 5-7.

[45] *Ibid.*, XI, 4.

[46] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 38.

Al comienzo de la guerra de Arquidamia, en el 431 a.C., hubo que hacer una distribución urgente de tierras y dinero en Egina.[47]

Por miedo a que hubiese dudas en cuanto a la razón de estas actividades, Pericles expone su propia defensa de los usos que da a las contribuciones de los aliados:

> Es conveniente que la ciudad, una vez equipada con todo lo necesario para proseguir la guerra, dedique su abundancia a tales obras que, una vez acabadas, tendrán una gloria imperecedera, y que mientras estén en curso *convertirán esa abundancia en servicio real*, porque crean diversas actividades y demandas, que afectarán a todas las artes y a todas las manos, que hará *que toda la ciudad esté ocupada y recibiendo su pago, para que no sólo se adorne, sino que se mantenga también con sus propios recursos.*[48] (Subrayado de K.P.)

Para nuestra época, que no hace tanto tiempo estaba preocupada por el problema de los «trabajos sociales», vale la pena mencionar el comentario de Plutarco sobre los logros alcanzados por este gran programa estatal.

> Entonces se iniciaron las obras, no menos elevadas en su grandeza que inimitables en la gracia de sus contornos, puesto que los artesanos se empeñaron en superarse a sí mismos en la belleza de sus obras. Y lo más sorprendente de todo fue la rapidez con que trabajaron. Cada uno de ellos, pensaron los hombres, necesitaría muchas generaciones sucesivas para acabar, pero todas las obras se concluyeron en el apogeo de una sola administración... se crearon en breve tiempo para toda la eternidad.[49]

No se trataba sólo de planificación estatal, sino de planificación estatal con un alto nivel de eficiencia. Lord Keynes, en su *Teoría general*, podía muy bien haber juzgado el Partenón, y no las pirámides, como un paralelo histórico de nuestras modernas obras públicas.

Los sucesores de Pericles añadieron otros tipos de pagos regulares. Cleofón, que sucedió a Cleón como demagogo, inició el pago de la difamada *diobelia* alrededor del 410 a.C.[50] La *diobelia*, un pago universal de dos óbolos por día, parece haber sido una medida excepcional tomada para asistir a la multitud de personas desplazadas a Atenas huyendo de las zonas rurales invadidas, que permaneció en vigor durante varios años. La *diobelia* tuvo su precedente en las Guerras Médicas, cuando las mujeres y los niños atenienses fueron trasladados por su seguridad a Troezo, antes de la batalla de Salamina, y los habitantes de esa ciudad «votaron mantenerlos con los fondos públicos, concediendo dos óbolos diarios por familia».[51] Al comienzo de la guerra del Peloponeso, cuando Pericles indujo a los habitantes del campo a trasladarse a Atenas, repartió entre ellos una gran parte de la zona de El Pireo, así como la tierra que se extendía entre las murallas de Atenas y El Pireo.[52]

Cerca del año 400 a.C. se estableció el pago de un óbolo por asistir a las reuniones de la Asamblea, subiéndose rápidamente a dos y luego a tres óbolos en el 390 a.C. En la época de Aristóteles[53] el pago ascendía a un dracma por asistir a las reuniones ordinarias y uno y medio por la reunión mensual «soberana», cuyo objetivo era el suministro de grano y la política exterior. Los jurados que habían recibido uno o dos óbolos diarios de paga durante la época de Pericles vieron incrementada su dieta a tres óbolos en tiempos de Cleón, y quedó así durante todo el siglo IV. En tiempos de Aristóteles,

[47] Plutarco, *Pericles*, XXXIV, 1.
[48] *Ibíd.*, XII, 4.
[49] *Ibíd.*, XIII, 1, 3.
[50] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XXVIII, 3.
[51] Plutarco, *Temístocles*, X, 3.
[52] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 17.
[53] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XLI, 3.

también los miembros del Consejo obtenían cinco óbolos diarios, mientras que aquellos que servían en el Pritaneo, el consejo ejecutivo principal, recibían una prima de un óbolo extra, y las comidas que hacían en común se pagaban de los fondos públicos. Los arcontes recibían cuatro óbolos cada uno, además de los servicios de un flautista y un heraldo; los diputados de Délos recibían un dracma diario, mientras que los magistrados de asuntos exteriores cobraban una dieta no especificada.[54] «Los inválidos», los *adynatoi*, tenían una paga diaria de dos óbolos; estaban sometidos a examen por parte del Consejo con el fin de determinar su elegibilidad.[55]

6. El *kapélos*

Todo esto nos hace ver que el *ágora* ateniense era en gran medida un mercado al por menor para la venta de productos alimenticios listos para su consumo; y que el *kapélos*, cuya nunca aclarada figura se asentaba en el *ágora*, fue principalmente un vendedor minorista de comida preparada.

El «semisynoecismo» de Arístides, como lo llamó Wilamowitz-Moellendorff, siguió a la evacuación forzosa de Atenas, cuya población recurrió a los barcos y fue salvada del hambre por el milagro de Salamina. Si la cruda cuestión del suministro de alimentos no estuviese dotada para la conciencia pública de una intensidad dramática, la guerra política entre Cimón y Pericles no se hubiera basado en algo tan trivial como la venta de provisiones en el mercado. Sin embargo es en lo que se basó, aunque apenas quedan pruebas directas de ese hecho tan fundamental para la comprensión de la *polis* y su economía. Tampoco conocemos mucho sobre la figura central del *ágora*, el *kapélos*.

[54] *Ibíd.*, LXII, 2.
[55] *Ibíd.*, XLIX, 4.

Para formarnos una idea debemos volver a Aristófanes, que en su *Azcanienses* llevó al escenario a un *kapélos* exagerado, inconfundible y descomunal, aunque evita nombrarle para reforzar el efecto cómico. *Los Azcanienses* fue escrita y representada en la primera mitad de la guerra del Peloponeso, en Atenas, la capital de la *polis* en guerra. La estrategia de Pericles incluía la evacuación anual de la población del campo para refugiarse en Atenas. Los habitantes marciales del municipio de Arquerna, principal sufridor de los asaltos espartanos, pertenecían al partido de la guerra, mientras que el héroe de la comedia es un ciudadano granjero, Diceópolis, que, harto de la lucha, firma una tregua privada con los espartanos y se dedica por completo a sus asuntos particulares. Es el ciudadano filósofo que resuelve el problema de la guerra y la paz según le indica su sentido común. Es el *zoon apolitikon*, que evita pronunciar la misma palabra *polis*, y cree que si la usa no le traerá más que desgracias, Normalmente, viviría de su terreno y sembraría la tierra que le brindaría la feliz autosuficiencia, sin preocuparse jamás de la ciudad y el mercado. Pero lleva seis años inmerso en la alta política, desprovisto de su tranquilo hogar por las incursiones enemigas, y está obligado a acudir; incluso para tener su propio aceite y su vinagre, al mercado de la ciudad, al que una y otra vez tiene que corresponder. Eso por no hablar del estúpido embargo que el gobierno ateniense tenía sobre las importaciones de Megara, forzando así a nuestro héroe a renunciar a los exquisitos bocados «enemigos» y a los placeres de la mesa. Los cochinillos de Megara y las anguilas de las marismas beodas ya no son más que un recuerdo.

En esta burla político-filosófica, donde nada va bien, Diceópolis contribuye por casualidad a aportarnos una buena información sobre el *ágora* del siglo V, e incluso a un conocimiento más concreto de la naturaleza exacta del negocio de comidas preparadas llevado a cabo por el *kapélos*.

Por inclinación natural, Diceópolis censura el hábito de mercado, recordando los tiempos felices de su hogar rural cuando vivía sin los acosos de la multitud y sin tener que preocuparse de la cocina. Aunque la lógica de esta exuberante farsa, con su entramado de escenas realistas y absurdas, le coloca a él mismo en el centro del mercado. El tiempo es el presente, el año 426 a.C. el lugar es el Pnyx, antes de abrirse la asamblea. El tema político de la obra, es la paz, las pesadas e inacabadas conversaciones para firmar la tregua, y la insensata política de los líderes, Pericles, Cleón y todos los demás. Diceópolis inútilmente se pronuncia en solitario para desacreditar las falsas promesas de los «traficantes de la guerra»; el fraude de las negociaciones para pactar con los aliados; los juegos de esas embajadas errantes durante más de una década, evadiendo los rigores de la guerra en su propia tierra, malgastando su tiempo y el dinero del país en vanas misiones diplomáticas en el extranjero. Nuestro hombre, harto de estos engaños, firma una tregua privada con el enemigo espartano al precio módico de ocho dracmas; monta una campaña burlesca de negociaciones traicioneras; trafica con las ofertas de paz del extranjero, a corto y a largo plazo; y finalmente, establece una «fuente constante de paz» de la que dispensa onzas y dracmas de ese precioso elixir a los que él considera dignos. Su extravagante broma de exportar espías e informadores como materia prima ateniense, envueltos en paja como la cerámica para evitar su rotura; su negativa a vender las especialidades de su comercio privado a los miembros del partido de la guerra; sus ruidosas fiestas domésticas; su forma de entretenerse disfrazándose de pobre como los de las tragedias de su oponente dramático, Eurípides, y mofarse con esta indumentaria de las pomposas ropas de sus nobles vecinos; la abundancia de dulces y viandas que prodiga en pacíficas meriendas, todo ello sigue una secuencia fantástica. La representación principal, sin embargo, es el papel del *kapélos*, cuyo mercado privado le ofrece todas las bendiciones

de la paz, y al mismo tiempo le da el monopolio de la comida preparada para la multitud, tan agradable como el placer y tan rentable como un negocio.

En primer lugar le vemos montando su negocio privado.

> *Diceópolis*: Éstos son los límites de mi mercado. Todos los habitantes del Peloponeso, Magaria, Beoda, tienen derecho a venir aquí y comerciar, siempre que me vendan sus mercancías a mí y no a Lamaco. Como inspectores de mercado designo a estos tres látigos de cuero Lepreo, elegidos por sorteo. Avisados están ya todos los informadores y los hombres de Fasis. Vienen a traerme el pilar sobre el cual se inscribe el tratado y yo mismo lo erigiré en el centro del mercado, que esté bien a la vista de todos.[56]

Un beocio que entra con un esclavo «llevando un amplio surtido de alimentos» pregunta a Diceópolis si «va a comprar pollos o langostas». Diceópolis le pregunta qué trae.

> *Beocio*: Lo mejor de Beocia, mejorana, poleo, esparto, candiles, patos, arrendajos, becadas, reyezuelos, somorgujos.
> *Diceópolis*: Las aves están siempre revoloteando en mi mercado.
> *Beocio*: También traigo gansos, liebres, zorros, topos, erizos, gatos, liras, vencejos, nutrias y anguilas de los lagos Copaicos.
> *Diceópolis*: Ah, amigo que me traes el más delicioso de los pescados, deja que salude a tus anguilas.[57]

Pronto vemos a Diceópolis revelándose como un auténtico maestro de la cocina. Llama a los niños y a las mujeres de su casa para darles trabajo.

> *Diceópolis*: ... ¡Rápido! Poned las liebres al fuego y que se asen bien; dad vueltas por los dos lados; apartadlas de la llama; preparad las guirnaldas; y alcanzadme las brochetas para que pinche los tordos.
> *Primer semi-coro*: Envidio tu sabiduría y más aún tu buena comida.

[56] Aristófanes, *Los Acarnienses*, 719-728.
[57] *Ibid.*, 860-882.

Diceópolis: ¿Qué vas a decir entonces cuando veas asar los tordos?
Primer semi-coro: ¡Ah, es cierto!
Diceópolis (a un esclavo): ¡Esclavo, aviva bien el fuego!
Primer semi-coro (al otro semi-coro): ¡Ved cómo conoce su negocio!
¡Es un perfecto cocinero!
¡Qué bien sabe preparar una cena perfecta!
Diceópolis (a un esclavo): Vierte miel sobre estos callos, y ponlos ante el fuego para que se sequen.
Segundo semi-coro: ¿Escucháis cómo da las órdenes?
Diceópolis (a los esclavos que están dentro de la casa): Poned las anguilas en la parrilla... Dejad que se hagan bien y se doren.[58]

No se discuten aquí los pros y los contras del mercado como institución. El autor no preconiza los méritos del mercado como tal, expone sus quejas sobre la dificultad de vender comida preparada para la ciudad. Tampoco desaprueba en su obra las formas y costumbres de la gente del mercado, los dueños de los puestos, los taberneros y los cocineros, indistinguibles de la multitud de los puertos. En general, se trata de una obra a favor del mercado, que presenta las privaciones causadas a los ciudadanos por la orden de Pericles de rechazar a los megaros «del mar y la tierra, del continente y de los emporios». Al mismo tiempo, el exuberante ingenio del poeta introduce un tono anticompetitivo en el mercado privado de su héroe, con todas las contradicciones de ese giro. Sin embargo pisamos tierra firme cuando llegamos al detalle trivial, el coro alaba con entusiasmo la perfección de la eudaimonía de nuestro héroe. En realidad ha inventado para sí mismo una situación de incomparable felicidad. Obtiene beneficios en el mercado sin trabajo; las grandes ofertas las adquiere sin esfuerzo; está libre de espías e informadores, de la multitud ajetreada y de las molestias públicas; no sufre la presión de las ventas, no necesita ofertas para satisfacer al consumidor.

[58] *Ibid.*, 1085-1040.

En virtud de su tratado es abastecido con todas las mercancías extranjeras para comerciar con ellas (*diempolan*), tanto para cocinarlas en casa como para consumirlas tibias (*chliara*).[59]

Así comercia con las mercancías que llegan a él de todas partes. Pero esto no es todo. Él se ocupa de vender comida cocinada, que a veces se lleva el cliente para calentar en casa, y otras, y esto es esencial, la comida ya está lista para comer platos preparados, no muy calientes aunque relativamente templados, de pescados o aves, asados o a la plancha.

Ésta es por tanto la única aproximación literaria que tenemos del *kapélos*. El mismo término *kapélos* no era más que honorífico, y sus connotaciones eran demasiado evidentes, por lo que Aristófanes evitó deliberadamente incrementar el efecto. Representar al campesino triste de la guerra en la figura de un *kapélos* astuto, cuyo mercado privado le da el perfil de un filósofo benigno y la dignidad de un mayorista, debió de causar muchas risas. Sin embargo, este recurso de la verdadera comedia puede explicar el hecho de que, en tiempos posteriores, el papel de Diceópolis en estas escenas no se supo identificar.

El *ágora* era sobre todo un mercado de comida cocinada, no muy diferente de los mercados de la costa guineana en África, cuyos rasgos característicos eran límites rígidos; regulaciones de quién puede y quién no puede comerciar con quién; inspectores oficiales del mercado, así como espías municipales; las mercancías —sobre todo productos alimenticios—, vendidas directamente por el campesino por dinero o a cambio de algo. La altura alcanzada por la civilización ateniense no debería impedirnos ver el carácter primitivo de la institución de mercado que un Pericles consideró digna de su apoyo personal.

[59] *Ibid.*, 972-973.

13. MERCADOS LOCALES Y COMERCIO EXTERIOR

La plaza del mercado ateniense no fue la cuna de un sistema de mercado. El mercado local era una cosa, y el comercio exterior, otra. Ambos tenían orígenes separados e independientes. El que se distribuyese el grano o a veces se vendiese en el espacio abierto reservado a las asambleas públicas —o más bien en su vecindario inmediato—; el que los víveres se vendiesen o no en el *ágora* comercial, dependía de muchos factores, todos ellos relacionados con la política local. Entre estos factores estaba la frecuente escasez de suministros debida a las aglomeraciones humanas con motivo de festividades religiosas, la afluencia de refugiados, el desplazamiento de la población rural, cómo se organizaban las obras públicas en las murallas de la ciudad o del templo, la naturaleza de la mano de obra empleada, el tipo de autoridad responsable de la tarea o la disponibilidad de dinero en pequeñas cantidades para comprar. Éstas, y quizás otras razones, fueron las causantes del desarrollo del mercado local de alimentos.

§1. *Kapélos* y *emporos*

El comercio era un asunto completamente diferente. Probablemente antecedió al mercado; alcanzó las costas del Ática desde el exterior; era una ocupación de extranjeros. Las autoridades procuraban que los comerciantes no se convirtieran en ladrones o secuestradores, que no anduvieran vagando por el país, que después de tener la oportunidad de mostrar sus mercancías en las cortes de los príncipes o en las casas señoriales volvieran a marcharse en paz. El comercio activo también pudo haber sido ejercido ocasionalmente por reyes o jefes en busca de metales u otras mercancías militares. Pero estos casos estaban todavía menos relacionados con el *ágora* que las acciones más habituales del comerciante extranjero. El mercado y el comercio no tenían nada en común. No había motivo para sospechar que llegaría un momento en que ambos no sólo parecerían formar, sino que de hecho formarían, una sola y misma institución, el sistema de mercado.

La distinción entre el comercio local y el comercio exterior es muy precisa con respecto a la persona del comerciante. Sus designaciones eran diferentes, así como la identidad, y probablemente el estatus de sus personas. El comerciante local era el *kapélos*, el comerciante de ultramar era el *emporos*. Platón definió a los *kapéloi* como «los que se establecían en el *ágora* y nos servían en compras y ventas»; los *emporoi* eran «los que van de ciudad en ciudad».[1] *Emporos* originalmente significaba viajero,[2] una raíz etimológica que no es extraña, puesto que el propósito de viajar era invariablemente el suministro. Por ejemplo, de las cuatro palabras utilizadas para denominar al comercio o al comerciante en la elaborada descripción del gran emporio de Tiro que hace Ezequiel, dos tienen como raíz «errar de un lugar a otro», y las otras dos «entrelazar, unir». Los

[1] Platón, *República*, 371 D.
[2] H. Knorringa, *Emporos*, p. 114.

dos grupos de palabras se usan de manera distinta. En el primer caso, la referencia es la distancia y el transporte, y en el otro, tratar y negociar —dos funciones que posteriormente se fundieron en el término comercio—. Las investigaciones de Knorringa,[3] Hasebroek[4] y Finkelstein[5] han confirmado el hecho de que la distinción entre *kapélos* y *emporos* se refería en principio a la localidad —no a la venta al por menor frente al comercio al por mayor, como se suponía—. Platón relaciona al comerciante local con el *ágora*. Jenofonte distingue también en su *Memorabilia* entre los *emporoi* y los «traficantes del lugar del mercado».[6] Puesto que en la antigüedad el volumen de comercio exterior fue insignificante,[7] la frase *errar* se refería a los que se dedicaban a comerciar por río o por mar. Del pequeño volumen de comercio exterior —exceptuando las expediciones y caravanas comerciales—, el núcleo debió de estar formado por campesinos que se trasladaban al mercado local para vender sus excedentes y comprar los artículos que necesitaban.

Sin embargo, la distinción no era puramente funcional. Según la ley ateniense, atribuida a Solón y promulgada por Aristofón, a ningún extranjero se le permitía poner mercancías a la venta en el mercado.[8] Sin embargo, en el período del cual tenemos testimonios, a mediados del siglo IV, se les prohibía a los extranjeros vender en el mercado a menos que pagaran un impuesto.[9] En la práctica este impuesto no era más que el

[3] *Ibid.*, passim.
[4] Hasebroek, *Trade and Politics in Ancient Greece*, trad. L.M. Fraser y D.C. Macgregor, Londres, G. Bell and Sons, 1933, pp. 1-8.
[5] M.I. Finkelstein, «Emporos, Naukleros, ans Kapélos», *Classical Philology*, 30 1935, 320-36. Finkelstein matiza este juicio añadiendo: «El cuidado con que se conservó la distinción es otro asunto», p. 336.
[6] Jenofonte, *Memorabilia*, III, 7, 6.
[7] Finkelstein, «Emporos», p. 328. núm. 37 para Grecia. Para el mundo antiguo en general, cf. Max Weber, *General Economic History*, trad. Frank H. Knight, Glencoe, III, The Free Press, 1950, capítulos 15-16.
[8] Demóstenes, *Discursos privados*, trad. A.T. Murray, Cambridge, Harvard University Press, 1964, XVII, 29-31.
[9] *Ibid.*, 33-34.

pago de la licencia por instalarse. Y así, en un caso en que el acusado niega el cargo de que su madre, una vendedora de cintas, era extranjera, se defiende con el argumento de que «si era ella extranjera, que hubieran examinado su puesto para ver si había pagado el impuesto de extranjería y que hubieran averiguado de qué país provenía...».[10] Que tener un puesto en el *ágora* fue en algunos períodos prerrogativa de los ciudadanos parece evidente; conceder ese derecho a un extranjero mediante el pago de un impuesto era una restricción de ese derecho. Que los residentes extranjeros vendían de hecho en el mercado a comienzos del siglo IV, está confirmado por el discurso de Lisias contra los comerciantes de grano, cuando éstos admiten que son extranjeros. Sin embargo, estaban estrictamente controlados, como también el comercio de grano debió de estar sometido a rigurosas leyes.

Puede que en las regulaciones del *ágora* tuvieran algo que ver las diferencias del sexo. Los comerciantes viajeros son, con muy pocas excepciones, casi siempre hombres. Por otro lado, los minoristas del mercado local no tienen por qué ser del sexo masculino; en realidad, en algunas regiones de Sudán son exclusivamente mujeres. La distinción entre las instituciones del comercio y el mercado va rígidamente unida al sexo: los comerciantes son hombres, las vendedoras del mercado, mujeres. En la Babilonia de Hammurabi, la posadera era mujer. En Sardes, y tal vez en Halicarnaso, desde donde probablemente se expandió hasta Grecia la institución de vender comida al por menor en el mercado, el *kapélos*, hasta mediados del siglo VI, casi con toda segundad era mujer. Heródoto, como hemos visto, basándose en una anécdota de su época, se burlaba del efecto mutilador del *kapélikė*. Parece que se debe a que en origen el *kapélikė* fue una ocupación femenina. Heródoto sostenía que vender en el

[10] *Ibid.*, 34.

mercado era una costumbre originada en la antigua Lidia, al llevar el polvo de oro desde el Monte Tmolus al *ágora* de Sardes; aunque fue mucho después, tras su derrota a manos de los persas, cuando los hombres lidios fueron obligados por Ciro a hacerse vendedores con el fin de afeminarlos. En cuanto a Atenas, había períodos en que ambos sexos podían tener sus puestos en el mercado y puede que esta costumbre variara, posiblemente en función de las mercancías puestas a la venta. La prostitución premarital lidia parece haber sido un anexo del hábito de mercado. Aristófanes, ciertamente, nunca perdía la oportunidad de echar en cara a Eurípides que su madre vendía verduras en el mercado. El discurso de Demóstenes contra Eubulides estaría fuera de lugar, a menos que en aquel momento las mujeres tuvieran puestos en el *ágora* comercial. En el Ática del período clásico bien puede decirse que el *emporos* era un hombre, mientras que el *kapélos* podía ser hombre o mujer, dependiendo de las mercancías a vender o de otras circunstancias.

Aunque el *kapélos* fue en casi todas las épocas un ciudadano comerciante, en el Ática no era, por esa razón, un comerciante por estatus. Más que actuar por deber o por honor, buscaba simplemente ganarse la vida con las ganancias obtenidas «a costa del otro» (*ap'allélón*). Por consiguiente, la consideración en que se le tenía no podía ser más baja. Por otro lado, durante el período clásico, el comerciante de largas distancias casi nunca era ciudadano —y nunca ciudadano de alta posición, como había sido en los tiempos arcaicos del comercio de los jefes—. Por lo general, era extranjero, es decir, ciudadano de otro estado, o residente extranjero. En general, el *emporos* era un griego nacido en las islas, Magna Grecia, Asia Menor o en alguna capital como Corinto; al mismo tiempo, sólo excepcionalmente su posición era inferior a la del comerciante por estatus en el país del cual era ciudadano.[11]

[11] Esta afirmación parece tener una excepción, los habitantes de Rodas, que al parecer fueron «un pueblo comercial».

El hecho de que, en el período clásico, la inmensa mayoría de los *emporoi* fuesen griegos ha producido una enorme confusión y una mala interpretación de la estructura del comercio griego. Aquí nos concierne especialmente Atenas, que fue el gran centro comercial del mundo griego en los siglos V y IV. Sin embargo, aunque esto fue así —y aunque El Pireo fue el gran emporio del mundo griego—, rara vez encontramos un ciudadano dedicado activamente al comercio, excepto para avalar préstamos para el comercio marítimo. Un estudio de los discursos privados de Demóstenes revela que incluso la mayor parte de estos préstamos eran concedidos por extranjeros o por metecos. Que en el Ática los comerciantes eran extranjeros, y que, por otro lado, los ciudadanos no eran, por lo general, comerciantes, se hace evidente al analizar con claridad unas cuantas fuentes importantes. Entre ellas destaca *Vías y recursos*, un panfleto de mediados del siglo IV que, al parecer, ha sido atribuido al viejo Jenofonte, y al que nos referiremos próximamente.

§2. Metecos y extranjeros

Los dos tipos principales de comerciantes, como sugerimos, eran el extranjero y el meteco. Este último, el extranjero residente, fue uno de los resultados de las casi constantes guerras entre, y dentro de, las ciudades griegas. En ningún momento de la historia conocida han estado tan íntimamente unidas estas dos formas de lucha, y durante tanto tiempo, como las que hubo entre las ciudades griegas. Las luchas de partido dentro de los estados griegos, así como las guerras habituales entre los pequeños estados, produjeron una multitud de hombres sin estado, una población flotante de los puertos, que no tenían otra alternativa más que recurrir al comercio para vivir. Hemos visto cómo las disensiones del período de Solón produjeron montones de

exiliados, hombres que «ya no hablaban la lengua del Ática, de tanto vagar por ahí».[12] El feroz indigenismo de la democracia de Pericles —y la rigidez de excluir de la ciudadanía a todo hombre que no fuera un nativo de segunda generación—, no era excepcional e implicaba que normalmente el exiliado no encontraría ningún estatus superior al de meteco. Que la guerra entre estados continuó siendo una fuente abundante de metecos parece evidente en la conclusión final de Jenofonte, según la cual, si se adoptaban medidas para mejorar el estatus de los metecos con el fin de atraerlos, «todos los que no tenían ciudad codiciarían el derecho de establecerse en Atenas».[13] Podemos suponer que los extranjeros que comerciaban en Atenas eran en gran parte metecos procedentes de alguna ciudad griega, estableciéndose un equilibrio con los ciudadanos de pleno derecho de esa ciudad, o incluso con una comunidad comerciante griega, como la de Rodas.

La misma Atenas tenía una considerable población de metecos, la mayoría asentados en El Pireo. Muchos de ellos eran *emporoi*, dedicados principalmente a la importación de grano, y algunos de ellos a los préstamos para comercio marítimo, esenciales en el funcionamiento del comercio exterior.

Gran parte de nuestro conocimiento del comercio exterior, los préstamos, los bancos y los comerciantes, proviene de los discursos forenses de Demóstenes.[14] Casi todos los comerciantes que aparecen en estos discursos son metecos o extranjeros, una multitud abigarrada formada en su mayoría por gente trabajadora que viaja con sus posesiones

[12] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XII, 4.

[13] Jenofonte, *Vías y recursos*, II.

[14] No existían abogados profesionales en los juicios atenienses; el demandante y el demandado tenían que defenderse ellos mismos. Por consiguiente, se desarrolló la costumbre de contratar a un orador para que preparara el discurso que luego memorizaba el interesado.

y comercia con ellas. La meta de casi todos los comerciantes marinos parece ser que es acumular una pequeña fortuna, lo suficiente como para poder retirarse de la vida marina y dedicarse ellos mismos a los préstamos.[15] La pequeña escala de operaciones del comerciante está indicada por su total dependencia de los préstamos. Un prestamista se jacta de que:

> los recursos necesarios para los que se dedican al comercio no provienen de los que toman, sino de los que prestan; y ningún barco, ni capitán ni pasajero se haría a la mar, si se le quita la parte aportada por los que prestan.[16]

Indudablemente una exageración; sin embargo debe de tener su parte de verdad.

Uno de los más importantes discursos privados es el que hizo contra Dionisodoro.[17] El caso trata del incumplimiento de pago en un préstamo. El demandante —el prestamista— es un meteco. En su discurso avisa al jurado de las desgraciadas consecuencias que puede tener un fallo en su contra:

> ... aunque hoy estáis decidiendo sólo un caso, en realidad estáis fijando la ley para todo el puerto, y muchos de los que están dedicados al comercio marítimo están aquí mirando para ver qué decidís sobre esta cuestión.[18]

Si el demandante pierde, los comerciantes estarán convencidos de que nada podrá evitar el incumplimiento de los contratos, puesto que nadie estará dispuesto a arriesgar su dinero en préstamos, y entonces el comercio no podrá continuar adelante. Les aconseja que no deben permitirlo. El pasaje es contundente:

[15] Demóstenes, *Discursos privados*, XXXIII, 4.
[16] *Ibíd.*, XXXIV, 51.
[17] Cf. capítulo 14.
[18] Demóstenes, *Discursos privados*, LVI, 48.

> ... no afecta menos a los intereses de la masa de vuestro pueblo que a los de aquellos dedicados al comercio, que forman un cuerpo de hombres útiles al pueblo y a los individuos que tienen trato con ellos. Por esta razón deberíais cuidar de sus intereses.[19]

El demandante parece contrastar el grupo de comerciantes con el cuerpo ciudadano, pero insiste en que los intereses de los ciudadanos son en este caso idénticos a los de ese grupo. Parece contratado por los grandes mercaderes, que también hacen préstamos a la masa de pequeños comerciantes.

Eran los metecos los que equipaban los pequeños barcos de carga —y por tanto servían a la armada en tiempo de guerra— y realizaban un sinfín de actividades para el buen funcionamiento de un gran puerto. El astuto Viejo Oligarca se niega a expresar su sorpresa por la libertad otorgada a los esclavos y a la multitud de metecos en la reciente democracia. Los atenienses, dice,

> han establecido la igualdad de palabra entre nuestros esclavos y los hombres libres; y también entre nuestros metecos y ciudadanos, porque la ciudad necesita a sus metecos para satisfacer las demandas de diversidad de trabajos y para los propósitos de su armada.[20]

Esto demuestra que pocos ciudadanos importantes se consideraban comerciantes. Su queja contra la democracia no era que otorgaba a los metecos el estatus de comerciantes, sino que la democracia, al hacerlo, estaba fortaleciendo a la armada, y por tanto su influencia sobre la nación.

[19] *Ibíd.*, 50.
[20] Pseudo-Jenofonte (El Viejo Oligarca), *Constitución de Atenas*, 1.

§3. Vías y recursos

El tratamiento más preciso del problema aparece en un panfleto atribuido a Jenofonte que no deja lugar a dudas sobre el estatus del comercio en Atenas. Durante mucho tiempo, los estudiosos negaron la autenticidad de esta obra porque consideraban su propósito indigno de tan famoso autor. Pero si su atribución a Jenofonte por los antiguos fue errónea, suponemos que fue más bien por lo contrario, es decir, porque nada de lo que nos ha legado su pluma puede compararse con este panfleto en la pureza de su concepción y de su ejecución.

Su originalidad radica en la idea de que la riqueza, el poder y la seguridad pueden ser producto de la paz más que de la guerra. Que la fuerza no es el mejor medio de adquirir riquezas era una idea que Hesíodo había ya concebido antes con respecto al individuo en su máxima del «poco a poco»; pero en relación al estado, esta idea no se les había ocurrido antes a los griegos.

La estructura del panfleto demuestra gran vigor. Probablemente fue un panfleto político editado por el extremista partido pacifista de Eubulus; ofrecía, por tanto, los argumentos más fuertes para conseguir un incremento pacífico de los ingresos del estado. Basa su posición sobre fundamentos morales; los actos de injusticia cometidos por los mismos atenienses con sus supuestos aliados, pero que en realidad eran sus sirvientes, había sido un tema de debate de los más mordaces. Jenofonte concede cierto peso al argumento de que Atenas estaba obligada a actuar así con el fin de alimentar a su población. Se debía dar preferencia a la cuestión de

> si los ciudadanos podían obtener por cualquier medio su comida cultivándola en su propio suelo, lo que ciertamente sería la forma más justa. Pensé que si esto era así, serían liberados de la pobreza, y también de la suspicacia con que los mira el mundo griego.[21]

[21] Jenofonte, *Vías y recursos*, I.

Después de un breve elogio a los supuestos recursos naturales del Ática, sugiere tres métodos fundamentales para incrementar los ingresos de Atenas: atraer más metecos a El Pireo,[22] atraer más comerciantes extranjeros,[23] y tomar medidas para hacer las minas de plata más rentables para Atenas.[24] No hay nada que demuestre que el plan pecaba de algún defecto inherente que lo hiciera totalmente impracticable. Después de discutir el casi seguro éxito de estas medidas, demuestra que todas ellas dependían del mantenimiento de la paz. La guerra, por otro lado, sólo sirve para agotar los recursos.[25] Así, si se aceptaba su sugerencia, «todos los griegos nos verán con más afecto, viviremos más seguros,y seremos más gloriosos».[26]

Pero aquí sólo nos interesan algunas de las propuestas que hizo en relación al comercio. Consideramos ahora las dos primeras. La primera sería dar los pasos oportunos para facilitar el asentamiento de los extranjeros.

> En vez de limitarnos a las bendiciones que podemos llamar naturales, supongamos que, en primer lugar, estudiáramos los intereses de los residentes extranjeros. Porque en ellos tenemos las mejores fuentes de ingresos, en mi opinión, en tanto que ellos son autosuficientes, y están tan lejos de recibir pago por los muchos servicios que prestan a los estados, que además hacen su contribución pagando un impuesto especial.[27]

Para atraer a los extranjeros deberían eliminarse todas las desventajas que sufren los metecos, a menos que esto supusiera una considerable pérdida para el estado. Dejarlos exentos del deber de servir en la infantería, pero permitirles entrar en la

[22] *Ibid.*, II.
[23] *Ibid.*, III.
[24] *Ibid.*, IV.
[25] *Ibid.*, V.
[26] *Ibid.*, VI.
[27] *Ibid.*, II. (El impuesto de residencia era 12 dracmas al año para los hombres y bajo algunas condiciones, 6 para las mujeres.)

caballería, una organización honorífica. Darles el derecho a tener propiedades que no estén en uso, siempre que construyan sus casas en ellas. Por último, adjudicarles una guarnición de vigilantes para extranjeros, comparables a los guardianes de los huérfanos, concediendo honores a los que sean capaces de atraer más extranjeros. Dicho plan «incrementaría nuestros ingresos».[28]

La otra propuesta, íntimamente ligada a la primera, es atraer a los comerciantes extranjeros en gran número, además de a los metecos. «Elevar el número de residentes y visitantes nos llevaría por supuesto al correspondiente aumento del volumen de nuestras importaciones y exportaciones, de las ventas, las rentas y los derechos de aduana».[29]

Para realizar esto sólo se necesitarían unas cuantas medidas perfectamente ideadas. Premiar a los jueces que dicten sentencia en el juzgado comercial de Atenas con la máxima rapidez llevaría a los extranjeros a comerciar en El Pireo, puesto que no quedarían detenidos innecesariamente.[30] Los mercaderes y propietarios de barcos que transportan cargas importantes a Atenas deberían ser premiados con asientos distinguidos en los acontecimientos públicos.[31] Y se debería formar un fondo para construir albergues para los marineros en los alrededores del puerto de El Pireo, y también otros para los mercaderes favorables al emporio, así como «casas públicas para entretenimiento de todos los que vengan a la ciudad».[32] Si además de estas medidas se mantiene la paz, la prosperidad queda asegurada, pues

> si el estado está tranquilo, ¿qué dase de hombre no le prestará atención? Los marinos y mercaderes encabezarán la lista. Luego estarán los que tienen riquezas en grano y vino, aceite y ganado; hombres con cerebro y dinero para invertir... Además, ¿dónde van a encontrar mejor fortuna los que quieren comprar o vender muchas cosas que en Atenas?[33]

[28] *Ibíd.*, II, 7.
[29] *Ibíd.*, III. 5.
[30] *Ibíd.*, III. 3.
[31] *Ibíd.*, III, 4.
[32] *Ibíd.*, III, 12.

En ninguna parte de este discurso hay el más mínimo indicio de que los atenienses estuvieran involucrados en el comercio. Ni siquiera se sugiere que los ingresos pudieran incrementarse mediante el aumento de las actividades comerciales de sus ciudadanos. Todo lo contrario, se debe convencer a los extranjeros para que visiten o se asienten en Atenas. La visita o la permanencia de los extranjeros incrementaría los ingresos mediante un impuesto del 2% sobre importaciones, exportaciones y los impuestos del puerto, mientras que se podrían obtener ingresos adicionales alquilando las tabernas y casas públicas propiedad del estado. Los intereses de la exportación son inexistentes. El único hincapié se hace sobre los ingresos derivados de las actividades de compra y venta de los extranjeros en El Pireo; en la medida en que el interés está en el comercio más que en los ingresos derivados de él, lo que se discute es la importación de mercancías esenciales. Atraer a los metecos tiene la ventaja adicional de los considerables ingresos derivados del impuesto de residencia.

Aparte de la ausencia total de cualquier sugerencia con respecto a las actividades comerciales de los ciudadanos, no hay señal —y esto es lo más sorprendente— de temor por los daños que pueda ocasionar la competencia comercial con los comerciantes nativos. Considerando el grado en que el estado actuaba como garantía de la subsistencia de los ciudadanos —las propuestas tenían como finalidad asegurar medios alternativos para que el estado garantizara esta subsistencia—, es inconcebible que el plan de Jenofonte pudiera haber perjudicado al comercio ateniense. El comercio para Jenofonte

[33] *Ibíd.*, V, 3-4.

significaba comercio realizado por los extranjeros, del que Atenas se beneficiaba, directamente, a través de la importación de una gran variedad de bienes, e, indirectamente, a través de los ingresos derivados del comercio.

Para resumir: había distintos tipos de comerciantes, los dedicados al comercio local y los dedicados al comercio exterior. Las dos formas de comercio eran radicalmente distintas. El comercio local —y no otro— era comercio mercantil. El comercio exterior era parcialmente administrado, parcialmente un comercio de regalos; y los aislados elementos de mercado que aparecían en él tenían relativamente poca importancia.

14. LAS IMPORTACIONES DE GRANO

¿Por qué Atenas, quizás la primera ciudad mercado de la historia con su famoso *ágora*, no llegó a ser la pionera del comercio de mercado? ¿Por qué su extrema dependencia de la importación de grano, combinada con su experiencia pionera en el mercado de alimentos, no le llevó a establecer un mercado internacional de grano, que seguramente hubiera solucionado su problema? En realidad, ¿por qué se inclinó más bien en la dirección opuesta, obstaculizando la iniciativa egipcia de establecer dicho mercado? No es necesario compartir prejuicios ahistóricos a favor de los métodos comerciales para ver el problema del comercio de grano en Atenas en términos sencillos.

Por consiguiente, nuestras preguntas son las siguientes: ¿hasta qué punto las condiciones del comercio de grano en la Grecia clásica permitían el desarrollo del comercio de mercado? O, a la inversa, ¿hasta qué punto esa circunstancia impidió tal desarrollo y necesitó el uso de métodos administrativos de comercio para asegurar el suministro de grano?

La respuesta radica en la configuración geográfica y política de las regiones de las que procedía el suministro de grano y las rutas de comunicación. Estas condiciones, bajo las

cuales tenían que emplearse medios militares y diplomáticos para asegurar que los suministros llegaran a tiempo, así como la seguridad de las rutas comerciales, determinaron los métodos y la organización del comercio de grano.

Nueve décimas partes de la respuesta radican en circunstancias geográficas que tenían al Ática constantemente angustiada por el suministro externo de su pan diario, y que, finalmente, le llevaron a buscar como fuentes de suministro el mar Negro, Egipto y Sicilia, sucesivamente. El resto se puede resumir diciendo que, aunque la política exterior ateniense era ante todo una política centrada en el grano, apenas se vio afectada por consideraciones comerciales o inspirada por los llamados intereses comerciales. La razón de esta aparente paradoja quedará de manifiesto al hacer un pequeño esbozo de la historia del comercio de grano.

§1. Producción y consumo de grano

En su conjunto, Grecia carece de tierra cultivable, y el suelo del Ática, en especial, es más apropiado para el cultivo de viñas y olivos. Después de la crisis de Solón, en ningún momento volvió a cultivar Atenas más que una fracción del grano que consumía, aun cuando éste, en unión al pescado fresco y en salazón, constituía la base de su dieta. Si tuviéramos que establecer un factor determinante en la política de casi toda la Grecia continental, sin duda alguna sería su dependencia de las importaciones de grano para su alimentación.

El pensamiento político y social griego pudo muy bien haber reflejado esta circunstancia inalterable. A veces se tiene la tentación de afirmar que los griegos nunca desarrollaron el concepto de lo económico porque en ningún momento el país pudo apoyar su suministro de alimentos en el mercado, que es el verdadero tema de esa disciplina. En su lugar se centraron en la teoría política, que, casi hasta nuestros días, ha

mantenido el protagonismo de la *polis* ática. Su constante necesidad de encontrar un suministro de alimentos apropiado convirtió el principio de autosuficiencia en el postulado básico de su existencia, y, por tanto, de su teoría del estado. La autarquía, para la mentalidad helénica, se convirtió en el *fundamento* de la *polis*. En este punto Aristóteles estaba de acuerdo con Platón; ambos compartían la convicción de que la población ciudadana de la *polis* debía estar formada por granjeros. En realidad, no se podía sacar otra conclusión de la historia de Atenas.

Todos los estudiosos de la antigüedad griega están de acuerdo en esta extrema dependencia de las importaciones de grano. Rostovtzeff ha demostrado que, todavía en el siglo III, esta insuficiencia era tan fuerte que no había señal de rivalidad comercial entre los dos grandes productores de grano, Egipto y Crimea.[1] Grundy insiste en que todos los estados interiores de Grecia, con la posible excepción de Tesalia, eran, en mayor o menor grado, dependientes de las importaciones.[2] Jardé ha asegurado que el Ática podía absorber siempre cualquier cantidad de importaciones sin que cayeran los precios.[3]

Es posible hacer una valoración superficial del déficit de Atenas en cereales. Puesto que no se puede llegar a la exactitud estadística cuando se trata de la antigüedad, las cifras no pueden hacer más que indicar órdenes de magnitud.

En cuanto a la población del Ática, la máxima autoridad en cifras es A. W. Gomme. Existe una sorprendente fluctuación en el total, así como en las partes. Él calcula que la población total en el 431 a.C. era de 315.000 habitantes, de los cuales

[1] Rostovtzeff, «Great Sightseers in Egypt», *Journal of Egyptian Archeology*, 14, 1928, p. 14.

[2] G.B. Grundy, *Thucydides and the History of his Age*, 2ª edición, Oxford, 1948,, vol. I, p. 90.

[3] A.E.V. Jardé, *Les céréales dans l'antiquité Grecque*, Paris, 1925, p. 184.

172.000 eran ciudadanos, 28.500 metecos y 115.000 esclavos. Seis años después, tras la plaga, el total había descendido a 218.000, con 116.000 ciudadanos. En el año 323, el total vuelve a ser 258.000; 112.000 ciudadanos, 42.000 metecos y 104.000 esclavos.[4] Se puede decir, por tanto, que la población oscilaba entre los 200.000 y 300.000, siendo esta última cifra superior antes de los estragos de la plaga a principios de la guerra del Peloponeso.

La única información que tenemos sobre la producción doméstica de grano proviene del siglo IV. Una inscripción eleusina del 329 a.C., permite calcular la producción del Ática en 368.850 medimnos. Pero de este total, sólo 28.500 medimnos eran de trigo, y el resto de cebada, una proporción de uno a diez. Aunque éste pudo ser un mal año, Gomme calcula la producción máxima en 410.000 medimnos.[5] Tod la sitúa en 450.000.[6] Según los cálculos de Beloch, existía un consumo anual per cápita de seis medimnos, por lo que con esa producción nacional se podía alimentar como mucho a 75.000 personas. Con una población media de 200.000 a 300.000 habitantes, se necesitaría importar medio millón de medimnos, o por lo menos dos o tres veces la producción anual doméstica. Ésta debió de ser insuficiente incluso para alimentar a la población agraria. Aún en el 170 a.C., cuando la población del Ática probablemente era mucho menor que en la era clásica, los embajadores atenienses en Roma manifestaron que Atenas «mantenía incluso a los granjeros con el grano importado».[7]

Sin embargo, la dependencia de las importaciones de grano era mayor de lo que muestran las dudosas estadísticas.

[4] A.W. Gomme, *The Population of Athens in the Fifth and Fourth Centuries B.C.*, Oxford, B. Blackwell. 1933, p. 26.

[5] *Ibid.*, pp. 28-33.

[6] *Cambridge Ancient History* (Cambridge, At the University Press, 1927-1939, vol. 5, p. 13.

[7] Livy, XLIII. 6.

Mientras que el conjunto de la población necesitaba las importaciones para cubrir una gran parte de su alimentación, los ciudadanos dependían de ellas casi por completo. Nuestras cifras se referían al total de trigo y cebada.

Pero la cebada era considerada útil sólo para los esclavos y metecos; un ciudadano sólo comía cebada si era muy pobre o si se estaba muriendo de hambre. Aristófanes, mofándose de la distribución democrática del grano, recuerda a su audiencia que la asignación de cinco medimnos en el 424 a.C. no era más que pura cebada.[8] Un orador en el *Deipnosofista* dice: «No nos interesa la cebada... puesto que la ciudad está rebosante de pan de trigo».[9] Mientras el trigo era considerado el alimento básico del ciudadano, no constituía más que una décima parte de la producción nacional —suficiente quizás para alimentar a 8.000 o 9.000 ciudadanos—. Para el Ática, las importaciones se referían generalmente a las de trigo. Una buena parte de los esclavos se alimentaba con la producción doméstica de cebada; los ciudadanos dependían enteramente de las importaciones.[10] Según Naum Jasny, el trigo «dominaba el comercio internacional de grano de la era clásica casi hasta la exclusión de los demás cereales».[11]

Esta situación está específicamente confirmada por un discurso de Demóstenes, en que observa que se habían importado 400.000 medimnos de trigo del Ponto en el 338, y que esas importaciones igualaban el total de importaciones que hacía Atenas de otros lugares.[12] La cifra, añadía, se podía comprobar fácilmente echando un vistazo a los libros de los

[8] Aristófanes, *Las avispas*, 717-718.

[9] Ateneo, III, 111 3A.

[10] En el ejército romano se imponían a la tropa como castigo las raciones de cebada en lugar de las de trigo.

[11] Naum Jasny, *The Wheats Of Classical Antiquitey*, Baltimore, The John Hopkins Press, 1944, p. 15.

[12] Demóstenes, *Discursos privados*, trad. A.T. Murray, Cambridge, Harvard University Press, 1964, 31-32.

inspectores del emporio. Eso supondría un volumen de importación de 800.000 medimnos de trigo en ese año. Kocevalov, un filólogo ruso, dice que esta cifra de 400.000 medimnos se refería solamente al Panticapeo, el «puerto interior», y no a Teodosia, de donde se traía una cantidad similar.[13] Aceptando estas cifras, llegamos a un total de importación de 1.600.000 medimnos. Incluyendo la cosecha nacional de 400.000, el total ascendería a unos 2.800.000 medimnos, bastante más que la cifra tradicionalmente aceptada. De vez en cuando, la relación entre el grano importado y el producido sería de seis a uno.

Pero no es necesario insistir más en este punto. Hoy día existe un amplio consenso con respecto a que el suministro de grano dominaba la política exterior ateniense. Grundy afirma abiertamente que la política exterior era política de la alimentación.[14] Y también Glotz.[15] Francotte, una autoridad en la materia, declaró que «la premiére des question économiques pour les Grecs était celle du pain».[16]

La cuestión es cómo adquirían el grano; hasta qué punto el Ática podía asegurar el suministro con el incentivo de los precios; o si la forma de procurarse dichas importaciones era casi exclusivamente el método diplomático o la política civil y militar.

Se nos vienen ahora, como ejemplos, tres potencias que importaban en gran parte su suministro de alimentos: las ciudades-estado de Atenas y Roma en la antigüedad, y Gran Bretaña desde 1770. En cada caso —distinto según las circunstancias— se siguieron consecuencias posteriores.

La Inglaterra del libre comercio representa el ejemplo clásico de dependencia de las materias primas de un mercado

[13] Kocevalov, «Die Einfuhr von Getreide nach Athen», en *Rheinisches Museum*, 31, 1932, p. 321-323.

[14] Éste es el tema principal de la obra de Grundy, *Thucydides and the History of his Age*, a la que debemos muchas de las ideas de este capítulo.

[15] G. Glotz, *Ancient Greece at Work*, Londres, 1926, p. 297.

[16] H. Francotte, «Le pain à bon marché et le pain gratuit dans les cités grecques», en *Mélanges Nicole*, Ginebra, 1905, p. 135.

mundial. En principio, sacrificó su agricultura doméstica después de 1846 en nombre de la doctrina de los costes comparativos. Durante medio siglo, su riqueza y su poder justificaron aparentemente su abandono de la autosuficiencia. Pero desde la Primera Guerra Mundial cada vez se ha hecho más evidente que el correcto funcionamiento del mercado mundial dependía del control financiero, militar o político que Gran Bretaña tenía sobre el comercio mundial. Tras perder el control, Gran Bretaña se enfrenta al engañoso mecanismo de un mercado mundial no regulado. Por consiguiente, está intentando liberarse de tal dependencia mediante acuerdos a largo plazo y otros instrumentos de comercio administrado.

El Imperio Romano adoptó la otra alternativa. Más que apoyarse en el «mercado mundial del grano» que se había establecido a finales del siglo IV en el Mediterráneo oriental, Roma aplastó deliberadamente este mercado y tomó el control directo sobre los principales territorios que eran grandes productores de grano. Primero fue conquistada Sicilia en el siglo III, que a partir de entonces, y durante toda la historia de Roma, siguió siendo su «granero». En el año 6 a.C. el emperador asumió la responsabilidad de alimentar a la ciudad de Roma, y cumplió su compromiso gracias a los tributos en especie que exigió a las provincias. Además de Sicilia, nos cuenta Josefo, Egipto enviaba suficiente grano para alimentar a Roma durante cuatro meses y África durante ocho;[17] probablemente esto alcanzaba la cifra de 2.900.000 y 5.800.000 modios respectivamente.[18] Puesto que la responsabilidad del emperador iba más allá de alimentar a la ciudad de Roma —también tenía que hacerlo con el ejército y la casa imperial—, tuvieron que emplearse métodos de comercio administrado. Rostovtzeff, al hablar de lo que él considera la prueba efectiva de la intensa

[17] Josefo, *Guerras judías*, II, 383, 386.

[18] M. Charlesworth, *Trade-Routes and Commerce of the Roman Empire*, Cambridge, 1926, p. 144.

actividad capitalista en el Imperio Romano, se ve obligado a admitir la primacía del comercio administrado:

> Debe admitirse... que el mayor consumidor era la *annona* imperial, y que la mayoría de los comerciantes, que muchas veces eran también los propietarios de los barcos y de los almacenes, trabajaban en nombre del emperador, es decir, en nombre de la población de la ciudad de Roma y el ejército... La *annona* imperial era la principal fuerza motriz del comercio interprovincial, comprando y transportando grandes cantidades de cereales, aceite, vino, carne, pescado, madera, cueros, metales y ropa para abastecer las necesidades de los ejércitos del Rin, el Danubio y el Éufrates, y algunos de estos artículos para las necesidades de la capital.[19]

Atenas nunca alcanzó el esplendor imperial de Roma. Durante medio siglo memorable, la suya fue una triunfante talasocracia que controló directamente las rutas comerciales y, por medios políticos, las fuentes de suministro de los mares orientales. Cuando perdió su control estratégico, volvió a adoptar una serie de complejos métodos administrativos para asegurar su suministro de alimentos. Esos métodos iban fundamentalmente destinados a sacar ventaja de los elementos de mercado introducidos entonces por los estados costeros dentro del comercio de grano del mundo helénico, sin someter el suministro del Ática al control de esos estados.

§2. La administración del comercio

Empecemos por el principio.

El embargo solónico sobre la exportación de grano es el primer ejemplo en el que la política pública se ocupa del suministro del trigo; nunca dejaría de hacerlo.

[19] Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, Clarendon Press, 1926, p. 148-149.

Una reunión de la Asamblea Ateniense en cada pritaneo —una décima parte del año— se llamaba Asamblea «soberana»; en esta reunión, según Aristóteles,

> el pueblo tiene que ratificar la continuidad de los magistrados en sus cargos, si están cumpliendo correctamente sus deberes, y *considerar el suministro de grano* y la defensa del país.[20] (Subrayado de K.P.)

Suministro de grano, defensa nacional, y continua supervisión de los magistrados, en otras palabras, son los tres temas que deben ser considerados, al menos una vez en cada pritaneo, por la Asamblea. El suministro de grano, según Jenofonte, encabeza la lista de temas que debe dominar el futuro estadista; los otros son gastos e ingresos del estado, la guerra, la defensa nacional y las minas de plata.[21]

El embargo solónico nunca fue anulado sino que se reforzó. La legislación, en general, estaba hecha para atraer a Atenas la mayor cantidad posible de grano y evitar que fuera a otros lugares. A ningún residente ateniense se le permitía transportar grano a otro lugar que no fuera Atenas; y, en caso de violación de esta ley, estaban previstos los «más severos castigos».[22] No se podía fletar ningún barco a menos que se asegurara que a la vuelta se traería a Atenas una carga de grano o de otros artículos necesarios establecidos legalmente.[23] Podemos suponer que la madera y otros materiales para la construcción de barcos eran los primeros en la lista, aunque, originalmente, sólo se menciona el grano. Dado que, como hemos dicho, el pequeño *emporos* no podía hacerse al mar sin un préstamo, es de imaginar que esta regulación debió de tener suma importancia.

[20] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, XLIII.
[21] Jenofonte, *Memorabilia*, III, 6.
[22] Demóstenes, *Discursos privados*, XXXIV, 37.
[23] *Ibid.*, XXXV, 50, LVI, 6.

Como se puede inferir de estos pasajes, la organización de las importaciones de grano fue un ejemplo de comercio administrado. La seguridad de las rutas comerciales, los términos del comercio —incluyendo el precio hasta un punto considerable— y las fuentes de donde provenían las mercancías eran fijadas en su mayoría por tratado u otros acuerdos diplomáticos, normalmente gracias a privilegios personales como contrapartida de preferencias comerciales, aunque el verdadero comercio tenía lugar, por lo general, en el mismo puerto comercial. Hasta qué punto esto implicaba la administración del comercio queda de manifiesto en un pasaje de la *Retórica* de Aristóteles, cuando, al señalar las materias que debe dominar un estadista, resume sucintamente los rasgos administrativos de los métodos de abastecimiento de alimentos del Ática.

> ... en cuanto a los alimentos, él (el estadista) debería saber qué gastos son suficientes para mantener el estado; qué tipo de alimentos se producen en el país o cuáles deben ser importados; y qué exportaciones e importaciones es preciso hacer, con el fin de que los contratos y los acuerdos puedan hacerse con las partes que puedan cumplirlos.[24]

Los grandes productores de grano enumerados por Teofrasto eran Asiria, Egipto, Libia, Ponto, Tracia y Sicilia. Pero eso fue a finales del siglo IV; en épocas anteriores, el poder de Persia impidió a los atenienses el acceso al sureste, y a Egipto y Libia por el sur, aunque Atenas parece que sacó algunas importaciones de este último país; el desarrollo de Siracusa en el oeste, junto con la rivalidad del Peloponeso, detuvo la influencia ateniense en Sicilia durante mucho tiempo. Tracia y la zona del mar Negro —especialmente el *interior* de Crimea, situado a ambas orillas del llamado Bósforo cimmeriano— sirvieron así como el principal granero de Atenas en la época clásica.

[24] Aristóteles, *Retórica*, I, 4, 11, 1360a 17.

§3. El grano del norte y del este

Pisístrato fue el primero en intentar extender el poderío ateniense hacia el noreste, hacia Tracia, y las regiones del mar Negro. Recuperó Sigeo, en la orilla sur de la entrada al Helesponto, y apoyó a Milcíades en la ocupación del Quersoneso tracio, en la orilla norte. El grano de esta región pudo haber sido pagado con los vasos negros del Ática y las piezas de oro y bronce atenienses que datan de esa época, porque se han encontrado allí en gran cantidad. El comercio se hizo posible mediante el establecimiento de un «equilibrio estable» entre las tribus escitas alrededor de esta época.[25] La expansión persa en Europa en las dos últimas décadas del siglo VI debió de impedir este comercio, que volvió a reanudarse, sin embargo, a gran escala, después de la derrota persa en Salamina.

Lo que no está claro es si el comercio griego con la región del mar Negro tuvo alguna repercusión antes del siglo séptimo. Las primeras colonias eran simples asentamientos de granjeros, no lugares de comercio. Una parte de esos asentamientos, sobre todo bajo los auspicios milesos, se establecieron, primero en la orilla sur del mar Negro, y luego, en la orilla norte. Pero hasta el siglo V no pasaron a estar bajo el control y la influencia atenienses, siempre con el único móvil de satisfacer las necesidades de grano del Ática.

Hasta mediados del siglo V, los productos del mar Negro no eran transportados a Grecia únicamente por vía marítima. La ruta marina era la más barata, pero muchas veces era demasiado arriesgada, demasiado dura y demasiado lenta. Las fuertes corrientes traicioneras del Bósforo tracio eran muy temidas, tanto como lo son hoy en día. Se ha hecho famosa la descripción que Polibio hizo de ellas.[26] El temor se mantuvo

[25] E.H. Minns, *Scythians and Greeks*, Cambridge, 1913, p. 442.
[26] Polibio, IV, 43.

hasta el sorprendente progreso que hicieron la navegación y los astilleros como resultado de las Guerras Médicas.[27] Los primeros marinos no se lanzaban a mar abierto si podían hacer el camino por la costa; tenían un miedo atroz a bordear un cabo, y preferían, a ser posible, transportar sus pequeños barcos por una ruta terrestre. Los primeros comerciantes del Ponto evitaban bordear el cabo que guardaba el Bósforo tracio. En lugar de navegar por el mar de Mármara (el Proponto de los antiguos) y aparecer por los Dardanelos, descargaban sus mercancías en la costa oeste del mar Negro, en Odessa, Mesembria o Apolonia. Desde allí, hacían que las transportaran por tierra los nativos del valle de Hebros, bajando por el río hasta el emporio de Ainos, en la desembocadura egea del río.[28] Esta ciudad, aunque situada en la parte más estéril de Tracia, era una de las más prósperas de la región,[29] ocupando en relación al comercio del mar Negro una posición tan estratégica como Bizancio.[30] La rivalidad de Ainos, el puerto comercial de la ruta terrestre, y Bizancio, el puerto comercial de la ruta marítima, revelará en términos concretos las condiciones militares y políticas del comercio de grano.

Bizancio, la Estambul de nuestros días, rivalizaba con Ainos en el siglo V a.C. en su lucha por la supremacía. Fundada a mediados del siglo VII, unos 20 años después de Calcedonia, al otro lado del estrecho, Bizancio, como Calcedonia, siguió siendo un asentamiento agrícola sin importancia en los dos siglos siguientes. Era superior a Calcedonia solamente por la pesca.[31] Los colonos de Megara habían fundado ambas

[27] *Cambridge Ancient History*, vol. 5, p. 19.

[28] S. Casson, *Macedonia, Thrace and Illya*, Oxford, 1926, p. 255. Según Casson, esta misma ruta fue utilizada para el comercio local en los tiempos modernos hasta que se construyó un ferrocarril a comienzos del siglo XX.

[29] Casson, *Macedonia*, p. 90; cf. J.M.F. May, *Ainos, Its History and Coinage, 474- 341 a.C.*, Londres, 1950, passim.

[30] «Debido a las peculiares corrientes del Bósforo, todo barco que atraviese el estrecho debe detenerse en Bizancio». Polibio, IV, 43.

[31] Minns, *Scythians and Greeks*, p. 439; cf. Estrabón, VII, 6, 2.

ciudades: primero Calcedonia debido a su fértil suelo, ya que la industria pesquera de Bizancio no fue explotada hasta algún tiempo después. Heródoto, escritor de mediados del siglo V, cuando la ventaja comercial de Bizancio ya era notable, ridiculizó a los calcedonios por su ceguera al haberse instalado en el lado equivocado del estrecho.[32] Pero esto sólo demuestra lo poco importante que había sido la ruta del Ponto cuando se fundó la ciudad, ya que era imposible no ver la situación perfecta de Bizancio si, a comienzos del siglo VII, el comercio se hubiera desplazado por los estrechos, puesto que las corrientes obligan a todos los barcos que provienen del mar Negro a detenerse en el Bósforo. Seguramente una parte del grano del Proponto llegó al Egeo. Heródoto describe a Jerjes contemplando los barcos cargados de grano mientras cruzan el Helesponto de camino a Egina o al Peloponeso.[33] Incluso dice que cuando Mileto exilió al tirano Histieo, éste navegó hacia Bizancio con ocho trirremes y se apoderó de todos los barcos que venían del Ponto.[34] No se hace mención al hecho de que Atenas recibiera grano de Crimea en aquella época.

Bizancio cayó ante el avance persa hacia Europa en el 512 a.C., y la población huyó hacia el puerto de Mesembria en el mar Negro; la ciudad fue incendiada,[35] y no volvió a reconstruirse hasta que se volvió a reconquistar a los persas en el 479.[36] Durante más de una generación la influencia y el control de Persia se extendió por la mayor parte de Tracia; Ainos y las otras ciudades griegas del Quersoneso empezaron a acuñar monedas según el patrón persa.[37] En esta época, Grecia debió de

[32] Heródoto, *Las Guerras Persas*, IV, 144.

[33] *Ibíd.*, VII, 147.

[34] *Ibíd.*, VI, 5 y 26.

[35] *Ibíd.*, VI, 33.

[36] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, I, 94.

[37] A.B. West, «Coins from the Thracian Coast», en *Numismatic Notes and Monographs*, V. XL. Cf. también M.J. Strack, *Die antiken Munzen Nordgriechenlands*, que recalca la influencia persa.

quedarse sin el suministro de grano del mar Negro, e incluso del Proponto.

En el 479 a.C., año de la retirada persa de Europa, encontramos a Ainos elevándose a la cumbre de la gloria y la riqueza, como queda reflejado en sus monedas y en las listas de tributos atenienses. En el 474 empezó a acuñar los tetradracmas, que por su belleza y artesanía no han sido superados por los de ninguna otra ciudad griega.[38] Se le asignó un tributo anual de doce talentos desde el 454 al 450 a.C. como miembro de la Confederación de Délos.

Pero la riqueza y la grandeza de Ainos fueron breves; antes del tercer cuarto del siglo V, había sido reducida a la pobreza y a una relativa oscuridad. Se le redujo su tributo a diez talentos entre el 445 y el 440 a.C., y en los dos años siguientes bajó a sólo cuatro talentos; Ainos no volvió a pagar ningún tributo desde el 437 en adelante.[39] A partir de ese momento, la ciudad quedó reducida al mínimo.[40]

El surgimiento de Bizancio fue tan meteórico, como lo fue la caída de Ainos. En el 452, el primer año en que aparece en la lista de tributos, no pagaba nada. Cinco años después, se le asignaron cuatro talentos y 3.000 dracmas, que aumentó a quince talentos en el 443, 18 en el 436 y 21 talentos y 4.320 dracmas en el 425.[41]

El simultáneo declive de Ainos y el auge de Bizancio tuvieron su raíz en un simple acontecimiento: la sustitución de la tradicional ruta terrestre por la nueva ruta marítima. El factor impulsor fue la creación de un imperio autóctono en Tracia, que acabó con la ruta terrestre, aunque también debieron de intervenir en el proceso las mejoras en la

[38] C.T. Seltmann, *Greeks Coins*, Londres, 1933, p. 145, Cf. también West, «Coins from the Thracian Coast», p. 146.

[39] Seltmann, Greek Coins, pág. 141.

[40] West, «Coins from the Thracian Coast», pág. 150.

[41] H. Merle, *Geschichte der Staedte Byzantion und Kalchedon*, pág. 19.

navegación y en la construcción de barcos. Pero fue decisivo el elemento militar. Entre los años 480 y 460 a.C. Teres, jefe de los odrisios, una tribu tracia, creó un imperio que se extendía desde Abdera, en el Egeo, hasta la desembocadura del Danubio en el mar Negro,[42] y que incluía como súbditos a las tribus tracias, los formidables getas,[43] y las «otras hordas» que vivían junto al Danubio en la frontera de Escitia.[44] Bajo sus sucesores, Sitalco y Seute, se consolidó el imperio y se convirtió en una rica y poderosa potencia. En el 431, dos años después de la muerte de Teres, los atenienses buscaron la alianza con Sitalco, y Tucídides observó que su reino era

> muy poderoso y en ingresos y prosperidad general excedía a todas las naciones de Europa situadas entre el mar Jónico y el Euxino; era el segundo en el tamaño y fuerza de su ejército, aunque bastante inferior al de los escitas. Porque si los escitas se unieran, no habría nación que pudiera compararse a ellos...[45]

El auge de este imperio dejó la ruta marítima como única alternativa, y, por consiguiente, empobreció a Ainos. «El establecimiento del reinado odrisio a través de las rutas comerciales que proveían la riqueza de Ainos la llevaron a su virtual extinción», según el estudio que hizo Casson sobre la historia y la arqueología de esta región.[46] Puesto que los asaltos de los getas salvajes cortaron el comercio de Apolonia en los tiempos de Estrabón,[47] podemos suponer que hubo interferencias similares en épocas anteriores. Los arqueólogos y numismáticos están de acuerdo en que el crecimiento del imperio odrisio

[42] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 97.

[43] Su salvajismo siguió siendo un problema durante el Imperio Romano. Estrabón, VII, 3, 13.

[44] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, II, 96.

[45] *Ibíd.*, II, 97.

[46] Casson, *Macedonia*, p. 201; cf. también West, «Coins from the Thracian Coast», p. 57, 147, 150.

[47] Estrabón, VII, 3, 13.

puso fin al comercio terrestre. Tan íntima era esta correlación negativa que, a finales de siglo, alrededor del 412 a.C., Ainos disfrutó de un resurgimiento temporal de su riqueza «como no había visto en treinta años»,[48] resultado de una lucha por la supremacía entre los príncipes odrisios. Tras la muerte de Seutes I, fue exiliado un príncipe local que había gobernado el territorio desde el río Hebros hasta el mar de Mármara, y este territorio quedó separado del imperio odrisio. El giro de los acontecimientos abrió una vez más la ruta terrestre que iba al mar Negro por Ainos, y la ciudad disfrutó de treinta años de prosperidad que se acabó nuevamente cuando el imperio volvió a consolidarse bajo Cotis.[49] Correspondientemente encontramos el tributo de Bizancio reducido a 15 talentos en el 414, de los 22 que pagaba en el 425.

Los mismos acontecimientos que destruyeron la ruta comercial de Ainos también aislaron a Bizancio del *interior*. Otras tribus tracias, especialmente los astas, iniciaron una serie de asaltos que continuaron durante varios siglos. Estos ataques hacían imposible la agricultura,[50] y así la ciudad se vio literalmente desplazada al borde del agua y, por necesidad, tuvo que empezar a ganarse la vida en el mar. Bizancio no perdió su oportunidad: casi de la noche a la mañana se convirtió deliberadamente en un emporio. No fue el crecimiento gradual de los factores económicos, sino un cataclismo político lo que llevó a crear este asentamiento comercial. Se ha conservado una descripción incompleta de esta transformación en la *Oeconomica*[51] de Pseudo-Aristóteles, de la que hablaremos más adelante cuando tratemos el asunto del puerto comercial.

[48] West, «Coins from the Thracian Coast», p. 121.
[49] *Ibid.*, pp. 123–124.
[50] Polibio, IV, 45.
[51] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, II, 1346b, 13-26.

Bizancio fue reconquistada a los persas por la flota helénica bajo el mando del espartano Pausanias, en el 479, y fue entonces cuando se volvió a restablecer.[52] Pero dos años después, cuando Pausanias empezó a mostrar simpatía por los persas, fue expulsado del territorio por una flota ateniense bajo las órdenes de Cimón.[53] Los tratados de Pausanias con el emperador persa estaban poniendo en peligro el suministro de grano del mar Negro.

Los veinte años siguientes vieron la fundación de la Confederación de Délos y su conversión en imperio ateniense. Hacia el 454, cuando el tesoro de la Liga se trasladó de Délos a Atenas, la Liga incluía quizás 260 ciudades, agrupadas en cinco divisiones: la Tracia, el Helesponto, Jonia, Caria, y las islas. El distrito de Tracia se extendía desde Metón, al oeste hasta Ainos; el Helesponto incluía Quersoneso y las ciudades griegas a orillas del Proponto y el mar Negro.[54] Durante este período, los atenienses intentaron sin éxito obtener el control sobre la Tracia en el norte y sobre Egipto en el sur. Tomaron Eion, en la desembocadura del río Estrimón, en el 476, pero su intento de colonización fue impedido por las tribus tracias. También intentaron sin éxito tomar la ciudad de Dorisco, en el lado norte de la desembocadura del río Hebros (enfrente de Ainos, que está en el lado sur). Los atenienses se aseguraron las zonas que rodeaban la Tracia: en el 474, por ejemplo, tomaron la isla de Sciros, en la ruta a la Tracia occidental, y Tasos, con sus minas de oro, frente a la costa tracia, que era miembro de la Liga. La expedición egipcia, que tenía como fin flanquear Persia, acabó en el desastre del 455/4.

[52] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, I, 94.
[53] *Ibid.*, I, 130-131.
[54] J. B. Bury, *History of Greece*, Londres, Macmillan, 1913, p. 325, núm. 4.

§4. La talasocracia ateniense

El poder persa bloqueó las ambiciones atenienses en el sur. El crecimiento del imperio odriso evitó la expansión ateniense por el norte hacia Tracia, por lo que, en los años centrales del siglo, hubo un importante giro en la política exterior ateniense. Pericles hizo que todos los esfuerzos se centraran en la dirección del mar Negro, que estaba ahora en peligro.[55]

El peligro inmediato estaba en la propia ruta comercial. El imperio odriso avanzaba hacia el Proponto; el control de Bizancio y Sestos hubiera significado el dominio del comercio a ambos lados del mar. En el 465 se habían enviado delegados a Bizancio y otras ciudades para recoger los tributos y «representar los intereses de Atenas»;[56] algunos delegados especiales, llamados «guardianes del Helesponto», estaban destacados en Sestos para controlar el paso de barcos.[57] Bizancio domina la salida del Bósforo, mientras que Sestos, «el pecho de grano de El Pireo»,[58] vigila la salida del Helesponto. Por tanto, Pericles personalmente encabezó una expedición al Quersoneso tracio; formó una colonia con 1.000 hombres y construyó una pequeña muralla a través del estrecho, entre el Egeo y el Proponto, que protegía el istmo contra las incursiones de los tracios.[59] De todas sus expediciones, escribe Plutarco, ésta «fue celebrada con el más afectuoso recuerdo, pues dio la salvación a los helenos que allí moraban».[60]

Pericles estaba decidido a proteger la ruta comercial tanto de los enemigos bárbaros como de los griegos. Desde el Helesponto no se llevaba grano directamente a El Pireo, puesto que hubiera significado bordear el siniestro cabo de

[55] Plutarco, *Pericles*, XX, 2-3.
[56] G. Glotz, *Histoire Grecque*, París, 1925) vol. I, p. 191.
[57] A.E. Zimmern, *The Greek Commonwealth*, Oxford, 1931, p. 363.
[58] Aristóteles, *Retórica*, III, 10, 7, 1411a 13.
[59] Plutarco, *Pericles*, XIX, 1.
[60] *Ibid.*

Sunio, en el extremo sur del Ática. (En esta época Pericles era «admirado y celebrado incluso entre los extranjeros» porque había sido capaz de circunnavegar el Peloponeso.)[61] En vez de eso, los bienes del Helesponto se descargaban en Histiaia, en el extremo norte de Eubea, de donde eran llevados al mar eubeo y embarcados a Oropos, en la ribera norte del Ática, y desde allí otra vez por tierra a Atenas vía Decelea.[62] La rebelión eubea en el 477/5 creó, por tanto, un peligro para el suministro ateniense, tan grande como la expansión de los odrisos. Pericles atacó inmediatamente la isla con 50 barcos y 5.000 hoplitas y la obligó a rendirse. La isla fue tratada con clemencia, a excepción de Histiaia. Sus ciudadanos fueron expulsados, de allí porque se habían atrevido a obstaculizar a la armada ateniense, y en su lugar se instalaron los atenienses. Plutarco dice que Pericles «les trató de forma tan inexorable, y sólo a ellos, porque habían tomado prisionero a un barco ático y habían asesinado a su tripulación».[63] La sabiduría de Pericles al reconocer esta amenaza y saber cómo enfrentarse nació de su experiencia en la guerra del Peloponeso. Cuando los espartanos tomaron Decelea en el 413, tuvieron que transportar el grano por mar bordeando el cabo Sunio, «a un alto coste».[64]

En el 448/7 aproximadamente se instaló en la isla de Lemnos una colonia de unos 2.000 hombres, y cinco años después se estableció otra de 1.000 hombres, más o menos, en Imbros, la isla que gobernaba la entrada al Helesponto desde el Egeo. Pericles sometió las ciudades griegas de la región del mar Negro al dominio de Atenas.[65] En el 437/6 condujo un «enorme y espléndidamente equipado armamento» al mar Negro, donde

[61] *Ibid.*, XIX, 2.
[62] Grundy, *Thucydides*, vol. 1, p. 79.
[63] Plutarco, *Pericles*, XXIII, 2.
[64] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, VII, 28.
[65] Rostovtzeff, «The Bosporan Kingdom», en *Cambridge Ancient History*, vol. 8, p. 564.

realizó lo que deseaban las ciudades griegas, y las trató con humanidad, ante las naciones bárbaras vecinas y ante sus reyes y soberanos desplegó la magnitud de sus fuerzas y el intrépido coraje con el que navegaban por donde quisieran y que les había puesto todo el mar bajo su control.[66]

En el 438/7 se estableció con ayuda ateniense la dinastía espartócida en Crimea, que permaneció leal a Atenas durante al menos un siglo, y en ese mismo año se formó otra colonia ateniense en la vecina Ninfea.[67] El reinado espartócida del Bósforo de Crimea tuvo su capital en Panticapeo, y más tarde anexionó Teodosia, los dos principales puertos comerciales del grano escita y crimeano. Por razones desconocidas, Atenas fue incapaz de tomar posición en Olbia, una ciudad clave en la orilla noroccidental; por tanto, el grano tenía que trasladarse cruzando el mar Negro y luego por la orilla suroccidental en camino hacia los estrechos del Bósforo.[68] Los colonos atenienses se asentaron en Sinope, controlando la ruta, y a ambos lados de esta ciudad, en Astaco y Amiso.[69]

Así el control militar ateniense del comercio del grano era total. Para asegurar su supremacía, Atenas prohibió la entrada al mar Negro a todo barco que no fuera ateniense para el transporte de grano a Atenas; la prohibición no excluía a los «aliados».[70] Bizancio fue el punto capital del sistema; los otros estados sólo podían comprar grano en Bizancio con un permiso especial de Atenas. Tenemos confirmación de ello gracias a un decreto, conservado hasta nuestros días, que data del 426/5 y que se refiere a Metona, una ciudad macedonia que era miembro de la Liga Ateniense. Metona se comprometió a suministrar un regimiento de soldados para una guerra de los

[66] Plutarco, *Pericles*, XX, 1.
[67] Rostovtzeff, «The Bosporan Kingdom», pp. 564-565.
[68] *Ibid.*, p. 565.
[69] *Ibid.*, p. 564.
[70] Wilamowitz-Moellendorff Griechisches Lesebuch, II/2, p. 249.

atenienses en Tracia; como recompensa, se le garantizó permiso para comprar todos los años una cantidad determinada de grano en Bizancio. Por cada compra, había que dar una notificación por escrito a los delegados atenienses de Bizancio, mas a ningún barco de Metona se le permitía pasar por esta ciudad.[71]

Bajo esas condiciones, el grano tenía que ser comprado y vendido con las equivalencias convenidas; la persistencia durante varios siglos de la creencia de que el precio justo del trigo era de cinco dracmas por medimno,[72] a la vista de lo que parece ser un aumento secular de los precios, probablemente tuvo sus raíces en dichos tratados. También debemos tener en cuenta la persistencia de la relación dos a uno en cuanto a los precios del trigo y la cebada, desde el siglo IV al II a pesar de las violentas fluctuaciones del precio del grano en general.[73] Es falsa la concepción moderna de que, una vez establecido, el mercado de grano pudiera haber asegurado el mismo grado de estabilidad de precios.

De esta forma el grano se transporta por una ruta específica, protegida por las colonias y el poder naval ateniense, de acuerdo con la política exterior de Atenas. El grano se compraba en el gran emporio de Panticapeo. Rostovtzeff intuye que debió de existir una especie de *oikos* comercial en esa región de Grecia por parte de los señores y tiranos de la zona, en que ellos venderían tanto los productos de sus propios estados feudales como, en mayor medida, el grano que compraban a las tribus escitas del interior.[74] Heródoto cuenta, no sin sorpresa, que los escitas cosechaban el grano «no para su uso personal, sino para venderlo».[75] A mediados del siglo IV, el reino del Bósforo abrió

[71] Ver también J. Hasebroek, *Trade and Politics in Ancient Greece*, trad. L.M. Fraser y D.C. MacGregor, Londres, G. Bell and Sons, 1933, p. 143.
[72] H. Francotte, «Le pain à bon marché», pp. 140-141.
[73] Cf. Jardé, *Céréales*, pp. 182-183; y F. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Ausgustus*, Jena, 1930, pp. 51-52, 57-59.
[74] Rostovtzeff, «The Bosporan Kingdom», p. 569.
[75] Heródoto, *Las Guerras Persas*, IV, 17.

otro emporio, Teodosia, que en virtud de su mejor bahía pronto suplantó a Panticapeo.[76] Estos emporios no debieron de diferir mucho en su organización de los primeros puertos comerciales e industrias europeas, tal como los encontramos establecidos en las costas africanas de la Pimienta, los Dientes, el Oro y los Esclavos. Desde Panticapeo el grano cruzaba el mar Negro y por la orilla sur llegaba a Bizancio, donde una parte era revendida a varios estados griegos. El grueso de la carga era embarcado en dirección al gran emporio de El Pireo, donde dos tercios —una regulación del siglo IV que ya debía existir desde antes— tenían que ser llevados a Atenas.[77] Que los estados griegos del interior compraban, de hecho, una gran parte de sus alimentos en el emporio ateniense de El Pireo es evidente por la importancia adscrita al decreto de Pericles, según el cual se prohibía a los megaros entrar en el mercado ateniense —consecuencia inmediata de la guerra del Peloponeso, Mientras Tucídides demuestra que esto fue más una provocación deliberada que una causa subyacente, el retrato que hace Aristófanes de los campesinos megaros indigentes en *Los Azcanienses* puede que no esté muy lejos de la verdad. Aristófanes dice que ésta es la razón de la guerra para denunciar lo que él consideraba una trivialidad. El Viejo Oligarca también explica el papel crucial del poderío ateniense en el mar para mantener su imperio:

> ... puesto que no existe estado que no dependa de las importaciones y exportaciones, y las perderá si no presta atención a los que dominan el mar.[78]

La derrota de Atenas por Esparta en la guerra del Peloponeso destruyó temporalmente su control sobre el comercio del grano. Uno de los instrumentos de la estrategia

[76] Demóstenes, *Discursos privados*, XX, 33.
[77] Aristóteles, *Constitución de Atenas*, II.
[78] Pseudo-Jenofonte («El Viejo Oligarca»), *Constitución de Atenas*, II

espartana fue un ataque a la ruta de suministro del enemigo. Agis, al sitiar Atenas en el 409, vio «gran número de barcos cargados de grano en dirección a El Pireo» y pensó que jamás podría derrotar a Atenas si antes no cortaba su suministro de grano. Por eso envió al hijo del *proxeno* bizantino en Esparta a Bizancio en un intento por apartar a esa ciudad, así como a Calcedonia, del lado ateniense.[79] Esto ocurrió después de la toma de Decelea —a medio camino entre Oropos y Atenas— por los espartanos, que habían cerrado así la ruta terrestre desde Eubea. Los espartanos también intentaron cortar el suministro de grano desde Egipto. Finalmente, Atenas perdió su flota, y la guerra, en el 405.

§5. Avances del siglo cuarto

Tan pronto como Atenas recuperó la supremacía naval tras la guerra del Peloponeso en el 394, se firmó un tratado comercial entre Atenas y Sátiro, gobernador del reino Bósforo.[80] Pero el comercio administrado del siglo IV era muy distinto de aquél del siglo V en cuanto al grado de control de Atenas. En el siglo V Atenas administraba el comercio casi exclusivamente, puesto que las ciudades del Bósforo estaban bajo su mandato. En el siglo IV, el comercio del Ponto estaba administrado como comercio de tratados entre grandes potencias. Atenas controlaba el mar sólo desde el Bósforo tracio hacia el oeste, mientras que el ahora poderoso reino de Cimmeria mantenía su dominio sobre el mar Negro.[81] Los reyes del Bósforo eran jefes de comerciantes cuya riqueza provenía del grano del que se apropiaban; y Atenas, a su vez, necesitaba el grano del Bósforo. De la misma forma, cuando,

[79] Jenofonte, *Helénica*, I, 1, 35-36.
[80] Rostovtzeff «The Bosporan Kingdom», p. 567
[81] *Ibid.*, pp. 506-507.

tras la muerte de Alejandro, Egipto gobernaba el Egeo en tiempos de Ptolomeo Filadelfio, descubrimos que existían relaciones diplomáticas entre el Bósforo y Egipto.[82]

Se han conservado detalles de este comercio administrado durante el reinado del más grande rey del Bósforo, Leucon (alrededor de 388 al 348 a.C.), en varios discursos de Demóstenes. Leucon, «que controla el comercio», le garantizaba prioridad de cargamento a cualquier comerciante que llevara grano a Atenas, y eximía a tales mercaderes de pagar un trigésimo por los aranceles.[83] Estos derechos se aplicaban tra-dicionalmente a Panticapeo, el puerto comercial de grano. Pero Leucon también abrió otro *emporium*, como el mismo Demóstenes lo llama, en Teodosia, y aplicó allí los mismos privilegios.[84] Teodosia había sido un emporio importante en épocas anteriores, antes de que las incursiones escitas pusieran fin a su grandeza. Las conquistas de Leucon devolvieron a Teodosia su papel de emporio.[85] En recompensa, Atenas concedió la ciudadanía a Leucon, eximiéndole de todas las obligaciones cívicas, y le coronó con una guirnalda de oro en las panateneas. El decreto por el que se le concedían estos derechos y honores se grabó en piedra por triplicado; una copia se puso en El Pireo, otra en Panticapeo y la última en el templo de Zeus a la entrada del mar Negro.[86] En el 347, el año siguiente de la muerte de Leucon, sus hijos, Espartaco II y Perísades I, que le sucedieron, enviaron emisarios a Atenas para anunciar la muerte de su padre y su intención de continuar su política. Los atenienses dictaron un decreto en su honor en El Pireo (haciendo honor también a un tercer hermano que no compartía el poder).[87] Perísades se

[82] Rostovtzeff, «Greek Sightseers in Egypt», p. 14.
[83] Demóstenes, *Discursos Privados*, XX, 31-32.
[84] *Ibíd.*, 33.
[85] Minns, *Scythians and Greeks*, p. 574.
[86] Demóstenes, *Discursos Privados*, XX, 36.
[87] Minns, *Scythians and Greeks*, p. 571. Cf. también Hasebroek, *Trade and Politics*, p. 1., 14.

convirtió en gobernador en el 334/3, y un orador ateniense le atribuye la renovación de los privilegios.[88]

Aunque Atenas era la nación más favorecida por este comercio de tratado, sin embargo no disfrutó del mismo monopolio que había tenido en el siglo anterior. Un decreto en honor de Leucon aprobado en Arcadia en el 369 a.C. sugiere que esta ciudad también disfrutaba de algunos privilegios. Y en el 350, Mitilene, en la isla de Lesbos, recibió permiso de Leucon para comprar 100.000 medimnos de grano con un impuesto de exportación de sólo el $1^1/_2\%$; en las exportaciones superiores a esa cantidad se cargaba un impuesto de $1^2/_3\%$, que suponía un ahorro de más de la mitad del impuesto normal sobre una exportación.[89]

El rey Leucon también hizo donaciones de grano a Atenas. Demóstenes dice que esta donación en el 357 fue tan grande que el *sitones* (un oficial tipo *tamkarum* encargado de comprar grano por el gobierno en situaciones extremas) tuvo un excedente de 15 talentos para el tesoro después de haber repartido el grano.[90] Esto debe significar una de dos cosas: o el grano era un regalo total y fue distribuido como de costumbre a los ciudadanos, siendo vendido el resto para beneficio del tesoro; o Leucon vendió el grano a Atenas a mucho menos del precio normal, siendo los 15 talentos la diferencia entre el coste y el precio de reventa. La primera alternativa parece la más probable en este caso. Estrabón, al hablar de la superioridad de Teodosia sobre Panticapeo, señala que Leucon envió una vez 2.100.000 medimnos —una cantidad muy alta— a Atenas desde Teodosia.[91] Esto puede referirse a la misma donación o a otra, o simplemente puede representar el total de los envíos anuales a Atenas.

[88] Demóstenes, *Discursos privados*, XXXIV, 36.
[89] Minns, *Scythians and Greeks*, p. 576.
[90] Demóstenes, *Discursos privados*, XX, 33.
[91] Estrabón, VII, 4, 6.

El ejemplo de Mitilene demuestra que el comercio administrado entre Atenas y Crimea era excepcional. Hasebroek observó que «todos los llamados tratados comerciales que nos han llegado desde los tiempos pre-helénicos no se ocupan de las ventajas comerciales, sino del suministro de grano y otros artículos de primera necesidad, incluyendo materiales de defensa y para la construcción de barcos».[92] Los suministros de grano estaban casi totalmente asegurados por los tratados, que, en general, se referían al derecho a comprar mercancías en un determinado puerto o puertos y al de obtener ventajas con respecto al transporte; a la exención total o parcial de derechos de aduana; a seguridad frente a embargos; y a la prioridad de carga, es decir, a las condiciones en las que se daba el comercio Atenas-Bósforo.[93]

Atenas sólo tuvo un éxito parcial en sus esfuerzos por mantener el control de la mitad occidental de la ruta del Ponto. En el 387, un tratado con Clazomena, en la costa de Asia Menor, concedió a esa ciudad permiso para comprar grano en determinadas ciudades.[94] Pero otras ciudades antes dependientes, especialmente la misma Bizancio, reafirmaban su independencia de vez en cuando incautando barcos con grano, o expropiando el grano u obligando a los barcos a pagar los impuestos de aduana. Así, durante una guerra espartana con Atenas en el 387/6, el general espartano, con más de 80 barcos bajo sus órdenes, impidió a los barcos del mar Negro navegar en dirección a Atenas.[95] Una de las primeras medidas tomadas por Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, al intentar formar un imperio en el Egeo, fue controlar el suministro de grano a Atenas. Según Demóstenes, el rey Filipo

[92] Hasebroek, *Trade and Politics*, p. 111.
[93] *Ibid.*, pp. 126-127.
[94] Francotte, «Le pain à bon marché», p. 136.
[95] Jenofonte, *Helénica*, V, 1, 28.

observando que consumimos más grano importado que cualquier otra nación... avanzó hacia la Tracia, y lo primero que hizo fue solicitar la ayuda de los bizantinos como aliados suyos en la guerra.[96]

Atenas tenía cada vez más dificultades para mantener a Bizancio dentro de su esfera de influencia. Alrededor del 360, se vio obligada a escoltar los barcos cargados de grano porque los bizantinos estaban «otra vez» obligándolos a poner rumbo a Bizancio para descargar allí.[97] Quedan pruebas de algunos casos de captura de barcos cargados de grano por parte de Bizancio, Calcedonia, Cizico, Quíos, Cos, Rodas y Macedonia entre el 362 y el 338.[98] Dos años después, Alejandro sucedió a su padre en el trono, y en cuanto emprendió sus grandes campañas en Oriente, desvió el suministro de grano del mar Negro para sus ejércitos, y con ello puso fin prácticamente al comercio ateniense. No puede ser mera casualidad que en los años siguientes el Ática conociera la mayor carestía desde los tiempos de Solón.

Más que nada, fue el genio político de Pericles el responsable de la organización del comercio de grano ateniense con el mar Negro. Era un maestro de la *Realpolitik*; se regía por el principio de limitar la política ateniense a lo alcanzable. El control sobre la ruta del mar Negro y los países vecinos estaba al alcance del poder de Atenas; a partir de ahí intentó canalizar los esfuerzos atenienses en esa dirección y restringirlos en otras. Plutarco, continuando su descripción de la expedición de Pericles al mar Negro, ofrece un análisis completo de sorprendente profundidad:

> Pero en otros asuntos no sucumbía a los vanos impulsos de los ciudadanos, ni se dejaba llevar por la marea cuando se

[96] Demóstenes, *Discursos privados*, XVIII, 87.
[97] *Ibid.*, L, 17.
[98] Rostovtzeff, «The Bosporan Kingdom», p. 574.

mostraban deseosos, por su sensación de poder y buena fortuna, de poner nuevamente las manos sobre Egipto e importunar a los territorios del Rey (es decir, Persia) que se extendían a lo largo de la orilla del mar. Muchos estaban también poseídos por esa desmesurada e insospechada pasión por Sicilia, que fue más tarde avivada por oradores como Alcibíades. Y había también algunos otros que seguían soñando con Toscana y Cartago...

Pero Pericles estaba siempre intentando apartar de ellos estas extravagancias, cortar su desmedido deseo de expansión, y dirigir la mayor parte de sus fuerzas a salvaguardar y conservar lo que ya habían ganado.

... Que estaba en lo cierto al querer confinar el poder de los atenienses a Grecia quedó ampliamente demostrado con lo que vino a acontecer después.[99]

En resumen, Pericles desarrolló el suministro de grano del mar Negro como una alternativa al siciliano y al egipcio, que estaban bloqueados por los poderes de Persia y Siracusa respectivamente. Atenas había hecho un esfuerzo enorme por arrebatar a Persia el poderío sobre Egipto unos años antes. El intento casi acabó en el desastre total. Pericles, finalmente, resistió a las pretensiones de atacar de nuevo a Egipto.

§6. Egipto

El interés de Atenas en Egipto estaba motivado en parte por sacar provecho de la vasta producción de grano egipcia. Es así como un pretendiente libio al trono de Egipto envió a Atenas una donación de 40.000 medimnos de trigo en el 445 a.C. con la esperanza de ganarse su apoyo.[100] Unos veinte años después, el rey egipcio Amasis envió a Atenas una buena cantidad de cebada durante una época de hambre, a cambio de su alianza contra

[99] Plutarco, *Pericles*, XX, 2; XXII, 1.

[100] *Ibíd.*, XXXVII, 3. Cf. también Dominique Mallet, *Les Rapports des Grecs avec l'Egypte*, El Cairo, 1922, p. 47.

Persia;[101] un regalo que Aristófanes ridiculizó porque el envío era sólo de cebada, y no de trigo. El grano, evidentemente, era una forma de persuadir a Atenas para que tomara parte en las relaciones Egipto-Persia.

Es difícil asegurar hasta qué punto Atenas recibía grano de Egipto en esta época, porque no hay pruebas contundentes. Puede que hubiera un hilo comercial entre Grecia y Egipto desde el tercer milenio hasta el siglo X aproximadamente, cuando las conmociones que llevaron al fin de la civilización de Micenas lo rompieron por completo. El comercio se trasladó desde Egipto a lo largo de la costa siria y palestina, por mar o por tierra, luego pasó a Chipre y desde allí a Grecia.[102] Después de un lapso de unos 300 años, el comercio volvió a resurgir en el siglo VII, debido quizás al superior dominio del mar puesto que ahora era posible navegar desde Egipto directamente a Rodas y Creta, y desde allí a las colonias griegas en Asia Menor.[103] Mileto estaba a la cabeza en esta fase del comercio, llevado a cabo exclusivamente en el puerto comercial de Naucratis, que, al parecer, había sido fundado como ciudad griega en el siglo VI por el rey egipcio Amasis.[104] En este primer período, no se menciona la conexión entre Atenas y Naucratis.

Aunque la mayoría de los escritores suponen que el grano era una de las principales exportaciones de Naucratis,[105] no se menciona el grano en una lista de las exportaciones efectuadas a Grecia desde Egipto por ese puerto comercial durante los siglos VII y VI.[106] Por otro lado, los mitos egipcios registrados por

[101] Escoliástico a Aristófanes, *Las avispas*, 716, cita de Dominique Mallet, *Les premiers établissements des Grecs dans l'Egypte*, p. 283.

[102] Harry R.H. Hall, *The ancient History of Near East*, novena edición, Londres, Methuen, 1936, pp. 144, 161.

[103] *Ibíd.*

[104] Heródoto, *Las Guerras Persas*, II, 178-179.

[105] G.B. Grundy, *Thucydides*, vol. I, p. 64, núm. 1.

[106] Prinz, *Funde aus Naukratis*, pp. 111-112. El carácter administrado de este comercio queda de relieve en la afirmación de Prinz de que la cerámica y otros

Diodoro (una fuente no muy fiable) dicen que algunos de los antiguos reyes de Atenas eran egipcios. Uno en particular, Erecteo, «a través de su conexión racial con Egipto, llevó desde allí a Atenas un gran suministro de trigo» durante una hambruna y por eso se convirtió en rey.[107]

Aunque tenemos datos de un comercio de regalos de carácter ocasional en el siglo V, es difícil determinar en qué medida tuvo lugar un comercio de tipo más regular Posiblemente la conquista persa de Egipto debe de haber tenido un efecto perturbador. Por poco o mucho trigo que Atenas obtuviera de Egipto, lo que es cierto es que no controlaba el comercio. Al parecer Esparta también conseguía algún suministro de Egipto, puesto que, durante la guerra del Peloponeso, Atenas atacó la isla espartana de Citera, en el extremo sur de Laconia, donde «atracaban los bajeles mercantes que procedían de Egipto y Libia».[108] Al mismo tiempo, se mencionan las importaciones atenienses de Egipto alrededor del 408 a.C., cuando Andocides convenció a Chipre para que levantara el embargo sobre las exportaciones de grano a Atenas; catorce barcos estaban a punto de entrar en El Pireo, y otros venían en camino.[109] Puesto que la ruta costera de Egipto a Chipre seguía siendo popular, quizás más que la ruta directa por el mar,[110] podemos suponer que este embarque se originó en Egipto. Las importaciones atenienses de grano de Egipto parece ser que aumentaron a finales del siglo V, como demuestran los discursos de Andocides. Por eso apunta Rostovtzeff «el predominio de la influencia de Atenas en Naucratis a finales de los siglos V y IV», como demuestra la cerámica y las

hallazgos muestran que las mismas cerámicas van siempre al mismo lugar, sin excepción, p. 144.

[107] Diodoro, I, 29, 1.

[108] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, IV, 53, 3.

[109] Andocides, II, 21.

[110] Grundy, *Thucydides*, vol. I, p. 327.

monedas encontradas allí.[111] A mediados del siglo IV, los atenienses firmaron un decreto en honor de un ciudadano de Naucratis, Teógenes, un hombre «con una amable disposición hacia el pueblo ateniense, que hace todo el bien que puede a los que acuden a él, en sus asuntos públicos y en los privados».[112] Entre los asuntos públicos, suponemos que se incluía el suministro de grano.

§7. Siracusa

La tercera gran fuente de suministro de grano —la isla de Sicilia— estaba fuera de la órbita del poder ateniense. La postura de Atenas era tentadora. Podemos imaginar el tamaño de la cosecha siciliana por la oferta hecha por Gelón, tirano de Siracusa, de suministrar grano «para todo el ejército griego» durante toda la Guerra Médica, a condición de ser nombrado comandante en jefe del ejército o de la flota griega.[113] Aunque no hay pruebas reales de las exportaciones de trigo siciliano a Grecia antes del siglo V, no podemos dudar de que hubo un verdadero comercio y bastante significativo. Las colonias occidentales no pudieron haber pagado sus importaciones de la Grecia continental de ninguna otra manera.[114] Aunque el volumen de comercio durante el siglo V no se puede determinar con exactitud, sí sabemos que tenía un carácter regular.[115] El Peloponeso era su principal cliente.

Atenas estaba excluida de esta fuente por Corinto, que se sentaba a horcajadas sobre la ruta comercial. Su posición estratégica, junto con sus colonias en el Adriático, le daban el

[111] Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Helenistic World*, Oxford, Clarendon Press, 1926, vol. I, p. 89.

[112] 112 206, citado por Smith, *Naukratis*, p. 64.

[113] Heródoto, *Las Guerras Persas*, VII, 158-160.

[114] T.J. Dumbabin, *The Western Greeks*, Oxford, 1948, p. 214.

[115] *Ibid.*, p. 216.

dominio sobre el comercio con el Occidente.[116] La ruptura de Atenas con Corinto alrededor del 460, en el momento de la expedición a Egipto, pudo significar sólo un intento de presionar para conseguir el dominio de todas las fuentes de grano del exterior.[117] Atenas atacó primero Corinto indirectamente, tomando Egina, destruyendo el comercio de Megara y llevando Beocia a la rendición, para poder tomar una posición en el golfo de Corinto.

Pero, en última instancia, el asegurar las importaciones de grano de Occidente dependía del control parcial de los puertos comerciales del sur de Sicilia e Italia. «Se podía haber logrado nada menos que el éxito de la expedición de Siracusa».[118] Así intervinieron los atenienses a favor de los leontinos en su guerra local con Siracusa:

> aparentemente basándose en sus relaciones, pero, en realidad, porque no querían que llegara al Peloponeso el trigo de Sicilia. Más aún, querían ver qué posibilidades tenían de tomar en sus manos el control de los asuntos sicilianos.[119]

Fue esta manera del suministro de grano al Peloponeso lo que llevó a Atenas a entrar en conflicto con Esparta. La presión ateniense hacia el istmo de Corinto fue reconocida como un peligro por Esparta y sus aliados; Esparta y Corinto quedaron así unidos por un peligro común. La guerra del Peloponeso fue el resultado del intento ateniense de controlar el suministro de grano de Occidente.

Nos hemos concentrado en el comercio del grano, tanto por su vital importancia para el Ática, como porque todas las pruebas del comercio griego nos llevan naturalmente a él. Los historiadores reconocen hoy en día que las importaciones de

[116] *Ibíd.*, p. 227.
[117] *Ibíd.*, p. 215. Grundy, *op. cit.*, vol. I, pp. 185-187.
[118] Dunbabin, *The Western Greeks*, p. 215.
[119] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, III, 86.

grano dominaron la política exterior ateniense y determinaron en gran parte el curso de su historia. Aunque éste ha sido reconocido como un hecho, los historiadores económicos no han sido capaces de darle toda la importancia que se merece como la fuerza que conformó la organización del comercio. Fue un comercio administrado, llevado a cabo en los puertos comerciales mediante tratados, y fielmente ajustado a la política naval. Ningún otro medio se hubiera adaptado a las circunstancias. Es la única forma de comercio que puede encajar en el uso del poder marítimo estrictamente aplicado al mantenimiento de la seguridad de rutas concretas y de ciertos suministros de vital importancia.

15. EL CRECIMIENTO DEL COMERCIO DE MERCADO

§1. Comercio administrado

No hay nada más preciso que el carácter administrado del comercio de grano en la antigüedad. Nos hemos concentrado en esta rama del comercio porque es de crucial importancia para el Ática, aunque es igualmente cierto que no sólo el comercio de grano, sino todo el comercio en general, era administrado en ese período.

Citemos las contundentes palabras del Viejo Oligarca:

> En cuanto a la riqueza, los atenienses están excepcionalmente situados en relación a los griegos y bárbaros, por su habilidad para conseguirla. Dado que siempre hay un estado u otro que es rico en madera para construir barcos, ¿cuándo podrán disponer de ella si no es convenciendo a los que dominan el mar? O, suponiendo que la riqueza de un estado pueda ser el hierro, o el bronce, o el cáñamo, ¿dónde podrán hacer uso de ellos si no es con el permiso del poder marítimo supremo? Porque, como veréis, éstas son las cosas que verdaderamente necesito para mis barcos. Necesito la madera de uno, el hierro de otro, el bronce de un tercero, el cáñamo de un cuarto, la cera de un quinto, etc.[1]

[1] Pseudo-Jenofonte («El Viejo Oligarca»), *Constitución de Atenas*, II.

En otras palabras, las provisiones navales, esenciales para la flota de la cual dependía a su vez el poder ateniense, estaban sometidas a las reglas de un comercio administrado estrictamente controlado. Como ocurría con el grano, Atenas ostentaba el monopolio del comercio de madera, hierro, bronce, cáñamo, cera y similares; ningún estado podía comprar estas materias sin permiso ateniense, en dondequiera que dominase el poder ateniense. Y esta política ateniense observaba igualmente las mismas regulaciones en las áreas que estaban fuera del control naval ateniense. Porque, añade el Viejo Oligarca, «tal como son nuestros rivales no permitirán a nadie que lleve estas cosas a ninguna parte que no sea donde ellos mismos tienen el dominio del mar».[2]

La dependencia ateniense de las importaciones de madera era especialmente notable, puesto que el Ática, como la mayor parte de Grecia, era una zona muy desforestada en ese período. Macedonia, Tracia (y en parte Tesalia) eran sus mayores fuentes de suministro, junto con el norte de Asia Menor. La importancia del suministro tracio-macedonio, ya a comienzos del siglo VI, queda apuntada en la famosa historia de la protesta persa contra Darío por haber regalado una ciudad tracia al tirano de Jonia, Histieo. El general persa Magabazo reprochaba al emperador:

> ¡Qué locura has cometido, señor, permitiendo a un griego, un hombre sabio y astuto, hacerse cargo de una ciudad en la Tracia, un lugar donde también hay abundante madera para construir barcos y remos, y minas de plata...[3]

El control del suministro de madera ocupó un lugar primordial en la guerra del Peloponeso. La captura espartana de Anfípolis, en la desembocadura del río Estrimón, «causó gran alarma» en Atenas, por la gran cantidad de madera que

[2] *Ibid.*, II.
[3] Heródoto, *Las Guerras Persas*, V, 23.

tenía esta ciudad para la construcción de barcos.[4] Cuando los espartanos fracasaron al no conducir su campaña según los deseos del rey macedonio Pérdicas, que se había aliado temporalmente con Esparta, éste firmó un tratado con Atenas en que acordaba (entre otras cosas) no permitir las exportaciones de madera para remos a ningún lugar excepto Atenas.[5] De forma similar las ciudades griegas de Calcidia firmaron un tratado con Amintas de Macedonia en el 389 estableciendo las condiciones para la exportación de brea y madera. Y también hay varios casos de individuos (quizás actuando de forma oficial o semioficial) a los que se les garantizaba el privilegio de cortar y exportar madera sin pagar ningún impuesto de aduana. Una estela fechada alrededor del 350 registra los tratados conjuntos de Atenas y de las ciudades ceas de Cartea, Coreso y Yule, garantizándole a Atenas el monopolio del tinte rojo de Cea (ocre rojo), esencial como pigmento y como droga. Según el decreto, el ocre sólo se podía exportar en las bodegas de los barcos atenienses, siendo el cargo del transporte (a pagar por los productores) fijado en un óbolo por talento.[6] Todas estas regulaciones recuerdan la organización del comercio de grano. No hay indicaciones de que todos los demás productos básicos mencionados por el Viejo Oligarca se obtuviesen de otra manera.

Otro tipo de comercio básico era el de esclavos, cuyo suministro procedía del exterior siendo su principal fuente los prisioneros de guerra. Sin embargo, desde el siglo V hasta la batalla de Mantinea en el 223, la norma general era vender solamente a la población que no era griega ni libre, por lo que la mayoría de los esclavos estaba formada por «bárbaros» cautivos.

[4] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, IV, 108.
[5] H. Michell, *The Economics of Ancient Greece*, Cambridge, At the University Press, 1940, p. 261-262.
[6] M.N. Tod, ed., *Greek Historial Inscriptions*, Oxford, Clarendon Press, 1933, vol. 2, pp. 183-185.

La venta de prisioneros de guerra originó problemas tácticos de gran alcance (como el problema del reparto del botín de guerra en general): tanto los problemas físicos originados por el alojamiento y el traslado, como los problemas financieros de su tasación. Por ello el comercio de esclavos, al menos en su primera etapa, no podía ser más que comercio administrado. Al mismo tiempo, su administración ofreció un gran empuje al crecimiento de los puertos comerciales y de los mercados. En el siglo V, los cautivos esclavos eran trasladados al puerto más cercano para ser vendidos;[7] a comienzos del siglo IV, un general mercenario espartano, el rey Agesilao, al parecer desarrolló la técnica de subastar *in situ*, pasando así la pesada tarea logística a los mercaderes de esclavos.[8] Este método está íntimamente ligado al cambio de técnicas de aprovisionamiento del ejército; en lugar de andar buscando por el campo, o depender de los mercados locales, el ejército va acompañado por unos cuantos mercaderes que venden directamente al general o, con su permiso y a precios convenidos, directamente a los soldados.

Seguramente también se comerciaba con otros artículos que no eran productos básicos. A los historiadores modernos —y a los mismos atenienses— les encanta extenderse sobre la amplísima gama de mercancías disponibles que había en Atenas. A través de las referencias literarias se ha compilado una lista en la que se incluyen espadas y copas calcidias, bronces de Corinto, lanas de Mileso, armas de Argiva, ajos de Megara, caza y aves de Beocia, queso y cerdo de Siracusa, pasas e higos de Rodas, bellotas y almendras de Paflagonia, mostaza de Chipre, cardamomo de Mileto, cebollas de Samotracia, mejorana de Tenedos, vino del Ática, Quíos, Cnido y Tasos, trompetas de Etruria, carros de Sicilia, lujosas sillas de Tesalia, camas de Mileto, alfombras y almohadas de Cartago, incienso

[7] Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, IV, 108.
[8] Jenofonte, *Agesilao*, I, 18.

de Siria y perros de caza del Epiro.[9] Y todo o casi todo debía encontrarse en Atenas, a juzgar por las alusiones de Jenofonte, Isócrates y otros. Por muy impresionante que sea esta lista, lo cierto es que en Atenas, además de los productos alimenticios, también había obras de arte o bienes lujosos pero, aunque añadiesen una nota de color y animación a la vida de los ricos y contribuyesen al ambiente cosmopolita de Atenas, no podemos suponer que la mostaza, los carros o las almohadas representaran un volumen importante de comercio. El Viejo Oligarca sugiere, con cierta ironía, que el comercio de artículos de lujo es una de las ventajas añadidas de la talasocracia. En su opinión, estos artículos sólo contribuyen a debilitar la fibra moral de Atenas.

> Si entramos en pormenores, es a su dominio del mar a lo que debe Atenas el descubrimiento de muchos placeres de la vida gracias al intercambio con otros países. Así, puede elegir entre las cosas de Sicilia e Italia, Chipre, Egipto, Lidia, el Ponto, el Peloponeso o cualquier otro lugar, y todas ellas llegan a un centro, debido, como digo, a su imperio marítimo.[10]

El comercio de artículos de lujo, en resumen, es un subproducto interesante pero menor del comercio administrado de artículos de primera necesidad. La misma relación existió durante los dos primeros siglos del Imperio Romano; en los cargamentos de barcos organizados a través de la *annona* imperial se permitía dejar un espacio extra para el comercio privado.

[9] Michell, *Economics of Ancient Greece*, p. 233-234.
[10] «El Viejo Oligarca», *Constitución de los Atenas*, III, 1.

§2. La introducción de los elementos de mercado

El capítulo XIII, que trataba sobre el comercio de grano, nos llevó hasta el último cuarto del siglo IV; durante casi dos siglos, el comercio de grano era administrado, un comercio sin mercado. No hay duda de la existencia de un mercado de grano internacional en el Mediterráneo oriental a finales del siglo IV (que perduró sustancialmente inalterado en su forma hasta la sistematización de la *annona* imperial bajo el reinado de Augusto). Ya en el 324 a.C. los suministros de grano se desplazaron por el Mediterráneo oriental en respuesta al movimiento de precios relativos, y el precio tendió a alcanzar uniformidad en toda el área. Posiblemente este desarrollo fue paradójico, pero no perjudica nuestras tesis porque lejos de ser el resultado de la evolución del comercio del Ática fue su antítesis completa. En realidad, el grado de desarrollo del mercado en la antigüedad clásica fue producto no de Atenas ni de los estados griegos, sino de los superplanificadores con que contaba el Egipto ptolemaico que adaptaron los métodos mercantiles de Grecia a las tradicionales técnicas redistributivas de los faraones. Y eso no provocó cooperación, sino la oposición más violenta por parte de Atenas y de los estados griegos —hasta tal punto, que el genio que se escondía tras ese desarrollo, Cleómenes de Naucratis, ha sido envilecido y despreciado, incluso hasta nuestros días, como pocos hombres de la antigüedad.

Cleómenes no creó el mercado «mundial» de la nada; existían ciertos antecedentes de su desarrollo mercantil desde el siglo IV, cuando se vio debilitado el monopolio que Atenas tenía sobre el comercio de grano. Así, por ejemplo, Jenofonte, alrededor del 385, dice que los *emporoi* aman tan intensamente el grano que

> al recibir informes de que hay abundancia en alguna parte, los mercaderes viajarán a buscarlo. Cruzarán el Egeo, el Euxino, el mar siciliano; y cuando tengan el máximo posible, lo embarcarán en los mismos barcos en que ellos navegan. Y cuando precisen dinero, no lanzarán el grano al azar, sino que lo llevarán al lugar donde el grano tenga más valor y la gente pague al mejor precio, y allí lo venderán.[11]

Este pasaje señala el desarrollo de ciertos elementos de mercado en el siglo IV, pero apenas indica la existencia de algo parecido a un sistema de mercado. Las tendencias hacia la «racionalidad» económica de la distribución de grano son, como mucho, incipientes. Por ejemplo, se hace hincapié en los medios de procurarse el grano: los mercaderes se precipitan a cualquier punto donde se dice que hay excedente de grano, no al punto donde los precios del grano son *bajos*. De hecho, no se menciona el precio en un sentido técnico, sino que más bien el contexto sugiere una cierta novedad en la idea de que el mercader pueda decidir por sí mismo dónde vender su grano, en vez de actuar de acuerdo a las directrices imperiales. De ahí, la tentativa de explicar: «No lanzarán el grano al azar; sino que lo llevarán al lugar donde el grano tenga más valor y la gente pague al mejor precio». El pasaje fue escrito, suponemos, poco antes de la creación de la segunda confederación ateniense y antes del restablecimiento de las relaciones entre Atenas y los remos del Bósforo. En resumen, cuando el control ateniense del grano estaba en un momento de declive.

Pero, cualesquiera fueran las circunstancias, nada hubiera sido más irracional que los intentos de basar los movimientos del grano en los del precio relativo. El conocimiento que tenemos de los precios en este período (en realidad, de toda la antigüedad y de los tiempos modernos hasta hace relativamente poco) es bastante pobre; los datos son tan escasos que es imposible construir ninguna tabla de índices, ni siquiera para hacer la más burda comparación de los movimientos de precios. Paradójicamente, es esta falta de datos la que establece

[11] Jenofonte, *Oeconomicus*, XX, 27-28.

un argumento impresionante contra la existencia de cualquier tipo de organización mercantil fuera de los estrictos límites de la *polis*. En realidad, deberíamos esperar que una organización mercantil del comercio produjera algún grado de uniformidad en los precios y de regularidad en sus movimientos. Pero lo que hace más difícil utilizar los datos de precios es precisamente la carencia de modelo alguno. Según Jardé, autoridad en la materia, «*la régle est la continuelle variation des prix*», variación que es continua para cualquier zona, entre los diferentes meses de cualquier año, entre los mismos años, e igualmente entre las diferentes zonas.[12] Estas variaciones, además, son al azar no muestran similitud entre las zonas por un período de tiempo, o entre los diferentes períodos de tiempo para una o más zonas. Los movimientos de los precios del grano sólo pueden correlacionarse con acontecimientos políticos, los precios fluctúan según el cierre y apertura de las rutas comerciales.[13] Riezler insiste en que no hay justificación para hablar de un «precio mundial».[14] Jardé construyó la siguiente tabla de precios del trigo en Atenas para ver el grado de variación:[15]

393 a.C.	3 dracmas por medimno
«comienzos siglo IV»	6 dracmas por medimno
340-330	9 dracmas por medimno
Aprox. 330	5 dracmas por medimno
330/329	5 dracmas por medimno
329/28	6 dracmas por medimno
329/28	10 dracmas por medimno

[12] A. Jardé, «Les céréales dans l'antiquité Grecque», París, 1952, p. 164. (La muerte de Jardé antes de escribir el volumen que tenía proyectado sobre la distribución del grano fue una de las mayores tragedias de la vida académica.)

[13] *Ibíd.*, p. 166.

[14] K. Riezler, *Über Finanzen und Monopole in alten Griechenland*, Puttkammer und Mühlbrech, 1907, p. 55.

[15] Jardé, «Les céréales», p. 179.

La muestra es contundente y queda confirmada por dos hechos más: la persistencia a lo largo de más de dos siglos de una proporción de precios trigo-cebada de dos a uno, sin tener en cuenta las variaciones de sus respectivos precios;[16] y la persistencia y peso que tenía en el mundo griego la idea de que el precio correcto para el trigo era de cinco dracmas por medimno, siendo considerado el precio superior a seis dracmas una desgracia pública.[17] Puesto que la cebada y el trigo eran consumidos normalmente por diferentes grupos, y producidos en diferentes regiones, la persistencia (con pequeñas excepciones) de la proporción del dos a uno en los precios parece aún más sorprendente. Seguimos ignorando el mecanismo concreto de su funcionamiento, aunque la permanencia secular de la proporción se parece al sistema de equivalencia cebada-plata de Sumeria y Babilonia. La inferencia negativa es clara: un mercado de precios nunca podría haber producido tal uniformidad a lo largo del tiempo, cuando tanto las condiciones de consumo como las de producción de los dos cereales eran diferentes. Ni tampoco deberíamos considerar la preferencia de los cinco dracmas para el trigo un prejuicio o un asunto sentimental, sino que se trataba de un principio normativo de gran eficacia, pues incluso en el período helenístico encontramos una tendencia concreta a volver a este precio. Tal uniformidad y estabilidad no debería sorprendernos; el problema real sería exactamente cómo explicar las fluctuaciones que tuvieron lugar.

Tal vez la pregunta pertinente sobre los datos de los precios sería la de a qué lugar se refieren concretamente. Cuando Jardé, por ejemplo, cita los precios del grano en Atenas, no está claro si se refiere al precio de Atenas, es decir, del *ágora*, o al precio en el puerto comercial o emporio, es

[16] *Ibíd.*, p. 182.

[17] *Ibíd.*, p. 140. Cf. también E.H. Minns, *Scythians and Greeks*, Cambridge, 1913, p. 575.

decir, El Pireo. La diferencia no radica entre comercio al por mayor o venta al por menor, puesto que a menudo encontramos que el precio al por menor es inferior al del comercio al por mayor. Esto no debería sorprendernos en una época como la nuestra, acostumbrados (si no resignados) a los sistemas duales de precios para el comercio exterior y el interior. La separación institucional no sólo entre comercio interior exterior y comerciantes, sino también entre sus lugares y precios, es vital para comprender el conjunto del problema.

El grano llevado a Atenas como resultado del control ateniense del comercio no entraba en la ciudad indiscriminada o directamente. Las mercancías adquiridas en el exterior eran llevadas al emporio situado en el puerto de Atenas, El Pireo; la separación del emporio del resto de Atenas estaba simbolizada por los mojones que la rodeaban y separaban de El Pireo en sí, que legal e institucionalmente (aunque no en el ámbito administrativo) era una parte de Atenas. El emplazamiento físico del emporio era de hecho un verdadero problema para los griegos. Aristóteles creía que su separación institucional debería reforzarse geográficamente; y reprochaba implícitamente a Atenas por situar el emporio dentro de los límites de la ciudad:

> ... incluso ahora vemos muchos países y ciudades que poseen puertos marítimos y bahías convenientemente situados con respecto a la ciudad, lo suficiente como para no formar parte de ella y, al mismo tiempo, no estar lejos, pero con murallas y otras defensas para que estén bajo su control. Es evidente que si se saca alguna ventaja de comunicar el puerto con la ciudad, el estado se quedará con esta ventaja, y si hay algún resultado perjudicial, es fácil protegerse contra él por medio de las regulaciones legales correspondientes, estableciendo qué personas pueden y cuáles no pueden tener relaciones comerciales entre ellas.[18]

[18] Aristóteles, *Política*, VII, 6 (1327a)

Situar el emporio donde lo hicieron, en el lado este de la bahía de Cántaro, debió de tener pocas complicaciones para los atenienses. Una complicación mayor surgía del hecho de que el emporio ateniense estaba a disposición de todo el Egeo, y no solamente de Atenas, algo que Aristóteles no veía bien, «pues el estado debe ejercer el comercio en interés propio, no en beneficio de los extranjeros». El emporio es necesario, puesto que una ciudad debe importar lo que no encuentra dentro de sus fronteras y exportar sus propios excedentes. Éste es un propósito legítimo, pues «los pueblos que abren su mercado al mundo lo hacen sólo en busca de ganancias, pero un estado que no participa en esa búsqueda de beneficios no tiene por qué poseer un emporio». Estos beneficios, debemos recordar, son en gran parte los ingresos derivados de los impuestos de importación y exportación, las tasas del puerto y similares, «fiscalismo» en el sentido más estricto. Evidentemente, el principal problema es la cuestión legal de administrar y regular el emporio.

Dentro del emporio mismo las transacciones se realizaban en un largo muelle, conocido como *deigma*, que se extendía a lo largo de la bahía en la zona central del emporio. Los *emporoi* ponían a la vista sus mercancías a modo de muestrario sobre el *deigma* (el término griego para muestrario era un derivado de *deigma*) donde se sentaban en sus mesas los cambistas, los *trapezitas*, cambiando y comprobando el dinero, aceptando depósitos de pago, y facilitando en gran medida las transacciones. Polieno describe un ataque enemigo sobre Atenas durante el cual los atacantes saltaron sobre el *deigma*, cogieron el dinero de las mesas de los cambistas y salieron de nuevo al mar.[19] Jenofonte describe una escena incluso más dramática en la que los atacantes saltan sobre el *deigma*, capturan a los mercaderes y a los propietarios de los barcos y se los llevan consigo.[20]

[19] Polieno, *Estratagemas de la Guerra*.
[20] Jenofonte, *Helénicas*, V, 1

Aparte del *deigma*, donde se cierran los tratos, se venden las mercancías para el Ática y para los extranjeros que las llevarán al exterior, el emporio tenía su propio *ágora*, en el extremo norte. No hemos encontrado ninguna referencia literaria concreta a este *ágora*, pero su incuestionable existencia implica que aquellos cuyos negocios les llevaban al emporio podían aprovisionarse allí sin necesidad de entrar en la ciudad propiamente dicha. Este propósito parece evidente por la presencia habitual de tales mercados de alimentos dentro de los puertos comerciales africanos de los siglos XVI al XVIII. Sin duda, había también alojamientos dentro del emporio para que pernoctasen los viajeros, aunque es posible que muchos prefirieran quedarse a bordo de sus barcos. Jenofonte, que parece proponer la conversión de todo El Pireo en un vasto emporio en su obra *Vías y recursos*, expone las ventajas de construir fondas y lugares de diversión para atraer a más metecos y extranjeros. Los que estaban temporalmente en el emporio no tenían así ocasión de entrar en Atenas; los que estaban permanentemente eran metecos y, por tanto, sujetos a la ley ateniense.

Una mayor reserva modificó el grado de control de Atenas sobre el emporio: el predominio de los intereses de importación de Atenas, así como los de la mayoría de ciudades griegas. Atenas quería grano barato e intentaba mantener los precios bajos; pero, sobre todo, *necesitaba* el grano. En la época de Pericles no podía haber conflicto entre estos dos intereses. «Dado que un estado u otro siempre es rico en madera para construir barcos, ¿dónde podrán disponer de ella si no es convenciendo a los que dominan el mar?» Aunque nuestros datos de los precios son escasos y poco interesantes en relación al siglo IV, no tenemos ninguno del siglo V. Puesto que no es posible tener pruebas, podemos deducir que en este período se mantuvieron en el emporio las equivalencias establecidas, dado que el grano no podía venderse en ningún lugar más que en

El Pireo o Bizancio, por lo que los precios excesivos no pudieron haber representado un problema. El emporio actuaba como monopolio de las compras de grano.

Pero el verdadero problema debió de tomar otras formas tras la caída del imperio ateniense. Para entonces el control ateniense del suministro de grano del Bósforo no se apoyaría en el control militar directo de las rutas marítimas, sino en las ventajas financieras ofrecidas por los que estaban dispuestos a vender grano a Atenas como resultado de la diplomacia ateniense. Claramente, el poder naval ateniense consiguió estas concesiones de los monarcas del mar Negro; pero, como demuestran las continuas capturas de barcos, este poder no era absoluto. Así, la exención de impuestos a los mercaderes que transportaran cargas a Atenas era puramente relativa, sobre todo desde que Leucon también hizo descuentos, aunque menores, a otros estados, como por ejemplo a Mitilene alrededor del 350 a.C.[21] Si Atenas hubiera mantenido los precios por debajo de los de otras ciudades, habría abierto la posibilidad de perder todo su suministro de grano, porque entonces los mercaderes, sencillamente, hubieran evitado Atenas.[22]

Al mismo tiempo, los precios altos llevarían a un desastre público, debido al papel primordial que ocupaba el grano en la dieta. La delicadeza de la posición ateniense no podía haber sido mayor. Aunque no debe considerarse una situación excepcional. Las ciudades medievales de Occidente estaban sustancialmente en la misma posición con respecto al comercio exterior como lo estuvieron muchas colonias norteamericanas del siglo XVII.

Se utilizaron diversas técnicas para vencer esta dificultad, y todas ellas incluían la diferencia entre los precios del emporio y los precios del *ágora*. Tal vez el mejor y más interesante de

[21] Tod, *Greek Inscriptions*, vol. 2, pp. 185-186.
[22] Ver capítulo 17, pp. 334-335. *(N. del E.)*

estos mecanismos haya llegado hasta nosotros desde comienzos del período helenístico (y por lo que sabemos no se utilizaba así en Atenas); su lógica, sin embargo, revela en gran parte la situación ateniense. La ciudad de Lagina compró todo el grano que necesitaba a los comerciantes privados al precio normal y revendió el grano a sus ciudadanos al «precio justo» de cinco dracmas por medimno. Se creó un fondo de rotación para ese fin mediante una tasación especial (las liturgias para los ricos), que se invertía en producir unos ingresos anuales. Así, los ciudadanos tenían siempre grano barato, y los mercaderes, de los que Lagina dependía, no se quejaban. Francotte describe acuerdos idénticos en otras cinco ciudades griegas de Asia Menor.[23] Tarn informa sobre los que parecen ser acuerdos similares en otro grupo de ciudades.[24]

Atenas, sin embargo, no estaba dispuesta a ceder el control de los precios; su doble técnica, por tanto, consistía en aislar el precio del *ágora* de las fluctuaciones externas, y en ligar el precio del *ágora* a los precios del exterior. Dos tercios del grano que llegaba al emporio tenían que ser llevado a la ciudad; ésta era una tarea específica de los diez «Supervisores del Emporio», cuya obligación general era «supervisar el centro comercial».[25] Al ciudadano medio se le prohibía comprar por ley más de cincuenta medidas de grano de una sola vez;[26] la acaparación y otras prácticas estaban estrictamente prohibidas. El precio del *ágora* fue posteriormente ligado al precio del emporio por los comisionados del grano (*sitophylakes*), que

> estaban encargados de que el grano entero se vendiera en el mercado a precios razonables, y también de que los molineros vendieran la comida de cebada a un precio proporcionado al de la cebada, y que los panaderos vendieran las hogazas de pan a un precio proporcionado al del trigo; y de esos precios ellos eran los responsables, pues la ley exige que sean ellos los que fijen el peso patrón.[27]

En la época en que Aristóteles escribe había 20 *sitophylakes* en la ciudad y 15 en El Pireo; en una época anterior había habido cinco para cada uno. Tan estricta era esta supervisión que a veces los *sitophylakes* eran condenados a muerte si fracasaban en hacer cumplir las leyes.[28]

Hasta ahora el cuadro que hemos presentado es el de la determinación de precios competitivos en el emporio. Lisias, en su discurso que denuncia las ganancias de los minoristas, muestra un recorte en la oferta que hace subir los precios en el *ágora*.[29] Otras fuentes avalan su opinión, y un orador posterior, por ejemplo, describe cómo las capturas de barcos por parte de Bizancio, Calcedonia y Cizico produjeron una gran escasez en el emporio, con la consiguiente subida de los precios.[30] Pero tal descripción no debe tomarse al pie de la letra. En cierto momento encontramos la correlación entre oferta y variación de precios: en vez de subir el precio de manera fija cuando disminuya la oferta, aparece lo contrario, que el precio baja súbitamente. Es en este punto crítico donde entró en plena acción el mecanismo de control del estado. Atenas podía ligar su *ágora* al emporio en tanto los precios de éste fluctuaran dentro de ciertos límites; abandonarse completamente a los caprichos de los precios exteriores hubiera sido un suicidio.

En tal crisis debió de aumentar lo delicado de la situación para resolver cómo iba Atenas a tratar con extranjeros, que

[23] H. Francotte, «Le pain gratuit et le pain à bon marché dans les cités grecques», en Mélanges Nicole, Ginebra, 1905, pp. 143-144.
[24] W.W. Tarn, Hellenistic Civilization, segunda edición, Londres, E. Arnold y Co., 1930, p. 99.
[25] Aristóteles, *La Constitución de Atenas*, 51.
[26] Lisias, «Contra los comerciantes de grano», XXII, 6.

[27] Aristóteles, *La Constitución de Atenas*, 51.
[28] Lisias, «Contra los comerciantes de grano», XXII, 8.
[29] *Ibid.*, XXII, 16.
[30] Demóstenes, *Discursos privados*, L, 6.

eran ahora más indispensables que nunca. Su método debe de parecer oscuro a la mentalidad racional de nuestra época. La solución no era ni emplear la fuerza (no disponible en ese momento), ni apelar al auto-interés del mercader para que cuidase sus intereses a largo plazo creando buena disposición en el cliente (en vez de obtener beneficios inmediatos a corto plazo). La petición se dirigía a su orgullo, a su egoísmo, a su deseo de estatus y prestigio. Los magistrados convencieron (o intentaron convencer) a los mercaderes para que vendieran el grano al precio convencional de cinco dracmas por medimno, sin tener en cuenta lo alto que estuviera el precio en el emporio; a su vez, la ciudad, agradecida, aprobaría un decreto en honor de los mercaderes, concediéndoles ciertos honores especiales, o anunciando el decreto en el emporio de Bizancio. Así, dos litigantes extranjeros que presentan una denuncia para recuperar una carga marítima recuerdan al jurado que hace unos años habían vendido 10.000 medimnos de trigo a cinco dracmas por medimno cuando el precio real estaba en 16 dracmas.[31] Un mercader de Salamis, en Chipre, Heracleides, fue honrado con un decreto por haber vendido 3.000 medimnos a cinco dracmas en el 330/29.[32] Y hubo otros que también vendieron cantidades de 10.000, 12.000 y 40.000 mendimnos, respectivamente, al mismo precio durante la escasez.[33]

No sólo se convenció a los mercaderes para que vendieran al «precio justo»; hay indicios de que algunos de los mejores regalos hechos a Atenas en esa época por estados extranjeros fueron en realidad ventas de grano al precio de cinco dracmas. Leucon, el dirigente del reino del Bósforo, hizo muchos de tales regalos, probablemente en tiempos de escasez de grano; en el 356 fue tan inexplicablemente espléndido que el tesoro

[31] *Ibid.*, XXXIV, 39.

[32] G.W. Bostford y E.G. Sihler, eds., *Hellenistic Civilization*, Nueva York, Columbia University Press, 1915, p. 588.

[33] *Cambridge Ancient History*, vol. 6, p. 449.

ateniense, haciéndose cargo de la venta al por menor, consiguió unos beneficios de 15 talentos tras la venta.[34] Leucon fue alabado por estos regalos, y se le concedió la ciudadanía honorífica. Tal vez el mejor regalo recibido por Atenas fueron los 100.000 medimnos regalados por Cirene entre el 330 y 326 a.C.; Tod cree que este grano fue vendido al precio normal, y que no fue realmente un regalo.[35] El decreto ateniense en honor de los hijos de Leucon sugiere la misma posibilidad, puesto que sus sucesores, Espartaco y Perísades, informaron inmediatamente a Atenas de su intención de continuar la política favorable de su padre. También preguntaron por una deuda que tenía Atenas con el Bósforo, que, en opinión de Tod, era una deuda estatal, no contraída por individuos particulares.[36] Dicha deuda podía ser perfectamente debida a una compra de grano hecha por el estado a Leucon.

No sabemos exactamente qué incentivos o presiones fueron utilizados para convencer a los mercaderes de que vendieran al precio convencional; pero tenemos la misma dificultad para comprender con claridad cómo reaccionaron los ciudadanos atenienses ante las liturgias que les fueron impuestas. Esta técnica de influir en los precios del grano fue, en principio, una mera extensión del sistema de liturgias a los metecos y extranjeros. Además de vender a un precio inferior los mercaderes fueron convencidos para que contribuyeran con la ciudad financiando las compras de grano; y suponemos que ese grano era revendido a los ciudadanos al precio de cinco dracmas. Y así, los dos mismos clientes de Demóstenes, que vendieron el grano a cinco dracmas cuando el precio del emporio era de 16, en otra ocasión contribuyeron con un talento para la compra de grano; Heracleides, el mercader de Salamis, contribuyó con 3.000 dracmas en el 328/27.

[34] Demóstenes, *Discursos privados*, XX, 33.

[35] Tod, *Greek Inscriptions*, vol. 2, p. 274.

[36] *Ibid.*, p. 197.

Atenas no era excepcional en este aspecto. Francotte atribuye técnicas similares a las ciudades de Éfeso, Ilion, Parion, Astipalea, Oripe y Priene.[37] De manera general, como señala Jardé, las técnicas atenienses de control de suministros y de precios se pueden encontrar en todas las ciudades griegas.

Estas técnicas, sin embargo, demostraron ser inadecuadas a medida que avanzaba el siglo IV, posiblemente por la continua interrupción de las rutas comerciales tradicionales que acompañaba al crecimiento del poder macedonio. Así, aparece por primera vez en escena una nueva figura en el 328: el *sitones*, una figura tipo *tamkarum* (en realidad, un consejo de tres funcionarios) con la misión de comprar grano a cuenta del gobierno durante los períodos de escasez. Demóstenes fue presidente de este consejo, y él mismo contribuyó con un talento a sus fondos. El grano era revendido a los ciudadanos a cinco dracmas por medimno.[38]

El resultado neto de estas políticas, por tanto, era ligar el precio del *ágora* al precio del emporio, en tanto este último se mantuviera dentro de unos límites razonables, para romper toda conexión siempre que el precio del emporio alcanzara un nivel peligroso. Francotte no podía ser más enfático al insistir en la profunda distinción institucional entre los mercados de grano interior y exterior; él se inclinaba a creer que el precio del *ágora* estaba casi siempre fijado por los *sitophylakes*. Jardé parece sugerir también un tipo de distinción similar. Estas políticas, evidentemente, muestran una gran continuidad con el pasado redistributivo de Atenas.

[37] Francotte, «Le pain», p. 142.

[38] *Ibid.*, p. 149. Cf. también *Cambridge Ancient History*, vol. 5, p. 449.

§3. La aparición del mercado

El período de escasez del 330-326 dio origen a algo más que a nuevas técnicas atenienses para mantener bajos los precios internos: marcó un cambio decisivo en la historia del comercio del grano, porque la organización del primer mercado de grano en el Mediterráneo oriental estuvo relacionada con esta escasez. Rostovtzeff denomina a este acontecimiento el comienzo de «un nuevo período» en la historia del comercio de grano,[39] pero incluso este autor infravalora su importancia ya que, al asumir la existencia de un mercado de grano desde el principio, tiende a pensar en este acontecimiento en términos de un triunfo de los principios del *laissez-faire*: «Después de Alejandro, el comercio de grano se hizo libre, de una vez por todas».

El comienzo de la escasez ofreció por sí mismo la prueba de la insuficiencia de la organización existente en el comercio de grano; el crecimiento de Macedonia bajo Alejandro cortó de inmediato las pretensiones que pudiera tener Atenas de controlar a los productores y las rutas comerciales. Parece evidente que, aunque la escasez afectó a casi todo el mundo griego, no fue debido a la mala cosecha en Grecia. Rostovtzeff, de hecho, sugiere que tampoco hubo escasez en los países productores de grano; el problema era de organización.

> Había mucho grano en el mercado, y en la mayoría de los casos mucho dinero para comprarlo. El problema era cómo distribuir y regularizar el suministro, y cómo estabilizar el precio. Atenas, el mayor comprador de trigo de la antigüedad, no pudo hacerlo, y sus sucesoras, Alejandría, Rodas, Mileto y Éfeso, necesitaron bastante tiempo para descubrir los métodos apropiados.[40]

[39] M. Rostovtzeff, «The Bosporan Kingdoms», en *Cambridge Ancient History*, vol. 8, p. 575.

[40] M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, Oxford, Clarendon Press, 1926, vol. 1, pp. 168-169.

Esta visión está apoyada por la creencia de Jardé de que la escasez no fue igual a lo largo de los cinco años, sino que fue intermitente, con grandes variaciones en el suministro de un año a otro. Por ejemplo, un decreto del año 328 habla de la escasez de los *años anteriores*, dando así a entender una cierta normalidad en los suministros en ese momento.[41] La causa inmediata, en realidad, fue la pérdida de una parte o del total del suministro del Bósforo, utilizado ahora para abastecer al ejército de Alejandro.[42] El desarrollo de un poder nuevo y hostil produjo el fin del control ateniense —e incluso su influencia— sobre el comercio del grano.

La necesidad de una total reorganización de este comercio debió de ser autoevidente. Las perspectivas, además, eran favorables, pues el «nuevo poder» era distinto a los del pasado reciente. Alejandro no era un simple conquistador; proyectaba la unificación del este y el oeste, una integración de todas las partes de su imperio. El comercio jugaba un papel importante en sus esquemas; la escala con la que se planeó y construyó la ciudad de Egipto que llevaba su nombre demuestra que Alejandría fue concebida por su fundador para que sirviera de centro cultural y comercial en la mitad occidental de su imperio. Alejandro, con su profunda visión de la política y la economía griegas, debió de sopesar la inmensa importancia del grano para Grecia: quienquiera que controlara el grano, controlaría también los medios de subsistencia de Grecia, y controlaría, por tanto, el destino político de los griegos. La situación de Alejandría en la boca del Nilo, principal arteria de ese fabuloso productor de riqueza y grano, Egipto, no pudo haber sido accidental. ¿Por qué empezar de nuevo cuando ya existían emporios como El Pireo, Rodas y Corinto? La centralización del comercio de grano debió de ser también uno de los objetivos de Alejandro; y así encontramos al mismo

[41] Jardé, «Les céréales», p. 47.
[42] *Cambridge Ancient History*, vol. 8, p. 575.

hombre, Cleómenes de Naucratis, como responsable de la creación de un mercado centralizado de grano y de la construcción de Alejandría. Sin embargo, sería un error suponer que Alejandría fue construida solamente con fines comerciales. Groningen ha argumentado convincentemente que si el comercio hubiera sido el único objetivo, Alejandro lo hubiera instalado en Naucratis. Tanto la situación de la ciudad como la escala a la que fue construida, insiste Groningen, sugieren la prioridad de las consideraciones estratégicas y políticas.[43]

El olvido y la progresiva denigración que han hecho de Cleómenes de Naucratis la mayor parte de los estudiosos es uno de los capítulos más incomprensibles de la historiografía clásica, puesto que Cleómenes fue uno de los hombres más importantes e influyentes del período alejandrino. Al mismo tiempo, este olvido de Cleómenes explica por qué no se ha tenido en cuenta el papel decisivo de su organización en el mercado de grano del Mediterráneo oriental, puesto que fue el protagonista del acontecimiento y de los pocos informes contemporáneos que han sobrevivido. En los dos últimos siglos, los historiadores, con pocas y notables excepciones, se han concentrado tanto en las acusaciones de venalidad y extorsión contra Cleómenes que han ignorado (absolutamente) sus logros. Incluso algunos, como Rostovtzeff, que reconoce su grandeza, se sienten obligados a disculparle. La reputación de sus perversas acciones es tan incorrecta como irrelevante. Si la perspectiva histórica significa algo, es precisamente que los motivos individuales y las personalidades son poco importantes en comparación con los cambios institucionales. Ya ni siquiera el incidente del cerezo tiene un terrible interés para los historiadores de la revolución americana.

La difamación que se ha hecho del carácter de Cleómenes se apoya en dos hechos y está reforzada por algunos episodios

[43] B. A. Van Groningen, «Sur la fondation d'Alexandrie», en *Raccolta di Scritti in Onore di Giacomo Lumbroso*, pp. 200-210.

de carácter menor. Uno es su aparente papel de extorsionador y chantajista en la gran escasez del 320, y el otro es una carta, citada por Arriano, de Alejandro a Cleómenes ofreciéndole «el perdón por las ofensas que haya podido cometer», así como la remisión de cualquier futuro pecado cometido para cumplir ciertas peticiones. El mismo Arriano se refiere a Cleómenes como un «mal hombre», que «había cometido muchos actos de injusticia en Egipto».[44] La prueba menor se refiere a varios incidentes relatados en el segundo libro de la *Oeconomica* del Pseudo-Aristóteles.

La primera acusación afecta a nuestro problema central de la creación del mercado «mundial» de grano, pues su creación estaba en relación con la escasez. Cleómenes fue difamado por los escritores atenienses porque la organización del mercado de grano era considerada una seria amenaza para la independencia ateniense. El episodio lo discutiremos en detalle más adelante.

La segunda —el reproche de Alejandro, junto con la denuncia de Arriano— se ha considerado, generalmente, la prueba más convincente contra Cleómenes, aunque actualmente la carta se considera una falsificación. Mahaffy fue el primer historiador en señalar que no podía ser auténtica, puesto que en ella Alejandro ordena a Cleómenes construir dos capillas en honor de su amigo, Hefestio, una de ellas en Alejandría y la otra en la isla de Faros, «donde está situada la torre». Pero el famoso faro de Faros no fue construido antes del reinado de Ptolomeo II, al menos cuarenta años después de que la carta fuese escrita.[45] W. W. Tarn, que es un crítico extremo de Cleómenes, también rechaza la autenticidad de la carta, pero por razones estilísticas; sugiere que Arriano fue «engañado» por la falsificación, aunque le incomoda reconocerlo, pues se siente movido a añadir un comentario bastante

[44] Arriano, *Anábasis*, VII, 23, 6-8.

[45] J. Mahaffy, *The Ptolemaic Dynasty*, Londres, Methuen & Co., 1899, p. 23, nota 1.

peculiar sobre la carta.[46] Tarn también rechaza la carta, basándose en que Alejandro nunca hubiera perdonado a un hombre tan malvado como Cleómenes.

El origen de la falsificación es obvio; fue el mismo Ptolomeo Sóter el responsable de ensuciar el nombre de Cleómenes con el fin de justificar su asesinato. En la lucha por el poder tras la muerte de Alejandro, Egipto era una de las metas más codiciadas. Aunque el gobierno de Egipto le fue dado a Ptolomeo, Pérdicas insistió en que Cleómenes siguiera siendo su ayudante con el fin de vigilar de cerca el poder de Ptolomeo. Pérdicas intentaba mantener el imperio intacto. Ptolomeo pronto rompió con Pérdicas, se alió con Antípatro y asesinó a Cleómenes por la estrecha relación que éste mantenía con Pérdicas.[47] Tarn, Bevan y Mahaffy están de acuerdo en que Ptolomeo fue el primero en difamar a Cleómenes, puesto que el derecho de este último a gobernar era tan legítimo, al menos, como el suyo.

En cuanto a los detalles menores mencionados en la *Oeconomica*, no es necesario profundizar en ellos; estamos de acuerdo con la idea de Mahaffy (uno de los pocos defensores de Cleómenes) de que ninguno de esos episodios demuestra que «oprimiera a los pobres, sino más bien a los financieros y sacerdotes. Por lo que sabemos de ellos y de sus acciones, es mejor no tomar en cuenta las quejas y acusaciones que hacen de Cleómenes».[48] Podemos añadir simplemente que los incidentes guardan paralelismo con la misma *Oeconomica*,[49] por

[46] W.W. Tarn, *Alexander the Great*, Cambridge, At the University Press, 1948, vol. 2, pp. 303-304.

[47] E. Bevan, *History of Egypt*, vol. 4, pp. 17, 22.

[48] Mahaffy, *Ptolemaic Dynastic*, p. 27.

[49] Compárense los sucesos en los que estaban involucrados los sacerdotes y los templos, II, 1352a, 23-28 y 1352b, 20-25, con el consejo de Cabrias al rey egipcio Taus II, 1350b, 33-36. Wilcken ha señalado el paralelo casi exacto que existe entre las medidas de Cabirias y los impuestos enumerados en la famosa estela de Naucratis, *Xetschrift für Ägyptische Sprache*, vol. 38, p. 133. Compárese la estratagema de Cleómenes con los mercenarios con la de su contemporáneo Mennón, tirano de Lampsaco, *Oeconomica*, II, 1351 b, 11-15.

lo que las acciones de Cleómenes parecen las propias de la época. Su ataque a los sacerdotes y gobernantes locales, además, era uno de los prerrequisitos de esa soberbia y eficaz planificación de los Ptolomeos, que no hubiera sido posible de otro modo, dado el grado de autonomía que disfrutaban los sacerdotes y los monarcas en el momento de la conquista.

Es justo, entonces, que, al igual que su asesino y sucesor, Cleómenes tenga su parte de mérito por haber desarrollado el sistema económico, mérito que normalmente se atribuye al segundo Ptolomeo, Filadelfo. Rostovtzeff, por ejemplo, rechaza la tendencia a «subestimar los logros» tanto de Cleómenes como de Ptolomeo Sóter, aunque cree que Filadelfo heredó de ellos los peores problemas.[50] Ulrich Wilcken concretamente ve «cierta relación entre las tendencias económicas de los Ptolomeos... y las de Cleómenes».[51] Aunque no se puede demostrar esta tesis, puesto que casi todas las pruebas documentales datan de la época de Filadelfo, caben pocas dudas de que así fuera. Cleómenes fue sátrapa en Egipto hasta la muerte de Alejandro,[52] y, además, estaba a cargo de las finanzas de Libia, Cirenaica y Marmarica.[53] Sus actividades incluían la formación de una flota y un ejército mercenario, la

[50] Rostovtzeff, *Hellenistic World*, pág. 262

[51] U. Wilcken, *Alexander the Great* (Nueva York, Norton, 1967).

[52] Tarn niega vigorosamente el título de sátrapa a Cleómenes, argumentando que «Alejandro nunca había tenido un sátrapa en Egipto, y posiblemente no hubiera designado para tan importante puesto a un financiero griego de Naucratis». Admite que Cleómenes fue gobernador de facto (*Alexander the Great*, vol. 2, p. 303 y nota 1). Su argumento se basa en dos puntos principales: que Arriano dice solamente que Cleómenes fue elegido por Alejandro «para gobernar esta satrapía» (*Anábasis*, II, 5), y que solamente Pausanias, fuente poco fiable, le llama expresamente sátrapa (I, 6, 3). Pero Arriano está notablemente predispuesto contra Cleómenes. Tarn por otra parte, ha consultado las fuentes más importantes en las que se citan las actividades de Cleómenes; la *Oeconomica* pseudo-aristoteliana, II, le llama específicamente «sátrapa de Egipto» (1352a 16), y Demóstenes, en los *Discursos privados* LVI., 7 (contra Dionisodoro), se refiere a él como el «anterior sátrapa de Egipto». Si Cleómenes tuvo de hecho el título o no es lo de menos, pues lo que es incuestionable es que impuso su ley y tuvo un poder absoluto.

[53] Arriano, *Anábasis*, III, 5.

reorganización financiera de Egipto, la reorganización del comercio de grano y la construcción de Alejandría.

Poco o nada sabemos de los detalles de la administración financiera de Cleómenes, a excepción de su fabuloso éxito. Cuando Ptolomeo Sóter tomó el poder de Egipto después de Cleómenes, encontró que había en el tesoro la sorprendente suma de 8.000 talentos.[54] Esta cantidad, por cierto, sirve a los prejuiciados estudiosos para atacar a Cleómenes. Tarn, siguiendo una larga tradición, le acusa de haberse apropiado de esta cantidad:

> La culpa del mayor ofensor (del período alejandrino), Cleómenes, está corroborada en otras fuentes... Amasó 8.000 talentos con sus delitos; una suma fantástica en una época en que el hombre más rico de Grecia tenía 160 talentos...[55]

Sin embargo, la única referencia a esa suma encontrada en las fuentes antiguas es la declaración explícita de Diodoro de que Ptolomeo encontró 8.000 talentos «en el tesoro» cuando sucedió a Cleómenes.[56] Es cierto que 8.000 talentos era una cantidad inmensa, pero eso no demuestra la «culpabilidad» de Cleómenes, sino su eficacia como financiero y administrador, sobre todo porque no hay pruebas que demuestren que oprimía a la población egipcia. Por lo que sabemos, el deseo de Ptolomeo de asesinar a Cleómenes y manchar su reputación pudo estar motivado por el afecto que le tenía el pueblo.

La responsabilidad de Cleómenes en la construcción de Alejandría es una prueba impresionante de sus capacidades y de la alta estima en que era tenido por Alejandro. El Pseudo-Calístenes le llama el principal consejero de Alejandro, y Justino se refiere a él como el hombre «que había construido Alejandría»; la *Oeconomica* pseudo-aristotélica, en un pasaje que

[54] Diodoro, XVIII, 14, 1.

[55] Tarn, *Alexander the Great* vol. 1, pág. 129.

[56] *Cambridge Ancient History*, vol. 6, pág. 427.

parece ser anterior a la denominación de la ciudad, dice que «el rey Alejandro había dado a Cleómenes la orden de fundar una ciudad cerca de la isla de Faros, y trasladar allí el emporio situado hasta entonces en Canope».[57] El nombre de Cleómenes está relacionado especialmente con la fundación de Alejandría en el «Romance», conjunto de tradiciones escritas unos tres o cuatro siglos después.[58] La importancia que Alejandro dio a la fundación de esta ciudad queda de relieve por el hecho (o leyenda) de que él mismo hizo su plano;[59] y el papel que le asignó se esboza en el informe de los augures a los que consultó y que aparece en la legendaria narración de la fundación:

> Oh, rey, comienza la construcción de la ciudad, pues será grande y renombrada y abundante en riquezas, y desde todos los confines de la tierra llegarán artículos para comerciar en ella. Alimentará muchos países, pero su sustento no dependerá de ningún otro, y todo lo que en ella se fabrique será estimado en todo el mundo, y lo llevarán a tierras remotas.[60]

Capital cultural y política de la mitad occidental del imperio (si no de todo el imperio), principal emporio del Mediterráneo, éstos son los papeles que Alejandro quiso asignar a su ciudad de Egipto. ¿A quién, sino al hombre más capaz e íntegro se podía confiar tal responsabilidad? Que Cleómenes era tal hombre, que era realmente uno de los más íntimos consejeros y confidentes de Alejandro, está confirmado por una última y definitiva prueba. En su elocuente descripción de los últimos momentos de Alejandro, Arriano —el hombre que estigmatizó a Cleómenes— dice que Cleómenes fue uno de los tres hombres que actuó de intermediario con los dioses en un último intento por salvar la vida del

[57] Pseudo-Calístenes, I, 30; Justino, XIII, 4; *Oeconomica*, II, 1352a, 29 y ss. Cf. también Julio Valerio, I, 25.

[58] Bevan, *History of Egypt*, p. 17. Ver también que la *Oeconomica*, II, escrita probablemente en el siglo tercero, se refiere a él como «alejandrino».

[59] Arriano, *Anábasis*, III, 1.

[60] Pseudo-Calístenes, I, 33

emperador, mientras otros cuatro elegidos pasaron toda la noche velando a la cabecera de su lecho de muerte.[61] Estos siete hombres, sin duda seguidores fervientes del emperador, fueron los elegidos para estar con él en sus últimos momentos. No puede haber prueba más contundente de la categoría de Cleómenes.

Volvamos ahora a nuestro tema principal, la creación de un mercado «mundial» de grano en el Mediterráneo oriental. La historia, aunque básica en su estructura, debe extraerse con sumo cuidado de fuentes confusas y crípticas; no podemos dejar de recalcar su carácter provisional e hipotético. Sería útil, por tanto, citar las fuentes en que nos basamos antes de proceder al análisis de los sucesos. Las dos primeras fuentes son de la *Oeconomica*, I y II;[62] la tercera es el discurso contra Dionisodoro.

[61] Arriano, *Anábasis*, VII, 26.

[62] Puede que sea necesario dar una breve explicación del uso que hacemos con tanta frecuencia de esta obra tan difamada. La *Oeconomica* II es una de las más difíciles y oscuras fuentes para el estudio de la economía griega, pero, al mismo tiempo, es una de las más ricas. Su oscuridad nace del carácter de obra original y de las condiciones en que ha sobrevivido el manuscrito. El libro consiste inicialmente en un compendio de anécdotas, la mayoría teñidas con el escándalo, que describen las diversas formas en las que las ciudades y los individuos resolvían sus problemas financieros. Su autoría es incierta, aunque probablemente fue escrita por uno o más discípulos de Aristóteles que siguieron la sugerencia que el maestro hacía en la *Política*, I, II, 1259a, 2-4. Sin embargo, la edición que se conserva parece ser una versión muy abreviada hecha por un editor posterior, que omite historias, recorta unas y mezcla otras. El texto en sí está tan mutilado que impide hacer inteligibles muchas de las palabras, e incluso algunos pasajes. Su uso, por tanto, está lleno de dificultades, incluso para el más experto erudito. Sin embargo, es esta misma oscuridad del texto la que justifica el uso que de él hacemos, pues el clasicista es lanzado al campo de la libre interpretación. Nuestro estudio no pretende en modo alguno ser definitivo, sólo sugerente; utiliza la traducción publicada por Forster and Loeb Library, y la exégesis crítica de Van Groningen, Riezler, Wilcken, Schlegel y Schneider.

Aunque ahora está de moda desestimar la *Oeconomica*, por trivial y por ser mala economía, esta visión nunca ha sido compartida por los mejores historiadores. Rostovtzeff se ha referido al «destacable erudito» que escribió la *Oeconomica* II, a la que él considera uno de los productos más interesantes del pensamiento especulativo griego combinado con la sagacidad práctica.» Es única en su especie y por tanto merece la atención y el estudio que los modernos estudiantes de economía griega le dedican». *Social and Economic History of the Hellenistic World*, p. 74. August Boeckh utilizó la *Oeconomica* II, quizás más que cualquier otra fuente literaria en su obra clásica *The Public Economy of Athens*, Londres, J. Murray, 1828.

En un tiempo en que el precio del grano en Egipto era de diez dracmas (una medida), Cleómenes envió a buscar a los cosecheros[63] y les preguntó a qué precio estarían dispuestos a venderle toda su producción. Al decirle ellos un precio más bajo del que estaban cobrando a los mercaderes, él les ofreció el precio que solían recibir de otros; y quedándose con todo el suministro, lo vendió al precio fijo de treinta y dos dracmas (por la misma medida).[64]

Mientras Cleómenes de Alejandría fue gobernador de Egipto, en un tiempo en que había escasez en la tierra, aunque en otras partes había hambre, él prohibió la exportación de grano. Cuando los gobiernos locales representados dijeron que si no había exportaciones de grano, no podrían pagar los impuestos, abrió las exportaciones, pero emitió un impuesto altísimo sobre el trigo. De esta forma obtuvo una buena suma de los impuestos por una pequeña cantidad de exportaciones, y al mismo tiempo privó a los funcionarios de sus excusas.[65]

Todos estos hombres... eran subordinados y aliados de Cleómenes, el anterior gobernador de Egipto, quien desde el momento en que recibió el gobierno hizo no poco daño a vuestro estado, y a los demás griegos, comprando el grano para revenderlo y fijar su precio, y en esto tenía a estos hombres como cómplices. Algunos de ellos despachaban los productos de Egipto, otros navegaban a cargo de los barcos y otros se quedaban aquí, en Atenas, y disponían de las mercancías. Luego, los que se quedaban aquí enviaban cartas a los que estaban fuera advirtiéndoles de los precios dominantes, para que si el grano estaba caro en un mercado, fueran allí, y si el precio caía en otro, pudieran descargarlo en algún otro puerto. Ésta fue la razón principal por la que aumentó el precio del grano; fue debido a esas cartas y conspiraciones. Entonces, cuando estos hombres

[63] Preferimos la traducción que hizo Loeb de esta palabra como «cosecheros», en vez de la que utilizó Forster de «tratantes», por estar más cerca de la probable estructura; Mahaffy, Tarn, Gerret y Andreades la traducen también como «cosecheros, cultivadores». Westermann coincide con la traducción de Forster. No hay pruebas de la existencia de una clase autóctona de comerciantes de grano en este periodo.

[64] *Oeconomica*, II, 1352b, 15-20.

[65] *Ibid.*, 1352a, 16-23.

enviaron su barco desde Atenas, dejaron el precio del grano aquí muy alto... Después, sin embargo, cuando habían llegado los barcos de Sicilia y empezaron a caer los precios del grano, y su barco ya había llegado a Egipto, el acusado envió inmediatamente un hombre a Rodas para informar a su aliado, Parmenisco, cómo estaban las cosas aquí, sabiendo bien que su barco estaba obligado a hacer escala en Rodas. El resultado fue que Parmenisco descargó el grano en Rodas y lo vendió allí...[66]

Las dos anécdotas de la *Oeconomica* II, deberían leerse juntas como parte de una misma historia.[67] Describen la creación del mercado de grano a partir del lado de la oferta egipcia, mientras que el pasaje de Demóstenes describe la operación del mercado en su conjunto. Lo que no está claro es la fecha de los sucesos de la *Oeconomica*. Riezler los fecha entre el 330 y el 328 a.C.; Groningen después del 328, y Rostovtzeff entre 332-331 a.C.[68] En cualquier caso, tuvieron lugar en algún momento durante la gran hambre que hubo en el mundo griego y que ya hemos discutido antes detalladamente. El texto de Pseudo-Demóstenes describe la operación en una fecha un poco posterior. La alusión a Cleómenes como el «anterior» gobernador fija el discurso después del 323 a.C., año de su muerte; el suceso descrito en el discurso tuvo lugar uno o dos años antes de escribirse el texto.[69] El discurso, por tanto, es una prueba de que la organización de Cleómenes sobrevivió a su muerte.

Egipto, según la *Oeconomica*, fue afectado por la escasez general que estaba atacando al mundo griego, pero en menor grado; el precio del grano a diez dracmas mencionado en el

[66] Demóstenes, *Discursos privados*, LVI (contra Dionisodoro), 7-10.

[67] La autoridad para que lo hagamos así es B. A. Van Groningen, «De Cleomene Naucratita», *Mnemosyne*, 1925. (Posteriormente Groningen rectificó su opinión inicial.)

[68] Riezler, *Über Finanzen und Monopole*, p. 31; B. A. Groningen, ed., Aristóteles, *El segundo Libro de lo Económico*, p. 190; Rostovtzeff, *Hellenistic World*, p. 172.

[69] Demóstenes, *Discursos privados*, LVI, 4, 5. Cf. la introducción de la edición de Loeb, vol. 6, p. 193.

primer párrafo era excepcionalmente alto, y debe referirse al período de escasez al que se refiere el otro párrafo. La dificultad de interpretación aumenta por la inseguridad que tenemos sobre la organización económica de Egipto en este período; no sabemos si ese precio se refiere al interior o al exterior, a la venta al por mayor o al por menor. Seguramente la mayoría de la población egipcia obtenía sus alimentos bien de su propia tierra, bien de distribuciones en especie de las grandes haciendas. Aunque no hay pruebas de la existencia de un extenso comercio de alimentos, o de un grupo de comerciantes nativos,[70] lo cierto es que los mercados existían,[71] y la población ciudadana seguramente obtenía sus provisiones en ellos. El poder estatal debía de ser demasiado débil en este período bastante anárquico como para mantener una extensa estructura redistributiva. Los comerciantes eran en su mayor parte griegos, sirios o fenicios. Rostovtzeff habla del desarrollo de una clase minorista bajo el gobierno de Filadelfo, como una innovación íntimamente relacionada con la reorganización ptolemaica de la economía.

Esta relativa escasez de Egipto, en un momento de extrema penuria en Grecia, debió de amenazar el suministro disponible para la venta interior, puesto que los comerciantes griegos (que probablemente compraban casi todo a los grandes terratenientes) debieron presentar ofertas que hacían las exportaciones mucho más rentables que la venta local. Cleómenes, por tanto, impuso un firme embargo a todas las exportaciones de grano y luego procedió a tomar posesión de todo el suministro cuando llamó a los cosecheros y les ofreció el precio total aunque ellos estaban dispuestos a pedir menos. Así se quitó de encima a los mediadores extranjeros, y no

[70] Cf. A. Erman, *Life in Ancient Egypt*, p. 494; N. Flinders-Petrie, *Social Life in Ancient Egypt*, pág. 20; Hartmann, *L'agriculture dans l'ancienne Egypte*, pp. 143-146; Dyknaios, *Histoire économique et sociale de l'ancienne Egypte*, vol. 2, p. 248.

[71] Heródoto, *Las Guerras Persas*, II, 35.

causó daño a los granjeros egipcios, que, tal vez, hasta salieron beneficiados, como admite Tarn.

Los textos no dicen nada a este respecto, pero podemos suponer que Cleómenes procedió a reorganizar por completo la distribución interna, haciendo que pasara a estar bajo el control del estado. Posiblemente los ptolomeos mantuvieron el monopolio estatal del comercio de grano y su magnífica organización centralizada para el suministro de artículos de primera necesidad (con créditos y cheques en especie sobre los almacenes del estado), mientras que también utilizaban a los minoristas particulares, siguiendo, sin duda, las tendencias anticipadas por Cleómenes.

Después de reorganizar la oferta interior, Cleómenes permitió reanudar las exportaciones a través del monopolio del gobierno, vendiendo a un precio fijo de 32 dracmas, un precio elevadísimo. Esto sugiere también que Cleómenes redujo sustancialmente el precio interior del grano, subvencionando la operación con los beneficios de las exportaciones. Este monopolio gubernamental creó un problema administrativo menor: los gobernadores provinciales se quejaron de que la ausencia de comercio privado de grano les hacía imposible enviar los impuestos de los que eran responsables. Entonces Cleómenes permitió reanudar el comercio privado a una escala limitada, poniendo un impuesto a los mercaderes que participaron en la operación. «De esta forma obtuvo una buena suma de los impuestos por una pequeña cantidad de exportaciones, y al mismo tiempo privó a los funcionarios de sus excusas.»

Es una conjetura intentar adivinar cuánto tiempo permaneció el precio del grano fijado en 32 dracmas; posiblemente ya había bajado en el momento del discurso de Pseudo-Demóstenes. En realidad, el discurso no alude a tal precio, aunque acusa a Cleómenes de subir el precio del grano en toda Grecia. Podemos suponer, por tanto, que fijó ese precio

por un breve período de tiempo, hasta que se hubo establecido por completo la organización de las exportaciones.

La organización fue tan sencilla como eficaz; creó un mercado formador de precios bajo estricta supervisión administrativa. Los participantes estaban divididos en cuatro categorías: unos se quedaban en Egipto, a cargo de la exportación de grano; otros navegaban con las cargas; un tercer grupo estaba destinado en Rodas, que se utilizaba como sede de la operación; y el cuarto grupo estaba destinado en varios puertos griegos para realizar los envíos y mantener informados a los agentes de Rodas de los movimientos de los precios. Así, el grano era embarcado de Egipto a Rodas, que estaba siempre informada de los últimos precios en todas las ciudades griegas que compraban al sindicato; luego, el grano era transportado nuevamente en barco desde Rodas a todas las ciudades donde los precios, según el último informe, eran más altos, o si no era vendido directamente en Rodas. En estas condiciones, el precio de Rodas reflejaría la media de las ciudades griegas, es decir, el precio de Rodas tendía a ser el precio del mercado «mundial», siendo los precios en otras ciudades diferentes sólo por el recargo del transporte. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que «*éstas no son más que tendencias*». En el caso que estamos tratando, por ejemplo, una carga destinada a El Pireo se vendió en Rodas cuando la llegada de barcos sicilianos a El Pireo hizo bajar allí los precios.

El éxito de esta organización mercantil tan soberbiamente organizada puede medirse por la fuerza y violencia de la reacción ateniense, que ha provocado esa repulsión tan feroz contra Cleómenes a lo largo de los siglos. Boeckh, por ejemplo, habla de él como «el gran extorsionador del comercio del grano». Ninguna acusación podía inflamar más al público ateniense que la de subir el precio del grano y recortar los suministros, y ese sentimiento es algo que han compartido las generaciones posteriores. Pero, aparte del episodio de los 32 dracmas, la acusación de que Cleómenes obligó a subir los

precios del grano es ingenua y acrítica. No se puede dar por válida la acusación que se le hace en el discurso de Pseudo-Demóstenes, pues el mismo discurso demuestra lo contrario.

> ... si el grano era caro en un mercado, lo llevarían allí, y si el precio caía lo descargarían en algún otro puerto. *Ésta fue la razón principal por la que aumentó el precio del grano.* (Subrayado de K.P.)

La desviación de la oferta desde las zonas de abundancia a las de escasez, donde el precio reflejaba la escasez o la abundancia relativa, sólo puede haber tenido el efecto de bajar el precio *medio* en toda Grecia. Posiblemente tendería a invertir el movimiento de precios a la baja en las zonas de excedente, pero, al mismo tiempo, bajaría el precio en las zonas de escasez. Por primera vez, los precios en las distintas ciudades griegas estaban íntimamente ligados unos con otros sobre una base consistente. Podemos hablar de un verdadero precio de mercado para el Mediterráneo oriental, con ofertas que se movían en función de los índices de precios. Tal vez, el efecto claro sobre la propia Atenas fuese un cierto incremento de precios, puesto que la influencia política ateniense había llevado previamente a Atenas una mayor cantidad de suministros de la que necesitaba, pero éste no debía ser el caso del conjunto de Grecia. Los precios aumentaron en comparación con los de años anteriores, pero la causa principal fue la pérdida del suministro del Bósforo. Como señala Rostovtzeff, el problema de los alimentos en Grecia en este período era más el resultado de una mala distribución que de una escasez absoluta, y el esquema de Cleómenes ofrecía una solución; la oferta se movía ahora racionalmente de acuerdo a las necesidades reales, y no irregularmente en función de la influencia política o el poder militar.

Pero esto explica precisamente por qué los atenienses reaccionaron con tanta violencia. El hecho de que bajo dicha organización de mercado los precios serían más bajos a largo

plazo y la oferta más regular no pudo ocultarles que, a largo plazo, estarían todos muertos, como dijo una vez lord Keynes, y muertos como resultado de un mecanismo a largo plazo. A los atenienses basarse en un mecanismo de mercado para su aprovisionamiento les parecía incompatible con su supervivencia como entidad política. No era simplemente una cuestión de dependencia de un mecanismo «autónomo», lo que ya hubiera sido bastante malo. Igual que el mercado mundial del siglo XIX dependía de la supremacía militar, financiera y política de Gran Bretaña, y se vino abajo con el fin del poder británico, de la misma forma este mercado se apoyaba en el poder egipcio y su genio administrativo. Los ofertantes se movían en razón de los precios como resultado de las decisiones administrativas que tenían en cuenta los precios, *no* como la respuesta «automática» de un gran número de empresarios que buscasen beneficios. Egipto dominaba este mercado, tal como Atenas había dominado el comercio administrado del siglo anterior. En realidad, el grado de racionalidad debió de depender en gran medida del grado de control administrativo, sobre todo por el problema de las comunicaciones. Ni toda la fuerza del mundo hubiera podido mover la oferta «racionalmente» sin información sobre los precios en los cuales basar los movimientos. En las condiciones primitivas de transporte y comunicaciones sólo una organización muy bien elaborada podía suministrar dicha información. De otro modo, la información de precios sobre la cual actuaban los vendedores hubiera estado muchas veces desfasada; las condiciones podían haberse invertido antes de que el vendedor actuara. El discurso de Pseudo-Demóstenes demuestra que la organización de Cleómenes sobrevivió a su muerte, al menos durante unos pocos años. Los Ptolomeos mantuvieron el monopolio del comercio de grano introducido por Cleómenes, y durante el reinado de Filadelfo encontramos relaciones diplomáticas cordiales entre

Egipto y los reinos del Bósforo,[72] por lo que podemos deducir con toda seguridad que la organización del mercado continuó siendo más o menos la misma en el siglo siguiente.

Los atenienses, sin embargo, hicieron algo más que reaccionar verbalmente, y la forma de su reacción pone en evidencia la naturaleza del problema. En el año 325[24] —como mucho cinco años después del comienzo de la operación de Cleómenes—, los atenienses decretaron la fundación de una colonia en el Adriático (aún se discute su localización exacta) «con el fin de que el pueblo pueda tener en todo momento un mercado y una fuente de suministro de trigo de su propiedad».[73] Una vez más, en un último y desesperado intento, Atenas se volvió hacia el oeste buscando su suministro de grano. El decreto muestra claramente su urgencia. Se formó una flota para tener protección permanente contra los piratas etruscos, y así la colonia quedó reforzada con una base naval. Para acelerar la ejecución del decreto se ofreció una recompensa de tres coronas de oro que valían cada una 500, 300 y 200 dracmas respectivamente para los tres primeros trierarcas que tuvieran sus barcos dispuestos para zarpar. Y se decretó una multa de 10.000 dracmas, que serían ofrecidos a Atenea, para cualquier magistrado o ciudadano que fracasara en el cumplimiento de los deberes impuestos por el decreto; y, mientras que el consejo podría votar cualquier anexo necesario, estaba prohibido invalidar cualquiera de sus cláusulas.

No se puede concebir un testimonio más elocuente de la antítesis que representaban los dos métodos de aprovisionamiento. Evidentemente, la resistencia ateniense estaba condenada al fracaso. Pero el golpe llegó inesperadamente de

[72] M. Rostovtzeff, «Greek Sightseers in Egypt», *Journal of Egyptian Archaeology*, 14, 1928.

[73] Cf. Hasebroek, *Trade and Politics in Ancient Greece*, p. 107. Los detalles se han extraído de Tod, *Greek inscriptions*, vol. 2, pp. 284-289. Cf. también *Cambridge Ancient History*, vol. 6, p. 440; G. Glotz, *Histoire Grecque*, vol. 4, p. 211.

otra parte: la fuerza que iba a someter todos los proyectos atenienses de independencia y poder vino de Occidente, adonde ahora miraba Atenas. Roma estaba en camino, y en pocos siglos iba a hacer pedazos tanto la nueva organización del mercado como los intentos griegos de comercio administrado. Roma aseguró su propio suministro de alimentos tomando bajo su control político y militar a todas las fuentes proveedoras: Sicilia, Libia, Egipto, Crimea y Asia Menor. El sueño ateniense quedó realizado en el poder que la civilización helénica, de forma mucho más reducida, iba a transmitir a la era moderna.

16. DINERO, BANCA Y FINANZAS

Los antiguos griegos nos ofrecen el primer ejemplo conocido de conexión del comercio y los usos del dinero con los elementos de mercado, aunque para su mentalidad no existía afinidad natural entre estos tres miembros de la tríada moderna. Estaban familiarizados con el comercio —sobre todo con el administrado y el de regalos— y con los usos primitivos del dinero como pago y patrón de valor, incluso con grupos de mercado específicos, como las bien recibidas tripulaciones de los piratas, que se presentaban como inofensivos extranjeros dispuestos al intercambio, y cuya exhibición de mercancías ante la casa del rey les convirtió en un grupo de suministro *ad hoc*. En el ámbito interno, parece ser que los mercados locales tenían la finalidad de abastecer a los pobres. Pero todos estos elementos no estaban integrados, porque cuando prevalecen la reciprocidad y la redistribución, el comercio, el dinero y los mercados no forman un todo institucional. En realidad, el dinero y los mercados apenas eran perceptibles, ni siquiera por separado.

§1. Dinero

Se puede decir que no existía ni el concepto de dinero ni el de mercado, sino que, como ocurre con el propio comercio, cada uno pertenecía a mundos diferentes del discurso, a saber a las *costumbres* y a los *mecanismos*. Por lo que respecta a las *costumbres*, la participación y la mutualidad están en la médula de las relaciones comunales. En cuanto a los asuntos económicos, la ética no es más que la manera inteligente de discutir las actitudes de reciprocidad y redistribución; inextricablemente unida a la costumbre y a la moralidad, la técnica es la forma no solamente de pensar en cómo hacer las cosas, sino de hacerlas. La mentalidad griega se movía en estos dos niveles. Su supuesto enfoque «ético» de la economía es un error de comprensión. Sería más cierto llamarlo antropológico, puesto que su concepción derivaba de una visión razonada de las *costumbres*, completada con una descripción de los *mecanismos*. Aunque no pasaron por alto la relación con la mentalidad moderna, es sorprendente el poco valor que le dieron.

Tanto Heródoto en el siglo V, como Aristóteles en el IV, ya eran conscientes de la relación entre ciertos usos del dinero y el comercio. No obstante, se les escapaba por completo el mecanismo del mercado. Heródoto, sin lugar a duda, llegó a relacionar el origen de las monedas con la venta al por menor, pero pensaba que las monedas eran una ingeniosa invención de los lidios, producto de su riqueza en oro y de su mente juguetona, cosas ambas por las que eran famosos; en cuanto al hábito de mercado, no supo explicarlo, y lo describió en la categoría de costumbres nativas (como la libertad sexual o las supersticiones religiosas), que, a veces, son tan controvertidas que impiden incluso una definición clara. En cualquier caso, lo consideró lo suficientemente significativo como para permitir a su héroe, Ciro de Persia, el rey de reyes, tener un memorable desliz con respecto a los hábitos de mercado de sus adversarios

griegos. Sobre el extendido uso del oro, Heródoto sólo menciona el monte Tmolus, cerca de la capital, que vertía ríos de oro por sus laderas. Tampoco dice nada sobre la venta al por menor de alimentos que existía en la plaza de Sardes, seguramente porque el término *kapelike* era autoexplicativo. Pero por su mención explícita a la acuñación de monedas, podemos suponer que el polvo de oro era el medio normal de intercambio en el mercado, como lo era, por ejemplo, en la Whydah del siglo XVII en la costa de Guinea, o en el comercio de las Indias occidentales aún en el primer cuarto del siglo XIX. El polvo de oro y los mercados de alimentos, unidos en las personas de comerciantes femeninos, se encuentran a menudo juntos, aunque en ningún momento, en nuestra opinión, el polvo de oro condujo a la introducción de monedas de oro; por el contrario, los habitantes de Whydah, los ashantis, y hasta 1870, la mayor parte de Sudán, rechazaron el uso de monedas, sobre todo si eran de oro. Incluso la plata estaba desmonetizada, fundiéndose de nuevo las monedas extranjeras de plata para convertirlas en ornamentos. La única excepción desde Abisinia a Níger fue el dólar María Teresa. Cuando se empleaba polvo de oro en el mercado, como en el suroeste de China, la India oriental o la costa de Guinea, se asociaba al uso de dinero el cauri, nunca a la acuñación de monedas de oro. Por otra parte, parece que Heródoto relaciona la prostitución premarital de las jóvenes lidias con el uso de polvo de oro en el mercado, que curiosamente también se puede observar en Sudán occidental a comienzos del siglo XIX; y, si nuestra lectura de *Black Byzantium* de Nadel es correcta, incluso entre los nupe nigerianos de nuestros días.

Haremos un recuento total de Heródoto, que muestra cómo el modelo *costumbres-mecanismos* de la sociedad primitiva seguía absorbiendo completamente los elementos económicos distintivos de las monedas y la venta al por menor:

Lidia, a diferencia de la mayoría de los países, apenas ofrece maravillas al historiador, excepto el polvo de oro que se extrae de Tmolus. Sin embargo, tiene una estructura de enorme tamaño, sólo inferior a los monumentos de Egipto y Babilonia. Es la tumba de Aliates, padre de Creso, cuya base está formada por inmensos bloques de piedra, siendo el resto un vasto túmulo de tierra. Fue erigido con el trabajo conjunto de comerciantes, artesanos y cortesanas de Sardes, y tenía en la cima cinco pilares de piedra, que permanecen allí, con inscripciones mostrando qué trabajo había hecho cada una de las clases de trabajadores. Las cortesanas eran las que más habían colaborado. Las hijas de la gente de Lidia, absolutamente todas, ejercen este comercio con el fin de reunir dinero para su dote. Continúan esta práctica hasta que se casan, y suelen arreglar ellas mismas su matrimonio.[1]

De la arena dorada del Tmolus nos dice que fluía directamente hacia el mercado de Sardes, cuna del *kapelike*. Inmediatamente después se menciona la doble innovación de la venta al por menor en los mercados y la acuñación de monedas de elektron (una mezcla natural de oro y plata), seguida de una lista de otros mecanismos y artefactos cuya invención se atribuía a los lidios.

Los lidios tienen casi las mismas costumbres que los griegos, con la excepción de que estos últimos no educan a sus hijas de la misma manera. Por lo que sabemos fue la primera nación que introdujo el uso de monedas de oro y plata y la primera que vendió bienes al por menor. También se atribuyen la invención de todos los juegos que tienen en común con los griegos. Dicen que inventaron éstos en la época en que colonizaron Tirrenia, acontecimiento del cual relatan el siguiente episodio: en los días de Atis, hijo de Manes, había gran escasez en toda la tierra de Lidia. Durante algún tiempo los lidios soportaron pacientemente esta aflicción, pero al ver que no pasaba, se pusieron a inventar remedios para el mal. Algunas personas inventaron diversos recursos, como los dados, la taba, la pelota y todos los juegos, excepto las damas, que atribuyen a otro pueblo. El plan que adoptaron contra el hambre fue pasar un día entero jugando para no sentir el hambre en el estómago, y al día siguiente comer y abstenerse de jugar.[2]

Mientras que algunos lidios empleaban el dinero acuñado para comprar comida al por menor, en otra ocasión, se dedicaron a pensar en una serie de invenciones para buscar una alternativa al consumo de comida. A ningún otro pueblo, excepto a los antiguos griegos, se les atribuiría un uso de la propia mente con la superlativa deliberación que sugiere esta anécdota. No obstante, la manera en que Heródoto basa su historia en la inventiva de los lidios revela que no estaba muy familiarizado con la categoría económica.

Un siglo después, Aristóteles volvió al mismo tema del origen de las monedas y el *kapelike*. Aunque trata el tema en un ámbito filosófico, al estudiarlo detenidamente percibiremos que su enfoque sigue siendo de *costumbres* y *mecanismos*. La guerra del Peloponeso dejó el Ática empobrecida, al tiempo que los metecos extendían por el Mediterráneo oriental sus ocupaciones y sus métodos. A partir de entonces, las nuevas formas de comercio, con las que el hombre intentaba hacer dinero y lo conseguía, dejaron de ser infrecuentes entre los hombres respetables y de buena cuna del Ática. Se habían establecido mercados locales en numerosas ciudades y habían pasado a formar parte del entorno natural del hombre. Aun así, no hay señales que indiquen que el nuevo orden de cosas, tan familiar para nosotros hoy en día, por el cual el mercado se convirtió en el organizador universal del comercio y los beneficios, fuera reconocido como un fin legítimo de la actividad humana.

En efecto, en el análisis que hace Aristóteles del comercio, su origen y sus mecanismos, no existe mención alguna a los mercados.[3] El comercio estaba organizado fundamentalmente por

[1] Heródoto, *Las Guerras Persas*, 1, 93

[2] *Ibíd.*, 1, 94.

[3] Las alusiones que siguen a Aristóteles están tomadas de la *Ética* V, y *Política*

medios políticos, y se hacía dinero aprovechando de manera inteligente las oportunidades de la guerra y la política, incluyendo botines, multas, sobornos, confiscaciones, secuestros, etc.; el *ágora* era un lugar para humildes buhoneros. Aristóteles incluso cometió el error de no recurrir a Heródoto y sus lidios para establecer la relación entre las pequeñas monedas y la venta al por menor de alimentos. Puede que dudara de la autenticidad de la fuente, aunque Heródoto nos aportó algunos de los datos más valiosos de la historia económica de la antigüedad. Aristóteles centró su interés en el *kapelike*, pero apenas mencionó el *ágora*, sino que habló del comercio y, de manera fortuita, del dinero. Y lo hizo de tal manera que no dejó lugar a las ganancias o a los beneficios hechos en el intercambio. Insistía en que el animal humano es originalmente autosuficiente, y que el comercio fue, por tanto, la forma natural de mantener esa autosuficiencia, una vez que las familias aborígenes, al haberse hecho muy numerosas, tuvieron que separarse y establecerse por su cuenta. El intercambio resultante tiene como fin volver al estado de autosuficiencia, y no obtener beneficios. La costumbre o la ley establece la medida del intercambio para que se mantenga la amistad natural que predomina entre los miembros de una misma comunidad. Esto implica que debe existir reciprocidad en el intercambio de productos y servicios, según un baremo proporcional al estatus relativo que se ostenta en la comunidad. Operativamente, este requisito se cumple si no se desprenden ganancias del intercambio ni obligaciones para ninguna de las partes. Para ello Aristóteles insiste, primero, en que sólo se deben intercambiar las cantidades que sean necesarias; segundo, que el intercambio sea en especie; y tercero, que sea realizado *pari passu*, es decir, excluyendo el crédito.

El dinero sirve como mecanismo para asegurar que se intercambia la cantidad correcta de bienes. Los bienes intercambiados por equivalencia se valoran en función de uno de

los bienes a intercambiar sin importar que la operación se realice *pari passu* o no. El patrón de valor es la unidad en que se valora físicamente la otra mercancía. Mucho se puede hablar de la interpretación literal de la frase del Antiguo Testamento, «valorar las unidades de los artículos A con las unidades del artículo B». En el intercambio de productos básicos, por ejemplo, para cambiar un cargamento de grano por vasijas de aceite o no depositadas en las puertas de la ciudad, el procedimiento pudo haber sido una cantidad de grano pesada en la cesta del almacén de las puertas, por una vasija de vino o aceite. Dicho procedimiento ahorraría mucho tiempo y esfuerzo, asegurando al mismo tiempo que cualquiera de las partes podía interrumpir el intercambio en cualquier momento sin deber nada a la otra. Las monedas acuñadas son un mecanismo que facilitaría el empleo de unidades como patrón de valor establecido por convención. Lo más sorprendente de Aristóteles es que no mencionara ni una sola vez el empleo de monedas en el mercado, la función especial de las monedas de poco valor en los mercados de alimentos, la circulación limitada de dinero local, el papel jugado por los convenios arbitrarios para establecer la razón del dinero local en términos de dinero empleado para el comercio exterior o cualquier otro rasgo de los tratos mercantiles.

De aquí el espectacular fracaso de Platón y Aristóteles al manejar conceptualmente lo que llamaríamos elementos del fenómeno económico. Para ellos no tenía ese carácter.

§2. Las monedas

La diferencia fundamental en los usos del dinero griego fue la existente entre el dinero local y el dinero exterior, cuya dicotomía fue total. Las monedas de plata de pequeño valor y, sobre todo después del siglo IV, las monedas de bronce, se usaban para el comercio local en el *ágora*, mientras que las monedas de

plata de mayor valor, como la estatera, se usaban para el comercio exterior.[4]

Tal diferencia no radicaba solamente en el tamaño de la moneda. Naturalmente, uno podía pensar que iba a encontrar monedas de mayor valor para el comercio exterior, pero la cuestión es que las monedas de gran valor utilizadas para tal fin circulaban casi siempre por su valor en lingotes de oro o plata,[5] lo que no ocurría con las monedas locales (*nomisma epichorion*). Mientras que el valor de éstas podía ser su contenido metálico, éste no era el factor significativo, sino que lo que daba a la moneda su valor era la autoridad de la ciudad que la acuñaba.

> ... si un trozo de metal recibía el sello que indicaba que era acuñado como dracma por el gobierno de una ciudad, era indiferente, para el comercio en esa ciudad, cuál era el valor del metal. Y en algunos lugares se acuñaban monedas chapadas junto con las de buen metal, mientras que en muchos otros hay pruebas de que los acuñadores prestaban poca atención al peso de las monedas que sacaban.[6]

Las monedas de bronce, normalmente, eran dinero simbólico; su uso comenzó en Atenas alrededor del 400 a.C., pero se difundió con mucha rapidez por todo el mundo griego. El hecho de que las monedas chapadas y las de metal precioso circularan a la par al mismo valor es prueba más que suficiente de que las monedas locales eran esencialmente dinero simbólico, cuyo valor estaba fijado por la autoridad estatal. Las ciudades que no tenían suministro frecuente de metales acuñaban sus monedas fundiendo o alisando las viejas.[7] Las ciudades griegas de Asia Menor ni siquiera se molestaban

[4] Cf. J.G. Milne, *Greek and Roman Coins*, Londres, Methuen and Co., 1939, pp. 23, 107-108. P. Gardner, *A History of Ancient Coinage, 700-300 a.C.*, Oxford, Clarendon Press, 1918, p. 41.

[5] Gardner, *Ancient Coinage*, pp. 3, 56-57.

[6] *Ibíd.*, p. 2-3.

[7] Milne, *Greek and Roman Coins*, pp. 36-37.

en volver a poner el sello, sino que superponían el nuevo encima del anterior, alterando así su valor. Este método se utilizó en Bizancio durante mucho tiempo.[8] En ausencia de mercados, la ley de Gresham no es un fenómeno universal.

Mucha más luz arrojan algunas anécdotas de la *Oeconomia* II sobre la facilidad con que se introducían nuevas monedas y se alteraba el valor de las antiguas; los sucesos que cuenta cubren un amplio espacio temporal y territorial. El primero narra un importante episodio de la primitiva historia de la acuñación ateniense, que nos sugiere que la sorprendente (pero oscura) historia de las monedas atenienses puede darnos la clave de los papeles de la primera aristocracia y del *tyrannis*. La *Oeconomica* II relata la historia de un cambio de acuñación instituido por Hipias, hijo y sucesor de Pisístrato, que

> declaró inaceptables las monedas que circulaban en Atenas, y fijando un precio por ellas, ordenó que le fueran llevadas todas. Pero, tras una reunión para tratar la acuñación de una nueva denominación, volvió a utilizar la misma plata.[9]

La historia se ha interpretado de varias maneras. Seltman sugiere que el texto contrasta la retirada de las *monedas* con la reacuñación de la misma *plata*.[10] Según él, el incidente se refiere a la suplantación del viejo sistema monetario eupátrida, por el nuevo con la figura del búho de los pisistrátidas. Se afirma expresamente que la revaluación fue un tema tratado probablemente en la reunión de la asamblea y que fue rechazado.[11] Al parecer, lo que ocurrió fue que retiraron las monedas antiguas

[8] *Ibíd.*, p. 75.

[9] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*. II, 1347a, 8 y ss.

[10] C.T. Seltman, *Athens, Its History and Coinage*, Cambridge, At the University Press, 1924, pp. 77-78; cf. Gardner, *Ancient Coinage*, p. 159; B.V. Head, *Historia Numorum*, Oxford, Clarendon Press, 1887, pp. 369-370; A.R. Burns, *Money and Monetary Policy in Early Times*, Nueva York, Knopf, 1927, pp. 363.

[11] Las monedas existentes no apoyan la suposición de Head de que el patrón ligero euboico fuera sustituido aquí por el pesado

con un ligero descuento, las fundieron, las volvieron a acuñar y las pusieron en circulación con su valor impreso. El hecho significaría nada menos que la liquidación del legado monetario de la anarquía semifeudal.

La facilidad con que se podía sustituir la moneda simbólica por un metal precioso queda ilustrada en una historia relativa a la ciudad costera de Clazomena, en Asia Menor.[12] Siendo incapaz la ciudad de pagar a una tropa de soldados mercenarios sus 20 talentos, los generales mercenarios adelantaron el dinero con el compromiso de que la ciudad les pagaría cuatro talentos anuales de intereses:

> Pero viendo que no reducían el principal y que estaban continuamente gastando dinero sin provecho, acuñaron una moneda de hierro que representaba la suma de veinte talentos de plata, y la distribuyeron entre los ciudadanos más ricos en proporción a su riqueza, a cambio de una suma equivalente en plata. De este modo, los ciudadanos individuales tenían dinero para gastar en sus necesidades diarias y el estado quedaba liberado de la deuda. Después les pagaron los intereses por medio de los ingresos que obtenían y continuamente lo dividían y distribuían en proporciones correctas, y retiraron las monedas de hierro.[13]

Más que un pago anual de intereses de cuatro talentos sin perspectiva de liquidación, la ciudad recurrió a un préstamo forzado que hicieron sus ciudadanos ricos para que saldara la deuda contraída con los generales. Convertir los impuestos en un deber honorífico para los ricos estaba en la esencia de la liturgia y era conocido como *proeisphora*. Se hacía de una manera relativamente indolora y a bajo coste mediante el expediente de distribuir nuevas monedas de hierro entre los prestamistas, en proporción al préstamo que habían hecho al

[12] Fechada alrededor del 360 a.C. por Van Groningen, y en el 387 a.C. por Riezler.
[13] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica* II, 1348b, 25 y ss.

estado y al mismo valor que las monedas prestadas. Así los prestamistas no sufrían pérdidas en sus ingresos. Las monedas de hierro se retiraban probablemente al cabo de cinco años, devolviendo la suma que había sido pagada anteriormente en intereses a los generales, es decir, cuatro talentos de monedas de hierro eran reemplazados todos los años por las tradicionales monedas de plata.[14] Suponer como Riezler y Burns que las monedas de hierro depreciarían su valor porque el suministro de dinero aumentaba de esa forma es suponer demasiado. Si a los generales mercenarios se les pagaba en plata —cualquier otra suposición es dudosa—, no tenía por qué incrementarse el suministro de dinero local. En cualquier caso, postular que el incremento de la oferta de monedas tendría como consecuencia la depreciación de su valor es presumir anacrónicamente el sistema de mercado en el cual los precios fluctúan libremente en respuesta a las cambiantes demandas.

Nuestra opinión[15] de que las monedas de hierro circulaban *según el valor impreso* se apoya en otros dos sucesos, uno anterior y otro más o menos contemporáneo. El primero se refiere a la emisión de monedas de latón hecha por Dionisio de Siracusa alrededor del año 400 a.C.

> Y cuando tuvo necesidad de dinero acuñó una moneda de latón, y convocando a la asamblea habló con gran vehemencia en favor del dinero que había acuñado. Y ellos, aun en contra de su deseo, decretaron que todo el mundo tenía que aceptar esa moneda como plata, y no como latón.[16]

Este hecho encierra un íntimo paralelismo con el de Clazomena, su autenticidad es indudable. El debate de la asamblea probablemente se refería a la relación del valor

[14] Cf. los comentarios de Van Groningen y Riezler, *ad locum*, y de A.R. Burns, *Money in Early Times*, p. 375.
[15] Sostenida también por Van Groningen.
[16] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica* II, 1349a, 33 y ss.

nominal de esta moneda con su contenido metálico.[17] Según Pólux, su valor nominal era cuatro veces su contenido metálico.[18]

Sobre la forma en que apareció en circulación el dinero simbólico, tenemos más datos en una historia del general ateniense Timoteo; es del mismo período que el episodio de Clazomena.

> Timoteo, el ateniense, estando en guerra con los olintos, y necesitando dinero, acuñó una moneda de bronce y la distribuyó entre los soldados. Cuando éstos protestaron, les dijo que los mercaderes y minoristas les venderían los productos, tal como habían hecho antes. Entonces les dijo a los mercaderes que si recibían dinero de bronce, lo usaran de nuevo para comprar los artículos que se vendían en el país y todo lo que les llevaran de los botines; y también les dijo que si le llevaban el dinero de bronce sobrante, que recibirían plata a cambio.[19]

Es indudable que la historia es cierta.[20] Otros detalles nos los da Polieno, que ofrece paralelismo y repite la *Oeconomica* II. En esta versión, Timoteo

> mezcló el dinero macedonio con el latón de Chipre, y de ahí acuñó una nueva moneda, con un valor de cinco dracmas, un cuarto de la cual era de plata y el resto una aleación de latón.[21]

[17] El pasaje da una explicación de la sorprendente interrupción de la serie de tetradracmas de plata en esta fecha en Siracusa. Aunque no se han encontrado monedas de latón, no es una prueba negativa, puesto que el latón se oxida rápidamente en la tierra. Sin embargo, se ha encontrado una imitación alterada del decadracma de plata que data de este período; la moneda es de bronce, pero originalmente estuvo chapada en latón, y por tanto puede ser la moneda referida. Tampoco es una mala imitación; parece que fue acuñada por «el gran artista monetario» que estaba entonces a cargo de las monedas de Siracusa. El reinado de Dionisio está considerado por los numismáticos como «el período más brillante y prolífico» del sistema monetario de Siracusa. A.J. Evans, «Las finanzas y el sistema monetario de Dionisio», en E.A. Freeman, *History of Sicily*, vol. 4, pp. 230-238; cf. Van Groningen y Riezler, *ad locum*.

[18] Pólux, VII, 79.

[19] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, II, 1350a, 24 y ss.

[20] Cf. Riezler y Van Groningen, *ad locum*.

[21] Polieno, *Estratagemas*, III, 10, 14.

Polieno narra un recurso similar adoptado por Timoteo en otra ocasión, cuando el ejército ateniense estaba falto de dinero. El general convenció a los mercaderes que acompañaban al ejército de que aceptaran lo que, en nuestra traducción, sería sus «letras» en lugar de dinero, garantizándoles un pago final en metálico.[22] Regling sugirió que éstas eran piezas de cerámica con el sello personal de Timoteo, y que funcionaban, por tanto, como dinero simbólico. Polieno cita un caso más, esta vez referente al general macedonio Pérdicas, quien

> cuando sus arcas estaban casi vacías, acuñó una moneda de latón mezclado con estaño, con la cual pagó a su ejército. El dinero, que llevaba el sello real, fue aceptado por los mercaderes como moneda; y no tenía valor más allá de los dominios del rey, y fue aceptado como pago por el grano y los productos del país.[23]

La *Oeconomica* II nos ofrece también un ejemplo de la refundición y reacuñación de monedas. Dioniso ordenó entregar las monedas cuando tuvo que pagar una deuda a sus ciudadanos.

> Cuando el dinero había sido entregado, volvió a acuñarlo y le estampó un nuevo valor, de forma que las monedas de un dracma pasaron a ser de dos, y así pagó la deuda original y el dinero que le habían traído en esta ocasión.[24]

Aunque ninguna de las monedas existentes en Siracusa presenta huellas de haber sido reacuñada al doble de su valor, este pasaje queda confirmado por la referencia de Pólux a la reducción del talento de Siracusa, de 24 a 12 dracmas, que probablemente tuvo lugar durante el reinado de Dionisio.[25]

[22] *Ibíd.*, III, 10, 1.

[23] *Ibíd.*, IV, 10,2.

[24] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, II, 1349b, 28 y ss.

[25] Pólux, IX, 87; cf. Gardner, *Ancient Coinage*, pp. 414-415, y Evans, «Finanzas de Dionisio», p. 238.

Ésta es una simple conjetura por nuestra parte, pero Polieno menciona que ese mismo recurso fue utilizado por el rey Leucon del Bósforo, que retiró todas las monedas, las acuñó al doble de su valor y las distribuyó pagando así el dinero entregado y quedándose él con la mitad.[26]

Los detalles de estos hechos son menos importantes que el cuadro que presentan. Para la mentalidad moderna este cuadro es de lo más sorprendente, pues hay una ausencia total de depreciación de la moneda, de inflación de precios y de monedas «buenas» puestas fuera de circulación por las «malas». En realidad, apenas hay señales de oposición o malestar por lo que nosotros llamaríamos audaces manipulaciones. El mayor violador de la moral monetaria moderna, Dionisio, aparece ante la perspectiva de la historia como «un excelente y prudente tirano»,[27] cuyo reinado marca «el período más brillante y prolífico del sistema monetario de Siracusa».[28] Fue un «financiero drástico e ingenioso», cuya política salvó a Siracusa de la destrucción a manos de Cartago.[29]

La explicación, por supuesto, es sencilla. Las economías integradas sin mercado de estas comunidades estaban sostenidas y controladas por los métodos de redistribución y reciprocidad. Una bien elaborada red de divisiones sociales y territoriales hacía que funcionaran los acuerdos de negocios, que eran iniciados por los magistrados y que les capacitaba para tratar con buen tino lo que nosotros consideraríamos las muy complejas y arriesgadas empresas de las finanzas públicas.

[26] Polieno, *Estratagemas*, VI, 9, 1.
[27] Freeman, *History of Sicily*, vol. 4, p. 5.
[28] *Ibid.*, p. 234.
[29] Harris, *Money in Early Times*, p. 360.

§3. Monedas locales y externas

No debe subestimarse la diferencia entre la moneda local y la externa, vital para la comprensión de los usos del dinero en Grecia. Dicha dicotomía no era exclusivamente griega; se refleja en diversas fuentes como el Talmud y las prácticas, relativamente modernas, de la costa occidental africana. Lo que destaca en la experiencia griega es el grado en que superaron la separación tradicional entre la moneda interior y la exterior. En algunos ejemplos del África occidental sólo se podía comprar comida pagando con cauris, nunca con oro; esto no ocurrió en Atenas ni en Grecia en general. Los dos tipos de moneda, la local y la extranjera, aunque institucionalmente distintas, eran, no obstante, intercambiables. Tampoco estaba limitado este intercambio a la relación existente entre el sistema monetario interno y externo de una ciudad, sino que se podían intercambiar las monedas externas de dos ciudades cualesquiera, como también, probablemente, las internas.

Para hacer posible la capacidad de intercambio contaban con lo que quizás fuese la mayor contribución griega a las innovaciones económicas, el banquero *trapezita*,[30] que fue un apéndice profesional del uso de la moneda en los primeros tiempos. Al igual que las pequeñas monedas de cobre, el *trapezita* no surgió mucho antes del 400 a.C. En nuestra opinión, ambos hicieron su aparición en Atenas, pero se difundieron por todo el mundo griego con sorprendente rapidez, pasando a ser, tanto las monedas como los cambistas, hechos de la vida pública, no de la vida privada. Sentado en su mesa del *ágora*, el banquero *trapezita* cambiaba con suma facilidad las

[30] Aquí seguimos el uso dual que hace Westermann del término greco-inglés, para distinguir claramente las primeras operaciones del *trapezita* griego de las complicadas operaciones del banquero moderno. Estamos muy agradecidos a los enfoques que hace Westermann en su «Warehousing and Trapezite Banking», *Journal of Economic and Business History*, vol. 3, núm. 1.

estateras de plata o los tetradracmas por pequeños óbolos o semióbolos de cobre. Y, sentados en sus mesas en el *deigma*, otro grupo cambiaba la moneda extranjera en moneda ateniense, y a la inversa. Jenofonte pudo así proclamar que todo el mundo quería vender en El Pireo, porque allí los extranjeros podían llevarse a casa dinero y no otras mercancías. El cambio de moneda formaba parte de los servicios ofrecidos por las autoridades del puerto.

Tasar y cambiar monedas eran seguramente las primitivas funciones oficiales del banquero griego. La palabra *trapeza* significaba el *banco* en el que se sentaba y cambiaba las monedas, igual que el término que empleamos actualmente se refiere al banco en el que se sentaba el cambista medieval. Aunque los *trapezitas* adoptaron otras funciones, estas dos continuaron siendo sus principales actividades y en ocasiones se convirtieron en monopolio expreso del estado, como en el período helenístico. Otras funciones bancarias facilitaron el incremento de los usos del dinero y su conexión con el comercio. Sin embargo, debemos tener cuidado en no exagerar su alcance o importancia.

Una utilísima función de los banqueros *trapezitas*, sobre todo en el turbulento período posterior al inicio del siglo IV, fue la de actuar como depositarios de dinero, artículos valiosos y tesoro, así como de documentos legales. Guardar dinero o cosas valiosas en las desprotegidas casas debía entrañar un peligro considerable en este período de contiendas sociales, de ahí que con frecuencia fueran depositados en manos de los banqueros. Sin embargo, muchos tesoros de monedas encontrados en nuestros días provienen de casas particulares.

Cuando se hacía un depósito era más que nada por motivos de seguridad, y no es probable que se pagaran intereses, al menos por parte del depositante. Posiblemente el banquero no utilizaba los depósitos a menos que tuviera autorización del depositante; en ese caso, el banquero actuaba

principalmente como su agente para hacer préstamos. Un depósito seguía siendo propiedad del depositante y no se juntaba con los fondos generales; incluso cuando se cambiaban monedas, el banquero colocaba las monedas en bolsas y las sellaba, y no podía hacer ningún uso de ellas. Es cierto que los banqueros concedían préstamos, pero sólo podían hacerlo con la orden del depositante o sacando el dinero del préstamo de sus propios fondos. Seguramente no podían hacer préstamos hipotecarios, puesto que los banqueros eran casi sin excepción esclavos, hombres liberados, o, como mucho, extranjeros, y sólo los ciudadanos tenían el derecho a poseer tierras privadas. Era imposible, por tanto, redimir una hipoteca, como reconoció el banquero Formión cuando alquiló el banco a su anterior amo, Pasión. Pasión, antiguo esclavo a quien una Atenas agradecida le había otorgado la ciudadanía, había concedido 50 talentos de préstamo sobre una propiedad, de los cuales 11 talentos eran de los fondos del banco y el resto era de los suyos propios. Como su antiguo esclavo, Formión, no podía redimir la hipoteca, Pasión continuó teniendo la hipoteca sobre los 11 talentos después de alquilar el banco, mientras que el banco quedó sin deber nada a Pasión.[31] En un pasaje del *Trapeziticus* de Isócrates, en que se presenta a Pasión como un sinvergüenza, se le acusa de haber defraudado un depósito de siete talentos porque lo había prestado, y esta acción evidentemente es tratada como un asunto ilegal y bajo cuerda que debe evitar Pasión. Así que aparece suplicando al depositante que «le perdone y guarde en secreto su error; para que él, como receptor de depósitos, no aparezca culpable de esas faltas».[32]

Por tanto, cuando un banquero hacía un préstamo, no estaba *dando crédito*. Además del uso de los instrumentos de crédito, como las letras de cambio, la creación del crédito es la

[31] Demóstenes, *Discursos Privados*, XXXVI, 5-6; cf. también Westermann, «Warehousing and Trapezite Banking».

[32] Isócrates, *Trapeziticus*, XVII, 18.

esencia del sistema moderno de préstamos bancarios. El banquero griego prestaba su propio capital o colocaba depósitos que habían sido autorizados para tal fin, en cuyo caso había que registrar que el préstamo se había hecho con las monedas de un cierto depositante. En general, la escala debió de ser bastante pequeña. Sin embargo, no deben deslumbrarnos las acciones de Pasión, pues fueron notoriamente excepcionales, y ningún otro banco tuvo su alcance. Él mismo fue un prestamista que dejaba dinero bajo la garantía de vasijas de bronce, e incluso prestaba mantas, ropa de cama, piezas de plata y copas a un distinguido ciudadano que atendía a los gobernantes extranjeros.[33] Es difícil juzgar hasta qué punto los préstamos bancarios eran importantes. Sin embargo, es significativo que en los discursos de Demóstenes no aparezca ni un solo caso de préstamo sobre una carga naval hecha por un banquero, y ésos eran los préstamos más importantes que se hacían en la época.[34]

Aparte de comprobar y cambiar monedas, la función bancaria más destacada parece que fue la de facilitar los pagos. Una de las razones por la que sólo se conocían las transacciones *in rem* en la antigüedad era la imposibilidad de asegurar el pago diferido, en el sentido puramente operacional de asegurar que el dinero a pagar sería el equivalente de la cantidad estipulada. Era posible depositar una suma de dinero en un banco con el fin de hacer un pago posteriormente a un tercero. Esto no involucraba una transferencia de crédito, como en el pago por cheque, ni una transferencia mediante una

[33] Demóstenes, *Discursos privados*. XLIX. 21, LIII, 9.

[34] Parece que son necesarios dos requisitos. En un caso, el banquero, Heracleides, entrega 30 minas en fianza por un barco que está en el puerto; sin embargo, no es una carga marítima en el sentido estricto (Dem, XXXIII, 1, 7). En otro caso, se alega que Pasión había hecho un préstamo sobre una carga a un sirviente del general Timoteo. No obstante, Pasión admite que había adelantado dinero realmente a Timoteo para pagar el flete de un regalo de madera del rey macedonio a Timoteo (Dem. XLIX, 26).

transacción contable por parte del banco —la transferencia por *giro* que jugó un papel tan importante en el comercio y las finanzas de la Europa medieval—. En Grecia —como en los primeros bancos de depósitos europeos— se pagaba al beneficiario con las mismas monedas que habían sido depositadas. Tenemos un ejemplo completamente documentado. Un mercader de Heracles, Lycon, antes de partir de Atenas en viaje de negocios, depositó 16 minas y 40 dracmas en el banco de Pasión, para que fueran entregadas en pago a su socio, Cefisíades de Escíros, a la vuelta de éste. El depósito se hizo en presencia de dos ciudadanos, que fueron los encargados de presentar a Cefisíades y Pasión. Pasión anotó la identidad del depositante, así como la cantidad y la dirección en que debía efectuarse el pago, junto con los nombres de los testigos. El orador observa que éste era el procedimiento habitual.[35] Cinco meses después del depósito, los testigos presentaron a Cefisíades, y Pasión hizo el pago. No hay ningún tipo de crédito en esta transacción, aunque dicha facilidad debió de contribuir al desarrollo de las transacciones que cubrían un período de tiempo. El hecho de que el banco sólo hiciera los pagos en presencia de testigos facilitaba el pago incluso cuando no había intervalo de tiempo: era un medio de dar publicidad y comodidad a la transacción.[36]

Pasión intervino también en otro caso en que se facilitó el pago a distancia. Un joven del reino del Bósforo, que había sido enviado a Atenas por su padre para comerciar y estudiar consiguió sacar dinero de su país utilizando el crédito de Pasión. Estrátocles, un mercader a punto de zarpar en dirección al Bósforo, dejó una fuerte suma de dinero al joven a cambio de una carta de éste a su padre, indicándole que pagara al mercader una cantidad equivalente a su llegada. Este

[35] Demóstenes, *Discursos privados*. LII, 3 y ss.

[36] *Ibid*., XXX, 23; XXXVIII, 13; XLVIII, 51, 52, 64.

acuerdo fue posible porque Pasión avaló el pago del principal y se comprometió a pagar el interés acumulado hasta el regreso de Estrátocles si el padre del joven se negaba a pagarle.[37] La ventaja del mercader radicaba en evitar los riesgos de viajar con una fuerte suma de dinero: dejándolo en Atenas, podía conseguir su reembolso en el momento de la llegada. Evidentemente éste es un tipo de acuerdo primitivo en que el banquero actuaba simplemente como avalista; no es una operación de crédito. Además, dichas transacciones eran ocasionales y accidentales. Así, cuando el padre del joven, el primer ministro del reino, envió a su hijo a estudiar a Atenas, le envió con barcos cargados de grano para que obtuviera dinero a su llegada a Atenas. Ante tan complicada operación para financiar la educación de un joven, no podemos imaginar que se utilizaran letras de cambio o cartas de crédito regularmente. La carta de crédito no es diferente de la forma en que Cicerón financió la educación de su hijo en Atenas a través de su amigo Ático varios siglos después.

Las transferencias y los pagos bancarios permanecieron como una forma de manipulación de ciertas monedas durante todo el período helenístico. En el Egipto ptolemaico, donde los métodos bancarios griegos alcanzaron su apogeo, jamás existieron transferencias de dinero por *giro*, aunque sí se hacían complicados giros de grano y de otros artículos de primera necesidad mediante los bancos estatales.[38] No se puede citar una prueba más contundente de la superioridad de los métodos administrativos, en comparación con el nivel primitivo de los usos del dinero en aquella época.

Tal vez la prueba más convincente de la ausencia de cualquier tipo de crédito bancario es la colección de mecanismos utilizados por los primeros estadistas «para el

[37] Isócrates, *Trapezíticus*, XVII, 35-37.

[38] Westermann, «Warehousing and Trapezite Banking», p. 49.

reabastecimiento del tesoro». La *Oeconomica* II está concebida en principio como un manual de finanzas públicas, no como un panfleto escandaloso. Las anécdotas relatadas «en ningún modo nos parecen carentes de utilidad, siendo posible de vez en cuando su aplicación a los negocios que cada uno tenga entre manos».[39] Su concepción original es tan sorprendente como la de *Vías y recursos* de Jenofonte, que fue la primera obra en desarrollar la idea de que la riqueza podía ser un producto de la paz tanto como de la guerra. La *Oeconomica* II avanza la nueva idea de la economía doméstica equilibrada, es decir, propone que los gastos individuales y los del estado sean mantenidos dentro de los límites de los ingresos. Esta idea, recalca su autor, debería recibir «algo más que una atención superficial».[40]

Si los préstamos bancarios jugaron algún papel en el sistema crediticio de este período es de esperar que hubiera alguna mención a los préstamos hechos por los banqueros al estado en situaciones críticas. Después de todo, los préstamos estatales y municipales fueron la base a partir de la cual se desarrolló el sistema bancario europeo desde el último período medieval en adelante. Sin embargo, de los 41 grupos de anécdotas —más de 60 casos en total— no hay un solo ejemplo en que un gobernador o un estado resuelvan sus problemas financieros pidiendo un préstamo a un banquero. Los complicados y tortuosos métodos utilizados demuestran definitivamente la ausencia de un sistema de créditos desarrollado.

Será suficiente con exponer algunos recursos más interesantes. Los incidentes del sistema monetario que ya hemos mencionado eran total o parcialmente mecanismos para producir ingresos. Se completaban con muchas otras técnicas, que a menudo involucraban algún tipo de préstamo obligado al estado por parte de un grupo especial o por todos los ciudadanos en general; los intereses, generalmente, los pagaba el

[39] Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, II, 1346a, 30.

[40] *Ibid.*, 1346a, 15 y ss.

estado. Así, la ciudad de Clazomena, cuando «sufrió escasez de grano y fondos», ordenó a todos los ciudadanos que tuvieran almacenado aceite de oliva, producto abundante en esa región, que se lo prestaran al Estado con intereses. Entonces la ciudad contrató barcos y mandó aceite a los emporios y con ello compró trigo, al parecer dejando en prenda el aceite como aval frente al precio de compra del grano.[41]

En una ocasión similar Heraclea financió una guerra con ayuda de un préstamo obligado hecho en especie. La ciudad estaba a punto de enviar una expedición de 40 trirremes, pero carecía de fondos suficientes para pagar a la flota. Así que compraron las existencias de aceite, grano y vino de todos los mercaderes, así como otros artículos comercializables, y acordaron pagarlo en una fecha futura; evidentemente, era un préstamo forzado, aunque parece que los mercaderes no estaban en contra, pues habían dispuesto sus cargamentos sin quebrar el volumen. Heraclea envió las mercancías con la flota bajo la supervisión de los funcionarios. Se pagó a los marineros dos semanas por anticipado (en vez de pagarles por toda la expedición), y así podían comprar lo que necesitaran a los funcionarios que estaban a cargo de la comida y los suministros.

> De esta forma, se había recaudado dinero antes de que los generales tuvieran que pagar otra vez a sus hombres; y así la misma paga fue suficiente hasta que la expedición volvió a casa.[42]

Es decir, se volvía a pagar a los hombres con el dinero que habían pagado en provisiones, repitiendo el mismo proceso a lo largo de toda la campaña.

La ciudad de Éfeso, debido a la reconstrucción del templo de Artemisa, quedó empobrecida y aprobó una ley suntuaria

[41] *Ibíd.*, 1348b, 17 y ss.
[42] *Ibíd.*, 1348b, 2 y ss.

que prohibía a las mujeres que llevaran adornos de oro y ordenándoles que los entregaran al estado. La ciudad inscribió también en los pilares del templo los nombres de los ciudadanos que habían contribuido con una cantidad determinada.[43] Dionisio de Siracusa consiguió fondos cerca del 399 a.C. mediante un procedimiento similar: primero ordenó que se llevaran al templo de Deméter todos los ornamentos de oro, y los consideró un préstamo de la diosa. Al cabo de algún tiempo, tras haberse acumulado más oro, volvió a permitir que las mujeres llevaran joyas a cambio de entregar una suma específica al templo.[44] El uso de leyes suntuarias como recurso financiero fue bastante general en la antigüedad, como demuestra la historia del becerro de oro en el Éxodo, 35. Estrabón y Livio relatan medidas similares tomadas en Roma. Tomar prestados los tesoros del templo era, por supuesto, el método más antiguo y habitual de solucionar las crisis financieras, siendo el caso más famoso el uso del tesoro de Atenea, en el Ática.

Una historia interesante, fechada entre el 361 y el 348, se refiere al uso de elementos de mercado para hacer un préstamo obligado. La ciudad de Mende, que necesitaba fondos para financiar la guerra con los olintios, ordenó a sus ciudadanos que se quedaran con un esclavo y una esclava y vendieran todos los demás en nombre del estado.[45] Es probable que los esclavos fueran entregados al estado, que arregló la venta por su cuenta, aunque esto no importa para la comprensión de la historia. En cualquier caso, el éxito del mecanismo presupone la existencia de un mercado de esclavos bastante bien desarrollado.

De hecho, unos cuantos ejemplos relatados en la *Oeconomica* II indican cómo se podía utilizar la institución de mercado para resolver una dificultad financiera. Uno está

[43] *Ibíd.*, 1349a, 9 y ss.
[44] *Ibíd.*, 1349a, 15 y ss.
[45] *Ibíd.*, 1350b, 12 y ss.

tentado a veces de concluir que una de las principales razones por las que los griegos podían permitirse apoyarse en mercados tan imperfectos para aprovisionar a sus ciudades era la facilidad con que el *ágora* podía transformarse en cualquier momento en un mecanismo redistributivo.

En una ocasión, cuando faltaba suministro en el mercado de grano y la ciudad estaba financieramente empobrecida, Bizancio capturó los barcos cargados de grano del mar Negro, detuvo a los mercaderes y les obligó a vender grano a sus ciudadanos al por menor. Cuando, al cabo de un tiempo, los mercaderes protestaron por su detención, la ciudad subió el precio del grano en un 10% para indemnizar a los mercaderes.[46] La novedad de este procedimiento no radica en el hecho de capturar barcos, algo bastante común, sino en obligar a los mercaderes a quedarse allí. Normalmente la ciudad hubiera comprado los cargamentos capturados a un precio fijo, pero al carecer de fondos tuvo que vender el grano al por menor y pagar a los mercaderes poco a poco, a medida que se recibía el dinero.

Anticipando un ataque al final del siglo V, la ciudad de Lampsaco subió los precios del *ágora* hasta un 50%, recibiendo el estado la diferencia entre el precio antiguo y el nuevo. «Ordenaron a los minoristas que subieran el precio de la cebada a seis dracmas, cuando antes estaba a cuatro dracmas el medimno. El aceite, que estaba a tres dracmas el chous, tuvo que venderse a cuatro dracmas y medio, y el vino y otros artículos de primera necesidad incrementaron su precio en la misma proporción. De esta forma, el minorista obtenía su beneficio original y el estado se quedaba con la diferencia y llenaba sus arcas».[47] En fecha posterior se hizo la misma propuesta a los atenienses: un oscuro personaje llamado Pitocles sugirió que el estado comprara todo el plomo de las

[46] *Ibid.*, 1346b, 30 y ss.
[47] *Ibid.*, 1347a, 32 y ss.

minas del Laurio al precio convencional de dos dracmas y los revendiese al precio fijo de seis dracmas.[48]

La ciudad helespontina de Selimbrio anticipó en una generación el monopolio que iba a crear Cleómenes en la exportación del grano. Puesto que la ciudad tenía abundancia de grano, ordenó a todos los ciudadanos que entregaran los excedentes de un año al estado a un precio convenido. Este grano fue exportado y así consiguió el estado sus correspondientes ingresos.[49]

El uso de los métodos de mercado como medio de satisfacer las necesidades financieras parece haber prevalecido durante el siglo IV. El general ateniense Timoteo ajustó su presupuesto durante el asalto a Samos en el 366/5 a.C., confiscando la producción del país y vendiéndosela a los mismos habitantes de Samos.[50] Este sofisticado sistema parece que se ganó la admiración del autor de la *Oeconomica* II. En efecto, puede que Timoteo tuviera que crear un mercado para hacer eso. La historia tiene varios paralelismos no militares en la *Oeconomica* II. Así, cuando el tirano de Naxos, Ligdamis, encontró difícil vender si no era a bajos precios la propiedad confiscada a un grupo que había exiliado, se la vendió a los propios exiliados.[51] Eso nos recuerda lo que decía Heródoto sobre la reticencia de los atenienses a comprar las propiedades de los pisistrátidas cuando fueron expulsados de Atenas, por temor a que regresaran en el futuro y desearan vengarse. Incapaz de conseguir un préstamo de los habitantes de Siracusa, Dionisio vendió los muebles de su palacio y luego se los confiscó a los compradores —una técnica inversa a la de Ligdamis—.[52] Antímenes de Rodas, un ayudante de Alejandro

[48] *Ibid.*, 1353a, 15 y ss.
[49] *Ibid.*, 1348b, 33 y ss.
[50] *Ibid.*, 1350b, 5 y ss. (Cf. también Polieno, XXX, 10, 9).
[51] *Ibid.*, 1349b, 1 y ss.
[52] *Ibid.*, 1349b, 7 y ss.

que estaba a cargo de las vías estatales de Babilonia, transformó la estructura redistributiva de la zona en elementos de mercado. Haciendo uso de la ley que exigía a los sátrapas mantener surtidos los almacenes reales a lo largo de los caminos, vendía las provisiones de los almacenes a cualquier ejército o grupo de hombres que cruzara el país.[53] Éste es un interesante matrimonio entre el mercado de Rodas y los métodos redistributivos orientales. Poco después, en el mismo siglo, el general ateniense Ifícrates trasplantó las ideas atenienses a Tracia. Tras casarse con la hija del rey tracio, Cotys, Ifícrates ayudó a consolidar el poder de Cotys. Según la *Oeconomica* II, Ifícrates sugirió que Cotys

> ordenara a todos sus súbditos cultivar para él una superficie de 4 1/2 bushels. Así consiguió reunir una gran cantidad de grano, y al venderlo en el emporio de la costa, el rey obtuvo todo el dinero que quería.[54]

Una vez más vemos aquí la fusión de los elementos redistributivos y de mercado. Probablemente la principal innovación fue que el rey tracio organizó la venta del grano, en vez de apoyarse en la venta pasiva a los mercaderes griegos y fenicios.

[53] *Ibid.*, 1353a, 24 y ss.
[54] *Ibid.*, 1351a, 18 y ss.

17. EL «CAPITALISMO» EN LA ANTIGÜEDAD

La vida económica en la antigüedad alcanzó su pináculo bajo el helenismo en Oriente, y bajo el Imperio Romano en el Mediterráneo occidental. El período helenístico se inicia con la conquista de Asia por Alejandro Magno cerca del 332 a.C., mientras que el florecimiento del Imperio Romano concluye en el siglo II d.C. Estos cinco siglos son el período de esplendor del antiguo «capitalismo», pero marcaron también la cuna de la actividad económica no capitalista. Desde el punto de vista de las formas de integración, debería decirse que tanto el intercambio como la redistribución alcanzan su mayor desarrollo en el mundo antiguo, predominando uno u otra según la región.

En el Mediterráneo oriental el comercio se concentra en el sureste, siendo sus centros Alejandría, Antioquía y Seleucia, mientras que la isla de Rodas, y posteriormente, aunque en menor grado, Délos, son los grandes puertos del comercio marítimo. El Ática está ahora lejos de las rutas marítimas, y El Pireo pierde su importancia.

Pero mientras el comercio internacional, especialmente el de grano, esclavos y artículos de lujo, se desarrolla a una escala sin precedentes, apoyado por un fuerte aumento de las actividades

bancarias —sobre todo en Rodas y Délos—, el Egipto ptolemaico crea, bajo el gobierno griego de Macedonia, el más completo sistema de economía sin mercado de planificación central que jamás se ha conocido en el mundo. El Egipto ptolemaico fue considerado por sus contemporáneos un país de fabulosa riqueza, cuya civilización sobrepasaba a la de sus contemporáneos en casi todos los aspectos. Esto es interesante para comprender el prestigio de las costumbres egipcias, incluyendo los métodos que utilizaban para sus negocios. En contraste, podríamos resumir la aportación griega a la economía humana diciendo que los griegos desarrollaron ambos tipos de economía —la de tipo mercado e intercambio, y la de tipo planificado y redistributiva— hasta cotas jamás alcanzadas hasta entonces. Ambas influyeron en el desarrollo romano, que siguió las huellas del comercio y el sistema monetario griego utilizado en los mercados locales, junto con el sistema de bancos y contabilidad practicado por los griegos del sur de Italia. Posteriormente, las refinadas técnicas ptolemaicas de distribución que se basaban en el almacenamiento y la contabilidad «en especie» influyeron en los métodos empleados por el Imperio Romano para reorganizar su administración y sus finanzas.

Dicho sea de paso, el helenismo muestra una combinación de la planificación y del sistema de mercado que ha confundido sin razón al intelecto mercantil. Cleómenes de Naucratis no sólo fue el organizador del monopolio de la exportación de grano en Egipto, y probablemente también del monopolio gubernamental interior, sino que además organizó el mercado «mundial» del grano, y, por tanto, la más importante institución de mercado en el mundo antiguo. Pero ¿quién sino el mayor abastecedor de grano podía conseguir los medios para lograr tan difícil tarea? ¿Cómo podía llevarse a efecto si no era con la clarividencia y el empeño asiduo de establecer agencias de información mundiales y un servicio de transporte

con la ayuda del estado? (Antes de que los comerciantes privados publicaran por primera vez la lista de Lloyd, Cromwell había aprobado la leyes de Navegación y la Armada Británica había conseguido el dominio de los siete mares.)

En el Mediterráneo oriental prevaleció la combinación de la planificación interna y el comercio gubernamental con una actividad de comercio libre, cada vez mayor, en el extranjero. Acerca de este avance Michael Rostovtzeff se ha preguntado si no estaríamos presenciando un desarrollo que, de no ser por la intervención política, hubiera llegado a convertirse en el capitalismo industrial con el que estamos tan familiarizados. En realidad, si no hubiera sido por la brutal destrucción y expolio de Oriente por los ejércitos y los procónsules romanos, el Este hubiera evitado la gran recesión de los primeros siglos de nuestra era que sepultaron al Imperio Romano. Aun así, la recesión no afectó al Este con la misma fuerza que lo hizo en Occidente; por eso Bizancio sobrevivió durante casi mil años al destino de la Roma occidental.

Sea lo que fuere, en la antigüedad los métodos de comercio y de mercado nunca alcanzaron en Occidente el mismo nivel que en Oriente. La historia general de Roma revela un alto índice de negocios especulativos y un desarrollo bastante alto de las técnicas de intercambio hacia el final de la República, seguido de una vuelta general a la redistribución, la economía en especie y el eclipse de los mercados.

Aquí encontramos uno de los problemas más importantes del estudio de la antigüedad: la cuestión de saber qué factores ocasionaron la caída del Imperio Romano. Para Rostovtzeff el problema es el mismo que el del carácter del capitalismo en la antigüedad. Según dicho autor, bajo el helenismo y el primer período del imperio, el capitalismo antiguo estaba a punto de convertirse en el moderno capitalismo industrial, pero la caída del imperio llevó a la economía al desastre. Esto supone que el capitalismo antiguo tenía en general el mismo carácter que el

moderno, y que la caída del Imperio Romano fue el factor que interrumpió ese desarrollo. Rostovtzeff afirma que la causa real del declive, y, por tanto, de la recesión del capitalismo fue de orden general, no atribuible a una sola razón, pero que de tener que señalar una, sería el exceso de planificación, que, junto con su aparatosa burocracia y todas las restricciones que la rodeaban, debilitó el Imperio y su naciente capitalismo.[1]

Max Weber, por el contrario, insistía en que el capitalismo de Grecia y Roma era completamente diferente en su naturaleza de su contraparte moderna: se basaba «principalmente en la política», no en la economía, por lo que la reforma política que se efectuó en el Imperio —paz y gobierno racional— representó la ruina para este tipo de capitalismo esencialmente no productivo, basado solamente en los botines, el trabajo de los esclavos y la explotación privada de funciones gubernamentales como los impuestos y las obras públicas. (Según Weber, tres eran las fuentes principales de ingresos en el capitalismo ecuestre: los impuestos agrícolas, las contratas para obras públicas y los arrendamientos de terrenos públicos.) En cuanto al declive del Imperio Romano —hecho posterior y esencialmente diferente—, era inherente al carácter costero de la civilización romana, cuya defensa obligó al Imperio a expandirse hacia vastas áreas continentales, desarrollo que, sobre todo en el aspecto económico, era incompatible con las bases litorales del Imperio.[2]

Para Rostovtzeff, el problema del capitalismo antiguo y el declive del Imperio Romano son en realidad la misma y única

[1] M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, *op. cit.*, vol., II, capítulo. VIII, esp. p. 1.301 y ss; y *A History of the Ancient World*, Oxford, Clarendon Press, 1926, vol. *i*, capítulos 2, 24, 25. Ver también la tevisión de Rostovtzeff a J. Hasebroek en *Zeitschrift für Gesammte Staatswissenschaft*, 92 (1932).

[2] Max Weber, «Die Sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», *Gesansmelte Aufsätze zur Sozial-and Wirtschafttsgeschichte*, Tubinga, 1924. Ver también *Wirtschaft und Gesellschaft*, Tubinga, 1922, capítulo 8; y *General Economic History*, esp. p. 331 y ss.

cosa. Para Weber son esencialmente distintas e independientes ya que el auge del Imperio fue la causa de la caída del capitalismo antiguo, mientras que, por otra parte, el Imperio tuvo que existir para remediar, entre otras cosas, los graves males inherentes al capitalismo antiguo. Considera que este capitalismo es esencialmente distinto del moderno. Originalmente estaba basado en la explotación política de los pueblos conquistados y de los pueblos del país natal. Aunque la paz y la administración racional son una poderosa ayuda para el tipo moderno de capitalismo, el antiguo no pudo resistir tal reforma por parte del estado. Para Weber el problema planteado por Rostovtzeff no surge de una manera lógica. El capitalismo antiguo no seguía la misma dirección que el moderno, y, por consiguiente, no tiene sentido preguntarse por qué no se desarrolló de la misma manera. En cuanto a la caída del Imperio Romano, Weber aduce razones características de la estructura geográfica y estratégica del Imperio, que, en un principio, le llevaron a basar su economía en el trabajo y en la guerra de esclavos y que, finalmente, le obligarían a conducir sus bases originales a un callejón sin salida donde ni sus problemas económicos, ni los estratégicos, encontrarían una solución satisfactoria.

En realidad, toda la polémica surge de la vaguedad de los términos. El esquivo «capitalismo» significa mercados. Weber quiere decir que las actividades económicas se efectuaban mediante los métodos redistributivos de conquista, asalto, captura de hombres y tierras que ofrecían, esclavos, siervos, tesoro y explotación de las propiedades y servicios públicos por parte de individuos privados. Dichos servicios públicos son la recogida de impuestos, los contratos de construcción, y la administración de las propiedades públicas. Todo esto ocurre, bien por métodos redistributivos utilizados por individuos privados con ayuda de una burocracia privada de esclavos, o bien por métodos redistributivos de una administración

central con ayuda de la burocracia pública. En cualquier caso, no hay señal de la existencia de métodos de mercado. La actividad económica —comercio y usos del dinero— no está canalizada a través de mercados organizados en el mundo antiguo.

Esta obra se acabó de imprimir el 14 de octubre de 2009.

Un dia como este, en el año 1.152 a.C. (Antiguo Egipto), transcurrió la primera huelga laboral de la historia, ocurrida en las obras del Valle de los Reyes, en tiempos del faraón Ramsés III.